

JORGE CANEDA

LAS HORAS

MUJERTAS



LAS HORAS MUERTAS

Jorge Caneda

© 2020 Jorge Caneda

Diseño de portada: [Alexia Jorques](#)

Ilustraciones: Cha Eun Ah

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

<https://jorgecaneda.com/>

A Rashiel

Los zombis nos salvaron. Nos hubiéramos destruido tarde o temprano. Por ello, deben seguir ahí.

PRIMERA PARTE
El pueblo



Capítulo 1

1

La mañana de aquella primavera, por llamarla como antaño, apuntaba a más calurosa todavía. Izan observaba con atención el temblor de sus manos mientras desayunaba los restos de la sopa de verduras de la noche anterior. El anciano soplaba en la vieja cocina de leña para mantener vivos los rescoldos que servirían para hacer fuego más tarde y cocinar, si el chico conseguía pescar algo.

Se separó de su taza agrietada de porcelana y se agachó en el rincón de la prensa. El sudor ya comenzaba a asomar entre su pelo a esa hora de la mañana. El anciano, con la barba blanca recién peinada, miró los viejos periódicos apilados contra el mueble de las destartadas sartenes. Los había conseguido rescatar de la biblioteca del pueblo, la gran mayoría habían sido quemados en un incendio, pero consiguió un buen montón para echar una mirada al pasado de vez en cuando. Al chico, sin embargo, le encantaba hacerlo a menudo.

-Todavía no hace demasiado calor, tenemos trabajo que hacer en la huerta, vamos.

-Aún no me he terminado la sopa -protestó Izan.

-Termina ya.

Izan sacó del segundo montón uno de los de abajo.

-16 de noviembre de 2015, ¿Qué edad tenías, abuelo?

-Veintidós. Espabila, te espero fuera -dijo mientras comenzaba a caminar para salir de casa.

-Los últimos glaciares de Groenlandia aceleran su deshielo.

El anciano se detuvo justo cuando pasaba a su lado mientras el chico se sentaba próximo a su taza. Se giró y miró a través de los sucios cristales de la ventana, al este.

-Hace dos horas que ha salido el sol. Siempre te quedas dormido, come rápido y déjate de lecturas que no llevan a ninguna parte.

Izan metió una cucharada de agua caliente en la boca. El anciano se echó a andar y el chico leyó en voz baja para sí el párrafo bajo el titular.

-Los últimos glaciares estables de Groenlandia, situados tan al norte que aún escapaban al impacto del cambio climático, han acelerado su deshielo en la última década -Izan detuvo su lectura y miró por la ventana-. ¿Cómo es posible que conociendo todos estos datos, nadie hiciera nada por evitarlo? -susurró para sí mismo.

-Nos faltó tiempo -dijo tras el marco de la puerta, desde el pasillo- La naturaleza cambió de manera tan repentina que no pudimos controlar los cambios.

-Ya, pero... esto se supo con antelación ¿cómo permitisteis que la naturaleza os matara?

-No nos mató, nos equilibró.

-Ya, pero mamá me dijo que en otros tiempos el mundo era mucho mejor y, viendo estas fotos, parece que así fue -aseguró mientras hojeaba las páginas posteriores.

-Tu madre nació en otra época -le espetó malhumorado- es mejor no volver a recuperar ese mundo. El cambio climático nos dio una lección. Un paso atrás para no volver a cometer el mismo error.

Izan lo escuchó con la mirada perdida a través de la ventana. Entrecerró los ojos en un gesto curioso y desafiante a la vez. Estaba a punto de iniciar su réplica, pero su abuelo le interrumpió.

-Termina esa sopa de una vez, tenemos mucho trabajo. Antes de bajar el acantilado para

recoger la pesca tienes que ayudarme con los barreños.

Odio tu malhumor de viejo, pensó desquiciado. Se levantó apurando el último sorbo. Lavó su cuenco en la turbia agua del cubo del día anterior.

Salió al porche y el calor golpeó en su rostro. Samuel se encontraba ya en las escaleras, mirando la huerta cuyos lindes finalizaban al borde del precipicio hacia el acantilado que el mar acariciaba cada segundo.

-¿De qué color es un sitio helado? -dijo el chico situándose a la par de él.

El anciano lo miró dando a entender que no lo molestara.

-Es que no soy capaz de imaginarme un sitio así, no he visto ninguna foto de Groenlandia.

El anciano miró de nuevo el huerto y el chico esperó una respuesta.

-No sé para qué tu madre te enseñó a leer. Eso ya no sirve para nada en el mundo actual.

-Pues para cuando el clima se regule de nuevo.

-Cuando el clima acabe de regularse habrán pasado cientos de años, tu cuerpo será polvo y leer no te habrá servido de nada. Todo lo que necesitas saber para sobrevivir en tu tiempo está en esta huerta, y en ese acantilado. Si sales de aquí, estarás muerto.

Samuel descendió los tres escalones y se encaminó hacia el invernadero. Izan había escuchado ese mismo consejo casi a diario, explicado de diferentes maneras. Miró al horizonte y contempló el mar. Azul brillante a aquella hora. Se dio la vuelta y miró al este. La barrera de estacas cuyas puntas afiladas apuntaban a todas las direcciones y que su abuelo había levantado desde antes de su propia existencia, mantenían la casa protegida de lado a lado, donde aún se conservaban los restos de un viejo muro de dos metros de altura en algunos tramos laterales. El descampado posterior, los árboles a derecha e izquierda junto a la vieja carretera al final del mismo, y las montañas a lo lejos. Como cada mañana, se preguntó qué habría tras ellas.

Cuando el chico llegó al invernadero, el viejo Samuel ya estaba regando las hortalizas con el cuenco y su cubo pequeño de siempre. Izan cogió otro cuenco de madera que había fabricado con sus propias manos, esculpiendo en las horas muertas, las más calurosas del día, con la ayuda de una vieja navaja aquel tronco que no había ardidido en una de sus hogueras nocturnas.

Se acercó al último barreño y retiró el plástico que lo cubría. En su interior habían colocado una vieja cacerola en el centro. Del agua del mar que habían derramado a su alrededor, en el fondo del barreño, ya solo quedaba sal. Se había evaporado hacia el plástico superior, que había condensado el agua dulce y poco a poco había goteado en el centro de la tartera con la ayuda del peso de una piedra posada encima del plástico. Todavía disponían de ese material para muchos años, su abuelo se había hecho con cientos de metros en el pueblo, a unos cinco kilómetros, hacía muchos años, suficientes como para cubrir el invernadero unas veinte veces más.

Cogió con sumo cuidado el agua dulce, con su rudimentario cuenco. La fue derramando muy despacio en cada planta con cuidado de no desperdiciar una sola gota. El calor allí dentro era asfixiante.

-Si no hay mucha pesca abajo, trataré de subir más agua del mar -dijo el chico mientras arrancaba alguna judía todavía tierna y prematura para ser consumida.

-Coge la tanza para reparar la caña que se rompió el otro día.

Cuando terminó su agua, Izan miró al cielo a través del techo abierto, que ya habían destapado desde hacía un par de semanas.

-Me bajo, abuelo, intentaré no tardar demasiado, hoy hará mucho calor.

Se acercó a la salida y, en la esquina, cogió su navaja y el sedal de una vieja caseta para perro. Cuando salió del invernadero ya estaba empapado por completo. Una suave brisa le dio en la cara produciéndole una sensación agradable en su fino pelo negro. Lo apartó de sus ojos para

poder contemplar la maravilla que le ofrecía cada día aquel lugar desde que había nacido. Se dirigió al fondo de la finca, al oeste, hacia el mar. Llegó al borde y, ante el abismo de veinte metros que había bajo sus pies hasta alcanzar el mar, comenzó a descender entre las rocas verticales, con cuidado de cada recoveco, de cada movimiento y de cada postura con sus pies para no perder el equilibrio. Aún así, diez minutos era el trayecto que lo separaba de las trampas para peces que había ideado con su abuelo para que sus artilugios trabajaran por ellos mientras se dedicaban a otros menesteres.

Mientras, Samuel inspeccionaba con su vara, como cada mañana. A veces le servía de apoyo y otras para golpear la rudimentaria valla que cercaba toda su finca. Hecha de palos, estacas y lanzas clavadas con tal espesura que se hacía impenetrable para cualquier humano infectado que hubiera perdido la cabeza.

Había perdido la noción del tiempo desde la última vez que había visto un ser humano distinto a los de su familia. Ni siquiera recordaba su edad, unos sesenta tal vez, aunque su apariencia era la de veinte años más. Hacía mucho que había comenzado a perder la cuenta del día en el que vivía, hasta que decidió que no tenía importancia clasificar el tiempo. Atrás habían quedado los días de descanso, los de vacaciones, los del partido, los de cerveza, de nada servía todo eso ya, ni siquiera conservaba de aquello un recuerdo cercano. Todo estaba muy lejos, como en otra vida.

Menos tiempo había pasado desde la última vez que un infectado merodeó por allí. Los pocos que se atrevieron a quedarse en el pueblo tras el comienzo de la pandemia y de los desastres nucleares habían conseguido vivir durante unos años más, pero se fueron infectando poco a poco. Y luego los infectados se murieron. El tiempo acabó con ellos.

Después de meses o años merodeando, se caían en cualquier parte, incapaces de dar un paso más, sin conciencia, sin más instinto que el de descuartizar a cualquier no infectado que se les acercara. Eran capaces de quedarse tirados en una vieja carretera durante unos meses más, sin síntomas de dolor alguno para ellos. Su cuerpo comenzaba a pudrirse con la exposición al sol, pero no lo suficiente como para acabar con su escasa actividad cerebral y su lento latido del corazón.

Samuel aprendió a impartir justicia con el paso de los años. Con una lanza salía al pueblo y se la clavaba en su cabeza a los más desfavorecidos con la intención de que cesara su sufrimiento. Un sufrimiento que parecían no padecer. Así, se sentía en paz consigo mismo.

El último infectado que se acercó por allí, había quedado clavado en la valla en su afán por caminar trastabillando una y otra vez. Habían pasado siete veranos tal vez. El infectado permaneció empalado durante horas, expuesto a la presencia de Izan para que este apreciara de primera mano la realidad del mundo exterior.

Para su sorpresa, el niño, a pesar de haber perdido a su madre solo unas semanas antes, no se vio demasiado impresionado con la presencia del infectado, e incluso pareció disfrutar con su ejecución final, cuando él mismo participó para romperle el cráneo con un bate al desgraciado, cuyas vísceras salpicaron su rostro sin que él se inmutara.

Observó todo el cerrado que había conseguido montar en unos pocos meses después de instalarse allí. La maleza lo había afianzado con sus extrañas hierbas, de todas las alturas y clases, ocultándola casi en su totalidad, lo que lo hacía todavía más peligroso para cualquier forastero que se acercara.

No visitaba el pueblo desde el final del verano anterior. Ya no quedaba nada allí que se pudiera aprovechar. Había conseguido aprovisionarse con el paso de los años con suficiente material como para subsistir de su precaria agricultura durante mucho tiempo. Cuerdas, plásticos,

madera, clavos, herramientas. Sí, lo tenía todo para pasar aislado durante dos vidas más.

Estudió algún punto de salida apartando las altas hierbas con su vara. Los lagartos, tal vez alguna culebra se escondieron todavía más en el interior de la maleza al golpeo de la madera. Calculó que un inexperto tendría que sacar unas veinte lanzas para abrirse paso hacia el descampado exterior. Una vez superados unos veinte metros de maleza, podría caminar entre una vegetación más apagada hacia la vieja carretera, oculta ya por una vegetación rasa que la había cubierto en su totalidad.

Había llovido poco durante el invierno. Muchos chubascos fuertes de gran intensidad pero durante escaso tiempo. Un montón de agua desperdiciada. Sabía que el viejo pozo se secaría a mitad de verano. Cada año racionaban su consumo más y más hasta el punto de pasar sed en algunos momentos del día.

Conseguir agua no sería demasiado difícil. Conocía dos viejas casas abandonadas en el pueblo que tenían unos pozos igual de viejos que el suyo pero sin usar desde hacía muchos años. Costaría llegar hasta ellos en medio de la maleza, pero esperaba encontrar agua suficiente para complementar la escasez del suyo, aunque tuviera que desplazarse hasta allí con el chico cada día.

Había conseguido sobrevivir durante mucho tiempo. Aquel lugar era su templo. Sacaría el agua de las mismísimas entrañas de la tierra si fuera necesario con tal de no salir de allí. Pero pensó en que hacer esa visita al pueblo con el chico, podría despertar peligrosas curiosidades en él. Abandonar la casa y ver sitios diferentes podría inquietarlo y desarrollar una arriesgada curiosidad por ir más allá. Las últimas veces que estuvo por allí, ya no vio ningún infectado con vida. Y de quedar alguno, a buen seguro estaría en las últimas. Si Izan veía la vieja iglesia, el colegio y la gasolinera, su siempre trepadora curiosidad lo atiborraría de preguntas para que le explicara de primera mano cómo funcionaban las cosas de antes. Pensó en que eso podría servirle para valorar el desastre del pasado y la suerte que tenía por poder vivir de manera autosuficiente en aquella vieja casa, y sentirse orgulloso.

Le había enseñado lo suficiente como para poder alimentarse para siempre, todo lo práctico. Su madre le enseñó a leer a escondidas, en los escasos años que vivió con él, cuando el chico todavía aprendía a hablar. Un detalle en el que no cayó hasta años después, cuando comenzó a devorar una y otra vez cualquier tipo de lectura que caía en sus manos: viejos periódicos, libros antiguos de literatura contemporánea que se conservaban en casa a pesar de que él había quemado gran parte de ellos. Tenía lo justo para ser lo suficientemente inteligente, mantener su curiosidad despierta y pensar por sí mismo. Se maravillaba con sus historias en aquel mundo que para él resultaba de fantasía. Los coches, la electricidad, las ciudades, la vida en sociedad, un mundo imaginario e inalcanzable, inviable en los tiempos que corrían, pero que lo hacían soñar y entusiasmarse una y otra vez.

Siguió repasando todo el cercado que de forma circular los envolvía hasta terminar en los restos del muro que acababan al borde del acantilado. Algunas estacas tenían mucho tiempo, unos veinte años, de cuando habían llegado allí, unos cinco años antes del nacimiento de Izan. Aunque siempre había tenido precaución de ir reponiendo, conservando las viejas todavía en su posición, alguna función importante todavía podrían hacer éstas y servir de ayuda, seguro.

Era el mejor momento del día para él. Izan inspeccionó las tres cañas que había dejado el día anterior, ninguna captura, como casi siempre. Todo seguía en su sitio, el mar estaba tranquilo desde hacía casi una semana. Se sentó al borde de una roca tras haber recuperado la cuarta caña

que escondía entre las piedras y se dispuso a entretenerse con la sustitución del sedal roto.

La temperatura allí era más fresca, la suave brisa secaba el sudor de su cuerpo, el mar se mostraba ante él poderoso e inmenso. Observó el horizonte maravillado como cada día. Cerró los ojos y respiró el aire puro. Llegaba la época del año de más trabajo, pero también la más abundante en comida fresca.

Su madre le había enseñado a nadar entre aquellas rocas, conservaba preciosos recuerdos de esos años. Su sonrisa, sus consejos cuando ambos podían sumergirse tres o cuatro metros para recorrer los recovecos entre rocas bajo el agua, recuperando las canastillas trampa para pulpos, o para cualquier otro que se prestara a entrar allí.

El mundo bajo el agua le parecía fascinante. Se sentía libre en ese universo y envidiaba la vida de aquellos que podían habitar allí. Se imaginaba un mundo de fantasía, civilizaciones prósperas en los abismos del océano. Los libros contenían ficción suficiente como para que un chico de quince años dejara volar su imaginación en aquel mundo azul.

Reparó la caña y se quitó su viejo pantalón largo, que siempre se ponía para evitar roces en su piel en el descenso y ascenso al acantilado. Desató las viejas zapatillas, la suela se había despegado casi por completo en su mitad delantera desde hacía unos días. El descenso las había acabado de deteriorar. Seguro que tenían más de cuarenta años, no sabía a quién podrían haber pertenecido, pero él daba gracias por aquellas reliquias que su abuelo fue rescatando del pueblo. El sótano estaba aprovisionado de ropa usada que a buen seguro tendrían para vestir a docenas de personas durante años. Su abuelo lo tenía muy bien organizado allí abajo, para él era un tesoro de incalculable valor. Lo había cerrado con llave y ésta estaba siempre consigo.

La marea estaba casi en su punto más alto, pero todavía subiría más. Se sabía la posición de las rocas de memoria y las diferentes alturas a las que estaban. Ese día el agua estaba muy cristalina. La visibilidad perfecta dentro y fuera del mar. Se lanzó de cabeza y su cuerpo entró en el agua en el punto exacto para no hacerse daño entre unas rocas y otras. La frescura lo tensionó y le quitó de golpe todo el cansancio acumulado de la incómoda noche de calor. Se sentía como nuevo cuando volvió a salir a la superficie. Tomó aire y bajó un par de metros en busca de las canastillas siguiendo su localización con la cuerda que las sujetaba a la superficie. Con lentitud, disfrutando del baño extrajo las tres, y de dentro de ellas cinco raquíuticos cangrejos.

Fuera del agua, cogió la piedra que escondía en el mismo sitio cada día, del tamaño de su mano, y con ella aplastó a uno de ellos, trató de partirlo en tres lo mejor que pudo y se quedó con cuatro patas. Introdujo los trozos, cáscara, carne y vísceras dentro de cada canastillo y preparó su compuerta a modo de trampa. Se podía entrar, pero no salir. Golpeó las cuatro patas con cuidado para dejar su carne a la vista y que a la vez pudieran servir de cebo en las cañas de pesca. Con sumo cuidado fue descendiendo de nuevo al fondo entre rocas para dejar las canastas trampa en su lugar, a la altura exacta para que cuando bajara la marea y el nivel del mar, las trampas quedaran a la altura por donde solían pasear los mejores cangrejos, tal vez algún pulpo en algún momento del día. Tenía mejores resultados en esas canastillas que en las cañas cuyos sedales no conseguía tensar de ninguna manera ni lanzar a más de cinco metros.

Observó el mar con los brazos en jarra, miró como tantas veces el límite en el que la zona rocosa se perdía de vista en el fondo del océano. Cada día quería nadar hasta allí, salirse de aquella mini bahía de la que pescaban, ver qué había más allá de las rocas. Tal vez la arena de la que le había hablado su abuelo de cuando existían las hermosas playas de antes de la subida del nivel del mar. Él le había dicho que la arena ya se había extraído del lugar, arrastrada por las fuertes corrientes y las noches de temporal que arremetían contra el acantilado en los inviernos más imprevisibles.

Le daba miedo aquel límite, salir de la zona rocosa. Alguna vez había nadado mar adentro, pero la profundidad que adquiriría cada metro que avanzaba lo asustaba y regresaba. Se sentía un cobarde en esa situación, la inmensidad del fondo marino, oscuro, imperceptible en la lejanía le imponía demasiado respeto como para llamar a su puerta. Su mundo era más reducido y seguro. Su casa, el terreno cultivable, la finca hasta las estacas, su seguridad plena. Abrir los ojos al océano era huir de las promesas a su familia, como desterrarse a sí mismo a un infierno. Sin embargo, sentía que algo lo estaba llamando desde la oscuridad marina. Solo tenía que romper la frágil sogá que lo sujetaba y ser libre.

3

Se puso el pantalón, cogió los cinco litros de agua salada de cada día en la vieja botella de cristal y la cerró con el corcho usado y cortado a medida. Ató la cestilla con los cangrejos en su interior a su cintura. Se dispuso a subir, con cuidado, como le había explicado su abuelo. Sin prisa. El alcohol etílico que conservaban estaba caducado desde hacía muchos años, tal vez décadas, sus propiedades curativas ya no eran las mismas. Una lección de la que estaba muy advertido. Cualquier infección podría tener unas consecuencias irreversibles, sin embargo, a cada susto, el niño había resistido sin resentirse.

Cuando llegó arriba, ya no conservaba nada de la frescura de su baño. Completamente empapado en sudor, el anciano lo esperaba sentado en el viejo banco que había reparado durante el invierno, arrimado a la pared, al lado de la puerta, en el porche. Se acercó a él con paso cansino, arrastrando el peso de la botella.

-Pobre pesca la de hoy -le dijo con fastidio-, cuatro cangrejos y uno más para cebo.

Samuel miró a su izquierda, hacia los límites de su terreno, mirando a las estacas. Luego giró su cabeza hacia la derecha, por donde había llegado Izan, al mar.

-Mañana iremos al pueblo.

El chico conocía de sobra aquel tono. No era una sugerencia, sino una orden. No solo eso, había sido la mejor orden recibida en su vida. Una instrucción sopesada, a buen seguro.

Izan miró a sus espaldas y contempló una vez más el mar. Le hizo una leve sonrisa a su horizonte. Se dio la vuelta y contempló las montañas. Las estacas. Su sonrisa se desdibujó. Subió los tres peldaños y se sentó cansado al lado de su abuelo.

-Se me ha roto una zapatilla, mira, esto ya no se puede arreglar.

El abuelo observó el pie elevado del chico y asintió sin prestar atención.

-El pozo se quedará sin agua este verano, debemos empezar a estudiar otras posibilidades.

-Vale, necesitaré unas zapatillas nuevas para caminar, ¿me das la llave y cojo otras en el sótano?

El anciano recuperó su atención plena en el chico.

-No, yo te las cojo. Vete haciendo una sopa con esa pesca que has traído, luego te llevo las patatas y alguna judía.

-¿Ya tenemos alguna judía? Bien, cada año lo hacemos mejor, se nos han adelantado algo ¿no?

-Todo se ha adelantado, las judías se tendrían que recolectar en verano.

El chico lo miró con atención mientras el anciano se levantaba, a pesar de su edad, con la ayuda de su vara pero sin apenas dificultad. Esperó una explicación, pero Samuel hurgó en su bolsillo y sacó la llave del sótano. La miró con atención durante un par de segundos y, sin mediar palabra, entró en casa.

Cuando el anciano estuvo arriba de nuevo, Izan ya había hervido el agua sobre el agujero de la plancha de hierro de la cocina, y estaba a punto de introducir los cangrejos. Avivar el fuego con tanto calor era tarea insoportable, pero rara vez en el año consentían apagarlo. Salvo esporádicas ocasiones en las que tenían comida cocinada para un par de días, la mayor parte del año preferían mantener aunque solo fuera una pequeña brasa. El fuego se había vuelto muy valioso en los tiempos en los que la energía eléctrica había dejado de funcionar y encender uno nuevo costaba demasiado esfuerzo.

-Has tardado, abuelo, no me digas que no había mi número.

-Sí lo hay, toma, el cuarenta y dos. Procura no seguir creciendo porque calzado más grande apenas tenemos.

El chico miró sus pies y se los imaginó enormes. La idea de andar descalzo el resto de su vida no le agradó en absoluto.

Samuel ayudó a pelar las patatas con su vieja navaja. Las judías eran muy tiernas, se escurrirían entre el resto de condimentos, pero aquel potaje de sabores diversos y algo incompatibles los alimentaría un día más. Su agua les daría vitaminas suficientes a lo largo del día para beber a pequeños sorbos.

-¿Sabes? Estoy leyendo un libro en el que un camión persigue a un coche que atraviesa los Estados Unidos por una mudanza -dijo el chico, divertido. El abuelo levantó su cara con intriga- ¿Crees que en el pueblo podríamos encontrar algún vehículo de esos en algún garaje?

-No lo creo, se lo habrá comido la maleza -respondió Samuel bajando la cabeza para seguir ocupándose de una patata arrugada con aspecto negruzco en su interior.

-Tal vez a un camión no se lo haya comido la maleza todavía.

-No sé de ningún camión en ningún sitio.

-¿Crees que algún día alguno de esos trastos podrían volver a funcionar?

-No -respondió sin levantar la cabeza esta vez-, es imposible. Todos esos artefactos llevan más de veinte años sin encenderse y el combustible que pueda existir en cualquier parte estará deteriorado.

-¿Y en los Estados Unidos? ¿Crees que se podría estar produciendo un nuevo resurgir de la civilización perdida de antes?

-Dudo mucho que ahí quede algo, han sido muchas las centrales nucleares que explotaron hace cuarenta años, el continente americano no tiene el ancho de Eurasia. La radioactividad lo habrá devorado todo, de este a oeste. En cualquier caso, seguramente ningún humano vuelva a cruzar el océano para comprobarlo.

-¿Y cómo sabemos que aquí no existe radioactividad? ¿Eh?

El abuelo levantó la cabeza de nuevo.

-Porque yo todavía estoy aquí. ¿Qué mejor prueba quieres que la supervivencia de un anciano?

Ante la evidencia, el chico siguió con su tarea.

Solían sentarse en el banco del porche después de comer. Pasar las horas muertas en aquel lugar era muy placentero para ambos. El sol calentaba demasiado como para hacer algo en la huerta. Su piel se abrasaba y, aunque morenos y secos por el paso de los años, una exposición

excesiva los acababa enrojeciendo. Samuel siempre le había advertido del peligro del sol.

La sopa de cangrejo con patatas los había dejado hambrientos, pero después de tanto tiempo, el anciano consiguió una disciplina suficiente para adaptar su cuerpo a pasar por eso. Izan ya había nacido con esa escasez, sabía que protestar no iba a arreglar las cosas hasta el atardecer, momento de reponer fuerzas de nuevo.

-Cántame algo, abuelo -dijo el chico poniendo los pies sobre el viejo taburete de madera.

-Cállate, déjame descansar.

Samuel tenía la costumbre de meditar, tal vez dormir, en aquella postura con la espalda recta y con las piernas en ángulo de noventa grados durante muchos minutos, tal vez alguna hora incluso.

-Cuéntame otra vez como era la música -dijo el chico aguzando la vista hacia el horizonte marino.

El anciano entreabrió los ojos y giró la cabeza para mirarlo. Cerró los ojos de nuevo.

-La música fue un lenguaje universal -dijo para aspirar aire por la nariz.

El chico lo miró de amigo a amigo, atento a la confesión. El anciano reanudó:

-Daba igual donde vivieras. En España, en Arizona, en Johannesburgo o en Tokio. Música era música. Todo el mundo la disfrutaba, no necesitaba traducciones. Millones de melodías, de estilos, de letras, de sentimientos, de pasión, de recuerdos...

Samuel abrió los ojos y miró fijamente al chico.

-Mañana no quiero que te alejes de mí ni que te metas en ningún edificio. Solo daremos un paseo y estudiaré la posibilidad de abrirnos paso entre la maleza de alguna casa que pueda disponer de un pozo antiguo, especialmente dos de las que tengo constancia. Solo ver y estudiar, ¿me has entendido? Ya iremos otro día a actuar con las ideas más claras una vez haya sopesado todas las posibilidades.

El chico asintió en silencio. El anciano lo miró y levantó una de sus canosas cejas. Luego giró su cabeza para mirar de nuevo al frente, cerró los ojos e inhaló profundamente. Izan sonrió y se dispuso a meterse en su mundo paralelo, aquel que le ofrecía la literatura gracias a uno de los regalos que le había dejado el borroso recuerdo de su madre: saber leer.

6

A partir de media tarde, cuando el sol ya había sobrepasado su momento más álgido, ambos comenzaron a desperezarse. Izan estaba de pie mirando el mar desde hacía más de media hora cuando el anciano despertó de su letargo. Se dedicaron a recoger alguna judía más y a repasar una y otra vez cada planta, cada fruto que venía de camino: patatas, maíz, alguna berenjena y unos buenos tomates cuyas semillas había conseguido conservar el viejo Samuel tras años de sumo cuidado. Los canastos con agua salada ya habían recorrido más de la mitad de su proceso. Los plásticos estaban llenos de gotas de agua dulce y, muy despacio, caminaban hacia el centro para dejarse caer en las viejas cacerolas con las que regarían al día siguiente.

-Abuelo, ¿qué ha sido de los perros? ¿Has visto alguno por aquí?

-No, se habrán ido -respondió mientras se inclinaba hacia delante para observar de cerca una planta-. Ya no les interesa este sitio, no tienen nada que comer por aquí.

-Si averiguáramos hacia dónde se han ido, tal vez nos podrían llevar hacia donde vivan más personas como nosotros.

-¿Quién te ha dicho que los perros siguen vivos? -dijo a la vez que enderezaba su cuerpo para mirar de frente al chico.

-No sé, lo he supuesto. En los libros pone que antes eran dóciles, los mejores amigos del

hombre.

-Antes era antes, hoy es otra cosa -le interrumpió para que no siguiera suponiendo.

-Ya, pero... si todavía existieran...

-Ten cuidado con los libros, chico. Tienes que aprender a juzgar lo bueno y saber qué es lo malo. El pasado, del presente. Mucho cuidado con dejar volar tu imaginación a la ligera.

-Ya, pero, ¿sabes qué?

-Ni lo sé ni me importa -le volvió a interrumpir-. Nuestro sitio está aquí. Aquí estamos protegidos, no nos faltará de nada nunca si trabajamos duro. El mundo ahí afuera está plagado de enfermedades, de pestes que arrasan con los seres humanos, de dolor y, si algún ser humano quedara, existirá la envidia, la ambición, la insolidaridad y la intolerancia. Nadie se apiadaría de ti, no hay compasión, solo dolor. ¿Me has entendido?

Izan lo miró y arrugó los ojos con cara de fastidio. Miró al mar de nuevo, el sol le cegaba la vista. El anciano se quedó quieto esperando una confirmación.

-Izan, este lugar es perfecto. Nadie va a salvarnos ahí afuera. Esto es lo mejor para vivir.

Madrid. 24 de diciembre de 2016.

Samuel observaba los edificios desde el octavo piso. Había comenzado a llover a media mañana, aunque en el exterior no hacía el frío de otros días de invierno. Observó el cielo y se detuvo en algún claro azul celeste que comenzaba a divisarse. Se dio la vuelta y miró la fotografía que estaba encima de la mesilla del salón, con sus padres, el día de su boda. Se sorprendía de cómo podría conservar algún recuerdo visible de aquel día, suponía que porque los tres habían salido muy bien en la instantánea.

Cogió la foto en sus manos y volvió a la ventana, la miró otra vez y los echó de menos como siempre. Le gustaría llamarlos allí donde vivieron, donde él se había criado, en el norte, y preguntar cómo estaba el mar en un día como ese. Desde aquel accidente de tráfico que acabó con sus vidas, no había vuelto a pisar la casa. La suponía abandonada. Tenía sueños extraños con ella cuando dormía. Las hierbas salían por las ventanas, el porche se caía y él se tiraba al mar con una pirueta perfecta cuyo clavado acababa entre las rocas, sin agua. Entonces despertaba.

-Ya no llueve como antes -dijo para los tres.

Se sentía incapaz de volver a su antiguo hogar. Incapaz de venderlo, de deshacerse de él. Quería conservar sus mejores recuerdos en su corazón, no quería enfrentarse al regreso y encontrar la absoluta ausencia de sus padres. Esperaba encontrarlos allí el día que tuviera el valor de regresar.

-Echo de menos aquellos días de invierno, los inviernos de verdad, ¿eh, papá?

Recordó cuando su padre no llegaba a tiempo para recogerlo en el colegio y entraba mojado a casa. Su madre tenía la cocina de leña encendida y lo esperaba con la merienda lista, con su mejor sonrisa. Allí hacía los trabajos del colegio durante muchas tardes, con la televisión encendida. Habían sido buenos tiempos.

Estaba respirando casi el calor de su hogar cuando sonó su teléfono móvil. Observó la pantalla e hizo un gesto de desprecio.

-¿Qué quieres?

-Tu hija quiere desearte Feliz Navidad.

-Que te jodan, ponme con ella.

-Que te jodan a ti... Dios, qué contenta estoy de haberme separado de ti.

Samuel miró a sus padres y pensó que no habrían estado orgullosos de él. Apreciaban mucho a su mujer, a su exmujer, y sabía que no habrían visto con buenos ojos lo que él había hecho.

-¿Papi?

-¿Leonor? ¿Cómo estás, cariño? ¿Quieres venir a verme esta noche y dormir aquí conmigo?

La niña hizo un silencio.

-No... no puedo, papi... viene Papá Noel y me traerá muchos regalos.

-Ya... -titubeó mientras oyó a lo lejos el timbre.

-¡Abuelos! -gritó la niña, mientras se alejaba del teléfono.

-Samuel, tengo que dejarte, han timbrado a la puerta.

-¿Lo haces adrede? Un día te arrepentirás de haberme dejado -dijo mordiéndose los labios.

-Que tengas una Feliz Navidad -dijo ella, emitiendo ese tono de voz impasible que tanto odiaba él.

-Que te jodan otra vez, y a tus padres que los jodan también.

Cuando quiso empezar a emitir insultos más contundentes a lo que su estado de ánimo le inspiraba, la línea se cortó. Miró a sus padres, observó la copa casi vacía de ron con Coca Cola que tenía en la mesa y cogió uno de los Compact Disc que tenía en la estantería. "Prince & The Revolution: Music From Purple Rain", leyó. Sacó el disco de su interior, lo introdujo en el

reproductor que estaba bajo la estantería y fue directo a la nueve. Necesitaba una tarde lluviosa, necesitaba más tristeza y más ron con Coca Cola.

*I never meant 2 cause u any sorrow
I never meant 2 cause u any pain
I only wanted 2 one time see u laughing
I only wanted 2 see u laughing in the purple rain*[\[1\]](#)

*Nunca quise causarte daño.
Nunca quise causarte dolor.
Solo deseaba verte reír por una vez.
Solo deseaba verte reír bajo la lluvia púrpura.*

Capítulo 2

1

Ambos estaban terminando la cena. El agua sobrante de los cangrejos, con las escasas verduras y las viejas patatas, había servido una vez más de menú. El anciano parecía absorto en sus pensamientos. Se levantó y recogió su plato. Retiró del fuego una de las patatas que estaba asando y se puso a mondarla con sus curtidos dedos, sin sentir el calor al tacto.

-Mañana permanecerás conmigo en todo momento. Conozco ese pueblo como la palma de mi mano y, aún así, cualquier sorpresa desagradable podría estar a la vuelta de cualquier esquina.

Izan asintió en silencio. Tenía un sentimiento extraño. Estaba ansioso por salir de allí por primera vez y ver qué existía más allá de aquellos árboles, sin embargo, en el fondo de su ser, no quería ir.

-Tómatalo muy en serio. Podríamos encontrarnos con algún cuerpo infectado.

-¿Había alguno el verano pasado cuando fuiste por última vez?

-Ninguno, de hecho, hace como unos... -Samuel dejó de manosear la patata para pensar un momento-. No sé, unos tres o cuatro años, tal vez más.

-¿Entonces? Si encontráramos alguno, a buen seguro estará en las últimas y será fácil deshacernos de él.

Samuel levantó la cabeza, de frente al chico, le miró a los ojos y trató de imponer su respeto.

-Mañana yo llevaré la ballesta y permanecerás pegado a mí. Tú llevarás dos lanzas, una para ti y otra para mí. ¿Has entendido?

Volvió a asentir en silencio y se levantó para lavar su plato y el de su abuelo en el agua salada. Lo secó con un viejo trozo de una camiseta detrás del anciano. Su rostro se puso serio.

-Abuelo... -guardó silencio.

Samuel levantó su cabeza, pero no se volvió para verlo. Supuso lo que vendría después. De hecho, llevaba tiempo esperándolo.

-Si te infectaras algún día...

El anciano giró su cabeza sin dejar que terminara la frase, mirándolo de reojo.

-Acaba conmigo. No me dejes con vida. Ya sabes... directo a la cabeza.

Al chico se le empaparon los ojos, e hizo todo lo posible para que ninguna lágrima se desbordara. El anciano percibió su emoción, pero no dijo nada.

El sol estaba a punto de meterse en el horizonte. El atardecer sangraba en un rojizo intenso, lo que auguraba una visita al pueblo con mucho calor. Le restaba un puñado de minutos a aquel día antes de sumirse de nuevo en la oscuridad. Samuel nunca había querido utilizar ningún tipo de luz que pudiera llamar la atención a algún ser desde la lejanía, infectado o no. Estaba en su templo de protección y no iba a permitir que nadie osara acercarse. Ambos se irían a sus dormitorios, sin puertas, y tratarían de dormir. Escucharían sus respiraciones y las olas del mar. En ocasiones hablaban entre ellos durante los primeros minutos, pero el chico siempre se quedaba dormido mucho antes. A la mañana siguiente, cuando despertara, el anciano estaría ya en pie. En su cabeza, era como si su abuelo solo durmiera en aquel estado de meditación que alcanzaba durante las horas muertas.

-Tómame ya la pastilla -ordenó el anciano.

El chico observó sus manos y vio que no temblaban. Abrió la puerta del viejo armario y allí

cogió una pastilla de los cientos de tabletas que tenían almacenadas, de un medicamento del pasado, cuyo efecto parecía seguir conservando a pesar del paso de los años. Se la tragó a la vista del anciano sin necesidad de agua.

Así era cada noche. Casi sin esfuerzo Izan se quedaba dormido por los efectos de la medicina, a pesar de no haber conocido ni un solo amigo, o la música, o un partido de fútbol, o la sonrisa de una chica. Allí estaría él, conforme con sentirse seguro con la presencia de su abuelo.

2

Samuel despertó al chico con las primeras luces de la mañana. Lo zarandeó con fuerza y violencia. Izan se incorporó desorientado, le extrañó la oscuridad que todavía existía en aquel nuevo día. Miró sus manos, temblaban más que nunca. Se levantó mareado. Sus ojos se cerraban una y otra vez, luchaba por mantenerse despierto. Por inercia, se dirigió a la cocina para ver si todavía conservaban alguna brasa que avivar para preparar el desayuno, pero no encontró allí a su abuelo con los preparativos a medio hacer, como cada mañana.

-¿Abuelo?

-Hoy no hay desayuno, chico. Antes tendremos que ganárnoslo. Ponte un pantalón largo y las zapatillas que te di ayer, y no camines descalzo en casa. Te lo he dicho mil veces.

-¿Y tú? ¿Vas a ir con las viejas sandalias? -dijo el chico cuando terminó de vestirse. Incómodo, Samuel pareció no hacerle caso.

-Ayúdame con la ballesta, coge todas las flechas del fondo de mi ropero.

Al chico le costaba ubicar la posición de su abuelo. La penumbra le daba vueltas en su cabeza, todo parecía querer centrifugarse. No quería caerse, ni tan siquiera aparentar un mínimo mareo, tenía que ir con él al pueblo. Tenía que disimular.

-¿No son suficientes unas pocas? ¿Vas a poder con tanto peso?

-Yo no, pero tú sí.

Apenas se veían los rostros, pero el anciano percibió la torpeza en los movimientos del chico.

Izan cogió las flechas que ya estaban enfundadas en una vieja mochila con la cabeza un poco mejor asentada. El anciano desató las sujeciones superiores y la dejó medio abierta. Introdujo la mano en su interior y recolocó las flechas de manera que éstas quedaran medio salidas. La elevó y le hizo un gesto a Izan para que se diera la vuelta. El chico se quedó durante unos instantes intentando averiguar qué significaría aquello. Cuando lo reconoció, se dio la vuelta todo lo rápido que pudo. Samuel colocó la mochila en su espalda y ajustó la correa para que no se le descolgara.

-¿Salimos ya?

-Sí, tenemos que estar de vuelta temprano. No tenemos comida para hoy. Más vale que saques algo de ahí abajo -dijo señalando con un gesto al mar, a su espalda, tras la ventana de su cuarto.

El chico no respondió, intentando salir al pasillo para mirar al este desde la cocina, buscando una luz que hiciera que su cabeza se centrara en algún punto. El anciano se movió ágil en la oscuridad. Se acercó a la esquina más alejada y cogió las dos lanzas de dos metros que tenía apoyadas en la pared. Izan las recordaba allí de toda la vida y, al igual que en cualquier habitación de la casa, siempre había dos en una de las esquinas, del mismo tamaño y del grosor de un puño, dispuestas a ser usadas, afiladas en pico por ambos extremos.

-¿Podrás con todo, verdad?

-Ajá.

Samuel le dio dos golpes en el hombro y se sintió hombre.

El anciano cogió la ballesta que tenía bajo cama y el buen puñado de flechas que tenía sobre ella. Unas eran metálicas, otras de madera que él mismo había confeccionado. Colocó una de las mejores y cargó la ballesta. Movi6 el seguro y apuntó a la pared. Apretó el gatillo y la flecha no salió. Samuel se mostró conforme.

-Vamos, todavía tenemos que encontrar el punto de salida.

3

El viento era fresco. No había llegado la época del año en la que salir sin apenas ropa por la noche no suponía inconveniente. Izan llevaba la camiseta de manga larga con la que había dormido. De su negro original no quedaba nada, pero todavía eran visibles las letras "Bulls" y el logotipo de la NBA.

Ambos adoraban aquella temporada del año. Los días no eran tan cortos como en invierno y tenían más tiempo de luz. No hacía tampoco ese calor asfixiante que los llevaba al borde de la locura cada verano, de día y de noche. La cosecha que habían plantado en invierno era recogida en esa etapa y, aunque eran unas semanas de mucho trabajo, la recompensa los saciaba de comida durante un par de meses. Ambos se unían más, el anciano estaba de mejor humor, e incluso existían más pájaros en el cielo. Especies de las que Samuel dijo que nunca había visto en su juventud, pero que ahora se movían por el aire a sus anchas hasta que llegaba el verano y desaparecían todos.

Samuel, que sin embargo dormía todo el año sin apenas ropa, se había vestido también con manga larga y pantalones hasta los tobillos.

El chico se extrañó del atuendo insólito en su abuelo, mientras él oteaba el horizonte hacia las montañas, a los primeros resplandores que aún no eran capaces de ocultar las estrellas. Cuando se dio la vuelta y miró al chico, percibió su cara cómica de extrañeza.

-Con esta ropa debemos volver, ¿me oyes? Aunque tengamos calor, no te quites nada. Toda la maleza que hay afuera se puede enredar en la piel y provocarnos alguna herida peligrosa. Cuanto más tapados vayamos, mucho mejor.

Samuel cogió el largo palo que le valía de bastón a diario y bajó los tres escalones del porche en dirección a las estacas que cercaban toda la finca. Comenzó a golpear con la vara el suelo como si estuviera buscando algo, hasta que dio contra otra madera, una estaca. Se fue moviendo a su derecha, golpeando cada una de ellas con cuidado. Se agachaba a media altura y las tocaba para asegurarse en qué dirección estaban clavadas, de su longitud y hacia dónde apuntaban.

El chico, a su espalda, no articulaba palabra. El anciano murmuraba algo por lo bajo, muy habitual cuando los planes no iban bien y se enfadaba por alguna circunstancia. Con el paso de los minutos la luz fue apareciendo y las estrellas ausentándose hacia naciente.

Samuel encontró la salida.

-Por aquí, pisa donde yo lo haga.

El anciano fue avanzando cada palmo con mucho cuidado, contorneando su cuerpo a cada estaca que salía a su camino, a la altura de las costillas. La maleza impedía verlas por completo.

-No sabía que había tantas -dijo el chico.

-Cuidado con ésta, agárrate a ella, cógela -el chico echó las manos adonde su abuelo se estaba sujetando y se agarró a un tronco de unos quince centímetros de diámetro-. ¿La tienes? -el chico asintió.

Para cuando cruzaron los diez metros de lanzas, estacas, pinchos y maleza pegajosa y puntiaguda, el sol comenzaba a asomar por detrás de la montaña. La claridad era ya casi total. El anciano apartó una última tranca para que el chico pudiera salir de aquella trampa.

-Esto es asqueroso, abuelo.

-De eso se trata, chico. Vamos, a partir de ahora ya no hay tanta maleza.

Comenzaron a caminar por entre la hierba, medio seca ya, alguna verde en sus extremos, pero podrida en su nacimiento. Les daba a la altura de las rodillas, y el chico decidió pisar donde su abuelo lo había hecho, abriéndose camino. Se dio la vuelta y ya comenzó a añorar la comodidad de su hogar. Después de avanzar unos metros, miró hacia delante y se imaginó un pueblo fantasma que había sido devorado por la vegetación con el paso de los años, las décadas. ¿Qué podría haber allí que no pudieran ya tener?, pensó el chico.

-Recuerda nuestro objetivo de hoy, debemos buscar agua. Agua de calidad, a ser posible.

-¿Y si la encontráramos, tendríamos que venir a buscarla a menudo?

-Tantas veces como sean necesarias, nuestro pozo está en las últimas.

4

El camino se volvió más llevadero. La maleza había decrecido en tamaño a medida que se acercaban al pueblo y las pisadas eran sobre terreno más duro. El sol se había levantado un palmo y había templado el ambiente. El anciano caminaba más seguro con su vara, e Izan se había puesto a su lado. La brisa agitaba su pelo largo, canoso el de uno, moreno y joven el del otro.

-¿Por qué no vamos rectos hacia el pueblo?

El anciano siguió caminando sin mirarle.

-Caminamos sobre una vieja carretera, así avanzamos más rápido.

-¿Aquí debajo hay una carretera?

-Asfalto puro, que todavía se conservará casi intacto durante muchas décadas. Solo que por encima ya hay varios centímetros de tierra en la que ha crecido la hierba, pero todavía conserva la dureza para poder caminar mejor.

-¿Estamos siguiendo la vieja carretera entonces? ¿Cuánto tardaremos en llegar?

-Mucho menos que cruzando campo a través en medio de esa blanda espesura. No siempre el trayecto más sencillo en apariencia es el más rentable a la larga.

Caminaban a paso más ligero. La maleza apenas les daba a la altura de los gemelos. El chico comenzó a entusiasmarse al divisar a lo lejos un vehículo abandonado.

-Es un autobús, ¿verdad, abuelo? -dijo cuando estaba a unos doscientos metros, adelantándose unos pasos.

-No te adelantes, camina a mi lado -ordenó seco el anciano.

Izan lo miró de reojo sin comprender.

-¿Puedo subir? -volvió a insinuar, recuperando el entusiasmo.

-Es un nido infectado. ¿Cómo tengo que decírtelo?

-¿Tienes miedo a que se me aparezca un zombi, abuelo?

-¿Un zombi? -dijo Samuel extrañado.

-Sí, he estado leyendo un libro sobre unos muertos resucitados que caminan de manera muy similar a los infectados. En realidad caminan igual a ellos.

-No son zombis. Son seres humanos, infectados, desamparados, sin solución, esperando una agonía para que les llegue el momento de fallecer.

-¿Una agonía? -dijo el chico mientras caminaba al lado del autobús y admiraba su belleza.

Sus colores azul y naranja laterales ya eran imperceptibles casi en su totalidad-. Pero si no tienen conciencia, abuelo. ¿Te acuerdas aquel día que matamos a uno que se había quedado enganchado en las estacas? No sienten el dolor, son zombis.

-No hables así de ellos, muchacho. Guarda respeto, antes de estar infectados eran seres humanos como tú y como yo -dijo mirándolo con un ojo cerrado por la poca visibilidad que se le ofrecía al tener el sol de frente.

-Pues yo los llamaré zombis -insistió mientras se volvía de nuevo para contemplar la robustez del vehículo, en donde crecían el musgo en sus bisagras y hierbas en el techo del mismo. Ya no había rastro de los cristales en los que se apoyarían desde su interior los seres humanos que habían tenido la fortuna de viajar en él.

-Llámalos como te venga en gana.

Caminaron en silencio. La brisa había aminorado su intensidad y se respiraba un aire muy puro, tranquilo, de mucha paz. La cara del chico mostraba más emoción a cada paso, mientras que la del anciano se tensionaba a medida que se acercaba al pueblo.

Comenzaron a divisar los primeros viejos tejados entre los árboles. En el trayecto de la carretera, vieron los primeros coches: algunos devorados por una vegetación que se había incrustado y había ocupado gran parte de su habitáculo, proyectando en su interior unas sombras espantosas, de modo que simulaban estar habitados por algún ser viviente de dudosa fiabilidad.

A medida que se acercaron, el anciano fue levantando de manera inconsciente la ballesta, acercando su dedo al enganche de seguridad. El chico notó la tensión del abuelo y agarró las dos lanzas con fuerza. Cuando pasaron al lado del primer coche, nadie dijo nada. Samuel caminaba seguro, pero atento a cualquier movimiento. Izan se había puesto detrás de él sin haberse dado cuenta. El anciano se paró y apoyó la ballesta en el suelo y en su pierna. Cogió su vara y la echó a su espalda, atándola con la misma correa que sujetaba sus flechas. Con ella en diagonal, cogió la ballesta con los dos brazos para elevarla mejor y con más seguridad. Le quitó el seguro y la apoyó contra su pecho.

-Permanece atento, chaval. Comenzaremos por aquellas primeras casas que hay en la entrada del pueblo. Si encontramos lo que buscamos allí, no nos adentraremos más, ¿entendido?

El chico asintió con el movimiento de su cabeza y colocó una lanza en cada mano para sujetarlas con más fuerza. Caminaron ambos hacia el pueblo, donde el chico pudo, esta vez sí, divisar por dónde pasaba la vieja carretera: allí donde los árboles todavía no lo habían invadido con sus raíces, como les había ocurrido a las casas, a las que tapaban en muchos casos. Al borde de su camino, unos postes altos se elevaban dándoles una bienvenida sinuosa.

Izan levantó la cabeza para mirarlos y, en su aspecto siniestro, vio unos brazos que lo recibían con alegría. Volvió a sonreír. El anciano caminaba erguido, acercándose cada vez más. Pasó cerca de otro coche sin prestarle atención, comenzó a estudiar cómo estaban dispuestas las viejas viviendas y cuál tendría el terreno menos afectado por la vegetación. A menos de cien metros de la primera vivienda, se volvió y vio al chico tocando la base de aquellos postes, mirando hacia arriba con cara de sorpresa.

-Deja esa farola, no perdamos tiempo.

-¿Farola?

Caminaron hasta acercarse a la primera casa: Samuel con el arma levantada a la altura del pecho; el chico, de puntillas, con una lanza por encima del hombro y la otra con el brazo caído. El

anciano se acercó al viejo cierre que delimitaba el terreno de una de las primeras viviendas. Casi ocultos entre la vegetación, se divisaban algunos trozos de ladrillo roto. Intentó mirar por encima de la envergadura de los arbustos, pero su altura no era suficiente. Aguzó la vista entre la maleza y comprobó que, con tanta espesura, penetrar era imposible. Miró a su alrededor y observó que el resto de casas estaban en la misma situación.

-Parece que las pocas lluvias de este invierno han sido muy bien aprovechadas. Cómo ha crecido esto.

-En unas semanas todo esto estará más seco e igual es más fácil abrirse camino, ¿no, abuelo?

-Para cuando esto esté seco, nosotros estaremos sin agua. Tenemos que adentrarnos en el pueblo, allí la maleza crece diferente. Vamos.

El chico miró al interior de la calle y sintió intimidación por las sombras que el sol, todavía bajo, dibujaba en aquellos pasillos fantasmagóricos. El anciano ya caminaba a paso firme por el centro de la calle, con las hierbas a la altura de los tobillos. Se puso en marcha rápido para seguir sus pasos.

Avanzaron despacio por la calle principal. El paisaje era sinuoso y la oscuridad del interior de alguna ventana que quedaba todavía a la vista, se clavaba en ellos como unos ojos gigantes que insinuaban un desenlace fatal. El chico había perdido el entusiasmo del inicio.

De los coches abandonados que había en más número, apenas quedaban rastros. La vegetación se los había comido. Eran bultos bajo una maraña espesa. Ruedas y cristales habían desaparecido y, a la vista, tan solo quedaba un esqueleto que parecía querer convertirse en ceniza de un momento a otro.

El anciano caminaba por el centro de la vieja carretera, que perdía gran parte de la espesa hierba de su superficie a medida que se adentraban en el pueblo. Miraba a un lado y a otro, los edificios eran cada vez más altos, se detenía en las pocas calles transversales que se unían a la principal con la intención de ver algún pasillo cómodo por el que penetrar en medio de aquella selva de árboles, arbustos y hierba alta. Era el escenario testigo de una civilización que en su día fue próspera.

El aire era denso en el pueblo, una ligera brisa movía muy suave las hojas que, por momentos, parecían cobrar vida propia y saludarles con alguna intención. Llegaron a una vieja rotonda, donde abundaba una vegetación que había trepado desde el centro de la misma hacia las demás calles colindantes, a través del suelo, como si de viejas raíces que crecieran por encima del asfalto se tratara. Cuatro calles llegaban hasta allí desde diferentes puntos. El anciano vio a lo lejos dos bultos que se movían desde el este.

-¡Al suelo! -susurró agachándose.

El chico lo imitó casi de inmediato. Se escondieron en medio de la extraña vegetación. Samuel se movió en cuclillas, en una postura más propia de un niño que de un anciano. Entre la maleza, se elevó ligeramente y observó la calle.

-Perros -susurró con miedo el chico desde atrás.

El anciano se dio la vuelta y agarró al joven con fuerza, tirándolo al suelo sin darle opción a que levantara su cuerpo más allá del suyo.

-Todavía están lejos, explorando, y no nos han visto -dijo el anciano señalando con el mentón de su mandíbula hacia una avenida ancha, con más luz que ninguna y que se abría hacia el sur con una ligera pendiente descendente.

Samuel, conocedor del plano en su mente, no dudó. Se incorporó despacio y, moviéndose como un chimpancé, apoyando las manos y la ballesta en el suelo a cada salto, se dirigió a ella entre aquellas raíces. Miró atrás al llegar a la entrada de la calle. El chico lo observaba asustado.

Cuando vio a su abuelo dirigirle una mirada de desprecio, corrió hacia él lo más agachado que pudo.

-¡Vamos! -dijo el anciano, apretando los dientes.

El muchacho se pegó a sus pies y ambos caminaron más erguidos, apurando cada paso y registrando a la vez cada palmo de la calle, rastreando cada detalle y cada movimiento que los arbustos hacían con la suave brisa de la mañana.

-Hace años que no veía a ningún animal por aquí, mantén los ojos abiertos.

Izan caminaba callado, expectante a cualquier sombra, abrumado por la inmensidad de los edificios, que ahora sí, veía con más claridad en medio de la frondosa vegetación. Se adentraban en la zona más edificada del pueblo. Casas de doce o quince metros de altura, pegadas unas a otras. Sus ventanas, oscuras, conservaban remanentes de la civilización perdida. Algún resto de algún cristal en alguna de ellas, algún retal de cortina que todavía colgaba del techo, moviéndose como fantasmas, hipnotizándolo por completo.

-¿Me estás oyendo? -dijo el abuelo enfadado, deteniendo su marcha.

-¿Qué? ¡No!

-Que me cojas la vara de mi espalda, que la voy a necesitar -ordenó el anciano.

Izan miró a su abuelo y se sintió intimidado, aunque seguro a su lado. Apoyó las dos lanzas en el suelo y, en ese instante, oyeron diferentes ladridos y gruñidos que sonaron cerca.

-¡Vamos, rápido, parece que no vienen solos!

El chico desenganchó la vara del anclaje de las flechas y la desenvainó. Se la puso delante.

-Sujétamela tú. Vamos a entrar en aquel edificio.

-¿Cuál?

El anciano señaló con la vara una puerta de entrada que estaba a unos cincuenta metros. Izan no lo había visto todavía, pero allí la vegetación se había colapsado de tal manera que dos árboles habían crecido a un lado y a otro, y entre tronco y tronco, tropezándose las raíces, la hierba no había crecido apenas sobre la madera, dejando libre la entrada al edificio.

Avanzaron unos pasos y el chico pudo ver que la puerta de entrada, metálica, conservaba su blanco original de manera asombrosamente intacta. Samuel vio su cara de asombro y lo atrajo tras de sí hasta estar frente a ella. El sol les daba de espaldas, pero la sombra que proyectaban los árboles impedía que la luz penetrara en la fachada del edificio. Izan miró hacia arriba y, en sus adentros, concluyó que no quería entrar.

La observó y pensó que esa puerta tenía que ser la mejor que podría encontrar en todo el mundo. La coincidencia justa de que los dos eucaliptos hubieran nacido allí la mantenía casi intacta, protegida del sol y de la lluvia. Avanzaron rápido hasta la entrada. El anciano prestó toda su atención a los sonidos del ambiente.

-La puerta está abierta, solo hay que empujarla.

El anciano avanzó unos metros y se acercó a ella levantando los pies con cuidado y apoyando el arma en su hombro en posición de disparo.

-Siempre dejo una ramilla enganchada entre el marco y la puerta, y está ahí, en el sitio exacto. Nadie ha entrado aquí en los últimos meses.

Izan observó al anciano, incrédulo y con aire desconfiado.

-Vamos, empujarás la puerta con la vara mientras yo apunto hacia dentro.

El chico lo miró y se pasó la lengua por los labios. Se dio cuenta entonces de que tenía la garganta seca y tragó saliva que pareció salir de las catacumbas de su cuerpo.

-Pero si no hay nadie ¿A quién quieres apuntar? ¿Qué hay ahí dentro?

- No te confíes.

El chico asintió levemente mientras miraba de reojo el hueco que quedaba entre tronco y fachada, lleno de hierbas que tapiaban las rejas que se conservaban en las ventanas del bajo.

Los perros volvieron a ladrar y, si la gravedad de aquellos ronquidos iba en concordancia con el tamaño de los animales, estos serían enormes.

-¡Vamos, abre la puerta!

El muchacho apoyó la vara y comenzó a empujarla, pero ésta ni se inmutó. Insistió con más fuerza, pero parecía como si alguien estuviera haciendo lo mismo desde dentro. Unos ladridos diferentes llegaron calle abajo. Samuel tensionó todavía más el arma contra su hombro y le hizo un gesto para que tirara la puerta.

Izan dio un paso atrás y, con la suela de sus zapatillas, estampó una patada en el centro de la puerta. Esta se abrió por completo y chocó contra la pared, quedando clavada allí mismo. Se retiró y dejó el hueco a la vista del abuelo. Este, sin pestañear, se movió de derecha a izquierda desde su posición, queriendo abarcar la máxima visión posible del interior, pero sin entrar en la estancia. Había luz suficiente. Un enorme ventanal, situado a mitad de unas escaleras que subían al piso superior, ventilaba la estancia llena de hierbajos, musgo y paredes casi negras de humedad.

Tras unos largos segundos, Samuel se adentró caminando despacio, sin hacer ruido. Un olor intenso inundó sus tráqueas. Izan se dio cuenta en ese momento de que todo el pueblo olía así. Allí dentro, un lugar cerrado donde hongos, líquenes, además de ciempiés y otros gusanos y babosas, habitaban en armonía desprendiendo un olor demasiado intenso para su nariz, acostumbrada al aire puro y a la brisa del mar.

-Abuelo, vámonos de aquí -dijo en medio de una arcada.

-Entra y cierra esa puerta, vamos al piso de arriba.

El anciano comenzó a subir las escaleras de piedra pulida, resbaladizas y que todavía conservaban un color castaño, cada vez más cerca de su estilo natural a medida que las subía.

Izan agarró la puerta y comprobó cómo sus dedos resbalaban en ella. El interior de la misma no conservaba el mismo aspecto que su exterior. Aquella mucosa negruzca le dio asco. La cerró con el pie, empujándola con fuerza en una última patada.

El chico notó cómo su abuelo estaba más confiado allí dentro. Había bajado el arma a la altura de su pecho, a mitad de la escalera. Izan se apresuró a alcanzarlo. Una vez arriba, el aire circulaba y ventilaba como para no respirar la espesura maloliente de la putrefacción.

-Vamos a aquellas habitaciones de allí -dijo señalando el fondo del pasillo con el arma.

-¿Qué hay allí?

-Las mejores vistas para controlar a esos bichos.

El chico cambió su actitud, se sentía protegido allí arriba. Quiso dejar una lanza en el suelo y disponerse a seguir a su abuelo de manera apresurada.

-No, no, no -susurró Samuel-, vamos a ir pasando por delante de las demás habitaciones. Las de tu izquierda están orientadas al oeste. Hacia ahí llueve mucho, están llenas de matojos, pero hay que apuntar por si saliera algún animal. Las de tu derecha están orientadas al este. No llueve tanto ahí, pero también tendrán hierbas.

-¿Y las del fondo, cómo están?

-Viejas, sin más. Viento del norte, nunca llueve, muy ventiladas, sin apenas maleza.

-Vamos -dijo el chico convencido.

El anciano comenzó a caminar con paso decidido. El chico dejó una lanza apoyada al pasamanos y comenzó a seguirlo con la otra, sujetándola con fuerza. Cuando llegó al primer dormitorio a su izquierda se movió lento, intentando abarcar el mayor campo de visión posible. La puerta estaba abierta por completo y allí no había más que hierbas que habían crecido a la altura

de un niño, incluso encima de la vieja cama que se suponía que estaba allí. El suelo estaba cubierto de tierra. Los gruñidos afuera se oían más cercanos.

Izan miró a su espalda y contempló las huellas que estaban dejando a su paso en la ligera capa de tierra que se extendía por todo el pasillo, por encima de las viejas baldosas. Miró hacia delante el tramo que les faltaba por recorrer y no vio rastro de ningún ser vivo.

-Abuelo, aquí no hay nadie desde hace mucho tiempo. Las únicas huellas son las nuestras.

Samuel observó su propio rastro en el camino andado por el pasillo y enderezó su espalda en un gesto de relajación. Avanzó más rápido hacia el dormitorio de la derecha, sin puerta, y vio un panorama similar. De dentro de uno de los armarios salían unas hierbas altas que más parecían querer esconderse que salir a la luz de la mañana.

El chico inspeccionaba cada estancia con asombro. Eran los restos de una civilización antigua que él no había conocido más que por los libros que poseía, pero de la que sabía que para los supervivientes, como su abuelo, era muy reciente. Ansiaba conocer más de aquella época pasada, donde prosperar había sido una inercia en evolución casi constante en la historia de la humanidad.

Samuel llegó al tercer dormitorio, a su izquierda, y relajó por completo la postura de sus brazos. Otra estancia sin puerta y todavía más hierbas en su interior. Se giró hacia Izan y le hizo una señal para entrar en el dormitorio del fondo del pasillo.

Dos entradas estaban casi juntas, separadas entre ambas por un tabique que dividía la estancia en dos habitáculos diferentes. El de la izquierda no conservaba la puerta. En su interior se intuían los restos de un sofá colocado casi a mitad de la estancia de espaldas a la pared, cubierto por hojas secas y podridas de varios inviernos y unos armarios a los que no se reconocía su color original. A la derecha había una puerta de la cual quedaba solo una parte. La estructura atornillada contra las bisagras permanecía quieta. Se intuía en su interior una mesa cuyo tablero estaba inclinado y un taburete todavía colocado como si su dueño se acabara de levantar. Un mueble se había escabullido de la intemperie que el hueco de la ventana ofrecía, día tras día, para contribuir a la destrucción natural del edificio. Afuera, los perros pasaban cerca trotando y gruñendo.

Samuel empujó la puerta para dejar pasar al chico. Esta, en lugar de abrirse, crujió y se descolgó de manera definitiva, para siempre. Ambos se quedaron en silencio. Izan soltó aire tras el ruido.

Pasado el susto, el chico se adentró en el habitáculo sin miedo. Sus pisadas crujieron en la arena y las hojas del suelo. Se dirigió hacia la estantería, algo allí llamaba su atención. Se lo había imaginado tras haber leído sobre él en algunos libros del siglo veinte. Se acercó al objeto y levantó su tapa completamente fascinado, descubriendo el brazo con la aguja intacta, el plato giratorio y algún interruptor cuyo funcionamiento desconocía.

Cuando se dio la vuelta, Samuel observaba por la ventana a más de tres pasos de distancia, como si tuviera miedo a ser visto. Dos bestias olisqueaban los matojos, levantaban el hocico a los cuatro vientos, intentando seguirles el rastro.

Hacía muchos años que Samuel no veía uno de aquellos. Era una raza horrenda. Las orejas puntiagudas de los perros no tenían pelo y los bigotes de sus hocicos, desnudos también, eran enormes. Los colmillos sobresalían aún en postura relajada y el tamaño en general era mucho más grande de lo que recordaba. Su pelaje, largo pero irregular por todo el cuerpo, con zonas en llagas que carecían de pelo. Ambos gruñeron al viento y se echaron a correr calle abajo.

-Han pasado de largo.

-Un tocadiscos... -dijo el chico hacia el anciano, mientras este retrocedía sobre sus pasos y

volvía al pasillo, echando un vistazo rápido por pura inercia.

Se dio cuenta de que la habitación de al lado no había sido suficientemente inspeccionada. Volvió a mirar en su interior y observó los restos de aquel sofá. Metió su cuerpo mientras oía cómo Izan abría, al otro lado, las puertas del armario. Avanzó un par de pasos y echó un vistazo a toda la estancia. Con la intención de no hacer el mínimo sonido y poder escucharlo todo, movió sus ojos en todas las direcciones sin girar el cuello.

-Abuelo, encontré un buen puñado de discos -dijo Izan desde la otra habitación.

Cuando estaba a punto de volver junto al chico, se percató de que algo no encajaba. Las hojas del suelo, al lado del sofá en dirección a la ventana, estaban amontonadas de una manera ilógica. No seguían el mismo patrón desperdigado al azar del resto de la habitación, sino que incluso en algún pequeño espacio se veía el color de las viejas plaquetas del suelo. Avanzó entonces dos pasos en dirección a la ventana, atraído por una sensación que no reconocía en sí mismo desde su juventud.

El instinto de supervivencia de años pasados volvió a llenar su cuerpo de adrenalina y, por inercia, levantó el arma y la colocó a la altura del hombro. Avanzó unos pasos más y lo vio. Tumbado boca arriba, detrás del sofá, inerte, yacía el cuerpo de un hombre joven, abrazándose a sí mismo con los ojos muy abiertos y la mirada perdida en el techo. La suela de sus zapatos, extrañamente nuevos, apoyados en el suelo, y sus piernas en ángulo de cuarenta y cinco grados encogidas hacia arriba.

Apuntó con el arma a su cabeza. No estaba seguro de si estaba muerto. De estarlo llevaría muy pocas horas.

-¡Abuelo! ¿Qué haces? -gritó el chico desde la puerta.

Samuel lo observó rápidamente y volvió a mirar a aquel ser. Se percató de que Izan ya se había hecho con el equipo. Había desenchufado todos los cables y portaba un gran paquete de discos debajo del otro brazo.

El hombre que yacía en el suelo parecía volver de un estado de coma al oír la voz del chico. Sin pestañear movió sus ojos desviando su mirada a otra parte del techo, clavando la vista en el anciano al siguiente movimiento.

Samuel vio entonces los restos de un hombre que solo hacía unos días estaría sano, a punto de infectarse del todo y de perder toda esperanza de acabar con vida. La cabeza del anciano comenzó a dar vueltas, aturdido por la incomprensión de cómo podría haber llegado hasta allí un hombre en todos sus cabales. Meditó una decisión en décimas de segundo que en su cabeza parecieron minutos. Sopesó apretar el gatillo y acabar con su vida delante del chico. Lo puso en la balanza frente a salir sin hacerle daño y dejar que la providencia se encargara de él.

Con los años de supervivencia que llevaba a sus espaldas había aprendido que lo mejor era acabar con cualquier atisbo de peligro, por mínimo que fuera, así que decidió apretar el gatillo y ya lo razonaría después.

El casi cadáver levantó su brazo derecho en dirección a Samuel, como para pedir clemencia por última vez. A la altura de su muñeca, llevaba atada con un cordel una vieja libreta pequeña, como si de un manual de instrucciones se tratara.

-¿Abuelo? ¿Qué has encontrado ahí? -dijo el chico dando un paso hacia el interior de la habitación.

Su decisión cambió, ya no había vuelta atrás. En la balanza de posibilidades se encendió una luz de esperanza que el anciano investigaría en otro momento.

-Vámonos de aquí, ¡venga! -ordenó, saliendo apresurado del habitáculo.

-¿Qué hay ahí, abuelo?

-Un animal moribundo con un aspecto muy desagradable, ¡vámonos! -dijo mientras cogía al chico por el brazo empujándolo hacia fuera.

El tocadiscos se le escapó de las manos, pero consiguió agarrarlo de nuevo. Los discos se le cayeron al suelo.

-¡Vamos! -volvió a ordenar Samuel, mientras el chico cogía uno de los vinilos al azar de entre el montón caído. Quiso agacharse para recoger alguno más, pero su abuelo caminaba de espaldas sin perder de vista el sofá donde se escondía el infectado, tropezando a cada paso con el cuerpo encorvado del muchacho. Al cabo de cinco pasos, los discos estaban lejos del alcance del chico, que desistió y siguió el consejo de su abuelo, apresurando el paso hacia el fondo del pasillo por donde habían entrado.

Samuel seguía apuntando cuando llegaron a la bajada de las escaleras. El chico agarró una de las lanzas y bajó apresurado, apretando con el otro brazo aquel tesoro que se había encontrado.

Cuando el anciano llegó al piso inferior, Izan ya se encontraba fuera, encorvado sobre sí mismo, con fuertes arcadas provocadas por el intenso olor. El anciano cruzó la salida odiando con la mirada la precipitación del chico y mirando a todas partes al mismo tiempo. Cuando llegó a su altura, le asestó un puntapié en el muslo trasero. El joven, medio encorvado, acabó por caerse al suelo tras la patada.

-No podía más -sollozó el chico, limpiándose la saliva.

-No vuelvas a poner en peligro mi vida, porque a la próxima te dejo solo a merced de esas bestias.

Izan se levantó y recogió el tocadiscos y su lanza. El anciano volvió a la puerta y la cerró con cuidado de no hacer ruido. Vio entonces que la vieja astilla que había dejado como señal la vez anterior se había incrustado en el marco. Se había soldado de tal manera que se había quedado allí, a pesar de haber abierto la puerta.

Salieron a la calle principal y el anciano agradeció el aire limpio. Agradeció incluso que el calor comenzara a pegar fuerte. En un gesto inconsciente, se aseguró de que las mangas de su camiseta estuvieran bajadas para protegerse del sol y miró el edificio, con la esperanza de que nada se asomara por las ventanas. Miró a ambos lados de la calle, que permanecían solitarias, sin rastro de aquellos animales. Observó al chico, que estudiaba con toda pasión la portada del disco.

-Veo que no has aprendido lección alguna -dijo el anciano mientras negaba con su cabeza-. Vámonos de aquí. Por hoy ha sido suficiente.

Madrid. 1 de junio de 2017.

Samuel había perdido la cuenta de cuántas rondas había pagado. Cristian, su mejor amigo, era un ludópata sin empleo fijo que, en su matrimonio, se jugaba al límite tanto sus opciones económicas como las morales. El dueño del bar pasaba la bayeta a la barra, mirándolos de reojo. Eran los últimos de aquella noche.

-Tío, deberíamos irnos. ¿No te echarán de menos tu mujer y tus niños?

-Tal vez, ¿sabes? Tú sí que estás bien, desde que te has divorciado te envidio más que nunca.

-Pues no sé, echo de menos a mi hija -dijo Samuel, levantando el vaso de whisky.

-¿Leonor? La verdad es que es preciosa, va a ser más guapa que su madre. Te la van a quitar rápido -levantó el vaso, pero no consiguió apuntar hacia el de Samuel.

-Se está alejando, cada día pregunta menos por mí. Su madre se encarga de que así sea.

Se quedaron en silencio durante unos segundos. En el televisor del bar repetían las noticias del día en el canal de veinticuatro horas. La presentadora anunciaba el reportaje siguiente: *“Estados Unidos abandonará el acuerdo de París sobre el cambio climático”*.

-¿Sabes qué?

-¿Qué?

-Yo tenía que echarle huevos y ser como ese presidente de los Estados Unidos.

-¿Por?

-¿Quién se cree eso del cambio climático? Seguro que los ecologistas están haciendo mucho negocio con ese bulo. Es el único que ha sabido salirse de ese nuevo dogma de mierda.

-Me da igual si es cierto o no -dijo Samuel, bajando la vista-. Qué me importa a mí si la temperatura sube un poco. Cuando eso se empiece a notar, tú y yo ya no estaremos aquí.

-Brindemos por eso, amigo -levantaron las copas-. ¿Me llevas a casa?

Capítulo 3

1

Desde que habían llegado del pueblo, habían realizado todas las labores en el campo sin dirigirse la palabra en toda la mañana. Sin tener nada más interesante que llevarse a la boca que un puñado de judías crudas, se sentaron en el porche para dejar pasar las horas muertas. El chico estaba fascinado frente al tocadiscos que había limpiado con suma delicadeza gracias a un deshilachado pincel.

Samuel reflexionaba que aquella novedad en la vida del chico podría ayudarlo a entretenerse durante una temporada. Izan tenía ante sí una reliquia que atestiguaba la existencia de tiempos mejores, de los cuales no había pasado lo suficiente como para destruir las pruebas de una civilización avanzada.

-Igual funciona, la aguja parece en buen estado -dijo Samuel para sí mismo, intentando romper el silencio.

-¿Funcionar? Abuelo, la electricidad ha dejado de funcionar desde hace más de treinta años, según tú.

-¡Cállate! Estás a punto de escuchar música por primera vez en tu vida.

El chico lo miró con asombro. Los cuentos de fantasía y falsas ilusiones hacía tiempo que los había dejado atrás. Tenía un vago recuerdo de su madre contándole aquellas historias antes de dormir, pero jamás esa picaresca había sido utilizada por el anciano. Ahora se consideraba un chico lo suficientemente maduro como para dejar de creer en fábulas para niños, pero Samuel había interpretado el papel de manera creíble. En sus ojos se atisbaba una ligera emoción.

Se levantó, se dirigió hacia el chico, se agachó y cogió el viejo vinilo. Se irguió y observó el cartón con admiración. Su carátula pareció reflejarse en su rostro y, emocionado, le dio la vuelta para leer el título de las canciones.

-¿Eso es inglés, abuelo? Yo no lo entiendo -dijo el chico, levantándose y poniéndose a su lado.

-Sí, lo es. Es un gran disco. Seguro que el mejor de todos los que se cayeron por los suelos.

-¿Y qué significan esos títulos?

El anciano se mantuvo en silencio observando cada detalle. El chico lo miró extrañado. Samuel extrajo con cuidado otro papel que estaba dentro del cartón. Un ojo negro asomó dibujado sobre un fondo blanco. El anciano continuó extrayendo el sobre grande, en cuyo interior se guardaba el preciado disco. Otro ojo púrpura sobre una base negra apareció dibujado, formando una cara con nariz y boca sobre un fundamento bicolor.

Samuel sopló sus dedos, metió el pulgar y el índice en su interior sacando el vinilo. Lo cogió con sumo cuidado por los bordes, haciendo presión sobre las palmas de su mano con destreza. Lo inclinó para ver el detalle de los surcos a la luz.

-Está perfecto -susurró maravillado.

El chico lo miraba con atención y siguió cada movimiento con detalle. Samuel sopló por encima de la superficie del disco, con delicadeza.

-Pon el tocadiscos encima del banco.

El chico obedeció de inmediato y el anciano se dispuso a colocarlo encima del plato. El metal del centro del círculo se introdujo a la perfección en el agujero del disco. Comenzaron a

sudarle las manos y se las limpió en su sucio pantalón. Acercó su mano derecha a la palanca de la aguja para levantarla con dos dedos, pero ya no tenía el tino suficiente y su mano comenzó a temblar. La elevó entonces con la ayuda de la palanca. Movi6 con un dedo el brazo del aparato hasta dejar la aguja encima del borde del disco.

Izan habfa aumentado su estado de fascinaci6n. El anciano se habfa inclinado sobre el plato para calcular que la ca6da de la aguja fuera a parar al lugar exacto. Baj6 la palanca con suavidad y esta cay6 sobre los primeros surcos con precisi6n. Samuel puso su mano en la pegatina central del disco y, haciendo una ligera presi6n, suspir6 y comenz6 a girar el plato en el sentido de las agujas del reloj. Nada se oy6. Increment6 ligeramente la velocidad de giro con su mano.

Como por arte de magia, del interior de la aguja comenz6 a oírse un pitido. Luego vino una voz metálica que hablaba en un idioma desconocido y el anciano regul6 la velocidad de giro para que la canci6n se escuchara con la claridad adecuada. Samuel mir6 al cielo y cerr6 los ojos. El disco dej6 de sonar. Cuando baj6 la vista vio c6mo al muchacho, agachado, se le salían los ojos de asombro.

-Esto es la m6sica.

-¿No se puede escuchar m6s alto?

-No, solo en silencio y a trav6s de la aguja puedes escuchar c6mo sonaba este disco.

Izan mir6 hacia arriba, admirando la figura de su abuelo y d6ndole las gracias con la mirada.

-Ponlo otra vez.

Samuel levant6 la aguja con la palanca y la volvi6 a situar al principio. La baj6 y comenz6 a girar el plato a la velocidad que mejor habfa sincronizado en la vuelta anterior. Volvi6 a oírse el pitido y la voz comenz6 a hablar de nuevo.

*Dearly beloved
we r gathered here today
2 get through this thing called life
electric word life
it means forever and that's a mighty long time.
But I'm here 2 tell u
There's something else... the afterworld*

*Queridos hermanos
nos hemos reunido hoy aqu6
para pasar por esta experiencia llamada "vida"
palabra el6ctrica vida
significa para siempre y eso es mucho tiempo.
Pero estoy aqu6 para deciros
que hay algo m6s... el m6s all6*

La m6sica hizo un silencio, dej6 de oírse. El anciano par6 el plato y mir6 al chico. Éste, con la mirada, le implor6 que siguiera gir6ndolo. Volvi6 a hacerlo y el pitido volvi6 a sonar.

*A world of never ending happiness
u can always see the sun
day or night*

Un mundo de felicidad interminable

donde siempre brilla el sol, de día o de noche

Luego llegó el ritmo de una batería y al chico comenzaron a subírsele las pulsaciones.

*so when u call up that shrink in Beverly Hills
u know the one
Dr. Everything'll be alright
instead of asking him how much of your time is left
ask him how much of your mind*

*Así que, cuando vayas a Beverly Hills
ya sabes, a visitar al Doctor todo va a ir bien
en lugar de preguntarle cuánto tiempo te queda
pregúntale cuánta razón*

Izan contuvo su respiración, el corazón palpitaba con fuerza en su yugular.

*cuz in this life
things r much harder than in the afterworld
in this life you're on your own*

*Porque en esta vida
las cosas son mucho más difíciles que en el más allá
en esta vida estás solo*

Entonces vinieron las guitarras, los sintetizadores y el bajo. Samuel recibió aquello con nostalgia y tristeza, e Izan descubrió una motivación que cambiaría su vida.

*and if de-elevator tries 2 bring u down
go crazy
punch a higher floor!^[2]*

*Y si el ascensor trata de hundirte
Vuélvete loco
¡pulsa un piso más arriba!*

Pasados dos días desde el descubrimiento del aparato, las cosas no iban como Samuel planeaba. Apenas se hablaban entre ellos. La música había cambiado al chico. Pensó que lo había abrumado demasiado, restándole interés a sus tareas. Sus bajadas al acantilado eran más cortas de lo normal. Aprovechaba cada momento para hacer girar el tocadiscos y se había aprendido las canciones de memoria.

Samuel, por contra, no dejaba de darle vueltas a aquel hombre postrado en aquella habitación. Los últimos alientos antes de la infección total. La mirada que todavía contenía algo de humano. ¿Cuánto tiempo podría estar allí postrado antes de que se consumiera? ¿Por qué había perros rastreando? ¿Por qué no pululaba a pie, como muchos otros infectados con los que se había

encontrado? ¿Por qué estaba tirado? ¿Qué mal le adolecía? Y, sobre todo, ¿qué era aquella extraña libreta que llevaba atada a su muñeca? ¿Qué mensaje quería transmitir? Todas esas suposiciones ocupaban demasiado en su cabeza, tenía que haberlo matado allí mismo.

-¿Cuándo vamos a volver al pueblo? -dijo el chico al inicio de las horas muertas, después del almuerzo.

-No volverás al pueblo. Me quedó claro que no estás preparado.

-¿Y qué hay del agua?

El anciano giró su cabeza y lo miró. El chico permanecía de pie con los brazos en jarra. En aquel instante le pareció un hombre de futuro. Pestañeó con fuerza y trató de quitarse ese pensamiento de su cabeza. Allí no había más porvenir que pasar desapercibido y rezar para que nada ocurriera desde ese momento hasta el día de su muerte.

-Trae el tocadiscos, quiero enseñarte una cosa.

El chico obedeció con desconfianza. Entró en casa y salió con el aparato entre sus brazos. Se sentó a su lado y le entregó el mecanismo depositándolo en el hueco que había dejado entre uno y otro. Abrió su tapa y le ofreció su plato giratorio al anciano.

-¿Está en la cara A?

-Sí

-Sitúa la aguja al final, justo cuando acaba la canción.

El chico obedeció y, con suma delicadeza, dejó la aguja al final de la música. El anciano puso su dedo corazón encima del papel circular y comenzó a girar el disco en sentido inverso. De la aguja comenzaron a oírse unas voces extrañas, pero con cierto sentido.

Hello, how are you? I'm fine, because I know that the lord is coming soon, coming, coming soon. Ha hahahaha^[3].

El chico captó el sentido, abrió los ojos y sonrió.

-¿Se puede escuchar otro disco al revés?

-No, solo ese fragmento. Al derecho suena de una manera y al revés esconde un mensaje.

-¿Qué dice?

-Pues algo así como: Hola, ¿Cómo estas? Yo bien, porque sé que el Señor vendrá pronto, vendrá, vendrá pronto.

Izan lo miró fascinado. Volvió a poner la aguja al final y él mismo hizo retroceder su giro.

-Es mi canción favorita. La última de la cara A.

El anciano levantó una ceja.

-¿Sabes qué dice su letra?

-Es un poco obscena, habla de un chico que conoce a una ninfómana en el vestíbulo de un hotel -dijo el anciano, desviando la mirada.

-¿Y qué hacía en ese vestíbulo?

Samuel lo miró de reojo.

-Al parecer, se masturbaba con una revista -aseguró centrando de nuevo su mirada en él.

El chico retrocedió en un gesto inconsciente.

-¿Tú también te masturbas con alguna vieja revista?

El chico retrocedió todavía más, ruborizado.

-Quiero volver al pueblo para recuperar aquellos discos.

-¡Que no! No volverás mientras yo no lo diga.

-¿Por qué?

Samuel hizo un silencio, se giró hacia el mar, miró al horizonte.

-No volveremos al pueblo mientras yo no diga. No hay más que hablar.

Madrid. 7 de agosto de 2021.

Había llovido en la capital hacía solo unos minutos. Samuel caminaba apurado y encogido con la niña a su lado, que le seguía a duras penas. Entró en el recinto del edificio, empujando fuerte la verja de fuera. Había un cartel en el portal advirtiéndole que no se forzara para no deteriorarla más y preservar la seguridad, pero Samuel ya no pensaba en nada más que en la bebida.

Giró la llave y entraron en el edificio. Una señora mayor, de vestido flojo y sandalias bajas, esperaba el ascensor.

-Buenos días, señor. ¿Le toca a la niña este mes con usted? Hola, bonita, ¿cómo te llamas?

-Hola, soy Leonor -confesó ella con desgana.

Samuel la observó como si fuera la primera vez. Le pareció recordarla, pero su cabeza todavía daba vueltas.

Las puertas del ascensor se abrieron y salió otra anciana.

-Buenos días, Rosa -dijo alarmada- ¿Te has enterado de que a Armando, el del séptimo, le ha picado una de esas avispas asiáticas y está en coma?

Los tres detuvieron al unísono su intención de entrar en el ascensor.

-Hay que tener mucho cuidado -dijo Rosa- Yo cuando salgo a la calle procuro taparme lo mejor posible, aunque pase calor. Esa nueva plaga está haciendo mucho daño. A una amiga de mi hija, la mayor, la mató una picadura de esos malditos bichos.

-No sé cómo han llegado hasta aquí, nadie hace nada.

Nadie hace nada. Nadie hace nada. Tres palabras que retumbaron en la cabeza de Samuel, una y otra vez, hasta desconectarlo del resto de la conversación. Se metió en el ascensor con su hija y, sin esperar más, pulsó el botón ocho. Las puertas comenzaron a cerrarse y las ancianas lo miraron con cara de desprecio, hasta que se sellaron por completo y lo perdieron de vista.

Capítulo 4

1

Supuso que quedaba poco para el amanecer. Oyó al chico inquieto en su cuarto. Se revolvía en la cama una y otra vez en medio de sus profundos sueños y, como cada mañana, le costaría conectar con el mundo real en su despertar.

Había sido una noche ventosa. El zumbido que se colaba entre la cornisa del tejado siempre le pareció placentero. Lo tranquilizaba y relajaba hasta el punto de dormir como cuando era un niño, en aquella misma casa, en aquel dormitorio donde sus padres, de cuando en cuando, le dejaban dormir en su cama. Echaba de menos una noche lluviosa. Pensó que podría descansar una hora y media antes de las primeras luces. Sabía que quedaban pocas posibilidades de disfrutar de una noche así hasta que el verano se acabara dentro de seis, tal vez ocho meses.

Calculó que estarían a principios de marzo. Hacía tiempo que había perdido la referencia exacta de los días y las horas, aunque pensaba que no estaría demasiado equivocado en la fecha. Le resultaba bastante fácil situarse en el momento del año debido a la duración de los días y las noches. Sin embargo, ya no estaba seguro de su edad. Calculaba que habían pasado unos treinta años desde que se había vuelto a instalar en su casa, unos cuarenta y cinco desde que habían fallecido sus padres. Tal vez algún año más. No tenía importancia. Al fin y al cabo, ¿a quién le importaba su edad o el hecho de quitarse años de encima?

Trató de conciliar el sueño, trayendo a su memoria recuerdos del pasado. Tiempos en los que bajaba por la pendiente, ahora un acantilado escarpado, para jugar en la suave arena de la playa, donde ya no quedaban más que rocas donde pescar. Esos recuerdos no lo tranquilizaban, lo alteraban. Las constantes comparaciones entre el ayer y el hoy que había traído el cambio climático a todo el planeta, inundaban cada día sus pensamientos.

Pensó en el chico, quien carecía del sentido del tiempo y de las comparaciones. Para él no había meses, ni días, ni horas. Solo momentos. Ya no había playas, el mar se había movido con cada tempestad y se las llevó hacia el fondo de sus entrañas. El chico no echó de menos la electricidad, aunque le fascinaba todo lo que leía sobre lo antiguo en los libros que devoraba. Samuel los había recopilado del pueblo para sí mismo, hasta que su vista se lo permitió.

Aquella noche, una imagen acaparó toda la amplitud de sus pensamientos. El hombre casi fallecido en el pueblo. Hacía tiempo que no veía a ningún infectado. El pueblo había quedado limpio hacía unos ¿diez años? Le intrigaba la historia que pudiera traer y el hecho de que se hubiera refugiado en aquel edificio.

Sin duda no llevaba mucho tiempo allí. La astilla que siempre ponía para asegurarse de que nadie entraba, se había secado y casi solidificado en el marco de la puerta. Eso quería decir que, cuando accedió, ya estaba así. El extraño entró y cerró la puerta una sola vez, pues se sujetaba allí por un solo hilo.

Subió al primer piso, consciente de que arriba estaba el lugar más aireado y sano para postrarse. Cuando lo hizo, su mente todavía era inteligente y no había sido invadida por la infección. Se situó en la habitación orientada al norte, la más fría de la estancia, la que mejor conservaría su cuerpo en estado latente, casi en coma. Allí llevaba tumbado días, pues el viento había borrado el rastro de sus huellas en el pasillo superior.

Aquel hombre sabía que cuando la infección avanza, el cuerpo se vuelve insensible, los

órganos se deterioran, los nervios pierden receptibilidad, el dolor desaparece, y la mente se vuelve loca, con el único objetivo de pulular por el mundo en busca de algún ser vivo al que descuartizar. Como un zombi, tal y como lo había calificado el chico.

Volvía a mirar una y otra vez aquel rostro que le imploraba clemencia. Recordaba sus ojos, que en sus profundidades transmitían seguridad y, sobre todo, el cuaderno atado a su muñeca.

Después de batallar con sus pensamientos llegó a la conclusión de que el moribundo levantó su mano, no con la intención de agarrarlo o de indicar algo, sino de que aquel cuaderno quedara a la vista.

Cógelo, vamos, ábrelo y ojéalo. Lee el mensaje que esconde dentro. Es para ti.

Se despertó sobresaltado. Se había quedado dormido unos segundos, tal vez minutos. Los ojos del zombi, no, todavía no lo era, transmitían un último centelleo de esperanza.

Tendría que haberlo matado, seguro que de haberlo hecho, hoy estaría durmiendo.

Pero no lo había hecho y ahora quería volver allí.

No podemos volver. No quiero despertar en él esa curiosidad. Tengo que hacerle ver que aquí le espera un futuro mejor, lo necesito aquí, lo necesito aquí.

Solo saldrá de esta casa en una extrema necesidad. Este verano se acabará el agua, hay que salir en su búsqueda.

El invierno que acababan de pasar había sido el más seco que recordaba. En los días más cortos del año calculaba que, en contadas ocasiones, la temperatura bajaba de diez grados centígrados, incluso de noche. Apenas había llovido, y a él le gustaba la lluvia, la echaba de menos.

“Solo deseaba verte reír bajo la lluvia púrpura”

Al alba, Samuel se quedó dormido.

2

El anciano había comenzado las labores de la huerta mientras el chico despertaba con su clásica parsimonia. Sería un día fresco, y eso eran buenas noticias para aprovecharlo.

-¡Abuelo! -susurró el chico, bajando del porche en su dirección.

Samuel abrió los ojos de par en par. Su cabeza le daba vueltas tras incorporarse de repente, después de estar agachado regando a goteo una planta de pimentero. Se encontraba cansado.

-¿Qué pasa?

-¿Estás bien?

-Sí, ¿has desayunado?

-Sshhhh... no levantes la voz. Hay algo ahí afuera, ven a ver.

Samuel se quedó en silencio, a medio incorporar. No encajó bien la advertencia del chico. La oyó desde una lejanía y, durante unos segundos, su mente fue abducida a cámara lenta hacia la escena del moribundo del pueblo. Cuando recuperó su sitio y la movilidad, se incorporó como un

resorte impropio de una persona de su edad.

-¿Cómo dices? -dijo mientras salía atropellado hacia el porche.

Subió los tres escalones empujando a Izan, avanzó hasta la puerta de entrada, miró al interior, a la puerta que daba acceso a las escaleras del sótano. Cerrada. Echó mano a su bolsillo y comprobó que la llave estaba en sus profundidades. Se acercó al borde del otro lado del porche. No vio nada. Miró a su espalda, al chico, pidiéndole una explicación con la mirada. Él se acercó y ambos otearon el paisaje. Izan señaló, con su mano temblorosa de cada mañana, los matorrales y las estacas.

Samuel levantó el cuello y entrecerró los ojos para agudizar la vista. Por encima de las hierbas vio el lomo de un animal. Sus pelos se erizaban y la ligera brisa de la mañana movía sus puntas. Levantó su cabeza y el anciano pudo distinguirlo.

-Un perro -dijo para sí mismo.

-¿Un perro? ¿Tan grande? -le susurró el chico.

Ambos vieron con detalle su enorme cabeza, que olisqueaba hacia arriba buscando un rastro que pudiera traerle el viento. Su cabeza, mucho menos peluda que el resto de su cuerpo. Las orejas sin pelo, puntiagudas y llenas de bultos, moviéndose en todas las direcciones. Su hocico negro desnudo, de un lado a otro, mientras su boca entreabierta enseñaba sus desmesurados colmillos.

-No un perro cualquiera. Son cruces entre lobos y perros domésticos. Una raza concebida para defender a los humanos de los infectados.

-Ayer en el pueblo, ¿qué hace hoy aquí?

-No lo sé, hace muchos años que no veía a uno. Hay que asegurarse de que no haya más. Son peligrosos.

El anciano entró rápido en casa, a su dormitorio, en busca de su ballesta. Mientras el chico tardaba en reaccionar, observando al extraño animal, Samuel ya la cargaba con su mejor flecha y se echaba a la espalda la bolsa con un puñado de ellas.

-¿Has visto a alguno más? -dijo el anciano, mientras regresaba al porche.

El chico titubeó y miró todo el paisaje que su ángulo de visión le permitía desde aquella posición.

-Nnn... no, parece que no.

-Bien, coge la lanza de mi dormitorio y ven conmigo.

Cuando Izan giró su cabeza, se sorprendió por lo rápido que se había armado el anciano.

-¿Lo vamos a matar? -dijo el chico, sorprendido.

-Solo si es necesario. Vamos, coge la lanza.

Samuel esperó a que el chico regresara, mientras revisaba que la ballesta se encontraba en perfectas condiciones.

Para cuando salió de vuelta, el anciano ya había avanzado unos pasos hacia el borde del porche. Echó una mirada rápida para comprobar que el chico le seguía de cerca.

El animal olfateaba el aire en su dirección. Los había percibido tras la valla de estacas y la maleza. Samuel se encaramó, con paso decidido, a bajar los tres peldaños en dirección al lobo.

-No te muevas hasta que yo te lo diga -le ordenó al chico, que dudaba a cada paso que su abuelo daba.

Bajó las escaleras sin cautela, dejándose ver y oler. El perro oyó el ruido y comenzó a emitir un ligero bramido. Casi un corto ladrido. Samuel se acercó a las estacas sin precaución, sujetando el arma contra su pecho. El perro comenzó a moverse dubitativo de un lado a otro, intentando ver entre la maleza.

El anciano se acercó a las estacas. Izan avanzó en el porche hasta situarse al borde de las escaleras, con miedo de que el lobo pudiera variar de aquellos gruñidos a algo más violento. Sujetó su arma con fuerza y tensión, y concentró sus sentidos dispuesto a dejar su posición y desobedecer a su abuelo. Percibió cómo sus manos temblaban más que nunca.

Samuel llegó a la frontera que marcaban los palos y la vegetación trepadora que, con sus dientes, amenazaba con rasgar y atrapar cualquier tipo de piel que se acercara a sus pinchos. El anciano vio la cabeza del perro, su tono gris y marrón, los dientes entre el gruñido. Sus ojos asesinos lo miraron, amenazándolo con superar cualquier obstáculo que los separase de una pelea a muerte.

Izan, desde la altura que le brindaba el porche, vio que el animal se tensionaba en una amenaza de salto que, dada su envergadura, podría superar cualquier obstáculo. El animal pesaría unos cincuenta kilos y no estaba demasiado seguro de que la antigüedad de muchas de aquellas estacas pudiera soportar una embestida salvaje de un animal de esas características.

Cuando el chico quiso dar un salto para bajar, Samuel levantó el arma a la altura de su hombro, apuntó durante unas décimas y apretó el gatillo. La flecha en trayectoria lineal, con un ligero descenso hacia el suelo, se incrustó con facilidad en la cabeza del animal y lo mató de inmediato. Quedó tendido sin tiempo a chillar ni a mover un solo músculo en su defensa.

Izan corrió hacia el anciano sin entender qué había pasado.

-¿Lo has matado? ¿No decías que no lo harías?

-Era imposible dominarlo -el anciano miró al chico- Ya tenemos comida para unos días.

El chico permaneció inmóvil durante unos segundos, pero sonrió para sus adentros cuando su abuelo se abrió paso con cautela hacia el animal muerto.

3

A media tarde, Samuel subió del sótano con el animal despellejado y troceado. Se bastó para moverlo sin ayuda del muchacho, a quien le repugnaba la sola idea de abrir el bicho. El anciano se negó, como siempre, a que el chico bajara al sótano.

-No bajarás conmigo, son cosas mías. Te lo dije mil veces.

Samuel había empujado al lobo escaleras abajo. La subida fue por fases: primero los trozos comestibles en un cubo, luego otro con su piel.

-La pondremos al sol mañana. Si seca bien, puede servirnos de algo en invierno.

-¿Y las vísceras?

El anciano lo miró sin pestañear.

-Luego limpio todo y las entierro. Haz una hoguera y cocinemos.

Samuel cogió la llave del otro lado de la puerta, la sacó y la incrustó del lado del pasillo. La giró, la sacó de nuevo y la guardó en su bolsillo.

Mientras el chico montaba una estructura con unos palos de madera, en el huerto y al abrigo de la pared oeste de la casa, el anciano lavaba la carne en uno de los barreños de agua desalinizada que guardaban en la cocina durante días para aclarar la vajilla. Estaba empeñado en asar toda la carne esa misma noche y necesitaba una hoguera de cierta envergadura.

El anciano salió con parte de la carne en sus manos.

-¿Ya lo vas a cocinar? -preguntó Izan mientras se le acercaba.

-Antes de que anochezca. No quiero que estas llamas se vean.

-Pero, ¿quién va a vernos? ¿Las ballenas?

El anciano pasó la carne de sus manos a los brazos del chico, que tuvo que apresurarse para

recibirla sin que nada se le cayera al suelo.

No se cuestionó nada más y comenzó a pasarle trozo a trozo la carne a su abuelo, mientras éste la clavaba en un palo afilado de madera que servía de espeto desde hacía un par de temporadas. El sol todavía calentaba mucho, faltaban un par de horas para que comenzara otro espectacular atardecer.

Samuel se asomó al porche y miró al este, en dirección hacia el pueblo. Su mente quedó abducida por los pensamientos que lo llevaron, de nuevo, hasta aquel hombre que agonizaba. Y ahora un perro. Es posible que llegaran más, o que hubiera más hombres. Tal vez la libreta atada a su muñeca escondiera un mensaje o unas instrucciones que debiera leer. ¿Desde dónde vendría aquella persona? ¿Para qué acercarse a la costa? ¿De qué escapaba o qué estaba buscando, o a quién? ¿Vendrían otros?

El corazón de Samuel se aceleró y un dolor en el pecho se le clavó hasta el mismo centro de su corazón. Notó la presión de su sangre en todas sus venas y en su cabeza. Se mareó y se agarró a las tablas del suelo del porche, que le quedaban a la altura de su cintura. Incluyó su cabeza hacia delante, esperando a que le viniera alguna náusea.

Tuvo miedo. Pensó que un infarto acabaría con su vida allí mismo. Miró a su izquierda, el chico estaba sentado en cuclillas de espaldas a él. El mareo no fue a más, pero se mantuvo durante largos segundos.

Pensó en la posibilidad de su muerte repentina y concluyó que podría ser una buena opción. La civilización ya no existía. No había leyes, no había reglas morales desde hacía muchos años. Todo lo que el chico había aprendido sobre el pasado en sus libros no le valdría de nada en el mundo actual. Cualquier ser humano trataría de acabar con otro semejante o de aprovecharse de la manera más escabrosa. Hacía décadas que cualquier atisbo de generosidad había quedado atrás en aquel mundo y los nuevos jóvenes como Izan, si es que había más, desconocerían por completo lo que era un libro, o una simple escritura. No había más esperanza que la de una nueva evolución natural con el paso de los años, tal vez siglos, y en eso él no jugaría ningún papel.

Ocupaban una posición en la historia en la que nada podrían solucionar. Solo pasar la vida lo más desapercibidos posible y vivir aquella soledad en paz.

Se sobresaltó cuando el chico le puso su mano en el hombro. Ello le hizo recobrar el sentido y volver al presente:

-¡Abuelo! ¿Estás bien?

Samuel se quedó enfocando la cara de Izan durante unos momentos y consiguió verla con nitidez. Recobró entonces el sentido común.

-Sí, estoy bien... es que esta noche apenas he dormido. Me he mareado un poco con el cansancio.

-Está bien, siéntate un rato ahí en el porche, que te dé el fresco. Yo encenderé la hoguera y comenzaré con el asado. No te preocupes, hoy cenaremos muy bien -le dijo sonriendo-. Recuperarás todas las fuerzas, descansarás y mañana será un nuevo día.

El anciano se sentó y se sintió aliviado y descansado. Con un gesto le indicó que se encontraba bien. El chico se apresuró a terminar su tarea para empezar con el fuego cuanto antes.

Samuel cerró los ojos, dejó que la brisa le llenara los pulmones y agradeció la sombra. Abrió los ojos y recuperó el equilibrio. Notó cómo un zumbido que le había pasado desapercibido se fue de pronto de su cabeza.

Cuando Samuel despertó, a la mañana siguiente, se sorprendió de la claridad que entraba en su dormitorio. Su mente todavía pensaba en levantar la cabeza y mirar la hora en el despertador. Ya no estaba en aquella época. Observó las persianas, ya no se moverían nunca más de esa posición. Los rieles de las cortinas estaban casi sin pintura, y seguiría prefiriendo no abrir la ventana, por si algo en el sistema de cierre se rompía y no podía volver a cerrarla.

Salió aturdido al pasillo y miró la habitación del chico. La puerta estaba abierta como siempre, pero él no estaba. Se asomó a la cocina y le llegó el olor a asado. Debería parecerle delicioso aquel aroma; sin embargo, le produjo desagrado. El chico había resguardado lo cocinado en la parte baja de los estantes del mesado y lo había tapado con las viejas camisetas que ahora servían de trapos. Echó la mano al bolsillo, como un autómata. La llave seguía allí.

Notó un ligero retortijón en su vientre y recordó que la noche anterior había comido demasiado. Necesitaba ir al baño. ¿Baño? Otra vez su mente quiso jugar con sus recuerdos. Tendría que salir afuera y hacerlo en la esquina de siempre, recogerlo y arrojarlo por el acantilado, lo más lejos que pudiera llegar a caer entre las rocas.

Salió al porche y vio al chico sentado, girando el disco en su regazo, en sentido contrario, de espaldas al mar.

-Buenos días -le dijo el chico, sonriendo.

Samuel trataba de conectar con la situación. Era él quien observaba cada mañana las primeras luces del cielo, el que veía cómo las estrellas desaparecían en poco tiempo del firmamento. No le gustó aquella situación fuera de lugar.

-¿Qué haces aquí?

-Lo de cada día.

-¿Cuánto tiempo llevas de pie?

-Desde hace poco, aunque ya he desayunado. No todos los días huele tan bien en la cocina. Mira, hoy me tiemblan bastante las manos.

Samuel las miró, pero no les prestó atención. Miró al este, el sol ya había despegado de la montaña.

-Tenías que haberme despertado.

El anciano hizo un gesto como para recolocar los huesos de los hombros, se dio la vuelta y caminó para bajar las escaleras hacia el acantilado.

El chico movió la aguja hasta el tercer corte. Comenzó a girar el vinilo y una batería con un ritmo tétrico, sonó a través de la aguja. Samuel movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

-¿Te tomaste la pastilla ayer?

-Claro, como siempre.

-No debes descuidar ese tratamiento, dada tu enfermedad. Te mantendrá más años con vida.

Bajó las escaleras y se dispuso a ir a la esquina de siempre.

El primer tercio de la mañana había transcurrido con normalidad, con los quehaceres habituales de la huerta. Samuel se movía lento, pensativo, apenas trabajaba. Parecía distraído y el chico notó cierto deterioro en su acostumbrado aspecto erguido.

-Voy a bajar, a darme un baño.

-No -dijo el anciano, sin levantar la cabeza.

-¿Cómo que no? Tengo que traer agua para desalinizar, la que queda para mañana no será suficiente. Además...

-No bajarás. No volverás a bajar salvo que sea estrictamente necesario, ¿entiendes?

El chico avanzó unos pasos, con gesto extrañado.

-Pero, abuelo, puede que el tiempo empeore y no pueda darme un baño en unos días. El mar está muy calmado...

Samuel levantó la vista con el rostro más serio con el que jamás se había dirigido al muchacho.

-A partir de ahora, no se correrán más riesgos innecesarios. ¿Me has entendido?

-Pero...

-Si bajas ahí, puedes caerte y rasgarte la piel. ¿Y si coges una infección? ¿Eh? ¡Insensato! - Samuel levantó la voz como casi nunca había hecho-. ¿No ves que te puedes morir si coges una infección? ¡No más riesgos innecesarios! ¡Te necesito aquí sano! ¡No les pasará nada a estas plantas si un día no les llega agua a su raíz! -acabó gritando, fuera de sí-. ¡Un día que no bajas, un día sin riesgos, un día que habrás avanzado en la vida sin meterte en problemas! ¡Un objetivo cumplido!

El chico retrocedió dos pasos con los ojos muy abiertos. Asombrado por la repentina reacción de su abuelo, no supo qué decir ni qué hacer. Miró el mar, que estaba especialmente bello aquella mañana. Giró su cabeza hacia el porche, buscando refugiarse de aquel zarpazo, pero no encontró consuelo en ningún movimiento. Samuel bordeó el huerto, ayudado por un palo que le hacía de bastón, y se detuvo por un momento.

-Y no volveremos al pueblo salvo estricta necesidad. Este verano nos las apañaremos con el poco de agua que queda. Solo volveremos si el próximo invierno no llueve lo suficiente.

El anciano subió al porche, rasgó en su bolsillo y sacó la llave. Entró en casa, e Izan supo que no saldría del sótano hasta el atardecer.

6

Izan se pasó el resto de la mañana mirando el mar desde el porche. Se acercaban las horas de más calor y, tal y como le había enseñado su abuelo, era hora de resguardarse, protegerse a la sombra y disfrutar de la brisa de las horas muertas hasta que el verano entrara de pleno y se hiciera insoportable su presencia en cualquier estancia. Aunque también le gustaba la lluvia, estaba en la mejor época del año.

Se levantó del banco y dejó a un lado el tocadiscos. Se acercó al borde del porche y observó los barreños de agua salada. Miró el pozo. Era cierto que apenas tenía agua. Allí se lavaban cada tres días subiendo un cubo con la roldana. Frotaban sus caras con el agua fresca sobre él, para que cada gota que cayera de sus rostros volviera al fondo de nuevo.

El sistema que tenían de desalinización les funcionaba bien y seguiría funcionando, pues mar habría siempre y sol no les iba a faltar. Por lo demás, de recipientes, plásticos y piedras dispondrían para cien años más. En alguna ocasión habían bebido el agua sin salitre y no habían notado consecuencia alguna en sus cuerpos. Es posible que el próximo verano tuvieran que apagar su sed de esa manera.

El chico bajó las escaleras y volvió al huerto. Lo cruzó y se asomó al acantilado. Respiró la suave brisa de la mañana y cerró los ojos. Se imaginó al borde de una roca, a punto de tirarse al mar. Levantó sus brazos y los dispuso en cruz. Respiró hondo y sintió las olas acariciando sus pies. Los levantó del todo hacia el sol y volvió a respirar. Se imaginó entrando de cabeza en el mar, abriendo los ojos y viendo el azul marino que tanto respetaba en la lejanía. Esta vez el fondo se veía claro y nítido, se sintió libre. Nadó y buceó mar adentro. La luz le abría paso a cada

brazada en un maravilloso espectáculo marino de abundantes crustáceos, prestos para ser consumidos. La temperatura del agua era muy agradable, fresca. Con la mente limpia, bajó los brazos y se imaginó saliendo a la superficie para flotar en el océano. Dejándose llevar por la corriente sin miedo a ser engullido, sabedor de que nada saldría mal.

Una suave brisa acarició de nuevo su cara, no quería volver a abrir los ojos. Sonrió para sí mismo y, en su imaginación, flotando sobre el mar, los abrió y vio a su madre saludándolo con la mano desde la orilla rocosa, dando beneplácito a su momento feliz. Izan se sumergió de nuevo en las ya turquesas aguas cristalinas y buceó hacia la orilla. Cuando volvió a la superficie, una mano le brindó su ayuda para salir. La agarró y supo que se trataba de ella. Apenas recordaba su cara, pero nunca se olvidaría de la cicatriz que tenía en la parte superior de su dedo pulgar. Un corte que sobresalía medio centímetro de espesor. Siempre le pareció bello, como un adorno femenino que realzaba la belleza de sus largos dedos.

Era extraño que apenas recordara su sonrisa y que, sin embargo, recordara con tanta nitidez el tacto y el aspecto de sus manos. Curiosa injusticia la de su memoria, hubiera preferido lo contrario. Abrió los ojos al mundo real, decepcionado. Con sus reminiscencias, con el enfado injustificado de su abuelo, uno más, con su tiempo perdido. Miró al fondo del acantilado y supo que debía dar un paso adelante.

No miró atrás para asegurarse de nada. Estaba preparado para desobedecer. La adrenalina le recorrió el cuerpo y comenzó a descender por el acantilado.

7

Cuando Samuel subió del sótano, Izan salió al porche a leer hasta que el sol dejara de calentar. El anciano cerró con llave la puerta y, mientras se la guardaba en el bolsillo, observó al chico con rostro desconfiado.

-Yo ya he comido. El asado está bueno, aprovecha -le dijo mientras salía por la puerta.

Samuel miró al interior de la cocina y olisqueó el aroma que todavía conservaba la carne asada del día anterior. No le apetecía, pero no podía desperdiciar la oportunidad de alimentarse en abundancia. No siempre tenían esa posibilidad. Los mareos habían remitido, aunque no desaparecido del todo.

Pensó que era posible que se tratara de alguna debilidad que, a su edad, podría incidir más de lo habitual. Comer le vendría bien para recuperar fuerzas, así que se acercó al plato que Izan había dejado tapado con la vieja camiseta encima de la mesa y lo levantó. Todavía restaba mucho, tendrían que darse prisa si no querían que el calor lo estropeará todo. Cogió un pedazo con hueso con su mano y se dispuso a salir. En el porche, se encontró al chico ya profundizando en su lectura, sin prestar atención a la presencia de su abuelo. Samuel comprobó cómo el chico tenía el pelo revuelto, se había molestado en lavar su cara con agua dulce al subir del acantilado y era posible que incluso se echara algo por su cabeza, pero no lo suficiente como para borrar la huella de su desobediencia.

-Tenemos que comernos todo esto rápido.

Izan no levantó la cabeza ni dijo nada. El anciano observó el cielo.

-Pronto vendrá el calor, disfruta de tu lectura estos últimos días al aire libre.

El chico levantó la vista y, sin mirar cómo el anciano se sentaba y comía la carne con las manos, observó el horizonte.

-He visto gaviotas cerca de la costa. ¿Crees que podría llover pronto?

El anciano levantó la vista y observó a algún ave sobrevolando a demasiada altura.

-Empeorará, pero no lloverá lo suficiente.

El chico volvió a bucear entre las letras y pronto pareció distraído de nuevo. Samuel lo miró y vio los rasgos de su madre en aquella postura despreocupada. A la espalda del chico, el cerrado de estacas entre la maleza y, más allá, el descampado hacia el pueblo.

Tendría que haberlo matado, me lo habría quitado de la cabeza. Tal vez los mareos me vengan de ahí.

Samuel se percató del trozo de carne que se estaba llevando a la boca y no le apetecía más. Un vértigo le vino de nuevo, pero siguió comiendo.

Este animal puede que viniera con él. Demasiada coincidencia, un humano y perros. Tenían que ser suyos, seguro. Tal vez deba volver al pueblo y matarlo. No quiero que ese... zombi. Hoy ya estará fuera de sí, estará completo y transformado como un infectado más de antaño. Podría acercarse aquí. ¿Y si hay más infectados y lo siguen? No, solo había perros. ¿Qué sería aquella libreta atada a su muñeca? ¿Qué mensaje escondería? ¿Cuánto tiempo me queda aquí? Debo ir al pueblo... Cuando se me pasen estos mareos, mañana no, tal vez pasado, madrugaré y saldré de casa sin que el chico lo sepa. Lo mataré, traeré su libreta. Mañana no, no estoy bien... Tal vez, pasado.

Cuando salió de su pensamiento, se dio cuenta de que el chico lo miraba fijamente. El trozo de carne había desaparecido casi por completo, su mano sujetaba el hueso casi limpio.

-Parece que tenías hambre -dijo con gesto de indiferencia-. Ese hueso podría hacer una buena sopa, no lo tires.

El anciano miró qué sujetaba su mano, y se sorprendió de la ansiedad con la que había devorado la carne mientras decidía lo que tenía que hacer.

-Me voy a echar un rato. Necesito descansar.

El chico ya estaba cabizbajo, no volvió a levantar la vista.

8

El anciano no pudo conciliar el sueño. Su intención era descansar, relajar su cuerpo y su mente, cerrar los ojos y transportarse a un mundo anterior, un mundo mejor, como tantas veces hacía casi a diario. Allí podría volver a sonreír, a pesar de los problemas pasados. ¿Problemas? Ya no se lo parecía.

Pensó que tal vez no le quedara demasiado tiempo. El hombre de la libreta tenía que morir. Le robaría sus anotaciones, si es que existían, y descubriría su perfil. Alguna explicación absurda debería tener el hecho de que alguien vagara por esos territorios, alejados de los poblados, del resguardo de sus fortalezas, de las protecciones con que la multitud habría resistido frente a los infectados.

La última vez que había visto un pueblo organizado había sido en Lugo. Tras sus murallas, a unos doscientos kilómetros de allí, cientos de humanos resistían a la infección y al terror del nuevo mundo, mientras algunos zombis se arrastraban por sus alrededores, hambrientos de sangre y destrucción humana. Los infectados eran arrojados desde arriba, tal vez no quedara nadie sano allí dentro.

Cerró los ojos y pensó en qué momento se le había ido a la humanidad el futuro de sus

manos. Nadie estaba preparado para aquellos brotes tan infecciosos, a los que nadie encontró solución a tiempo. Avanzaron tan rápido que, en cuestión de pocas semanas, habían invadido el planeta. Tenía que venir por el aire, el cambio climático, seguro. ¿En qué momento habían perdido el control?

Se había hablado de consecuencias devastadoras a largo plazo, pero nadie las creyó certeras del todo. El consumismo, las tecnologías, la vida del primer mundo los tenía ocupados a todos, lo suficiente como para no pensar.

Las consecuencias a largo plazo, tal vez nuestros nietos comenzaran a percibir algo. Todavía quedaba tiempo para adaptarse a las nuevas circunstancias.

La temperatura media subirá un grado en las próximas décadas, decían algunos. Todavía estamos a tiempo, decían otros. Mientras, los humanos seguían con sus agitadas vidas de trabajo, contentos con sus posesiones, o disgustados con perderlas. Nadie se dio cuenta de que había dejado de llover con la misma regularidad de hacía solo unos pocos años. Las lluvias torrenciales eran la nueva costumbre: días y días sin nubes, temperaturas agradables en invierno. El sector turístico prosperaba, la vida era más alegre en aquellas condiciones.

Creían tenerlo todo calculado. La industria capitalista no podía frenar en seco por un mundo ecológico a favor de la naturaleza. No podía retroceder para retardar unas consecuencias en las que todavía no creían. La solución existía, pero nadie quiso aplicarla. Nadie pensó en ese brote enfermizo que cambió el mundo en pocas semanas. Pronto dejaron de existir industrias contaminantes, pero ante la ausencia de población sana, las centrales nucleares se abandonaron y las fugas radioactivas arruinaron tres cuartas partes de La Tierra. Del resto, se encargaron las subidas de las temperaturas y del nivel del mar.

Solo el paso de cientos de años devolverá al planeta su temperatura más próspera para volver a habitar gran parte de su territorio, como lo habían hecho no mucho tiempo atrás.

9

Cuando Samuel se levantó, el sol perdía su fuerza y llenaba el porche con toda su claridad. Izan estaba en el lado este de la casa, resguardado del calor, concentrado en la novela que tenía en sus manos. A su lado, el tocadiscos reposaba esperando turno para reproducir el mismo vinilo una vez más.

El anciano bajó las escaleras y se resguardó también a la sombra. Se encontraba mejor. Podría asegurar que estaría en condiciones al día siguiente de realizar la escapada al pueblo, pero consideró prudente descansar una noche más y parte del día para ir al siguiente amanecer. No cuestionó más esa decisión, era lo mejor.

El chico, sentado en el suelo con la espalda apoyada en el granito de la pared, levantó la vista y vio venir al anciano. Cuando este terminó de bajar el último peldaño, él ya estaba navegando de nuevo entre las letras del libro.

-¿No es momento de ponerse a trabajar?

El chico levantó la vista, arrugó su gesto ante la molesta claridad al mirar a su abuelo.

-¿Estás bien? -preguntó, extrañado.

-Estaré mejor mañana.

El chico se levantó, y sacudió la tierra y las hierbas de su trasero con la pasta de la portada

del libro que sostenía.

-¿Hasta cuándo vas a mirar al este? ¿Es necesaria tanta prudencia?

El anciano notó cómo el chico elegía cada palabra y cada frase, con cuidado de no cuestionar sus decisiones, pero a la vez dudando del sentido de sus instrucciones.

-¿Por qué crees que no es necesaria esa prudencia? -dijo el abuelo, con tono amigable.

-No sé, no era más que un perro. No he visto nada raro desde entonces. Lo hemos matado, nos lo hemos comido. Se acabó el problema.

Se acabó el problema. Buena mentalidad, pensó el anciano. Eso tendría que haber hecho con aquel extraño en el pueblo.

Samuel avanzó unos pasos y dio unas palmadas al muchacho, en su hombro. Ambos se miraron a los ojos, a la misma altura. El chico quiso sonreír, pero no se atrevió. El abuelo interpretó aquel gesto como una sonrisa y ambos se reconciliaron en silencio.

Samuel se dio la vuelta y caminaron hacia el porche con la intención de planear las tareas de lo que restaba de tarde.

10

A la mañana siguiente, Samuel se despertó con el agradable sonido de una leve ventisca que soplaba aguda en el alero del tejado. Abrió los ojos y se percató de que el cansancio lo había vencido hasta más tarde del amanecer. La luz ya era intensa y, posiblemente, Izan estuviera en pie como el día anterior. Levantó la cabeza y percibió nubes a través del cristal. Sonrió para sí mismo y cerró sus ojos con intención de conciliar el sueño durante solo unos segundos más.

Los abrió de nuevo. Se sentía calmado y descansado, a pesar de que ya era tarde. Tenía la energía suficiente como para afrontar su salida al pueblo. Reajustaría su ballesta y prepararía las flechas. También llevaría una lanza pequeña a su espalda y escribiría una nota. Unas breves líneas que el chico leería cuando se levantara a la mañana siguiente y, antes de que se pusiera a buscarlo, se habría enterado de que su abuelo venía de vuelta. Añadiría una última línea: “no salgas a buscarme”.

Se levantó sin resentirse de nada, como cuando era joven. La ilusión por volver a sentirse sano lo activó como antaño. Sin duda se trataba de una falta de descanso acumulada que, a su edad, tendría que vigilar.

Miró por la ventana y vio el cielo con más claridad. Estaba comenzando a encapotarse. La borrasca llegaba desde el oeste, por el mar. Eso significaba que podrían caer esporádicos pero fuertes aguaceros. Salió al pasillo para dar instrucciones a Izan. El pozo destapado, las bañeras vacías, cubos y cacerolas. Los utensilios de la cocina también podrían servir de ayuda. Cualquier recipiente. Echó mano a su bolsillo y palpó la llave. Podría bajar al sótano y recuperar algún envase para que se llenara de agua de lluvia.

Comprobó que el chico no estaba en su cuarto. Tampoco en la cocina. Se dirigió a la puerta de salida para verse con él en el porche. Pensó en no hablar con demasiada euforia. Otras muchas veces las nubes pasaron por encima sin dejar gota, pero siempre preparándose por si fructificaba un buen chaparrón.

El anciano abrió la puerta, salió al porche y no lo vio. El aire fresco del mar recorrió todo su cuerpo y se estremeció. Ya no podía consentir más debilidades. Entró, y del armario de su habitación extrajo su vieja chaqueta marrón, sin botones. Se la puso y volvió apresurado al porche. Sin rastro del chico.

-¡Izan!

Su tono no había sido lo suficientemente alto como para destacar entre el viento. Se asomó al huerto, no pudo divisar nada concreto.

-¡Izan! -gritó de manera definitiva.

El silencio de la mañana acaba de ser roto, pensó, como si alguien pudiera estar escuchándolos. Tonterías, hacía muchos años que nadie se acercaba por allí. Samuel perdió el respeto a la prudencia y volvió a gritar su nombre con todas sus fuerzas. Nada se movía por allí atrás.

Se desplazó hacia el lado delantero a través del porche, no divisó nada en el espacio de terreno un poco más escaso.

-¡Izan! ¿Dónde estás?

Como manipulada por algún botón, la brisa creó una calma absoluta durante unos segundos, como para dejar tiempo suficiente a que el chico respondiera. El anciano se perturbó de angustia. Era la primera vez que perdía el control sobre el joven.

Entró en casa y fue a su habitación. Nada había extraño por allí, ni un rastro. Las recorrió todas en silencio. La puerta del sótano estaba cerrada con llave, como él la había dejado siempre. La llave seguía en su bolsillo.

-¡Izan! -gritó en el interior de su casa.

El acantilado. Samuel volvió a sentir los vértigos, todo le pareció transcurrir a cámara lenta. Sus gestos, sus pensamientos, sus recuerdos. Quiso andar para salir de casa, pero algo lo mantenía clavado.

Apoyó una mano en el tabique del pasillo que separaba sus dormitorios, cerró los ojos y se concedió unos segundos para despertar de aquel sueño.

Consiguió dar el primer paso. Los demás se sucedieron de manera apresurada hasta salir al porche. Bajó los tres peldaños de las escaleras sin resentirse y apuró el paso hasta llegar al borde. La claridad del día era buena. Percibió el contorno del mar golpeando contra las rocas. Nada quedaba de la calma de los días anteriores. Las aguas se habían alterado, las nubes se agolpaban en el horizonte, la lluvia estaba de camino.

Samuel gritó su nombre una vez más, unas cuantas más. Nada oyó, nada se movió entre las rocas del acantilado. Necesitaba bajar. Hacía años que había perdido la agilidad para poder hacerlo. Trató de serenar su mente y volvió a registrar la estancia y la finca para asegurarse de que su última opción fuera la de bajar en su rescate.

Recorrió cada metro de la finca sin decir ni gritar nada más. Se asomó al acantilado. Podría encontrarse herido entre alguna roca y no ser visto desde allí. Gritó una última vez. Nada se inmutó.

Regresó al porche sin saber qué hacer. Miró al este para calcular el tiempo que llevaría el chico despierto y supuso que una media hora.

Se paralizó unos instantes, como queriendo olisquear el ambiente. Algo lo retuvo como un presentimiento. Observó la cerca de estacas. Todo su perímetro, el círculo que cerraba la finca hasta morir en el acantilado. Se detuvo en el punto en que los palos dejaban de existir por la caída en picado del barranco hacia el mar. Era imposible cruzar por allí para salir o entrar del exterior. Se había encargado personalmente de excavar hacía muchos años para que la caída fuera vertical. Ningún zombi, ni siquiera un humano podría entrar por ninguno de los dos lados del acantilado.

Miró al este y se percató de que un bulto caminaba entre el campo en dirección a la casa. Se asomó al porche y entrecerró los ojos para agudizar su vista, sin conseguir mejora alguna. Hacía años que había notado que la nitidez había desaparecido de su visión. Maldijo su falta de atino.

La silueta se desplazaba demasiado rápido para ser un infectado, ni siquiera una persona. Cuando esta estuvo a unos cien metros de las estacas, se detuvo. Se agachó ligeramente durante unos segundos. Samuel prefirió no moverse para no ser visto. La sombra levantó la cabeza al cielo. Otro perro.

Samuel entró en casa en busca de su ballesta. Otro perro podría implicar que hubiera muchos más, o muchos más infectados. ¿Cuántos más habría en el pueblo? ¿Cuántos habrían llegado? ¿Cuánto tiempo y de dónde? ¿Dónde estaba Izan? ¿Por qué habría elegido ese momento para desaparecer por primera vez, justo cuando la tranquilidad de tantos años se desmoronaba en cuestión de minutos?

Se agachó con dificultad y palpó bajo su cama. Allí la había dejado, al alcance de su brazo, para tenerla cerca siempre. Pero la ballesta no estaba allí. Se agachó más y miró con sus propios ojos. Ni rastro. Se incorporó y, tras un nuevo mareo, se sentó en la cama. No entendía lo que estaba pasando. Trató de hacer memoria. La ballesta tendría que estar en cualquier otro sitio. ¿Dónde la habría guardado? Era incapaz de recordar.

Aturdido, recordó la última vez que la había utilizado, al matar al animal. Recordó ponerla debajo de su cama. La noche anterior, tumbado, echó la mano al suelo y palpó el arco para su tranquilidad.

Izan retumbó en su cabeza como un cañonazo. Por instinto, observó las dos esquinas de su habitación. Se había llevado una de las lanzas.

Se levantó. Un nuevo vértigo lo tambaleó pero consiguió arrimarse a la pared. Llegó hasta la otra lanza, se detuvo a respirar hasta que el mareo se disipó. Agarró fuerte el palo y se dispuso a salir para acabar con el animal. La bestia olisqueaba entre las estacas, intentando encontrar un pasadizo que le permitiera el paso. Se acercó a su perímetro de seguridad con el arma sujeta con ambas manos.

-¡Eh! ¿Por qué no vienes a oler mi palito? -gritó con ansiedad.

El perro retrocedió y sacó su cabeza de entre la maleza. Era más grande de lo esperado. Un ejemplar gigante. Samuel aminoró su paso y se asombró de su envergadura. El perro levantó el hocico al cielo y, de pronto, saltó rabioso hacia el anciano. En su primera caída destruyó por completo las estacas sobre las que había aterrizado, el animal chilló. El anciano retrocedió hacia atrás y agarró con fuerza su lanza. Aquella alimaña iba a hacer otro salto y ya tendría dos terceras partes de su objetivo conseguido.

Cuando el perro se revolvió entre ladridos para coger impulso, Samuel se acercó a las estacas con la intención de empalarlo. El animal se empujó con las patas traseras en un nuevo salto que no llegó a ser efectivo. En su impulso, las estacas se habían clavado en su pecho y su garganta, quedando sujeto durante unos segundos. El anciano aprovechó tal ocasión para meter su brazo entre la maleza y clavar su lanza en la cabeza del animal, que emitió unos ladridos de sufrimiento para quedar sin fuerzas primero, y sin aliento después. Samuel retiró el arma con dificultad. Chorreaba sangre y odio. Quería llegar hasta él y machacarle la cabeza hasta que no quedara nada de ella, pero pensó en lo que podría estar cerca y cualquier sentimiento de rabia se disipó al momento.

Anduvo en paralelo al cierre de estacas. Cuando avanzó los primeros pasos, reparó en un detalle que la luz de aquella mañana no había podido enseñarle. La hierba, casi seca, estaba pisada en su entrada en la maleza, entre los palos, en el mismo sitio por donde habían salido días

antes. Se puso en frente. Observó el rastro, la entrada en las estacas y el sendero que había dejado alguien, Izan, a la salida de su finca, en dirección al pueblo.

No había duda. El rastro, aunque tal vez imperceptible para otro, era claro para él. El chico había salido. Un perro pudo cruzarse en su camino, él podría estar herido, muerto, o tal vez no. Tal vez no.

Pensó en llevar agua. Cuando quiso girarse para entrar en casa, su cansada vista se detuvo. Algo a lo lejos, tres bultos trotaban entre las hierbas. Más perros. También enormes, avanzando en círculos llegaban gruñendo y peleando entre ellos.

Madrid. 25 de marzo de 2024.

Samuel abrió la nevera en busca de algo fresco y se la encontró casi vacía. Ese era el panorama habitual cuando más bebía, pero no era el caso. Marcaba los días en el calendario de la pared. Aquel era el cuarto consecutivo sin probar gota de alcohol y se alegró por ello. Un éxito después de haberlo intentado cientos de veces en los últimos años. Seguro de sí mismo, pensaba que había encontrado el secreto: mantenerse ocupado con su negocio online sobre consejos médicos de su especialidad. Su exesposa le había escupido a la cara que aquella web jamás sería rentable.

Haría el pedido del supermercado a través de Internet, eso evitaría cualquier tentación cuando se encontrara con cualquier botella física en la sección de bebidas. Llenaría la nevera sin escatimar, aunque ese fin de semana Leonor no estuviera con él.

Cogió el portátil y lo situó en su regazo mientras se acomodaba en el sofá. Desde el mando a distancia, accionó el televisor con el único objetivo de buscar compañía. El noticiero había comenzado.

Un nuevo estudio de los expertos climatólogos concluyen, en otro informe del IPCC, que las hipótesis sobre la subida del nivel del mar determinadas para el año 2050 ya están a la vuelta de la esquina. El anterior, que versaba sobre este aspecto en septiembre de 2019, había sido demasiado optimista. En España, muchos ayuntamientos costeros que ya han comenzado a sufrirlo, no acaban de encontrar el apoyo necesario del gobierno central y, ante la incapacidad de reacción, han solicitado informes privados a algunos profesionales americanos que se han especializado en la nueva arquitectura que puede salvar a cientos de regiones de esta amenaza inminente...

Samuel levantó la vista de la pantalla del ordenador. Presentadora nueva, pensó. Cogió el mando y cambió de canal en busca de deportes.

Capítulo 5

1

Salió del invernadero con el hacha en la mano. Hacía años que no le daba el uso que debía, pues se había desafilado. Sin embargo, también hacía años que no mataba a ningún infectado, y la herramienta podría sacarlo de algún apuro si la lanza fallara. Se asomó al acantilado por última vez y descartó, de manera definitiva, que Izan hubiera descendido.

Volvió a la parte delantera de la casa. Los perros, como atraídos por algún motivo al mismo sitio, merodeaban a unos veinte metros de las estacas, olisqueando inseguros el aire y observando el trato que se había llevado su difunto amigo. Miró atrás y supo que llovería. No tenía más tiempo. Ningún pozo se destaparía, ningún barreño se pondría para recoger el agua, nada importaba, así que avanzó entre las estacas por la misma salida de hacía unos días.

Se movió lento para asegurarse de que ningún roce se convirtiera en arañazo. Avanzó con la lanza entre sus dos manos, elevándola como si estuviera atravesando un río con el agua por la cintura.

Cuando hubo cruzado y se vio fuera de las garras de la maleza, atisbó a los perros. Estos lo miraban con respeto. Echó los hombros hacia atrás y comenzó a andar decidido, como si ellos no estuvieran allí, con el paso más ligero que pudo, sin titubear y sin dar la sensación de duda o miedo.

Pasó a la altura del primer perro a unos quince metros. Giró la cabeza hacia él y percibió cómo el animal movía las orejas hacia atrás, extrañado de semejante osadía. Era un animal grande. Su pelo gris con manchas marrones no crecía uniforme ni respetaba el mismo patrón en todas las partes de su cuerpo. En su lomo observó cómo el pelo se le había caído y su piel estaba en llagas. Una herida muy molesta en las horas de más calor, pensó el anciano.

Siguió a paso apurado. El segundo perro dio unos pasos hacia él, oliendo a media altura. Samuel lo desafió con la mirada sin dejar de andar y el animal se detuvo. Era un ejemplar más pequeño que el primero, con las mismas heridas.

El tercero de ellos se mantuvo impassible, mirando desde unos treinta metros cómo el extraño seguía avanzando. Su pose, erguida y desafiante. Samuel pensó que podría ser el líder de la manada. Lo observó buscando un cruce de miradas, pero el perro no mostró interés en provocación alguna.

Continuó andando y se dio cuenta de que las manos le sudaban. Cogió la lanza con un solo brazo y la utilizó de bastón de apoyo. Cuando se hubo alejado unos cincuenta metros de los animales, éstos lo siguieron respetando esa distancia mínima. Sin darse la vuelta, supo que los tenía detrás. Un leve mareo volvió a girar en su cerebro, pero no se detuvo ni miró atrás.

2

El aire soplaba a su espalda y notó cómo su cuerpo se enfriaba a medida que avanzaba hacia el pueblo. Giró su cabeza a la derecha y miró arriba, las nubes grises lo seguían. Lluvia. De reojo pudo percibir cómo los perros lo acechaban a corta distancia.

A lo lejos, divisó el autobús. Trataba de escanear cada detalle, pero su borrosa visión se lo

impedía. Ningún movimiento sospechoso por delante de su camino. Ni rastro de Izan.

Caminó en paralelo al pueblo, como cuando avanzó con el chico hacía unos días. Él no conocería otra rutina y, seguramente, repetiría los movimientos que había aprendido. El viento le daba por su derecha.

Llegó a la altura del autobús y se detuvo. A Izan le había llamado la atención aquel monumento a tiempos más prósperos. Tal vez se hubiera detenido por allí, aún podría estar cerca. Aprovechó para darse la vuelta y coger una idea más real de la distancia y actitud con que lo seguían los perros. Dos de ellos detuvieron su paso y agacharon la cabeza. El supuesto líder caminaba por su cuenta en medio de las hierbas altas que crecían al margen de la antigua carretera, campo a través. Samuel lo observó, por si el animal se paraba en algún lugar donde el chico pudiera estar caído entre la maleza, pero el perro no dio un paso más y se puso a la altura exacta en la que él se encontraba.

Vio la curva que precedía la recta de entrada al pueblo. No podía esperar más. Temió que los animales lo atacaran por delante y por detrás. Con paso decidido, se echó a andar. Sus rodillas le recordaron con un agudo dolor que ya no estaba en condiciones de aventurarse a demasiados esfuerzos. Apoyándose fuerte en su lanza, dio los primeros pasos con lentitud, aunque tratando de no aparentar fragilidad. Cuando consiguió recuperar el ritmo normal, encaraba la recta de entrada al pueblo. El perro líder lo seguía en paralelo, sin sobrepasar un centímetro de la línea recta imaginaria que los separaba.

El cielo comenzó a obrar el milagro que tanto ansiaba. Comenzó a llover. Sin rastro del chico. Sin rastro de nadie.

3

Cuando entró en las primeras calles del pueblo, los perros habían quedado rezagados. Su atención ya no estaba puesta en ellos. Más animales podrían salir de cualquier esquina, de cualquier parte en medio de la maleza. La lluvia caía suave y regular. Su ropa estaba casi empapada y percibió el clásico olor a polvo mojado.

Caminaba con paso lento, pero decidido. Tenía una prioridad en su mapa mental. Izan podría haber salido a recuperar más discos en aquel edificio.

Oyó cómo uno de los animales rugía suave a sus espaldas. Miró hacia atrás y vio que los tres perros ya no lo seguían más, como si hubieran llegado a una frontera que no pudieran traspasar. Tenían un comportamiento curioso: comenzaron a dar giros sobre sí mismos y a gruñir. Samuel los observó durante un tiempo, pero ellos prefirieron quedarse allí, esperando su regreso.

Miró de nuevo al frente, desconfiado. Agarró con más fuerza su lanza con ambas manos. En su cinturón, a su derecha, seguía el hacha en una posición cómoda para sacarla si fuera necesario.

Cruzó las mismas calles de días anteriores. No había rastro de nadie, ningún infectado ni animal. Afrontó ansioso el último tramo sabiendo que había descuidado su seguridad. Sus pasos ahora eran atropellados e indecisos. No estaba en las mejores condiciones de agudizar sus sentidos en caso de un ataque inesperado.

En la lejanía, la puerta del edificio estaba abierta. Trotó hacia ella. El chico, el infectado.

Se acercó y escuchó. Ni un solo ruido en su interior. El olor seguía siendo insoportable allí abajo. Vio las escaleras. Quería subirlas cuanto antes, pero su corazón latía demasiado fuerte y su vista se nubló. No respondería al impulso de sus entrañas, necesitaba pensar. Debería echar un vistazo antes de subir.

Entró al pasillo y su dilema se disipó al momento. Los mareos volvieron a su cabeza y todo

comenzó a transcurrir a cámara lenta. La ballesta estaba tirada en el descansillo de las escaleras. Con su arco roto y las flechas desperdigadas escaleras abajo, oyó cómo su propia voz emitía el nombre del chico.

-¡Izan!

Posiblemente lo acababa de gritar.

Subió las escaleras con menos agilidad de la que le gustaría. Pisó algunas flechas y a punto estuvo de resbalar entre ellas. Se agarró al pasamanos para subir los últimos metros. La agitación de su corazón y los mareos repentinos hicieron que perdiera la visión. Cuando la recuperó, se encontraba de pie con las piernas abiertas, manteniendo un perfecto equilibrio. Allí estaban los discos, al fondo del pasillo, y dos cuerpos tirados sobre ellos.

La luz de la estancia confundía su cansada vista. Las nubes habían teñido de gris la claridad del día y todo resultaba borroso. Caminó apoyándose en su lanza y se acercó lento. Los mareos volvían a hacer acto de presencia. Temía por un desmayo definitivo, así que aceleró el paso para llegar hasta ellos. Trastabilló, pero consiguió mantenerse en equilibrio. Volvió a sopesar la posibilidad de atravesar con cautela el pasillo para asegurarse de que ninguna sorpresa saldría de las habitaciones, pero no le quedaba tiempo.

Llegó a la altura de los bultos y los reconoció. La visión se aclaraba y los vértigos desaparecieron. Izan estaba boca arriba, encima de los vinilos. El infectado, boca abajo, sobre el chico, tapándolo casi en su totalidad.

El zombi tenía una lanza incrustada por el orificio de su ojo derecho y lo atravesaba saliendo por la parte trasera de su cráneo. La cabeza estaba ladeada sobre el pecho del joven. Por la postura, era posible que tuviera el cuello roto. Todo el cuerpo de Izan estaba salpicado de un líquido espeso y negro.

-¡Izan! -gritó el anciano, dejándose caer de rodillas a su lado- ¡Chico! ¡Vamos! ¡Ya estoy aquí y te necesito!

Intentó sacarle de encima al infectado, pero su peso era descomunal. Rodeó a gatas los cuerpos y, cogiendo la lanza por los extremos, movió la cabeza y medio cuerpo del zombi hasta que lo liberó por completo, rompiendo el resto del cráneo. Constató que el cuello estaba roto, el líquido negruzco era suyo y los huesos ya estaban debilitados por la infección.

Cogió al chico por los hombros y lo arrastró, apartándolo de los restos de sangre, sesos y huesos. Puso la mano en su pecho y notó que el corazón latía.

-¡Vamos, chaval! -susurró mientras lo cacheaba en busca de alguna herida.

Tenía que haber matado a aquel ser el primer día. Lo abrazó por detrás y apoyó su espalda en la pared del pasillo que había entre las puertas. Un nuevo mareo se apoderó de su cabeza. Tuvo la sensación de que su cerebro físico se movía dentro de su cráneo y los ojos se le ponían en la nuca. Todo comenzó a dar vueltas y perdió el conocimiento.

Samuel despertó sin recordar dónde estaba. Entre sombras, bultos y mareos, oyó a lo lejos ladridos y gruñidos. Le llegaban de otra dimensión mientras trataba de situarse en la suya. Miró a un lado y a otro, reconoció el lugar. Un charco de sangre negro había ensuciado por completo los discos. Alguien pasó corriendo por delante. Tenía la espalda apoyada en la pared y no pudo levantar la cabeza. Intentó balbucear algo cuando los pasos volvieron por él.

-¡Abuelo! ¿Estás bien?

Samuel miró al frente y reconoció la cara del chico. Quiso incorporarse, pero un cansancio

fuera de lugar le recordó la edad que tenía.

-¿Por qué regresaste aquí sin mí?

-No lo sé... escucha.

-No.

El anciano hizo un gesto para que le ayudara a levantarse. Izan lo hizo de inmediato y, en cuanto lo tuvo de pie, con su equilibrio asegurado, le soltó la mano y se apresuró a correr hacia la ventana de la habitación donde habitó el zombi.

-Escúchame a mí -dijo el anciano, a la vez que se echaba a andar hacia él- ¿Estás herido? ¿Te ha mordido?

El chico volvió a su lado.

-Ningún rasguño, abuelo.

-¿Qué ha pasado aquí arriba?

-Abuelo, hay perros por todas partes. ¿De dónde han salido? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

-¿Perros? ¿Cuántos son?

El anciano se echó a andar hacia la ventana, apoyándose en el muchacho.

-¿Qué le ha pasado a la ballesta? Está inservible.

-Ya te contaré. Mira por la ventana.

Samuel se asomó. Cientos de perros transitaban sin rumbo, aturdidos, tropezando entre ellos y peleando a mordidas.

-¡Dios Santo! -dijo el anciano para sí-. ¿Has cerrado la puerta?

-Sí, he apoyado al zombi contra ella.

-Bien, quedémonos quietos -susurró el anciano-. No hagamos ruido. Igual que han llegado tendrán que irse.

El anciano miró al chico y percibió en su expresión una pavorosa angustia. Afuera apenas llovía. Ni siquiera se percibía el agua en la vegetación, se había escurrido con facilidad entre las hojas para caer en el olvido. Miró al cielo a través de la ventana, alejado de ella unos tres pasos. Vio las nubes pasar, grises, cargadas de agua, circulando a velocidad rápida y sin intención de descargar. Parecían desentenderse de aquella situación.

Samuel volvió a mirar al chico. Este no se había movido ni había dicho nada más. Encontró en su mirada una súplica piadosa. Se entendieron con un gesto sencillo y el joven se supo perdonado. No pudo evitar echarse a llorar, arrojando toda la tensión vivida, derrumbándose y abrazando a su abuelo. El anciano extrañó el tacto corporal y se dio cuenta de que hacía años que no tenía contacto físico con ninguna persona. El roce de su piel y el abrazo recibido lo hicieron sentir cómodo y se recreó con el momento.

Los minutos pasaron y los gruñidos callejeros no cesaban. La manada no avanzaba. Los perros seguían peleándose entre sí cada vez que se tropezaban en aquel deambular absurdo. Los animales se movían en círculos sin desplazarse. Unos eran sustituidos por otros y siempre acababa regresando el mismo perro al mismo punto. Era como si hubieran querido llegar hasta la fachada de aquel edificio y allí se hubieran detenido.

El anciano quiso vigilar desde un ángulo que le permitiera ver hasta dónde llegaba la manada. Necesitaba entrar en alguna de aquellas habitaciones sucias con vegetación incrustada en sus cimientos. Giró sobre sí mismo, tropezó contra el viejo sofá y algo se deslizó bajo él. Izan se asomó. El anciano ya sabía de qué se trataba, aunque lo hubiera olvidado por la intensidad del momento. El chico se agachó y, cuando se incorporó, levantó la libreta.

-Contiene anotaciones -dijo, una vez abierta.

-Guárdala, ya la leerás después con calma. Ven, necesito ver qué está pasando desde otra

ventana. Esos perros parecen haberse detenido aquí.

El chico la guardó en el bolsillo de su pantalón y salió al pasillo detrás de su abuelo. Samuel observó la primera habitación a su izquierda. Decidió adentrarse. Algún insecto se revolucionó entre las hierbas que crecían a media pierna en el instante en que comenzó a pisar entre la arenilla. Aquel mundo vegetal se desmoronó bajo sus pies. La vida se sostenía gracias a una fina capa de tierra y polvo que se había acumulado con el paso de los años, lo suficientemente frágil como para destruirse a cada pisada. Consiguió acercarse a dos metros de la ventana. El aire allí daba a su espalda por una corriente peligrosa que venía desde el dormitorio de enfrente, de donde llegaban las nubes del mar.

Había perros por todas partes. Parecían venir del sur, pues todos ellos ocupaban la calle en la que se encontraban, pero no deambulaban por el resto de la ciudad. Dio dos pasos más para calcular cuántos podrían ser. Se asomó a la ventana. Un nuevo vértigo cruzó por su cabeza.

Los veía con claridad, a pesar de su cansada vista. Sabía lo que estaba ante él. La manada de perros se perdía de vista en los doscientos metros de calle abierta. Cientos y, entre ellos, un grupo de personas que avanzaban desorientadas y muy lentas a escasos metros de su edificio.

-¿Qué pasa, abuelo?

-Nada, no te asomes. Podrían vernos.

El anciano se dio la vuelta y, empujando al chico hacia el pasillo, se asomó a la puerta de la habitación de enfrente.

-¿Hay muchos más?

-Bastantes -respondió Samuel, mientras se agachaba para contemplar el cielo a través del hueco de la ventana.

Las nubes seguían desplazándose rápido. Algún claro celeste se percibía entre ellas y, en el horizonte, más nubes grises.

-Debemos esperar aquí un rato. Ven.

Samuel lo invitó a la sala del norte, donde el moribundo de la libreta había sido encontrado hacía unos días.

-Cuéntame qué pone en esa libreta, mientras esperamos a que pasen estos bichos.

-¿Pasarán? ¿Podremos salir de aquí?

-En algún momento tendrán que irse. No podrán con nosotros. Podemos aguantar, tenemos la barriga llena, nos hemos comido a uno de ellos.

El chico le devolvió la frase con una sonrisa de esperanza. Se sentía más tranquilo. Cogió la libreta de su bolsillo. La abrió y comenzó a leer.

“Mi nombre es Felipe De Souza. Si estás leyendo esto es porque estoy en apuros. Llévame a Las Fragas. Aunque me veas en mal estado, allí sabrán qué hacer conmigo y te aseguro que serás bien recibido”.

Se miraron a los ojos. El anciano mordió fuerte sus dientes, por lo que sus huesos se marcaron en su mandíbula.

-¿Qué son Las Fragas, abuelo?

Samuel se acercó unos pasos al chico y le indicó que siguiera leyendo.

“Si te encontraras con zombis cerca de mí, no los mates. Tienen un papel que cumplir. Tal vez no lo entiendas. Ellos nos han salvado y todavía tienen un cometido que cumplir”

-No sigas, era un chalado.

Samuel se dio la vuelta y observó por la ventana, casi no caía gota. Los perros se habían alborotado un poco más. Se habían vuelto más violentos. Se quedó mirándolos mientras el chico ojeaba la vieja libreta.

El sol salió en medio de unas nubes y el paisaje se tornó claro, fresco. A la mente de Samuel vinieron recuerdos de años pasados. Parecían siglos, de otra vida. Cerró los ojos para respirar la frescura de la lluvia y se imaginó que tal vez podría salir un arcoíris tras las montañas. Tras Las Fragas. Las Fragas. Y una idea llegó a su mente. Abrió los ojos de par en par. Vio que los perros recuperaban la cordura, caminaban hacia el norte.

-Pues no parece tan chalado, abuelo. Aquí dice que es un médico portugués, pero que ya no queda nada ni nadie de provecho en aquellas tierras.

Era la primera noticia que Samuel recibía del mundo exterior en más de dos décadas. Portugal estaba arrasado, al igual que el sur de España.

El anciano pasó por delante del chico y salió al pasillo. Miró al oeste, un nuevo frente de nubes cargadas de lluvia se acercaba. Entró en la habitación y miró a la calle. Los zombis comenzaban a andar de nuevo. Perros e infectados caminando en la misma dirección.

Se giró y volvió al pasillo. Miró a través de la ventana de la habitación de enfrente y calculó el tiempo que tardaría en llover.

-Escucha, saldremos de aquí en diez minutos. Hay una cosa que debes saber.

El chico abrió los ojos todo lo que pudo y su cara gesticuló el horror.

-Los perros están infectados.

El chico, sin decir palabra, con gesto desenchajado, aguardó una explicación.

-Los infectados son peligrosos y feroces con el calor. Sin embargo, apenas responden al frío, la lluvia o la oscuridad. Son más vulnerables en esas condiciones, por eso se están comportando de manera tan extraña. Ahora ha parado de llover. ¿Ves la diferencia? -lo invitó a verlos desde la habitación norte, los animales habían recuperado un ritmo normal.

El chico asintió con la cabeza, pero unos segundos más tarde su cara volvió a la angustia.

-Son personas infectadas, zombis como tú los llamas. En cuanto llueva, quedarán casi paralizados. ¿Ves esas nubes? Tenemos que salir de aquí cuando empiece a llover.

-¿Hacia dónde?

-A casa, allí estaremos protegidos.

-Abuelo, si todos esos perros nos siguen, no podremos contenerlos.

-No nos podemos quedar, podrían llegar más. Allí tenemos más posibilidades.

-¿Por dónde nos iremos? Esta calle es la más transitada. Todo lo demás es maleza, no podemos atravesarla.

-Pasaremos por su lado. Debes seguir mis pasos. Tenemos que caminar lentos para no alterarlos. No nos harán nada, confía en mí.

-¿Y los perros?

Samuel se acordó de los tres que lo habían seguido.

-Son simples animales. Muestra seguridad en tus pasos y te temerán. No nos harán daño.

El chico se quedó en silencio, asimilando el plan. Le parecía suicida. Nunca se hubiera imaginado una solución semejante.

-Abuelo, nos hemos comido un animal infectado, ¿te das cuenta?

-Ya lo he pensado, pero no lo sabemos seguro. Si lo estuviera, nos hemos comido su carne cocinada. No sabemos si la infección se transmite igual en esas condiciones.

A Izan le vino una arcada. No era capaz de digerir aquella situación ni aquella retahíla de suposiciones sin sentido.

-Abuelo, vámonos a Las Fragas. Allí alguien tal vez pueda curarnos.

Samuel le agarró el brazo con fuerza.

-Escucha, estos perros vienen de allí. No es un buen lugar. Además, no llegaríamos vivos. Ahí fuera hay cientos de ellos, quizá miles. Mientras yo viva, nuestra casa será nuestro fortín, nuestro refugio. Es el mejor lugar. Allí sabes cómo vivir, te lo he enseñado todo. Cuando yo no esté, te recomiendo que sigas el mismo estilo de vida si no quieres acabar convertido en uno de ellos a las pocas horas de salir en busca de aventuras absurdas.

El chico lo observaba con espanto, el iris de sus ojos se movía en todas direcciones casi sin pestañear.

-Céntrate, Izan, estás desbordado y tienes que estar listo ya. No hay tiempo. Coge las lanzas y tráelas. Saldremos pronto.

5

Los siguientes minutos Samuel los pasó paseando de un dormitorio a otro. Notó la brisa de la lluvia en su cara. Izan, en el pasillo con dos lanzas, observaba abstraído los discos en el suelo casi sin pestañear. El abuelo echó medio cuerpo por la ventana que daba a la calle y se aseguró de que ningún infectado estuviera más cerca de la puerta que los diez metros que la separaba de la carretera.

-Vamos, chico, es hora de ponerse en marcha.

Pasó por su lado y le arrancó una de las lanzas.

-Abuelo... si esto sale mal -el anciano se giró hacia él- ¿Podrás perdonarme?

-Si sale mal no habrá tiempo para eso. Vamos.

Samuel caminó con paso decidido hacia las escaleras y desde allí las vio ensangrentadas. Esperaron en silencio y, cuando percibió que las primeras gotas caían sobre el tejado, inició el descenso con el muchacho a dos pasos de los suyos. Pasaron al lado de su vieja ballesta sin detenerse.

El infectado se encontraba sentado, apoyado contra la puerta. El cuerpo se había ladeado dejando un rastro de sangre en su deslizamiento. Su media cabeza era ya irreconocible, sus prendas tan viejas como las del anciano.

-¿Doctor? -dijo Samuel-. Hace más de cuarenta años que no existen las universidades, ni maestros, ni alumnos, maldito farsante.

El anciano le hizo un gesto al chico para que apartara el cuerpo. El olor allí abajo seguía siendo insoportable. Cuando se bajó para coger por las piernas al doctor, la bilis se le subió a la boca y acabó salivando en una arcada interminable.

Arrastró el cuerpo hacia el centro del pasillo. Se incorporó. La sangre se le había subido a la cabeza con el esfuerzo. Limpió su saliva con el antebrazo y recobró su color habitual. El anciano atrancaba la puerta con la fuerza de su pierna derecha. La lluvia era un poco más intensa.

-Vamos, ábreme la puerta con cuidado. Hay que irse, puede que tengamos solo unos minutos. Cuando salgamos, camina erguido a mi lado. Nunca te echés a correr. Si no te controlas, ten por seguro que no iré a salvarte.

El chico se posicionó tras el manubrio y Samuel se retiró poniendo su lanza pegada al cuerpo en posición de ataque. La abrió con todo el cuidado que pudo. Todo estaba como el anciano esperaba. Los infectados comenzaban a pararse, los perros volvían a deambular desorientados.

Samuel hizo un gesto al chico para salir. Dieron los primeros pasos hacia el exterior e Izan dejó la puerta abierta. Tenía claro que no volvería jamás a aquel lugar.

El aire era fresco, atrás dejaron el olor a podrido del edificio. Se situaron al pie de la vieja carretera, mientras unos perros merodeaban cerca. Samuel miró a Izan, echó los hombros hacia atrás y enderezó su espalda todo lo que pudo. El joven, aterrado, imitó su postura y empezaron a andar.

Su camino de vuelta comenzó con un zigzag entre una suave lluvia para esquivar a los perros e infectados. Izan caminaba al lado del anciano medio paso rezagado. Observó a aquellos acompañantes y maldijo el momento en el que quiso salir de su fortaleza para ir a por unos absurdos discos. Sabía que su abuelo no aprobaría otra visita hasta pasados muchos días. ¿Acaso no podría haber esperado? Había estado sin esos discos, sin saber qué era la música, toda su vida. Aquella bajada al fondo del acantilado sin consentimiento le había subido la autoestima. Le había mentido por primera vez en su vida y se sentiría bien. Un acto de desobediencia mayúsculo, de manera que hasta su abuelo estaría orgulloso de su hombría. Pero ahora había aprendido otra lección.

Samuel se desplazó hacia un lado en la carretera. Quería esquivar a un grupo de cuatro personas que miraban al suelo, contemplando la lluvia que caía de sus cabezas. El anciano miró al cielo y supo que todavía gozarían de unos minutos valiosos. Cuando sobrepasaron a aquellos infectados, Izan ralentizó su paso para observarlos por detrás del anciano. Dos adultos, una chica de su edad y un niño al que parecían proteger, se balanceaban levemente, como siguiendo la música de su tocadiscos.

Izan detuvo su mirada en la chica. Nunca había visto a una de su misma edad. Su pelo moreno, mojado por la lluvia, le tapaba media cara. Su piel era de un marrón amoratado. Los hombros estaban caídos y su ropa, destrozada, dejaba a la vista heridas en sus piernas de tal profundidad que ningún ser humano podría haber sobrevivido sin desangrarse. El anciano hizo un gesto para que se mantuviera pegado a él.

Comenzó a llover de manera más intensa. Personas de todas las edades se zarandeaban sin dar un solo paso. Algunos miraban al cielo sin pestañear, ajenos a la molestia de la lluvia, otros perdían su mirada en el horizonte. Los perros se movían más lentos. Su roce se hizo tolerable entre ellos.

Mientras el chico procesaba en su cabeza aquellas imágenes de tantas personas juntas en un mismo sitio, Samuel los analizaba de manera muy diferente. Ningún infectado parecía haber superado los cuarenta años de edad en su vida humana y los hombres parecían más numerosos que las mujeres. Apenas había niños y los que viajaban tenían alguna malformación en su aspecto físico: brazos deformes, piernas encogidas, cabezas con cráneos estrechos. Algunos iban acompañados de adultos que podrían ser sus padres, otros estaban solos.

Como desterrados, condenados a un final común, aquellos zombis que parecían llegar de alguna guerra extendían su presencia a todo lo que la vista, calle abajo, hacia el sur, podía albergar.

El anciano temía que la muchedumbre se dirigiera en dirección a su casa. Las estacas no podrían contener el aluvión. Entrarían lento se irían ganando centímetros hasta acabar destrozando todo. No tendrían tiempo suficiente para atravesarles la cabeza con sus herramientas. El interior de su casa no sería seguro entonces, ni siquiera un descenso al acantilado podría garantizar nada. Supuso que el grupo se había adentrado en el pueblo sin buscar orientación alguna y que, el hecho de que llegaran por el sur y caminaran hacia el norte no tendría nada que ver con su objetivo.

Samuel había construido un mito propio alrededor de aquel terreno paterno. Allí había nacido, quería defender el lugar, morir allí, con sus recuerdos de niño, y tapan todos los errores que cometió lejos de aquella casa.

Avanzaron despacio entre los infectados mientras el anciano miraba con frecuencia a las nubes, conector de que ya no llovía tanto como antiguamente. Miraba al oeste una y otra vez. Podrían ser las últimas lluvias hasta después del verano.

Entonces un ruido vino de todas partes, como un choque de trenes a pocos metros de donde se situaban, paralizándolos a todos. Samuel sufrió otro vértigo, su cabeza se fue a otro planeta. Izan miró atrás. La fila de infectados se perdía de vista, desde la ligera pendiente que tenía la calle en su tramo final hasta la vieja rotonda. Podía ver por encima de las cabezas de todos. Algunos miraban arriba y otros habían levantado la vista hacia el horizonte, como si aquel estruendo los hubiera sacado de su letargo.

Del cielo comenzaron a caer pequeñas piedras de granizo, en un golpeo seco sobre rostros y cuerpos. Acto seguido llegaron proyectiles, auténticos misiles de pedrisco lanzados por algún ser infernal con la intención de destruirlos a todos.

El chico se agachó en cuclillas y trató de proteger con sus brazos todo su cuerpo.

-¡No! ¡Sigamos andando! ¡Vamos, corre!

El anciano echó una mano a uno de los brazos del muchacho para levantarlo del suelo cuando una piedra del tamaño de una pelota de golf golpeó en su cabeza. Estuvo a punto de caerse, pero el chico se incorporó a tiempo para sujetarlo. Otra piedra de hielo rozó el rostro de Izan, quemándole la piel. El joven dio dos pasos atrás al sentir el dolor, a la vez que el anciano recuperaba la orientación y situaba los brazos sobre su cabeza.

-¡Protégete y corre, Izan! ¡Tenemos poco tiempo!

El chico miró a su alrededor. Los zombis caían como si se tratara de un fusilamiento. Las piedras de hielo destrozaban sus débiles cráneos, o producían heridas irreparables en sus cuerpos. Los perros caían abatidos. Hielo y sangre negra se mezclaron en un paisaje gris que jamás olvidaría.

Ambos caminaron rápido con sus lanzas sobre la cabeza, aguantando las embestidas de los proyectiles.

-¡Corre, chico! ¡Vamos!

-¡No iré más rápido que tú! ¡No quiero dejarte atrás!

-¡No me dejas atrás, corre!

Pero Izan era incapaz de tomar las riendas de aquella carrera. A excepción de los últimos dos días, cuya experiencia ya había decidido no repetir nunca más, jamás había dado un paso adelante sin el consentimiento de su abuelo.

El aire pareció bajar la temperatura unos diez o quince grados en cuestión de segundos. Cuando llegaron a la vieja rotonda, Izan miró atrás. Un tercio de los infectados había caído. Los perros se movían lentos y asustados.

-¡Vamos! ¡Tomemos la última calle que nos saque de aquí!

Enfilaron dirección oeste, el granizo les daba de cara ahora. El aire había enfriado por completo sus cuerpos. Samuel sangraba por la cabeza y la parte inferior de su antebrazo estaba teñida de rojo. Izan temía por el equilibrio de su abuelo, que cada paso era más lento.

-¿Estás mareado, abuelo? -gritaba casi sin oír su propia voz.

Samuel solo gesticulaba. En su nuevo trayecto, los perros se hallaban en menor número y ningún infectado ocupaba las calles. Izan se pegó al anciano y juntó su cabeza a la suya para protegerse con el brazo izquierdo, mientras el derecho lo abrazaba por la cintura. El anciano estaba agotado y los perros estaban por allí, cruzándose aturdidos en su camino de vuelta a casa.

Apenas podían ver dónde pisaban, el viento les venía de cara. Su paso se había ralentizado y aun así tropezaron con uno de los perros. Estar abrazados les supuso una caída irremediable.

Ambos se tambalearon hacia delante y con un solo brazo de apoyo para amortiguar la caída. Se golpearon la rodilla uno y el hombro el otro. El perro se había quedado medio atrapado bajo el cuerpo de Samuel, que apenas podía moverse entre el hielo y el agua del lodazal en el que se había convertido el suelo duro.

Izan se levantó con rapidez y, dando la espalda al viento, clavó su lanza en la cabeza del perro, que yacía tumbado de lado, medio tapado por el cuerpo de su abuelo. Vio venir por su espalda uno más, desorientado. La levantó y, girándose sobre sí mismo, se agachó a media altura y la clavó entre las costillas del animal que, aunque mantuvo el equilibrio a cuatro patas, no opuso resistencia.

La lluvia cesó con la misma rapidez con la que había llegado aquel hielo del cielo. El chico quiso incorporar a su abuelo, pero este ya tenía medio cuerpo erguido. Vio el machete en su cintura y se lo quitó con rapidez. Se acercó al animal y se lo asestó en el centro de su cabeza.

-¡Izan! ¡Vámonos!

El chico ayudó de inmediato a su abuelo. Llovía, pero un claro de nubes ya se percibía cerca.

-¡Vamos! El aire se mantendrá frío durante unos minutos más. Todavía podemos llegar a casa.

El anciano se apoyó en su lanza, de nuevo como un bastón, y se echó a andar mientras el chico recogía sus herramientas de matanza.

La ausencia de lluvia había sacado del letargo a los animales. Caminaban cabizbajos, como si fueran únicos en su mundo. A cada tropiezo con otro semejante, algunos parecían reaccionar con violencia. Eran los últimos cien metros antes de la salida definitiva del pueblo, donde ya apenas había perros. Necesitaban alejarse lo suficiente para perderlos de vista antes de que recobrasen sus sentidos asesinos.

Samuel recuperó la verticalidad. Tenía un ligero zumbido en su cabeza, un mareo, pero había parado de sangrar. Ambos tiritaban de frío. Estaban empapados y el aire marino les secaba la ropa contra su piel congelada.

En la misma frontera imaginaria donde había dejado a los perros que lo habían seguido hasta el pueblo, salieron de entre los matorrales dos de ellos. Eran los mordidos, sin rastro del líder de la manada. Caminaban cansados, infectados.

-Vamos, tenemos que superar a esos.

El chico agarró con fuerza el hacha con su mano izquierda, mientras con la derecha sujetaba la lanza en posición de ataque. Se acercaron aminorando el paso por precaución. Samuel esperaba la salida de un tercer perro de entre los matorrales. Aprovecharon un círculo extraño que trazaron en su andar para superarlos, rodeándolos sin darles la espalda.

Salieron del pueblo mientras los dos perros chisporroteaban más violencia con el paso de los minutos. Aceleraron el paso todo lo que las piernas del anciano le dejaron. Izan no quitaba ojo de su andar, y Samuel no quitaba ojo de las hierbas altas que crecían a los lados de la vieja carretera.

Llegaron a la altura del autobús. Casi habían tomado toda la curva que haría perder de vista a aquella tribu de zombis. El tercer perro salió de detrás del autobús y olisqueó el aire, todavía frío. Los miró desde una distancia de veinte metros. El anciano pudo verlo mejor: era esbelto y su pelo estaba mojado, pero sano en apariencia.

-¿Ves alguna herida en la piel de ese perro?

-Desde aquí no veo nada, pero podremos con él. Somos dos contra uno.

-Creo que este no está infectado, caminemos.

El perro bajó la cabeza a pocos centímetros del suelo y movió sus fosas nasales en dirección a ellos. Cuando habían dado tres pasos, el animal se echó a andar en la misma dirección.

-No va a dejar que nos acerquemos -dijo el anciano, parándose de nuevo-. Mejor, entraremos dentro de nuestro perímetro y no podrá superar las estacas.

El perro, que seguía caminando con la cabeza baja, miró hacia atrás y se detuvo al ver que ellos también habían detenido el paso. Levantó su cuello y volvió a olisquear el ambiente, esperando una pronta reacción.

Cuando volvieron a recuperar la distancia de veinte metros, el perro volvió a caminar.

Samuel estaba agotado. Los vértigos habían aumentado. El mal descanso de los días anteriores y la exigencia física de esa mañana lo habían deteriorado. Encararon la recta final hacia su hogar. En la lejanía, a pesar de su borrosa visión, le parecía el paraíso. Aun así, el anciano vigilaba en todo momento los movimientos del animal.

El chico estaba a su lado, caminando lento. Habían abandonado el trayecto de la vieja carretera y afrontaban los últimos doscientos metros hasta su casa con la hierba a mitad de muslo. El perro caminaba delante, sobresaliendo más de medio cuerpo entre la espesura. Se había escorado hacia la derecha, como queriendo dejarles el camino libre hasta sus aposentos.

Cuando con el alcance de su vista distinguió las estacas, Samuel sonrió, satisfecho de haber regresado. Sus cuerpos estaban fríos, pero sintió calor cuando se imaginó que pronto estaría con ropa seca.

-Escucha -dijo deteniéndose a cien metros-. Caminaré en zigzag hasta el punto de entrada entre las estacas. Tú irás recto, por donde hemos hecho camino al salir. Con las lanzas levataremos la hierba que hemos tumbado a nuestro paso. No podemos dejar pistas de cuál es el punto menos fuerte de nuestra barrera de estacas para poder entrar.

-Pero, el perro...

-No estaremos lejos el uno del otro, no parece agresivo.

-Creo que ese no está infectado, abuelo.

-No lo parece. El que nos hemos comido es posible que tampoco lo estuviera.

El chico no supo qué decir y, en silencio, se agarró con fe a ese argumento de esperanza.

-Hagámoslo ya, abuelo. Quiero volver a casa cuanto antes.

6

Samuel cogió ropa y calzado seco en el sótano, mientras el chico retocaba los matojos entre las estacas por donde habían entrado. Lo disponía todo para no volver a salir de allí en mucho tiempo. Cada día que fuera pasando, las hierbas recuperarían su postura más natural y no quedaría rastro del punto de entrada para animal alguno.

El perro, desde fuera, se desplazaba lento en paralelo al cierre, a unos diez metros. Olfateaba una y otra vez el ambiente e Izan notó que lo desafiaba cada vez que se miraban. El aire era molesto para sus ojos y le impedía ver con claridad. Para su olfato, la brisa corría en la dirección perfecta.

El anciano regresó al porche cuando Izan todavía echaba un último vistazo a los movimientos del animal:

-¡Ponte esta ropa!

Ambos se desnudaron allí mismo. La libreta cayó al suelo, saliéndose de uno de los bolsillos del pantalón. Izan la cogió y la puso encima del banco donde se sentaba su abuelo. Los viejos jerséis del sótano olían a polvo, pero sirvieron de improvisadas toallas para secar su piel.

-¡Qué pantalones tan gruesos, abuelo!

-Póntelos, entrarás en calor más rápido.

La brisa del mar les daba de espaldas. Todo parecía apaciguarse. En el horizonte se divisaba el cielo, sin rastro de nubes. La temperatura había subido y alcanzado unas cotas poco invernales en aquel momento.

-¿De dónde has sacado estos calcetines tan nuevos?

-Son de lana para el invierno, por eso están nuevos.

El chico ayudó a calzarse al anciano y, en cuanto acabaron las tareas, Samuel miró hacia su huerta y el chico hacia las estacas. El granizo había destrozado su cosecha casi por completo. El perro se había sentado y los observaba con paciencia.

Samuel bajó los escalones y caminó hacia el acantilado en medio de los charcos que se habían generado. El chico oyó sus pasos y se dio la vuelta.

-Abuelo, la cosecha está destrozada -dijo mientras Samuel caminaba sin girarse.

Cuando llegó al barranco, se dio la vuelta y levantó la vista para observar el tejado de la casa. Izan llegó hasta él en pocos segundos y repitió el gesto.

-Dios, abuelo, esas piedras han roto algunas tejas.

-Ya sabes lo que te toca, subir y sustituirlas por las que están guardadas en el invernadero.

-El invernadero también está destrozado. Tendrás que traer plásticos del sótano.

El anciano observaba el destrozo de la cosecha.

-¿Qué tal tu herida en la cabeza, abuelo?

El anciano asintió mientras seguía analizando los destrozos. Tenía un hinchazón del tamaño de una pelota, pero se encontraba bien. Sus mareos se habían despejado y su mente estaba clara. El aire fresco contenía la inflamación, secaba el corte, entraba en sus pulmones y llenaba su cuerpo de energía. Estaba de vuelta y pensaba organizarlo todo de nuevo para no volver a salir de allí.

Izan fue a su dormitorio. De dentro del armario sacó una barra de metal cuyo extremo finalizaba en forma de zeta. Salió al pasillo y elevó la palanca hasta el techo. La enganchó en un orificio y tiró hacia abajo. La trampilla se deslizó con torpeza al desincrustarse, hasta que cayó de golpe por la fuerza de la gravedad. Habitado a ese movimiento, la sujetó antes de que tocara el suelo. Una escalera de madera apolillada quedó ante él. Sabía cómo subir y bajar apoyando los pies en los bordes de cada paso sin descargar apenas el peso de su cuerpo, utilizando la fuerza de sus brazos. Apoyó el pie derecho y probó su consistencia. Un primer impulso ligero y el ascenso fue fácil para él.

Le gustaba estar allí arriba, se sentía protegido. Nada podría hacerle daño en aquel lugar. Las viguetas de madera sujetaban las tablillas apolilladas que hacían de techo en el piso inferior y de suelo en el desván. No podía caminar sobre ellas, un paso en falso y caería al piso de abajo. En ocasiones, se había quedado dormitando sobre alguna de ellas en invierno, escuchando el sonido del viento, lo más parecido a la música que había vivido hasta la aparición del tocadiscos.

Aquel aparato casi le había costado la vida a ambos. No lo tiraría, pero no volvería a escuchar el disco en mucho tiempo. Ya había tenido suficiente con la tecnología del pasado. De nada servía echar mano a algo que estaba muerto.

Observó la claridad que entraba por los orificios que el granizo había perforado. El polvo en suspensión se veía con nitidez a través de los rayos de luz. Se había ensuciado las manos con solo ponerlas allí arriba. El polvo se había incrustado sobre la madera. La temperatura era insostenible en las horas de más calor y aquella vieja ropa le rasgaba la piel. Estaba empapado

de sudor, deseando quitársela. Le gustaba su camiseta verde diaria, o la sudadera roja para el invierno. Su ropa de siempre estaría seca a primera hora de la tarde.

Oyó al anciano remover cosas en el sótano, los plásticos que había conseguido en el pueblo. Los conservaba en perfecto estado desde hacía muchos años. Pensó en bajar a ayudarlo. Nunca olvidaría cómo lo agredió aquel día que lo pilló descendiendo de puntillas por las escaleras, intentando husmear. Era territorio del anciano, lo había dejado bien claro con una tremenda reprimenda e incomprensibles bofetones que lo elevaron escaleras arriba sin darle opción a ver mucho más. Había sido un gesto imperdonable, incomprensible para un niño de apenas siete años.

Desistió de la idea de bajar. Analizó las posiciones por las que entraba la luz y echó cuentas. Siete tejas. Fáciles de subir, fáciles de recolocar. Corría más peligro de que se deshiciera alguna de las buenas en sus manos al intentar sustituir las rotas. Bajó casi en dos saltos y, aunque oyó los jadeos de su abuelo en el sótano, escaleras arriba, salió para dirigirse al invernadero. El sol lucía resplandeciente. El perro se encontraba de espaldas a la casa, sentado, mirando en dirección al pueblo. Izan observó el horizonte y oyó ruidos. Avanzó unos pasos y lo percibió más claro. Los infectados se estaban aproximando.

SEGUNDA PARTE

El cuaderno



Madrid. 17 de enero de 2029.

Cuando entreabrió los ojos le molestó la claridad del televisor. Iba a ser una siesta corta, sin embargo, afuera ya estaba anocheciendo. Levantó la cabeza, todo le daba vueltas. La dejó caer desolado y, con los ojos entreabiertos, distinguió la botella de whisky sobre la mesa de centro, frente al televisor. Ladeó su cuerpo y vio la alfombra con restos de comida de los días pasados. El programa de debates de la tarde analizaba la noticia que preocupaba a la sociedad desde hacía unas semanas. Cerró los ojos, mareado.

La mayoría de los gobiernos europeos muestran su desconcierto ante la sospecha de que los brotes que provocan estas infecciones no provengan de África, sino de alguna bacteria resucitada desde el deshielo de los polos del planeta. El cuerpo humano no está preparado para combatir este microorganismo que podría haber vuelto a la vida después de permanecer congelado durante millones de años. Mientras las investigaciones avanzan, en el continente americano cientos de personas han comenzado a tener los mismos síntomas. Los protocolos de seguridad en los transportes aéreos no han sido eficaces, y un nuevo informe estadístico que se está desarrollando podría aclarar que se están dando más casos al norte y al sur del continente que en las zonas más tropicales, tal y como se pensaba en un primer momento. Los principales dirigentes del G-20 han descartado suspender las transacciones comerciales entre países, proponiendo únicamente restringir el transporte de viajeros a las naciones menos desarrolladas del planeta. Con esto, cientos de...

Samuel encontró a tientas el mando a distancia y activó el botón de apagado. El silencio inundó la estancia y el alivio en su cabeza le hizo darse cuenta de que había vuelto a tocar fondo.

Capítulo 6

1

Izan advirtió el semblante de desprecio de su abuelo cuando abrió la puerta del sótano y lo vio subir con dificultades con un pesado rollo de plásticos de más de dos metros de ancho bajo su brazo.

-¡Vienen hacia aquí! -el anciano volvió a percibir el terror que el chico había sentido en el pueblo.

Soltó los plásticos y se agarró del pasamanos para subir. Izan ya lo esperaba fuera cuando salió al porche. Los ladridos y chillidos se escuchaban de manera más clara. El perro se movía nervioso, en paralelo a la frontera de estacas. Samuel se asomó en silencio y observó los movimientos del animal. Ladeó la cara y arrugó los ojos.

-¿Los oyes?

El anciano asintió.

-¿Qué hacemos? Podemos subir al desván si consiguen cruzar las estacas. Puedo subir algo de comida.

Samuel lo miró sin saber qué responder. Bajó los tres peldaños, se acercó a los límites de su terreno y observó al animal más de cerca, lo mejor que pudo con su vista cansada. El animal se mostraba inquieto y se sentaba a ratos.

El abuelo silbó al animal e Izan abrió los ojos asombrado. El perro giró la cabeza y miró al anciano para otear el horizonte. Volvió a silbarle y la bestia lo miró durante más tiempo. Samuel se acercó más a su posición y se colocó detrás de él, tras las estacas. Percibió la tensión del bicho. Sus orejas puntiagudas señalaban el cielo y se movían hacia delante con la misma velocidad con que su hocico seguía los impulsos de su olfato. Los pelos de su lomo estaban crispados y se mantenía con la mirada fija hacia la antigua carretera. Izan bajó y se puso detrás.

-¿Intentas que se acerque? -el anciano levantó su brazo en señal de silencio-. ¿Voy a buscarte una lanza?

El perro miró hacia atrás y levantó su cuerpo con ansiedad. Avanzó unos tres metros hacia ellos, desafiando su presencia. Los olfateó a distancia. Izan se sintió intimidado por su tamaño. Las horas de más calor estaban cerca, las nubes se habían retirado casi por completo y la ropa se le pegaba al cuerpo de forma incómoda.

Cuando el animal les dio la espalda, Samuel observó que se mantenía a menos distancia y que su andar inquieto era muy precavido. Sus patas aplastaban las hierbas y se oía el chapoteo en algún charco formado por el diluvio de esa mañana. Lo hacía con cuidado, como si pisara huevos. Pensó en el pozo, tal vez recuperara algo de agua.

A su cabeza vino un pensamiento con la rapidez de un relámpago: el perro que había matado por la mañana tendría que encontrarse entre la maleza. Lo tenía olvidado y ni el chico se percató de la existencia del cadáver cuando levantó las hierbas en su entrada a la casa.

Hizo un gesto al joven para que se mantuviera en silencio y se desplazó para colocarse cerca del animal. Este se había sentado con paciencia y mirando al frente. Samuel volvió a silbar. El animal giró la cabeza respetando su postura y, entonces, el anciano se encontró con lo que deseaba: el perro giró las orejas hacia atrás y cerró la boca. Lamió el hocico y volvió a su postura tensa para otear al frente. Samuel se echó a andar hacia el chico con una sonrisa en los labios.

Izan no supo cómo reaccionar cuando lo vio salir de casa con toda la comida cocinada del anterior animal. Samuel bajó las escaleras y, manteniendo el equilibrio, dejó el recipiente en el suelo. Los sonidos de la muchedumbre infectada se oían cada vez más cerca, pero parecía ajeno a todo aquello ante la incredulidad del joven que apenas podía mover un músculo.

Samuel se acercó a la posición del perro y le silbó animosamente. El animal giró la cabeza y sus orejas se desplazaron hacia atrás. El anciano tiró por encima de los matojos un trozo del asado. El perro lo esquivó, asustado por la sorpresa del lanzamiento. La carne cayó al lado del animal, que perdió toda su concentración en la vigilancia. Olió la comida y comenzó a morderla con cuidado. En cuanto su paladar degustó el sabor, la engulló casi de un trago y sin masticar el resto. Levantó la cabeza, se relamió y se dio la vuelta para restablecer su punto de mira en el horizonte.

-¿Qué haces? ¿Estás loco? -el anciano no dejaba de sonreír-. ¡Estás loco!

Volvió a silbarle. El animal emitió un chillido como queriendo comunicarse con él, con un gesto casi cómplice entre ambos. Tenso en su vigilancia, aparentaba docilidad con su nuevo ¿amigo?

-Psssss... ¡toma, bicho! -anunció Samuel cuando lanzaba otro trozo por el aire, apuntando adonde estaría el otro perro muerto.

La bestia permaneció impassible a pesar de que el envío le rozó la cabeza. Estaba sentado y sus orejas se movían en todas direcciones. Se incorporó y tragó aquel nuevo trozo sin masticarlo, haciendo caso omiso al difunto. Lo respeta, pensó Samuel.

-¿Qué estás haciendo? ¿Es que quieres domesticarlo? ¿O quieres cebarlo?

-Míralo, ¿no es maravilloso?

El chico frunció el entrecejo ante lo que acababa de oír.

2

Los primeros perros comenzaron a avistarse cuando el sol alcanzaba su punto más alto. Nadie parecía liderar aquella extraña algarabía de canes peleando entre sí. Los primeros infectados tardaron en verse. Caminaban solitarios a un paso más apurado que en su recorrido por el pueblo. La temperatura había subido quince grados centígrados desde la granizada. Cualquier roce entre ellos, en su desorientado caminar, los alteraba y se violentaban con el mismo sesgo de los animales.

-¿Qué ves? -preguntó el abuelo al lado del chico, tras la ventana de la cocina.

-Es como si buscaran la ruta más fácil. Caminan por encima de la vieja carretera. Como en el pueblo, cuando transitaron por la calle más limpia y amplia.

-¿Qué hace nuestro bicho?

-¿Nuestro bicho?

El animal se mantenía a pocos metros de las estacas, sobre las cuatro patas, en atención permanente hacia la muchedumbre.

El grupo se dirigía hacia el norte. Nadie hacía el amago de salirse de la senda de la carretera, a excepción de algunos perros. Se enzarzaban en una pelea a vida o muerte donde sus dientes rebanaban pelos y trozos de piel, y que finalizaba cuando dejaban de tener contacto entre ellos, sin más rastro de rencor ni de dolor por las heridas provocadas.

-¿Adónde crees que van? -preguntó el chico-. ¿Qué buscan?

El anciano negó con la cabeza

-¿Crees que vienen de Las Fragas?

-Lo mejor es que pasen de largo.

El grupo principal de personas infectadas pasó una media hora después. Su caminar transmitía horror y muerte. Los perros eran mucho más numerosos en la parte central de ese pelotón. Las peleas eran constantes. Algunos zombis caían al suelo mordidos por aquellas bestias, que se enzarzaban en una pelea homicida. El caos era absoluto y el avance del grupo se ralentizaba.

Pero una jauría de perros se desvió de la vieja carretera, arremolinados en una lucha con dos personas que, de rodillas, se arrastraban entre ellos llenos de sangre, cayendo en un combate a vida o muerte en cuyo trayecto se alejaban unos metros hacia el mar.

-Hay una pelea y parece que los perros se han desorientado. Vienen hacia aquí.

-No pueden acercarse, podrían atraer a los demás.

El anciano se dio la vuelta y salió de la cocina en dirección al porche. El joven se echó a correr detrás, sin saber hacia dónde dirigirse.

-¡Bicho! ¡Hhhaaagg! -y emitió unos chasquidos del interior de su boca que el chico no había escuchado nunca.

El animal miró hacia atrás sorprendido y levantó las orejas en señal de alerta. Samuel repitió los sonidos y el bicho salió corriendo a una velocidad que Izan jamás podría haber imaginado. Alcanzó al grupo de la pelea y se enzarzó en ella. La violencia fue brutal acabando con todos ellos en cuestión de un par de minutos. Todos habían caído mordidos y degollados por aquella bestia que los había matado sin piedad. El perro se quedó en posición de defensa viendo pasar al resto del grupo, amagando con atacar a aquel que se desviara de su camino.

-¿Ya está? -el animal se encontraba a unos doscientos metros. Samuel no podía distinguirlo bien.

-Los ha matado -respondió el chico asombrado.

Samuel metió dos dedos en su boca y silbó fuerte. Izan recordó fascinado ese gesto de su infancia, desde entonces no había oído nada parecido. El bicho miró hacia atrás y los observó desde la lejanía, girando su cabeza y atento al desfile. Samuel volvió a silbar, esta vez sonando más autoritario. El animal se dio la vuelta y retrocedió.

-¡Te obedece! -dijo el chico, entusiasmado.

El perro se paró a unos veinte metros de donde estaba y observó aquella horrorosa procesión. Anduvo hacia la casa y, a mitad de camino, se detuvo para verla de nuevo. Se sentó en las hierbas altas y Samuel no volvió a llamarlo hasta que todo pasó. Entonces lo premió con dos trozos de carne, esta vez con hueso, que el animal disfrutó con las orejas gachas.

Media hora después de haber pasado el último infectado, el lobo gigante todavía se relamía los bigotes y desaparecía entre las hierbas para seguir mordisqueando los huesos cocinados. Ambos estaban sentados en el porche, sin decirse nada, abrumados y exhaustos por lo vivido. Habían pasado de la euforia a la realidad en tan poco tiempo que el desánimo se apoderó de sus cuerpos.

Oyeron unos gruñidos. Miraron al unísono el horizonte tras las estacas y el perro salió de entre la maleza, con las orejas tiasas presto para la pelea. Un grupo de unos diez perros se zarandeaban alrededor de dos infectados que caminaban más lento. Una mujer, por su pelo largo, golpeada por uno de ellos, se desvió del grupo, aturdida, y caminó entre las altas hierbas. Los demás continuaron su trayecto por donde había pasado la muchedumbre.

La mujer se detuvo y miró al cielo mientras se separaban de ella. Giró sobre sí misma y anduvo en dirección a la casa. Ningún perro de su círculo ni su acompañante la echarían de menos. Su caminar se ralentizó todavía más por la dificultad de las hierbas altas.

-¿Una rezagada o será que vienen muchos más? -dijo el chico, poniéndose de pie.

El anciano entrecerró los ojos, luego observó al perro. Quería saber de su reacción. Se levantó y se situó al lado del joven. Puso su mano encima de sus cejas para evitar la claridad. Bicho parecía tranquilo. Se había sentado, pero no había perdido interés en lo que estaba ocurriendo.

Aquel pequeño grupo se alejó lentamente, quedando a solas la mujer que a ratos dejaba de avanzar, transcurriendo un largo período, balanceándose hacia delante y atrás para luego iniciar un paso sosegado hacia ellos.

-No entiendo nada, abuelo. ¿De dónde vienen y a dónde se dirigen? ¿Qué sentido tiene la existencia de esos perros? ¿Qué los mueve, cómo saben hacia dónde ir si son seres sin pensamientos? Están muertos.

-Tal vez estén menos muertos de lo que pensamos -Samuel retrocedió buscando la sombra del porche-. Sentémonos. Esto va para largo.

El chico se dirigió al banco apoyado contra la pared. Allí vio la libreta del doctor que habían recogido en el edificio.

4

El chico leía en voz alta:

“Ellos son el reflejo de lo que somos. Vivíamos en un mundo próspero, pero nuestra tecnología lo echó todo a perder. Calentamos la atmósfera y la naturaleza comenzó a cambiar. Algunas bacterias, aletargadas desde hacía siglos, resucitaron y otras mutaron. No nos ha dado tiempo a analizar cómo combatir las nuevas enfermedades. El mundo se infectó y los humanos nos convertimos en zombis, pero ellos nos salvaron. Son el espejo al que no debemos mirarnos y que nunca debemos olvidar. Nos hubiéramos destruido tarde o temprano. Por eso, deben seguir ahí. Debemos cuidarlos. Por nuestro bien, por el de todos.”

-Ese cuentacuentos es un farsante. No dice nada nuevo y parece que quiso liderar a una tribu de infectados. Está loco. Ha venido hasta el pueblo y tras él ha arrastrado a un ejército de zombis. Recuerda que en este mundo nada es lo que parece. No te fíes nunca de nadie.

El chico miró a su abuelo. Parecía cansado y se preguntó cuánto tiempo le restaba. Si estaba infectado, es posible que se fuera con prontitud y que él pudiera aguantar un poco más. Todo podría estar perdido en aquel mismo instante, quería saberlo todo antes de morir y le producía impotencia que a su abuelo poco le importara. Miró el mar y sintió rabia de no tener un recuerdo nítido de su madre. Se dio la vuelta y vio al perro sentado, impasible ante la lenta llegada de la infectada. Ahora se la veía más cerca.

Bajó en dirección al bicho, se acercó a él y este se dio la vuelta. Lo miró y no le dio importancia. Izan quería ver más de cerca a aquella infectada. Ya no le parecía una mujer, sino una chica. Su piel se conservaba bastante bien a pesar de su estado. Vestía un pantalón ajustado y una camiseta que bien podría llevar sobre ella un invierno entero. Se detuvo de nuevo, pero él deseó verla más de cerca.

-Vuelve aquí, no te pongas al sol.

-¿Crees que estamos infectados? -respondió el chico.

-No lo estamos, punto. Ven, sube.

El chico se dio la vuelta. El abuelo sujetaba la libreta en su mano. Izan volvió al porche y la observó.

-Quiero leerlo todo. Por muy farsante que sea, habla de un lugar donde pueden curar las infecciones.

-Acabo de decirte que nada es lo que parece. Ese lugar no existe.

-¿Has estado en Las Fragas alguna vez?

-Si existiera ese lugar, ¿qué sentido tendría abandonarlas y rodearse de todos esos infectados?

-Tal vez haya ocurrido algo que lo explique.

5

La chica llevaba dos horas parada a medio camino. Ninguno de los dos tenía hambre y no habían hecho lo más mínimo por comer. Como cada día, pasaban las horas muertas en el porche. Izan observaba a la chica y Samuel miraba el mar.

Bicho se había ocultado en las hierbas, cerca de las estacas, seguramente buscando algo de sombra y frescura. Gruñía por lo bajo, había comenzado a devorar a su difunto compañero. Sin embargo, el comportamiento de la infectada no era normal. En las horas de más calor ellos se agitaban, violentaban, agredían y descuartizaban, según había contado su abuelo, pero aquella mujer tenía un punto de delicadeza especial. Deseaba que avanzara y se acercara, quería verla de cerca y analizar su físico. Podría ser que el grado de infección no la hubiera ocupado en su totalidad. Supuso que tal vez conservaba cierta conciencia lógica en su mente, y se viera arrastrada por algún instinto primario de acercarse al mar, de sentir el calor del sol para calentar sus órganos todavía útiles en algún porcentaje mínimo.

-¿Cómo se rompió la ballesta?

El chico alzó la vista. No tenía ganas de hablar, pero le debía todas las explicaciones que pudieran existir a su salvador.

-Cuando subí y llegué al descansillo, el doctor estaba en medio de las escaleras y, al verme, se abalanzó sobre mí. En la caída, el peso de su cuerpo la aplastó.

-¿Dónde la llevabas?

-En mis manos.

-¿Cómo hizo para subir las escaleras?

El chico se mantuvo en silencio. Giró la cabeza y observó el mar. Eran los últimos minutos antes de que el sol comenzara a ladear y a proyectar sus rayos en la superficie marina.

-Yo le ayudé.

Samuel cerró los ojos. No le gustaba lo que acababa de escuchar. Los abrió y volvió a mirar a la infectada.

-¿Cómo lo hiciste?

-Se había quedado boca abajo y apenas se movía. Lo cogí por los pies y lo arrastré hacia arriba. En su trayecto le destruí la cara. Entonces supe que era un infectado.

-¿Cómo no lo supiste antes?

-Porque cuando se me echó encima su expresión era de súplica, como si me pidiera ayuda.

-Un infectado se distingue a simple vista. No hay más que ver las venas en su carne.

-Pensé que tal vez no lo estuviera del todo. Cuando caí en la cuenta de que allí estaban las

lanzas del día pasado, él ya se había levantado y se abalanzó sobre mí.

Samuel se encaró con el muchacho. Este se levantó del suelo de inmediato, con un gesto inconsciente en señal de lealtad. El anciano cogió el cuaderno que aún tenía en su poder y lo arrojó al huerto. Lo cogió por un brazo.

-No vuelvas a llamarle doctor a ese infectado. Espero que hayas aprendido la lección. No hay perdón ahí afuera. Si tienes la más mínima duda, mata. Te ahorrarás muchos problemas o tu propia muerte. Y te necesito vivo aquí dentro, no volverás a salir mientras yo viva.

El chico cambió su actitud y mantuvo la mirada de su abuelo.

-¿Vas a matar a esa chica entonces?

-No lo dudes, en cuanto se acerque.

-¿Y al lobo? ¿Qué hace vivo?

El anciano no dijo nada y soltó el brazo del chico. La infectada miraba el sol sin inmutarse.

6

Había sido tanto el frío que el anciano había pasado, que no quiso cambiarse el viejo pantalón de pana en todo el día. El chico, sin embargo, se había puesto el fresco. Samuel nunca supo si aquella reliquia era parte de un chándal o de un pijama. El joven no se lo quitaba de encima en todo el verano.

La chica se había aproximado un poco más. Bicho parecía más tranquilo a medida que ella lo hacía. Sacó la cabeza en varias ocasiones durante la tarde, pero por la distracción de devorar a su compañero, apenas se había inmutado con su proximidad.

Samuel no entendía su comportamiento. La infectada se había alejado del grupo y había abandonado su ruta para dirigirse hacia ellos. Parecía tranquila en las horas muertas, las de más calor, cobrando movilidad en el avance de la tarde. Estaba desconcertado, pero esta vez no daría oportunidad a la duda. Atravesaría su cabeza con la lanza que ya tenía preparada en cuanto se acercara a las estacas, y dejaría que Bicho se ocupara de ella con el pasar de los días.

Cuando estuvo más cerca, tambaleándose de izquierda a derecha, distinguieron que todavía era una chica joven, tal vez unos años mayor que Izan. En aquella postura, el chico apreció la feminidad que en otros tiempos debió de atesorar. Su vieja camiseta permanecía pegada a su piel por la lluvia de la mañana. Esto hacía que pudiera percibir los bultos de sus pechos, pequeños para una chica de su edad, juzgó Izan. A excepción de su madre, nunca había estado cara a cara con una persona del sexo opuesto, su opinión solo se sustentaba en la imaginación que volaba gracias a los libros de otros tiempos.

Sintió interés por ella. Su cintura era estrecha y sus nalgas sobresalían en aquella postura. Su pelo largo, movido por la suave brisa de la tarde, había disfrazado a aquel zombi con cierto aire delicado. Izan bajó del porche y se quedó a la sombra que proyectaba la casa en el terreno. Quería verle la cara, pero el pelo tapaba por completo su rostro. Samuel se fijó en el interés del chico.

-¿Qué tal te encuentras? ¿Notas algo raro?

Izan giró la cabeza con el rostro cambiado. Algo raro había dicho. Sus ojos se abrieron al escuchar aquella pregunta. Miró al frente, pero ya no veía nada, como si la chica hubiera desaparecido de la escena. Negó con la cabeza.

-¿Tú notas algo?

-Yo no. No obstante, permanece atento por si acaso.

Había sido suficiente. La cabeza del chico ya había colapsado. Toda la capacidad de su mente había sido ocupada con la preocupación de haberse infectado en los días anteriores. Tenía

la cara algo hinchada de los golpes de la mañana. Su abuelo lo miró adrede, con un gesto de grima, al ver el rascazón en su cara. El chico entró en busca de un pequeño espejo con forma de triángulo que conservaba en su dormitorio. En las noches de luna llena lo ponía en la palma de su mano y desde la cama observaba el reflejo que esta emitía. El anciano se quedó satisfecho.

Izan volvió al cabo de unos minutos. No se dijeron nada. A su espalda observó al anciano otear el horizonte en dirección a la chica, y lo vio frágil. Se dirigió al huerto. Recordaba dónde se había caído el cuaderno. Lo recogió y volvió hasta el anciano. Se situó a su lado y, como si de un reto se tratara, lo limpió de los restos de tierra y lo guardó en su bolsillo. La chica se desplazaba hacia las estacas.

7

Algunos barreños tenían agua. Su sabor era diferente al del pozo y, por supuesto, mucho mejor que el que desalinizaban de aquella manera tan arcaica. Izan subió los cinco al porche y los vació unos en otros hasta tener dos bien llenos.

-Tenemos agua para tres días. Pero sabe raro. Podríamos utilizar esta para lavarnos y seguir bebiendo del pozo.

El anciano asintió con un leve murmullo. Izan se puso a su altura. El sol no tardaría en calentarles la espalda en su descenso hacia el horizonte. Observó hacia dónde él miraba. La chica se desplazaba muy lento de manera lateral, sin acercarse a la frontera de estacas, sino en paralelo a ellas, a veinte metros del perro. Bicho mantenía su posición, masticando. Solo la miraba de vez en cuando y parecía calmado. Aquella estampa le dio tranquilidad. Parecía que, por primera vez en todo el día, la situación se había vuelto a controlar dentro de aquel inesperado panorama.

-¿Qué haremos cuando se meta el sol y no veamos por dónde se mueven?

-Meternos en casa y asegurar puertas y ventanas.

El chico recuperó la sensación de miedo al instante.

-¿Lo dices por el animal?

-Lo digo por los dos.

El chico miró a su abuelo con cara extraña.

-Pero la infectada irá perdiendo viveza con la entrada de la noche.

-Esta chica es diferente. El sol no le afecta. No sé cómo reaccionará de noche y no podemos vigilar sin luz. La luna no saldrá hasta media madrugada, su fase decreciente apenas aportará claridad.

-Aún así podremos verla.

-Tú tal vez sí. Yo no creo.

-Seré tus ojos.

Ambos guardaron silencio, observando una escena que parecía desarrollarse a cámara lenta.

-¿Crees que, si no hubiera roto la ballesta, la hubiéramos alcanzado desde esta distancia?

-No lo creo.

-¿Y si matamos al lobo? Luego podremos salir y rematarla a ella.

-Ese bicho será imposible de matar. No dejará que nos acerquemos. Mantendrá la distancia exacta para que no puedas plantearte un enfrentamiento y a la vez la justa para atacarte con un buen impulso.

La chica levantaba la cabeza cada poco tiempo, como queriendo disfrutar de los rayos del sol. Izan pudo ver su rostro casi al completo. Aquella infectada todavía conservaba rasgos de su juventud. Se maravilló cuando vio sus ojos negros reflejarse ante el sol y su barbilla, como si

somriera a la vida.

-¿Cuántos años calculas que tiene? -preguntó, inconsciente de lo que acababa de decir.

El anciano lo miró sin mover un solo músculo de su cara.

-No lo sé, no la veo bien. Tal vez no llegue a treinta.

Izan bajó los escalones y se acercó a las estacas para verla más de cerca. Ella, como si sintiera vergüenza, bajó su rostro y se balanceó de adelante hacia atrás en un ritual que duró minutos.

-Izan, ven. Quiero que me describas exactamente sus gestos cuando la sombra de la casa le tape los rayos del sol.

8

Izan pudo verla mejor cuando la sombra de la casa tapó su cara. La infectada se desplazó caminando casi como una persona hacia su izquierda y se situó más cerca del porche. La luz volvía a darle en su rostro y miró con los ojos totalmente abiertos al sol. Vio su cara de enferma, amoratada, con venas negras en sus mejillas, y aquellos ojos de pupila blanquecina. Ya estaba perdida.

Calculó aun así una edad joven y se la imaginó sana. Su apariencia era de una chica atractiva, como las que describían los autores de principios de siglo en los libros con algún pasaje erótico. Los había leído una y otra vez. Algunos los escondía bajo el tejado, en las sombras donde Samuel nunca llegaría.

Cuando el anciano subió todos los libros del sótano a su dormitorio, él era un niño. Los apiló sin orden en una montaña de cultura perdida que debería servir para educar al chico. Izan los fue ordenando a medida que surgía su interés por el aprendizaje. Ahora dominaba esa faceta y conocía a la perfección cada título leído. Aquella infectada bien podría haber sido protagonista de alguna de aquellas novelas enfermizas.

Bajó de nuevo del porche y se acercó más. El lobo se había movido hacia ella y parecía que quería hacer guardia para que no se acercara. No se percató de la presencia del chico, que pudo observar el casoso pelaje del animal.

Cuando levantó la vista, la chica lo miraba con cara de curiosidad. Ladeó su cabeza y, con los ojos ciegos y la carne infectada, le ofreció su amistad. Izan dio un paso al frente sin darse cuenta y se acercó a dos pasos de las estacas. La infectada, como imitando su movimiento, avanzó un poco. Su mirada, en dirección a él, iba perdida, como si no lo viera. El lobo se levantó y se desplazó hasta quedarse en frente a ella.

Izan se movió para evitar la barrera del campo visual que el animal había puesto con su presencia, situándose de manera que podría ver su cuerpo y sus curvas. Su pelo se agitaba delante de su cara y sobre sus pechos. La chica volvió a imitar su movimiento y se desplazó como si quisiera que la observara mejor. Un escalofrío recorrió la entrepierna del chico, y su mente fabricó una imagen de aquella mujer, como si la observara con un catalejo.

Cuando su respiración se estaba entrecortando en una exhalación vocal, el anciano puso la mano sobre su hombro y lo sacó de aquel estado de parálisis. El chico emitió un ligero grito ante el inesperado zarpazo, y el animal se revolvió hacia él, gruñendo y ladrando por primera vez. Izan retrocedió asustado, tropezando hasta casi caerse. Cuando levantó la vista, la chica miraba al sol, como si nada hubiera pasado y él nunca hubiera existido.

-Ten mucho cuidado con lo que haces.

Izan lo miró, respirando todavía por la boca. El animal lo miraba por encima de las estacas,

gruñendo por lo bajo.

-No hago nada -dijo agitado-. ¿No ves que no hago nada?

El anciano lo miró y le hizo un gesto para que subiera al porche.

La chica se quedó inmóvil. Su balanceo fue deteniéndose a medida que el sol se deslizaba hacia poniente y aflojaba su intensidad calorífica. Izan la observaba con los brazos cruzados, mientras el anciano se había sentado en el banco. El lobo había vuelto a ocultar su cuerpo entre la maleza.

Izan le hizo un gesto a su abuelo con la cabeza. Quería saber su opinión.

-Parece que se está apagando el día -dijo el anciano satisfecho.

Izan tenía hambre y se percató de que no había nada que llevarse a la boca.

-¿Qué hacemos con el asado? ¿Lo tiro por el acantilado?

-No -respondió el anciano, levantándose con la ayuda de una lanza-. Lo necesito para educar a ese lobo.

-¿Educar? ¿Quieres criar una mascota de verdad?

-Quiero que nos proteja, que nos advierta de los peligros.

El viento había cambiado de dirección durante la tarde, ahora soplaba del sur. Las canas del anciano se movían hacia un lado, dibujando una extraña raya en su lado derecho. Miró de nuevo a la infectada.

-¿Crees que no es peligroso?

Samuel respiró y se recreó en el aire puro, mirando al sur.

-Creo que no nos hará daño. Nos ha elegido. Y creo que mañana tendremos suerte, podría llover de nuevo.

-A primera hora repararé el tejado.

-Mira si hay algo aprovechable en la huerta y pon agua en el fuego.

El chico recordó que, posiblemente, no tuvieran un ascua con una mínima brasa.

-El fuego, no vamos a tener.

El chico entró rápido en casa y regresó con la lupa en la mano y con unos carbonillos recientes en la otra. Se dirigió a la huerta y se metió dentro del invernadero. Volvió con hierbas secas en una mano y, abrigándose del viento con su cuerpo, encima de una vieja estructura de latón, situó un pequeño montón de palos de no más de quince centímetros encima de la hierba. Colocó la lupa y reguló su distancia exacta. En menos de dos minutos había reavivado las llamas en los carbonillos.

Levantó el latón y se llevó las llamas dentro de casa. Cuando tuvo el fuego seguro y el agua encima de la llama por el rudimentario hornillo de la vieja cocina de leña, miró por la ventana. A través del sucio cristal, divisó la silueta de la chica infectada. Entonces recordó uno de los libros que tenía en el desván.

Salió al pasillo y, aprovechando que las escaleras estaban desplegadas, subió sin ser visto a por el libro y lo agachó entre los demás en su habitación. Esperaba aprovechar los últimos resquicios de luz de poniente para releer algún fragmento de aquella novela erótica.

El agua comenzó a hervir. El granizo había destrozado por completo la plantación de judías. Sin embargo, gran parte de ellas habían quedado amortiguadas por la propia planta y a buen recaudo a ras de tierra. Tendría trabajo de sobra para la jornada siguiente: recoger el fruto que no sobreviviría más tiempo en su planta y tratar de alimentarse de él en los próximos días.

El sol se había ocultado casi por completo en un espectacular atardecer. Entre nubes, presagiaba una esperanza de lluvia, como había augurado el anciano. Asomó por última vez en el horizonte, mostrando su parte circular superior y lanzando su calor hacia la cara de la infectada, que lo miraba sin pestañear.

Izan echó un puñado de judías enteras a sabiendas de que no era el momento exacto, pues el agua tardaría en hervir de nuevo. Necesitaba ese último resplandor para releer al menos una página de aquel relato que se sabía casi de memoria.

Cruzó el pasillo y sacó el libro de entre el montón de su habitación. Se mantuvo de pie junto al resto, con el tiempo justo de soltarlo si su abuelo entraba en la estancia. Se movió nervioso entre sus páginas. Se situó en el capítulo siete, insuficiente para el tiempo que le restaba de escasa luz. Necesitaba un punto de excitación mayor. El capítulo trece, ese era el mejor. Tercera página, segundo párrafo. Ya lo tenía. Miró hacia atrás y vio cómo el último punto de fuego del sol se metía en el mar. Solo disponía de unos minutos, tal vez segundos escasos si su abuelo entraba. También quería ver de cerca a la infectada, antes de que se fuera la luz. Elevó el libro y tragó saliva.

Cuando sus ojos penetraron en las primeras palabras, un grito desgarrador se oyó fuera. Era un grito herido, de una voz sin agudos ni graves. El chico soltó el libro, que cayó cerrándose entre el montón del suelo. Salió cuando el abuelo ya había bajado las escaleras y se dirigía hacia las estacas. La chica infectada no paraba de gritar. El lobo había abandonado la maleza ladrando y gruñendo, girando a su alrededor, amenazando con atacarla de un momento a otro.

Sus gritos parecían ahogarse en sí misma. Como si sus pulmones se inflaran a un ritmo diferente al de cualquier ser humano. Samuel se había situado en frente de ella y mandaba callar a todos con un leve siseo, shhhhh.

Bicho se había situado justo delante de ella, de manera definitiva. Gruñía sin parar enseñando sus dientes en una mueca asesina.

-Shhhhh -susurró más alto.

Bicho miró hacia atrás, esperando una orden de ataque de su nuevo amo. Izan entendió que el animal había alcanzado algún nivel de sumisión y sintió la esperanza de que el plan de su abuelo para domesticarlo tuviera algún sentido.

La chica, sin parar de gritar, levantó los brazos hacia el mar, en un intento desesperado de que su sol volviera hacia atrás en su ruta diaria. Dio un paso adelante con la pierna derecha. Bicho inclinó su cabeza y amenazó con morderla y despedazarla. Sus dientes pasaron a escasos centímetros de su rodilla.

Samuel se apoyaba en su lanza clavada en el suelo, con sus dos manos, asombrado. Sus ojos estaban arrugados en un gesto inconfundible de agudizar su vista. Odiaba a aquella infectada.

La chica se quedó en silencio y completó su avance con la pierna izquierda. Bicho advertía, gruñendo, con destrozarla en cualquier momento. Los segundos fueron pasando, luego unos minutos, y el último resplandor del sol dejó paso a las primeras estrellas por el este. El lobo se calmó e incluso retrocedió hacia la protección de las estacas, dejando espacio a su presa.

Samuel se esforzaba en la penumbra por sacar las conclusiones en las que meditar durante la larga noche que le esperaba. Izan, asustado a su lado, recordó el hervir del agua, y se arrepintió de los pensamientos obscenos que había tenido. "Ten mucho cuidado con lo que haces", le había dicho su abuelo. Había sido el peor día de su vida. Solo quería dormir para recuperar su rutina habitual, aunque antes deberían deshacerse de ella.

-Está muy lejos para intentar clavarle una lanza desde aquí -supuso el chico en voz alta.

-Necesitamos que venga, que ella misma se clave entre las estacas, pero esta infectada parece más inteligente de lo normal.

-Tal vez conserve algún instinto humano en su cabeza, igual la infección no la ha cubierto del todo.

Se quedaron en silencio. Bicho dejó de respirar e inclinó las orejas hacia atrás. Levantó su hocico al cielo y olisqueó. La chica emitió otro grito, más desesperado que ninguno.

El lobo se hartó y la atacó. El animal se lanzó a la altura de su cintura y ambos cayeron en medio de los gritos. Bicho fue el último en chillar y se hizo un silencio, solo interrumpido por el sonido de las hierbas agitadas por el viento.

Una sombra se elevó de entre la maleza. La chica recuperó su postura erguida y gritó de manera desgarradora hacia el horizonte. Samuel agarró al chico por su bíceps, sin quitarle la vista de encima a la mujer. La infectada se derrumbó en el suelo y ambos oyeron el sonido del desgarro de la piel y de la carne. Bicho había caído.

-¡Vamos a casa, rápido! -ordenó Samuel.

Madrid. 3 de septiembre de 2029.

Samuel se levantó desorientado. Había bebido demasiado una noche más. Aunque la claridad ya le molestaba, no supo calcular qué hora sería. Tal vez media mañana. Su estómago estaba duro como una piedra y, caminando con los brazos ligeramente elevados hacia el baño, entendió que los golpes del piso de arriba lo habían despertado. Maldijo a su vecina.

Entró al aseo y encendió la luz del espejo. Contempló el desorden y la suciedad maloliente del pequeño habitáculo sin ventanas. Se miró al espejo y vio su rostro fracasado. Había vuelto a recaer en el alcohol a pesar de haberse prometido a sí mismo por enésima vez que lo dejaría.

Abrió el grifo y salió una explosión de aire, un chorro fuerte de agua sucia acompañado de un ruido ahogado de las entrañas del edificio. La válvula escupió un último estornudo de agua oxidada, luego un chorro fino más limpio que recogió con su mano izquierda y se llevó a la cara para refrescarse. Se quedó mirándolo, esperando a que el agua volviera a salir como cada mañana. Unas gotas más y éstas dejaron de caer en cuestión de segundos. Golpeó el lavabo con violencia y se quedó en silencio.

Oyó voces en el pasillo exterior. Salió del baño trastabillando hasta la puerta principal, accionó el manubrio y se percató de que no había pasado el doble cierre. Tampoco estaba la llave. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta casa.

Abrió la puerta y se asomó. La vecina de enfrente, madre de un recién nacido abandonada por su novio desde hacía pocos meses, hablaba con otra señora.

-¡Eh! ¿Tenéis agua?

-Nadie tiene agua desde la media tarde de ayer -dijo la joven mirándolo con desprecio-, y nadie sabe dar explicación alguna ¿dónde has estado? ¿No has visto la tele?

Capítulo 7

1

La noche era tan oscura como siempre. Los cristales no tenían suficiente transparencia. El chico tenía en su mano la última lanza. Samuel agarraba la que le había acompañado durante todo el día.

El silencio era absoluto. La claridad que entraba apenas servía para caminar sin tropezarse. Samuel apagó el fuego con cuidado de no hacer demasiado humo, vertiendo agua caliente sobre él.

-¿Dónde tienes el cuaderno? -el chico dio un salto cuando el anciano preguntó, poniéndole la mano en el hombro mientras miraba tras los cristales.

-¿Qué cuaderno?

-El del infectado del pueblo. ¿Dónde está?

Tardó unos segundos en saber a qué se refería. Estaba aturdido, pero cayó en la cuenta de que lo había dejado en el desván, con el resto de relatos secretos que conservaba lejos del alcance del anciano.

-Creo que arriba, ¿por qué? No voy a subir a cogerlo.

-No, subiremos los dos -el chico se dio la vuelta, sorprendido-. Esta noche va a ser larga. Arriba estaremos seguros.

Izan oyó los pasos de su abuelo alejarse hacia el pasillo. Cogió el puñado de judías de encima de la mesa y se las metió en la boca muy calientes. Se dio cuenta entonces del hambre que tenía tras un día sin comer. Palpó el resto de la mesa en busca de algún bocado más, pero no encontró nada.

Se acercó al pasillo. Sus ojos estaban acostumbrados a la oscuridad y pudo percibir el bulto de su abuelo al borde de la escalera.

-Yo subiré primero -indicó el anciano-, por si me resbalo, para que puedas sujetarme.

-Ten cuidado, el techo no es seguro.

El anciano no dijo palabra y entregó su lanza al chico. Cuando estaba llegando, con su cabeza a la altura del techo para meterse por el agujero, se oyó un crujido y la infectada emitió un insoportable alarido.

Samuel se apresuró a culminar su ascenso y, antes de sentarse en el desván, con los pies todavía en la escalera, le pidió a Izan que le pasara las dos lanzas. Un nuevo chasquido se oyó, y otro, y unos cuantos más. Más alaridos. Ahora no parecían de desesperación, sino de rabia contenida.

-Vamos. Sube ya.

Izan estaba bloqueado. Voces, gruñidos, quejidos le llegaban desde otra dimensión, cada vez más cerca. No podía ser posible. La barrera de estacas era infranqueable. Se suponía que tras ellas estaban seguros. Nadie podría perturbarlos. ¿Por qué su abuelo se había empeñado en subir? ¿Para estar seguros? ¿Ante quién? Ningún zombi había cruzado aquella barrera, ni ningún animal, ni siquiera Bicho se había atrevido a hacerlo.

Algo golpeó la casa, que crujió en su interior. La puerta de entrada estaba cerrada con la vieja llave. Un único golpe lo dejó aterrado.

-¡Izan! -susurró el anciano, golpeándole desde arriba con la lanza en la cabeza.

El chico volvió en sí. Subió las escaleras como siempre, conocedor del punto débil de cada

peldaño.

-¡Vamos, sube la trampilla!

Otro golpe seco. El chico agarró las dos cuerdas y tiró con más fuerza de la que creía tener. La escalera se encartó en su mecanismo y se recogió hacia atrás. Anciano y joven hicieron un último esfuerzo, cada uno con su cuerda a ambos lados del agujero. Los tablones encajaron en el techo y este se cerró herméticamente. ¡Clap!

No volvieron a oírse más golpes hasta casi transcurrida una hora en aquella oscuridad, donde ninguno de los dos dijo nada.

El viento se fortalecía e impedía escuchar los sonidos de fuera. Izan se abrazaba las piernas sobre una viga a dos pasos de su abuelo quien, tendido, trataba de relajarse.

-¿Crees que habrá cruzado las estacas? -se atrevió al fin el chico.

Podían intuir por la respiración de cada uno los gestos de sus rostros.

-Es posible -susurró el anciano.

Ambos guardaron silencio. No había ningún atisbo de claridad por los agujeros que había dejado el pedrisco de la mañana.

-¿Qué dice ese cuaderno? -siguió susurrando el anciano, a la vez que el chico abrió los ojos extrañado.

-No lo entiendo muy bien. Habla de una mutación en los infectados.

-¿Cómo? -el anciano se incorporó con dificultad.

-Cambios extraños en su comportamiento habitual. Y que si alguien encuentra a ese doctor en mal estado, que lo devuelva a Las Fragas. Allí sabrán qué hacer con él.

Samuel recordó los ojos de súplica que tenía la primera vez que se lo encontró.

-¿Qué más dice de los infectados?

-No he leído mucho más. Los trata con respeto. Dice que tienen mucha importancia en el futuro de la humanidad y que protegen Las Fragas.

-Estaba loco.

-¿Crees que todos los infectados de esta mañana venían de allí?

-Seguro.

-¿Crees que hay más humanos como nosotros viviendo allí en comunidad?

-No. Posiblemente fuera un superviviente como nosotros, escondido en los montes. ¿Dice algo más sobre esas mutaciones?

-Dice que se han vuelto más agresivos y que su docilidad nocturna desaparece en algunas ocasiones.

-Seguramente la situación se le volvió insoportable y salió de Las Fragas antes de que lo mataran.

Dos golpes fuertes sonaron abajo, como si alguien hubiera tirado dos rocas. Izan se puso en cuclillas y vio cómo su abuelo levantaba el brazo en señal de silencio.

Un nuevo alarido surgió más cerca que nunca. Ha cruzado las estacas, pensó el muchacho.

Izan no sabía en qué momento se quedó dormido. Recordó el silencio durante muchos minutos, la tranquilidad de su abuelo, su sosiego.

Tras unos instantes aturdido, sus ojos enfocaron una leve claridad que se colaba entre tejas y agujeros. Se incorporó rápido y vio el bulto del anciano, sentado, en la misma postura. Este levantó la vista y se quedó mirando al chico.

-¿Cuánto llevo dormido, abuelo?

-Unas cuantas horas.

El chico sintió vergüenza de no haber aguantado la guardia.

-¿Tú has dormido algo?

-Algo...

El joven miró a su alrededor, tratando de situar el momento y los recuerdos del día anterior.

-¿Has vuelto a escuchar algo el resto de la noche?

-Nada.

-¿Qué hacemos?

-Esperar a que amanezca y tengamos luz.

El chico se incorporó y se quejó por la rigidez de la postura. Agarrado a la viga como si estuviera suspendido en lo alto de un rascacielos, gateó con cuidado de no poner una rodilla o el peso de su cuerpo en alguna tablilla que pudiera hundirse.

Mientras Izan comenzaba a escarbar entre las tejas, el anciano se incorporó y apoyó la palma de su mano sobre la puerta de la trampilla. Dejó caer el peso de su cuerpo y esta cedió un par de centímetros, lo justo para echar un vistazo abajo sin que el chico se percatara. Desde aquel punto divisó el pasillo y desplazó su mirada a lo largo de la rendija. No vio ninguna sombra extraña en aquella penumbra. La puerta del sótano, cerrada. Como siempre, echó mano a su bolsillo y comprobó que allí estaba la llave. Tiró del asa con fuerza y la trampilla volvió a su posición inicial.

-Está demasiado oscuro todavía, abuelo. No veo nada.

-Esperaremos a que amanezca -repitió.

El muchacho regresó a su punto de partida.

-Esta noche creo que he soñado con mi madre.

El anciano asintió con un murmullo.

-Soñé que enfermaba, que estaba débil, en cama... y que ella venía a verme, a cuidarme.

El anciano mantuvo el silencio.

-Se asomaba a la puerta y me sonreía. Aunque no recuerdo su cara, sabía que era ella. Luego se acercaba a mi cama, se sentaba y me acariciaba el pelo con una mano, mientras con la otra me frotaba el pecho. Yo jugaba con su mano, con su cicatriz. Me acuerdo de aquella cicatriz, su grosor, cuánto sobresalía. Acariciarla me daba tranquilidad.

Ambos permanecieron en silencio. El chico había llegado al fin de su corto relato y notó en la oscuridad que su abuelo podría haberse sensibilizado al recordarla. Su percepción era distinta: no echaba de menos su belleza, su carácter, sus palabras, su olor, solo añoraba la presencia de una madre. Alguien más con quien compartir aquellos días.

Samuel bajó las escaleras del desván tras asegurarse de que no había ningún ruido en casa. Abrieron la trampilla poco a poco, luego la dejaron caer. Bajó con decisión mientras Izan observaba de reojo cómo apenas le temblaban las manos. Samuel se metió en la cocina y salió del campo de visión del chico.

-Baja, no hay peligro -dijo el anciano, regresando a la escalera.

-¿Dónde está?

-Afuera.

-¿En el porche?

-No, más allá de las estacas.

Los dos salieron. El aire del mar era fresco. El sol, que reinaba desde hacía más de dos horas, estaba tapado por unas nubes.

-Está en la misma posición de ayer. ¿Cómo es posible?

-En la misma no, se ha desplazado un par de metros a su izquierda.

Izan ojeaba con detenimiento la ruta que habría seguido la infectada en su trayectoria hacia la casa.

-No hay huellas, no hay estacas movidas -comentó mirando al anciano-. ¿Cómo ha podido entrar?

-Tal vez ha dado un rodeo, se ha descolgado por el barranco y gateado hasta arriba.

-Menuda inteligencia...

El anciano observaba a la chica atento a su respiración, a cualquier movimiento.

-Es diferente. No siguió al grupo, el mar le ha llamado la atención. Debemos tener cuidado con ella. Sube aquí. No quiero sustos ni imprevistos. La vigilaré sin quitarle ojo. Aquí fuera, los dos. Desde dentro de casa, por turnos.

-Tenemos que matarla.

-No la podemos alcanzar, está a la distancia que nos hace vulnerables. Acabará acercándose a las estacas. La sacrificaremos y recobramos la normalidad.

El chico se detuvo a analizarla. Se desplazó dos pasos para entrar dentro del campo de visión de la muchacha, que miraba al mar con la vista perdida.

-Sube aquí.

Se desplazó otro paso más. Estaba frente a ella, pero esta no se inmutó. Su pelo ondeaba hacia atrás por la brisa. Su boca estaba entreabierta e Izan se fijó en sus labios morados. Sus ojos eran grandes, aunque nublados. Su piel, no demasiado ennegrecida por su color natural. Abrió los ojos de par en par y lo observó directamente.

-Izan.

El chico se había quedado bloqueado ante aquella señal, casi imperceptible. Ni siquiera estaba seguro de que acabara de ocurrir. Vio entonces, en ese gesto natural, humano, un atisbo de la belleza que aquella mulata pudo tener en otros días. Se estremeció.

-¿Qué te pasa? ¿No me oyes?

Izan, aturdido, regresó sobre sus pasos. El anciano miró de reojo a la infectada.

-Intenta recoger algún fruto de la huerta antes de que vengan las horas de calor. Yo me quedaré vigilándola.

Izan se mantuvo ocupado recogiendo los frutos destrozados por el granizo, la mayoría verdes. Se apañarían para comer aquello con algún tipo de cocción o asado. Samuel no quitaba ojo a la infectada. El viento se había calmado, pronto el calor sería intolerable.

-¿Cuánto crees que puedes salvar de esas plantas?

-Una parte de cuatro -dijo levantando la cabeza sudorosa.

Judías, tomates, calabazas y sandías habían quedado arrasados. Solo las patatas, bajo tierra, habían salvado su producción a pesar del destrozo de sus ramas.

-Podríamos plantar de nuevo. Tenemos semillas de sobra ¿no? -sugirió el chico, mientras se dirigía al viejo.

-No creo que llegáramos a tiempo para obtener una mínima producción.

-Podríamos intentarlo.

-Esperaremos a ver lo que se seca realmente y queda inservible.

Izan se apoyó sobre el mango del azadón para descansar. Recordó el movimiento de sus ojos,

como un relámpago. Como si hubiera fijado su vista en mí, pensó. Desde la lejanía parecía bella, como una princesa de los libros de cuentos que había leído de niño. Agradecía cada día que su madre le hubiera enseñado a leer, y a contar.

-¿Qué haces?! -gritó el anciano.

El chico observó la valla de estacas que finalizaba al borde del barranco, especialmente clavadas sobre la vertical del mismo para evitar sorpresas. Nada parecía haberse movido.

-No sé cómo ha podido pasar, abuelo...

-Continúa con lo tuyo, la respuesta llegará sola. Tal vez esta noche descubramos cómo se las ingenia para colarse dentro. Eso si no se acerca antes y la matamos. ¿Ya estás cansado?

El chico miró el huerto y analizó el destrozo. Un tornado parecía haber pasado por allí. Suspiró y se acordó del cuaderno. Echó mano a su bolsillo, allí estaba. En ese momento Samuel hizo su típico gesto y comprobó, inconscientemente, que la llave estaba en su pantalón.

Al chico le pareció que el calor era soportable. Su cabeza estaba completamente ocupada. Existía una motivación extra en su vida: la lectura del cuaderno. En realidad, eran dos motivaciones. A cada momento de descanso se acercaba a la infectada, recordaba su mirada y se sentía bien.

El anciano miró al suelo y, aunque hacía años que no veía un reloj que funcionara, por la sombra de la casa calculó que serían las once.

-Recoge todo. Hace demasiado calor.

El chico cargó con los últimos cubos hacia el porche, llenos de productos casi inservibles. Cuando se subió a él, fue consciente del sudor que corría por su frente y que lo había empapado por completo. Avanzó unos pasos en dirección a la chica mientras se secaba el sudor. El anciano, a su espalda, trató de desviar su atención.

-No dejes aquí todo esto, llévalo a la cocina.

Izan notó el bulto del cuaderno en el bolsillo y no pudo resistirse.

-Vale, los llevo a la cocina y si no te importa, me voy a echar un rato en la cama. La he echado de menos. Te tomo el relevo en una hora para que descanses tú también.

Samuel lo miró con la frente arrugada.

El chico cerró la puerta, como tenían costumbre, para que no entrara el calor. Pasó a la cocina y la vio una vez más. Su presencia le imponía, pero deseaba sentir un nuevo atisbo de que se fijaba en él, de que se volviera, aunque solo fuera por otro segundo, algo humana.

Echó la mano a su bolsillo y palpó el bulto. Entró en su dormitorio, dejándose caer en la cama. Notó cómo el cansancio no había sido solo una excusa. Sacó el cuaderno e inició la lectura desde el principio, con calma, saboreando cada palabra. Quería aprenderse de memoria aquellas páginas. No solo era un testimonio de la vida fuera de aquella casa, sino también una absoluta novedad de lectura.

“Mi nombre es Felipe De Souza. Si estás leyendo esto es porque estoy en apuros. Llévame a Las Fragas. Aunque me veas en mal estado, allí sabrán qué hacer conmigo y te aseguro que serás bien recibido. Si te encontraras con zombis cerca de mí, no los mates. Tienen un papel que cumplir. Tal vez no lo entiendas. Ellos nos han salvado y todavía tienen un cometido más.

Ya no quedamos muchos allí, aunque somos suficientes para encontrar una solución. Nos hemos quedado sin ancianos, han muerto por causas naturales. Si están contagiados, la infección no se desarrolla en ellos. Necesitamos encontrar más para seguir estudiando esta extraña pandemia. Soy médico portugués y en Las Fragas todavía queda algún compañero de profesión. No podemos esperar a envejecer, la infección nos llega hasta con cualquier resfriado. Una vez nos invade, no hay vuelta atrás. Hemos retrasado alguna tras hacer

transfusiones de sangre de ancianos a jóvenes, pero se extiende igual. En lugar de en dos días, en dos semanas, con el inconveniente de que la transformación acaba dando un zombi más agresivo.

Si estás leyendo esto, es que no eres uno de ellos. Debes entender que, aunque nos seguimos multiplicando, muchos de nuestros hijos no llegan a los dos años sin infectarse.

Hemos probado a vivir aislados, pero las infecciones se producen con más facilidad. Al vivir cerca de ellos tenemos más posibilidades, por eso no debemos matarlos. Es posible que demos con la solución, o tal vez no. Sea como fuere, a continuación voy a exponerte las principales conclusiones a las que hemos llegado tras años de observación, por si, estés donde estés, te sirve de ayuda."

El anciano entró en casa con cuidado, sin ruido. Izan metió sigilosamente el cuaderno bajo el colchón, introduciendo su mano por el lateral cercano a la ventana. Samuel entró en la cocina varias veces, pero el chico apenas lo oía moverse. Se hizo el dormido e imaginó vida humana más allá de las estacas. Al cabo de unos minutos, el cansancio lo venció y soñó con su madre.

4

Cuando despertó, supuso que habrían pasado un par de horas. En su sueño, nuevas posibilidades de vida se habían abierto ante él, como en las novelas de extraterrestres con las que imaginaba de niño a visitar las estrellas.

Abrió los ojos, sobresaltado. Palpó el hueco entre el colchón y lo metálico y halló su cuaderno. Se quedó en silencio para asegurarse de que el anciano no estuviera cerca. Con un movimiento rápido, guardó el cuaderno en el bolsillo. Bajó la solapa y se tranquilizó. Quería seguir leyendo aquella historia, seguramente real. No quería ilusionarse, tal vez aquella escritura fuera antigua y la situación fuera muy diferente. Debía tener cautela, sin enseñar el cuaderno a su abuelo. Lo leería entero y luego preguntaría. Aprovecharía cualquier momento para continuar su lectura.

-¿Eso es todo lo que has descansado?

-Mi cuerpo ha descansado como la mitad de una tarde, pero ¿cuánto ha pasado?

-Poco -dijo, tranquilizando su semblante al ver que bajo su brazo llevaba el tocadiscos.

El chico se acuclilló ante él y se colocó lo más cerca posible de la infectada. Levantó la tapa, desancló la aguja con cuidado, la puso sobre la última canción de la cara A y comenzó a girar el disco con la cadencia perfecta para que alcanzara las revoluciones exactas. Alguien cantaba en medio de unos extraños sonidos. Izan miró fijamente a los ojos de la chica, pero ella seguía con la mirada perdida hacia el mar. Podría llamarse Nikki.

*I knew a girl named Nikki
I guess u could say she was a sex friend
I met her in a hotel lobby
masturbating with a magazine^[4]*

*Conocí a una chica llamada Nikki
creo que se puede decir que fue una amiga sexual
la conocí en un pasillo de un hotel
masturbándose con una revista*

Hacia media tarde la infectada se había desplazado un par de pasos, recuperando la posición exacta del día anterior. Los dos habían pasado allí las horas muertas. Ambos vigilaban: Izan, cada posible movimiento de la chica; Samuel, cada mínima reacción del chico. Apenas habían mediado palabra entre ellos.

El anciano podía mantenerse horas sin moverse, como en un estado de hibernación. Izan se había levantado un par de veces a coger un libro, pero a pesar de abrirlo y hacer que leía, no prestó atención a una sola palabra. Pese al sudor de ambos a la sombra, la infectada no mostraba ningún signo diferente en su cuerpo ni en su rostro. El sol daba en su cara, pero sus ojos, como los de un ciego, no se inmutaban ante la molestia de la luz.

Izan se levantó y dio un paseo por el porche para llamar la atención de la desconocida. No obtuvo resultado alguno.

-Por mucho que te muevas, no te percibe.

Se quedó quieto y callado. Su cara se enrojeció. Se dio la vuelta y entró en casa. Fue a la cocina y se enfureció consigo mismo por haber sido tan transparente como para que su abuelo se percatara de sus intenciones.

Cogió la vieja cazuela, la hundió en el agua del capazo y la sacó rebosando. Tiró un puñado de diminutas judías y las oprimió en el agua. Metió sus brazos hasta empujarlas hacia el fondo. Sintió el frescor. Eso calmó su impaciencia y el fuego que ardía en su cabeza. Sacó las manos y las frotó contra su cara, notando el sudor resbalando y mezclándose con el agua. Las hundió de nuevo y sacó todas las judías en varios intentos. Las echó en la cazuela y se agachó para soplar a las brasas, pero entonces decidió no malgastar la leña. Aquellos frutos eran lo suficientemente tiernos como para comérselos sin cocinar.

Miró a través de la ventana a la infectada. Había comenzado a balancearse hacia delante y maldijo su suerte por no haberla visto iniciar ese movimiento. Supuso que lo iría haciendo poco a poco, como cuando se desplazaba de un lado a otro sin que nadie se percatara. Dejaba de mirarla durante unos minutos y simplemente se había movido.

Salió con la cazuela y las judías flotando. La puso encima del banco donde estaba sentado su abuelo.

-Podemos comerlas así, frescas del agua. Son tiernas, no es necesario avivar un fuego.

-Claro.

Ambos fueron cogiendo cada judía y metiéndoselas en la boca, masticando con calma.

-Mañana podría bajar al acantilado a recolocar las trampas.

-Tenemos comida suficiente para unos días con todo este desperdicio. Ya bajaremos otro día.

El chico miró al mar. Maldijo su suerte por no gozar del permiso para bajar, darse un baño e imaginarse la presencia de su madre en ese mismo instante. Y también la de otra persona más, la que tenía ante sus ojos. Instintivamente echó mano a su bolsillo y palpó el cuaderno. Deseaba continuar con su lectura. Pensó en hacerlo igualmente, sin el consentimiento del anciano. Lo había hecho ya en una ocasión, pero él siempre tenía la razón. Algún ser divino se encargaba, además, de demostrar sus teorías y sus advertencias certeras.

-¿Se acabarán esas pastillas? -dijo el chico, sorprendiendo al anciano.

-No, hay suficientes en el sótano para alimentarte toda la vida. Ya me encargué de conseguirlas en su día.

-En la farmacia del pueblo, lo sé.

-En esa y en algunas otras, con mucho trabajo. Ahora estás seguro y tu enfermedad estará siempre controlada.

-Ojalá esta noche no sea tan dura como la pasada. Si vuelve a cruzar las estacas, deberíamos averiguar cómo lo hace.

-Sí, eso haremos. Descuida.

El resto de la tarde la pasaron hundidos en sus pensamientos. Se encontraban raros, sin ganas de hablar. El sol teñía el cielo de rojo. No había brisa. El anciano se levantó y observó a la infectada con atención. La chica seguía con su balanceo, sin incrementar el ritmo. Se paraba cada quince o veinte minutos y se reanudaba con la precisión de un reloj. Ahora el chico seguía los pasos de su abuelo, atento a cualquier gesto que pudiera preocuparle.

-Coge algo de agua y súbela al desván.

El chico se levantó sin decir nada, obedeciendo la orden, como siempre. Subió dos jarras de cristal que extrajo del mismo barreño donde había lavado las judías. Una vez allí, aprovechando la mínima claridad y cuando su vista se hubo acostumbrado, sacó el cuaderno y leyó a partir de donde lo había dejado.

"Tienes que entender que no tenemos mucho tiempo. Según nuestras observaciones, la esperanza media de vida no llega a los doce años, por lo que los niños no podrán seguir reproduciéndose. Solo unos pocos llegan a la etapa adulta. Desde que el mundo ha cambiado no podemos concluir nada más. En el momento que escribo estas líneas, es posible que tenga unos cincuenta años. Tengo dos hijos. Uno puede que tenga veinte y otro dieciocho. Ellos no saben lo que es un año. Tal vez tú no lo entiendas tampoco. En cualquier caso, tuve unos ocho hijos más, todos infectados. Yo mismo me encargué de matarlos, igual que a sus madres. De alguna ya no recuerdo el nombre. El amor ha dejado de existir. Solo nos multiplicamos para preservar la especie."

El chico sonrió para sí cuando oyó a su abuelo entrar en casa. Salió de su escondite y bajó.

-¿Tanto tiempo para subir un poco de agua?

-He puesto dos cacharros, uno para cada uno -dijo mientras bajaba a saltos cada peldaño de la escalera.

El anciano lo observó desde la puerta. Izan se percató de que no había abrochado la solapa del bolsillo donde guardaba el cuaderno.

-Vigila, abuelo, no vaya a ser que se nos cuele en un descuido -dijo mientras se adentraba en la cocina con disimulo, para verla desde la ventana y abrochar el bolsillo sin ser visto.

Samuel regresó al porche. La chica seguía ciega mirando al sol con su balanceo constante. En media hora acabaría metiéndose en el horizonte. Un día más de privilegio. Nubes altas resaltaban la belleza rojiza de los colores. Se preguntó si era consciente de la suerte que tenía de ver aquellos cuadros naturales, y cuánto tiempo le quedaría para disfrutarlos.

Todavía había algunos minutos de claridad para vigilar a la infectada.

-Vamos, subamos al desván -dijo el anciano, mientras se metía en el bolsillo algunas judías de la cocina-. Tómate la pastilla.

El chico cogió una del bote marrón, intacto a pesar del paso del tiempo. Lo abrió, dentro no había ningún prospecto. Retiró una, se la tragó sin más.

-Se va a hacer la noche muy larga ahí arriba.

-Subiremos unas mantas para dormir sobre los tabiques.

-Aún así, podríamos esperar un poco más y ver desde aquí cómo se comporta.

-No quiero estar aquí si esa chalada se presenta de improviso a golpear la puerta. -Al chico le recorrió un escalofrío. Cogió un puñado de judías y se dirigió al pasillo, donde la escalera le esperaba-. Además, quiero aprovechar la luz para levantar alguna teja y ver hacia dónde se mueve ella.

El chico subió primero, temeroso de una nueva noche de sonidos. Arriba el calor era insoportable y las gotas de sudor asomaron en cuestión de segundos. Subieron la escalinata y engancharon el cierre a la perfección. Izan se sintió seguro allí encerrado. Si alguna infectada echara la puerta abajo, no podría subir. No sabría ni de su existencia.

En la vigueta central, una de las más robustas, el anciano se puso de pie. En el punto en el que la caída del tejado quedaba a la altura de su cabeza, comenzó a escarbar entre las tejas con la intención de sacar algunas. Con cuidado y destreza, desmontó dos de ellas a la altura estimada para tratar de verla. El frescor de la brisa limpiaba el ambiente cargado de polvo.

-¿La ves, abuelo?

-No, tengo que sacar más... Tal vez más abajo, para poder sacar la cabeza.

-Yo te ayudo.

-No, las tejas son frágiles. Siéntate, come y bebe algo mientras yo lo hago. Enseguida tendrás tu observatorio.

El chico se agachó y se sentó apoyando la espalda en la viga vertical principal, donde había dormitado su abuelo la noche anterior. Sonrió para sus adentros. En breve podrían vigilarla durante un tiempo, al menos por turnos. Una suave brisa silbó entre las cornisas de la casa. Se la imaginó mientras se llevaba un par de vainas a la boca: su pelo se movería hacia atrás con un balanceo artístico. Bebió un poco de agua y en su mente encendió el tocadiscos. Nikki se masturbaba con una revista. Otra vaina. Oyó un golpe y nada más recordó de aquella noche.

Madrid. 11 de octubre de 2029.

Samuel conducía su Mercedes por la carretera de La Coruña. A esas horas debería de haber poco tráfico, pero desde que desapareció el agua corriente de manera intermitente y la electricidad fallaba, las calles se atiboraban de gente durante la noche.

En la entrada de la autovía, bultos de personas cruzaban la calle sin precaución. Alguno se atrevió a golpear la chapa de su coche cuando redujo la velocidad hasta casi pararse para no atropellar a una pequeña pandilla de niños. Pasados los primeros metros, el camino parecía despejado. Llegar hasta la salida de "Las Rozas" le llevó poco tiempo. Condujo por la carretera paralela, completamente oscura, hasta girar al puente por encima de la vía del tren. Justo después, estaba su contacto.

-Buenas noches, doctor.

-¿Has traído todas las que te pedí?

-¿Y usted ha traído todo el dinero que cuesta el pedido?

Samuel se inclinó y abrió la puerta del coche para introducir su cabeza hacia la guantera. Mientras, su interlocutor encendía una linterna y alumbraba el interior.

-¿Qué haces?

-¡Guaaaau! ¿Es su hija?

-Sí, no la mires así.

-Es que está bien buena. La ha sedado con una de sus pastillas, ¿no?

-Aquí tienes la pasta, quince mil euros. Aunque no sé para qué te van a servir tal y como se está poniendo esto.

-Me servirán de mucho. Se abre un mundo de posibilidades, doctor. Lo que no me explico es para qué le van a servir a usted las pastillas. Una cosa es querer dormir bien de cuando en vez, pero con este arsenal tiene para el resto de su vida y la de tres generaciones más.

Samuel arrancó la bolsa negra de las manos de su interlocutor y las guardó en el maletero.

-Que no la alumbres, ¿no me has oído?

-¿Su madre sabe que la chica está con usted?

-Su madre no tardará muchos días en morir. Los imbéciles durarán poco.

Samuel se metió en el coche y cerró la puerta. Golpearon en su ventanilla. Bajó la luna.

-Intuyo que se va lejos. ¿Volveremos a vernos?

-No.

Activó la palanca de marchas para arrancar.

-Nunca se sabe, doctor. Tiene mi número. Si necesita más medicamentos, siempre podemos mirarlo.

-Los teléfonos ya no funcionan.

-Volverán a funcionar, en cuanto arreglen esta avería general. Seguro que están en ello.

-Sal corriendo de esta ciudad si quieres seguir con vida. Suerte.

Samuel arrancó sin esperar respuesta. Estuvo a punto de chocar contra un poste de teléfono en la acera de enfrente. Cruzó el puente de nuevo y retomó la autovía, hacia el norte.

-Suerte a usted también, doctor. Gracias por hacerme rico.

Capítulo 8

1

A la mañana siguiente, la claridad que entraba por el agujero que había entre las tejas despertó al chico. Entre tinieblas consiguió desperezarse con su habitual ronroneo. Tardó unos minutos en percatarse de que estaba en el desván y en recordar el motivo. Su abuelo dormitaba al fondo, entre viejos trapos, donde el tejado alcanzaba su punto más bajo. Intuyó que lo estaba observando y, aunque no lo veía, sabía que tenía los ojos abiertos.

El chico se incorporó todo lo rápido que pudo y miró sus manos. Un ligero temblor agitaba sus dedos, como siempre. Ligeramente, menos que otros días, pensó. Tal vez estuviera remitiendo. Trató de recordar cuánto habían temblado la mañana anterior, pero no tenía la perspectiva suficiente. Se esforzó en recuperar su plena consciencia pero no se acordaba de qué había hecho. La agitación se incrementó ante su nerviosismo. Se puso en pie. Su mente evocó la imagen de la pasada noche, también durmiendo en el desván. Miró a través del agujero, el cielo resplandecía con un nuevo amanecer. En el anterior, sus manos no temblaban. Otra imagen... Nikki... Avanzó tres pasos en dirección al agujero, asomó la cabeza y la vio, balanceándose tal y como la había dejado, sin moverse un centímetro de su posición.

No quiero que te acerques a las estacas, pensó. Quédate donde estás, necesito tu compañía, no quiero que mueras todavía, no las cruces, no te pongas a tiro para que te maten. Admiró su belleza que, en un tiempo no muy lejano, debió de caminar como un ser humano. Podría haberle enseñado a nadar en el acantilado, sus trampas para pescar, a divertirse dentro de aquella fortaleza. Él sería su protección, ella, su seguidora. Podrían vivir juntos, sobre todo cuando el abuelo ya no estuviera.

Se agarró a las tejas posteriores y se puso de puntillas, pero estas estuvieron a punto de caerse. Una buena cantidad de polvo quedó suspendido en el aire. El ambiente ya no era caluroso, no como la noche anterior. Sería un buen momento para seguir descansando y recuperar fuerzas, pero su abuelo ya estaba despierto.

-¿Sigue en el mismo sitio? -preguntó desde su cobijo.

-Sí -susurró el chico, adaptando la vista a la oscuridad-. ¿No ha venido esta noche? Me quedé dormido... no me has despertado.

-Nada ha ocurrido esta noche. Tenemos que seguir vigilando y esperando a que se acerque.

No te acerques todavía, por favor. Su abuelo asomó la cabeza y se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados. El chico volvió a su sitio. Con disimulo echó la mano al bolsillo y comprobó que el cuaderno seguía allí. Quería acabar su lectura antes de que la chica se acercara.

Samuel salió de su escondite, gateando con dificultad en su dirección. Se situó a solo dos metros de él. El chico no supo aguantar su mirada y, con disimulo, se puso a recoger alguna vaina que se le había caído al suelo durante la noche.

-No sé cómo pude dormirme tan fácilmente, no recuerdo ni haber tenido sueño -dijo titubeando.

-Sí.

-¿Bajamos? -dijo con la intención de modificar el punto de atención del abuelo.

-No, esperaremos unos minutos a que tengamos más luz.

El anciano se levantó apoyándose en la viga vertical y caminó hacia el agujero.

Mientras Samuel hacía un fuego con los carbonillos fabricados bajo tierra, Izan observaba a la chica desde el porche. Para su sorpresa, la mañana no parecía tan calurosa como la de días anteriores. Bajó dos peldaños y se acercó hacia las estacas. La chica tenía la boca entreabierta, con un gesto diferente al del día anterior. Su mirada seguía perdida. Había levantado la cabeza ligeramente, por lo que ya no miraba al mar.

El chico se paseó de izquierda a derecha lentamente, comprobando si ella lo captaba. La infectada no se inmutó. Su tez mulata disimulaba el tono violáceo de los infectados. Las hemorragias venosas se desvanecían a la distancia que ella se encontraba. Aquellos treinta metros eran la separación perfecta para aparentar la belleza que conservaba su cuerpo.

El sol comenzaba a asomar al este, a espaldas de la infectada, por lo que su contorno se ensalzó. El movimiento de su pelo, seco y aparentemente limpio, le pareció similar al de las suaves olas del acantilado. Ahora tenía a otra persona que podría acompañarle en sus pensamientos. ¿Otra persona?

Echó la mano a su bolsillo, su cuaderno. Necesitaba quedarse a solas, sin la supervisión de su abuelo, para seguir leyéndolo. Tal vez hubiera esperanza más allá de aquellas estacas. Tal vez el mundo se estuviera recuperando y él se lo estuviera perdiendo, allí, en el seguro pero apartado escondite donde, como le había asegurado su abuelo, podría vivir el resto de sus días.

Pensó en el tocadiscos, en hacerlo girar y escuchar la música que en otros tiempos alguien había compuesto para que trascendiera. Lo había conseguido. Aun en un mundo destruido y sin convivencia podía escucharse esa música. ¿Qué haría él para trascender? Pasar el resto de su vida en un lugar seguro, es lo que le habían dicho una y otra vez. Nada que explorar. Sólo pasar lo más desapercibido posible.

El anciano salió al porche y se quedó mirando al chico. Izan lo vio por sorpresa. Se quedó callado, sin nada que decir. Era obvio lo que estaba haciendo: comprobar si así la joven podría acercarse y tenerla a tiro, pensó como excusa.

Samuel hizo un gesto para que entrara. El agua estaba caliente, lista para ser tomada con algo del pan que había cocido unos días atrás.

Cuando terminaron, Izan fue el primero en salir. Percibió la diferencia de temperatura. Sería un día de calor. Pensó en los meses que venían por delante y se horrorizó del sufrimiento que le esperaba. Su único consuelo, los baños en el mar.

-¿En qué mes estaremos, abuelo?

-Finales de marzo, tal vez principios de abril.

El chico avanzó por el porche en dirección a la chica, pero el anciano cortó su trayectoria con una instrucción.

-Tienes que arrancar todas esas plantas y ponerte a cavar. Debes replantar mucha parte de la cosecha.

El chico observó el penoso huerto.

-¿No vas a ayudarme?

-Tienes que acostumbrarte a hacerlo tú solo, y aquí tienes trabajo para tres días. Yo vigilaré y te ayudaré a sembrar. Esos trabajos de fuerza ya no son para un viejo.

El chico se quedó mirándolo pensativo. Samuel le hizo un gesto con la mano para que se fuera a trabajar.

-Abuelo, tú estás muy viejo para estas tareas, pero me tienes a mí para que las haga en tu lugar. ¿A quién voy a tener yo cuando tenga tu edad?

-A nadie. Por eso tienes que aprender y acostumbrarte a hacerlo por ti mismo. Yo podría. Si

no lo hago es porque debes habituarte al sacrificio. Solo así sobrevivirás.

El chico miró hacia atrás para verla de cerca. Allí estaba, sin inmutarse, en silencio para hacerle compañía en sus pensamientos. Cruzó el porche y bajó al huerto. Se agachó para comprobar la resistencia de las raíces de algunas plantas. Tal vez la labor no sería tan dura como se esperaba. Caminó hacia el invernadero a buscar las herramientas para cavar. No disponía de mucho tiempo antes de que llegaran las horas muertas.

Samuel contempló a la infectada. Tenía que deshacerse de ella cuanto antes, pero aún estaba a la distancia justa para no poder golpearla con nada. La destreza con la que ella había matado al bicho suponía un reto a su valentía y a su supervivencia como ser humano.

El chico salió del campo de visión del anciano y entró en el invernadero. Buscó lo más rápido que pudo la azada con la que cavar. Estaba apoyada en una de las paredes laterales, en medio de hierbas secas. Se puso en cuclillas. Era un buen momento para leer algo de su cuaderno, al menos unas líneas. Desde allí podría ver si el anciano se le acercaba y tendría tiempo suficiente para disimular.

A pesar de que el invernadero tenía abiertas todas las trampillas para que entrara el aire, el calor acumulado de varios días de sol era mareante. No disponía de demasiado tiempo. Sacó el cuaderno.

"No sabemos qué está ocurriendo en el resto del mundo. Suponemos que otros grupos viven de manera aislada en alguna parte. No obstante, no podemos quedar mirándonos con esa esperanza. Es posible que nunca podamos contactar con nadie. Desde luego, no hay nadie en unos veinte kilómetros a la redonda. Dudo que alguien pueda avanzar más lejos, dadas las condiciones a las que estamos sometidos.

Preveíamos que los infectados caerían con el paso de los años, para dar paso nuevamente al ser humano, pero evolucionan de manera diferente. Su infección no los detiene. Aunque algunos fallecen porque se caen a trozos, tal vez otros sigan viviendo en ese estado desde hace más de veinte años. Eso es mucho tiempo. Los nuevos infectados, e incluso los de antes, se han vuelto más duros.

La violencia es ahora su..."

Vio una sombra acercarse, muy cerca de la entrada. ¿Cómo era posible? No se había percatado de la llegada de su abuelo, no lo había oído. En cuclillas no tenía tiempo para más.

-¿Qué haces? -preguntó el anciano a unos diez metros.

A Izan, agachado, se le había escurrido el cuaderno de las manos.

-Nada.

-Pues sal de ahí ya. Hace demasiado calor dentro, deberías saberlo.

El chico se incorporó. Con la punta del pie aplastó el cuaderno contra la tierra y la hierba seca. Este quedó medio tapado. Cogió la azada y caminó en dirección a su abuelo.

-¿Por qué has tardado tanto?

-No he tardado, solo estaba limpiándola un poco. Me pareció que se había soltado el hierro del mango.

El anciano observó con desconfianza el interior del invernadero cuando el chico llegó a su altura, lo rodeó y pasó por su espalda. Dudó si entrar a echar un vistazo, pero sus intenciones se disiparon cuando el joven, adrede, comenzó a consultarle.

-¿Por dónde quieres que empiece?

-Por aquí.

-¿No deberías ir a vigilarla?

-Déjala como si fuera polvo -le dijo el anciano.

Izan, decepcionado, se puso a cavar. Tenía que recuperar el cuaderno cuanto antes. Necesitaba avanzar en aquella lectura. Quizá podría contactar todavía con algunos seres humanos, algunas personas buenas habría.

El anciano subió al porche y se situó en un punto intermedio. El sitio justo para observar desde allí a la infectada y al chico, el cual, sin duda, recibiría recomendaciones en tono de órdenes durante toda la mañana.

Izan se impacientó. Recuperaría el cuaderno cuando devolviera la herramienta. Miró el mar y a solo unos pocos metros, el acantilado. Era un buen sitio para traer a buenas personas. Se bañarían juntos y soñaría con que su madre lo hacía con ellos.

-Hazlo como te he enseñado -gritó el anciano desde su posición.

El chico se incorporó y puso su espalda recta. Le dolía.

-¿Por qué no prestas atención al otro lado de la finca? Creo que ella es más peligrosa que yo con esta azada en la mano.

El anciano no respondió. Izan ya sabía la respuesta. Había pasado por tantas antes de llegar a aquel lugar, su templo, que era capaz de prestar atención a todas direcciones. Un muchacho como él nunca sería nada a su lado.

-Te cansarás menos si lo haces como te he enseñado.

El chico enderezó la espalda y cogió la herramienta, alejando sus manos del hierro. Comenzó a cavar más erguido. La postura era más cómoda, pero requería de una técnica que todavía no había adquirido ni desarrollado lo suficiente. Prefería hacer más fuerza, enterrar con más probabilidades aquel utensilio en la tierra.

-No hace falta que caves tan abajo. Se trata de remover las raíces para arrancar el tallo más fácil.

El chico optó por callar y hacer el trabajo según las indicaciones. Sólo así podría tranquilizarlo para que lo dejara a su aire. Quería recuperar el cuaderno en cuanto se relajara y lo perdiera de vista un instante, pero el anciano había desplazado el banco del porche y se había sentado en él para ver la huerta en todo momento.

Tras varios descansos en los que apoyaba la palma de sus manos en el mango de la azada, haciéndole de bastón a la altura de su cara, Izan tuvo una idea.

-Ya está el sol bastante alto. ¿Voy al invernadero a coger semillas?

El anciano miró al cielo, tratando de buscar la posición del sol, pero no lo vio. Se fijó en las sombras que las columnas del porche proyectaban en la tierra y calculó una hora aproximada.

-Dale un poco más, hoy no vamos a sembrar nada. Ya te diré yo qué semillas hay que coger y cuáles hay que dejar para la próxima cosecha.

El chico prosiguió sin levantar la cabeza, maldiciendo su suerte y la especial atención que prestaba esa mañana su abuelo a todo lo que hacía. El sudor le resbalaba por la nuca y su camiseta estaba empapada. El sol pegaría fuerte el resto del día, pero seguía ausente, centrado en su cuaderno, en cómo recuperarlo. Cavaba cada vez con más ritmo y en mejor postura.

-¿No trabajas mejor así? -le gritó.

El chico salió de sus pensamientos y, sin contestarle, miró el mar. Se asomó al acantilado. Abajo, las olas se mecían suavemente contra las rocas. Era un día perfecto para sus trampas y su baño. Desde arriba se veía transparente y oscuro. Nadar en aquella oscuridad no sería agradable y se sintió cómodo allí arriba, con el sol calentándole la espalda.

Contempló la casa y se dio cuenta de que no la había observado con demasiada claridad el día anterior. Aquel hogar se veía viejo, como su abuelo. Se preguntó cuánto tiempo le quedaría.

Dudó de si sería capaz de vivir el resto de su vida solo, en aquella casa, al borde de un precipicio. Tal vez hubiera una esperanza. Convivir en alguna comunidad, aunque fuera precaria, organizarse bajo unas normas, unas leyes y unas jerarquías, como lo hacían antaño. En los libros que tanto había leído, se hablaba de la vida pasada antes de la pandemia mundial. Un mundo lleno de ilusiones y de desilusiones. Tal vez hubiera otra gente tratando de reorganizarlo todo y, mientras, ellos pasaban desapercibidos sin formar parte de nada, sin trascender en nada. No estaba seguro de si su madre compartiría aquel conformismo.

-Déjalo, por hoy es suficiente -dijo Samuel, bajando del porche.

El chico inició los pasos para devolver la azada al invernadero, pero el anciano le salió al paso.

-Ya la llevo yo -dijo-. Sube y vigila un rato a tu amiga.

-¿Mi amiga? -el chico se mostró reacio a soltar la herramienta, a pesar de que el anciano ya tiraba de ella-. Yo la llevaré. Vigila tú, que es tan amiga mía como tuya.

El chico cambió de mano la herramienta y caminó hacia el invernadero. El anciano lo siguió como si no fuera con él.

-Hoy has cavado una tercera parte. Tal vez sea mejor sembrar cuando hayas terminado. Al atardecer, podrías avanzar hasta la mitad. Así, pasado mañana podríamos comenzar.

-¿Al atardecer? Nunca hacemos trabajos de fuerza por la tarde.

-Esto es diferente. Hay que resembrar cuanto antes.

El chico se adentró en el invernadero, pero el anciano lo seguía a sus espaldas. Se acercó a la esquina del recinto y apoyó la azada contra la estructura de madera.

-¿No la guardas en su sitio?

-¿Para qué? Si al atardecer tendré que usarla de nuevo.

Izan echó las manos a su cintura y se quedó mirando al anciano, quien lo observaba con paciencia.

-¿Nos vamos? -dijo el chico, disimulando el enfado.

El anciano hizo un gesto para que regresaran juntos. El chico aceleró el paso para no mediar palabra. Subió al porche y allí seguía ella, en el mismo punto. Esta vez balanceándose de derecha a izquierda. Seguía siendo preciosa.

3

Izan encendió un fuego con más dificultad de lo normal. Hirvió agua e introdujo en las ollas unos buenos puñados de judías. También unas ramas de romero que tan bien se daban junto al invernadero, al borde del acantilado. Pensó alguna excusa para volver allí, pero su abuelo entraba a menudo en casa y se comportaba de manera extraña. Mientras, a través de la ventana, la chica se balanceaba.

Trató de tranquilizarse y no perder la compostura. Tendría tiempo de leer el cuaderno al atardecer, al recoger la azada para seguir con el trabajo o al devolverla cuando terminara. Debía aparentar normalidad. El abuelo se olía algo. No era normal su repentino comportamiento exigente ni esa vigilancia. Decidió centrarse en la extraña que acechaba la frontera de estacas. Podría introducirse en su mente y pasar las horas muertas imaginándose una vida junto a ella.

Continuaba agarrándose a los pocos recuerdos que conservaba de su madre, para que no acabaran volatilizándose. Aquella cicatriz. Quería tenerla presente en su cabeza tan a menudo que, a veces, dudaba de si era un recuerdo real o simplemente fruto de su imaginación.

Las judías se cocieron y la casa quedó impregnada en olor de romero. El chico las dejó

atemperar mientras volvía al porche con uno de sus libros repetidos.

-Hoy hace mucho bochorno. Pronto no podremos estar aquí.

El anciano asintió cerrando los ojos. El sol estaba alto. Izan observó a la chica y su balanceo. La luz le daba de manera directa en su cara. Se fijó en sus manos, donde se percibía la contundencia de la infección: sus largos dedos violáceos y sus uñas casi negras. Prefirió quedarse con la imagen de su cara, mucho más agradable.

-Creo que podría llover mañana -dijo el anciano-. Sería una buena oportunidad para recuperar agua y resembrar la tierra. Hoy tienes que trabajar duro.

El chico parecía no oírlo. Observaba a la chica, su envergadura y su estatura. Era más alta que él, incluso más ancha. Podría ser su hermana mayor, o su amada, como en los libros.

-¿Estás escuchando lo que te digo?

-Claro, que va a llover, sí. Déjame leer un rato y, en cuanto se enfríe la comida, nos la repartimos. Por la tarde procuraré empezar lo antes posible.

El anciano lo miró con un ojo cerrado, mientras el chico se sentaba en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Abrió su libro, como si supiera exactamente dónde lo había dejado.

-¿Y el tocadiscos?

-Hoy no quiero escucharlo. Solo leer.

Al cabo de un tiempo, cuando las sombras avanzaron en dirección a la infectada, el joven fue a la cocina y sacó las judías repartidas en dos viejos platos de porcelana.

-¿No traes tenedores?

Samuel apretó fuerte sus dientes. Su mandíbula se dilató. El chico, malhumorado, trajo consigo dos tenedores y una vieja jarra de cristal.

Comieron en silencio, en abundancia. Ninguno se planteó dejar algo para más tarde. La tensión de los últimos días los tenía ansiosos.

-Creo que la chica se ha alejado -advirtió Izan.

-Lleva haciéndolo desde el mediodía. Ese balanceo la está retrasando.

-Se aleja -susurró el chico-. Tal vez se vaya.

-Ojalá, por donde quiera que viniera.

Las Fragas, pensó el chico. Tenía que recuperar el cuaderno antes de que acabara el día, antes de que lo viera su abuelo. Todavía era muy temprano para trabajar el huerto. El maldito sol, el calor, quemaba la piel. Luego vendría la enfermedad que provocaba las llagas.

Alternó entre lectura y música. Pensó que haciendo girar el disco podría atraer a la infectada. Se había alejado poco, tal vez un metro, pero su balanceo era marcado. El inaudible hilo musical apenas llegaba al anciano, pero Izan fantaseaba con que ella tuviera un oído muy desarrollado. Al fin y al cabo, se trataba de un ser que poco tenía de humano.

El chico tanteó la posición del sol. Podría buscar la herramienta. Con seguridad, su abuelo se opondría a tan temprana hora. El sol daba fuerte y él era precavido ante los rayos solares. Podría buscar la azada, aunque no empezara a cavar. El momento justo para recuperar su cuaderno y meterlo en el bolsillo. Tal vez, aún tuviera tiempo de leer algo más.

Entró en casa para devolver todo a su sitio y, de paso, lavarse la cara para tener un aspecto más fresco y descansado. En el barreño donde había vertido las judías, se lavó con ambas manos hasta casi enterrar la cabeza en su interior. Las gotas empaparon su camiseta y se secó con ella. En poco tiempo estaría enjugado. Decidió esperar un par de minutos para no salir tan mojado y no escuchar ningún comentario.

Entró en su dormitorio y observó la pila de libros. Pensó en ordenarlo cuando pasaran esos días tan revueltos. Los organizaría por orden alfabético, o tal vez por temática, o por autor. En

cualquier caso, el calor en aquella parte de la casa era considerable. Trabajar en la huerta iba a ser una labor casi imposible, pero iría a por la azada y regresaría al porche. Era el momento.

Salió y tuvo la sensación de que su pelo comenzaba a secarse. No vio al abuelo en el banco. La infectada seguía balanceándose en la misma posición. Oyó un ruido.

-Aquí tienes la azada, deberías empezar cuanto antes -dijo el abuelo.

4

El calor era inaguantable, pero pronto se levantó una brisa agradable y unas nubes aparecieron desde el suroeste. El chico alternaba cortos períodos de trabajo con un descanso breve para refrescarse y descansar a la sombra. Su abuelo lo seguía de reojo sin intercambiar palabra. Tenía la impresión de que la chica se había alejado un poco más.

Pasadas un par de horas, Izan estaba agotado. Sus pausas eran más duraderas a pesar de que las nubes habían tapado el sol. Se sintió mareado, unas repentinas náuseas lo doblaron en dos ocasiones. Quería estirarse en su cama. Dormir encima de un tabique lo había contracturado, pero no quería abandonar el trabajo antes de tiempo ni perder la posibilidad de devolver la azada a su lugar para recuperar el cuaderno.

-Voy un momento adentro -dijo sin dar más explicación.

El anciano no se inmutó. Observó la azada apoyada contra las escaleras, atisbó al chico y, con los brazos cruzados, volvió a mirar a la chica. Todo se mantenía en su sitio.

Izan llegó colapsado al borde de su cama. Se dejó caer casi sin conocimiento. Todo le daba vueltas. Notó, al contacto con las viejas sábanas, el sudor que empapaba su cuerpo. Se estiró boca arriba y el techo dejó de moverse a tanta velocidad. Cerrar los ojos era peor, como si su cerebro se centrifugara dentro del cráneo. Su respiración se entrecortaba, pero se tranquilizó inhalando lentamente por la nariz y exhalando por la boca. Necesitaba recuperarse cuanto antes para no preocupar a su abuelo, volver al trabajo y coger su cuaderno.

Perdió la noción del tiempo. Tenía ganas de vomitar, aunque el mareo remitió de forma considerable. Lo achacó a la falta de descanso y al sobreesfuerzo de trabajar con aquel calor. Su abuelo siempre era muy reacio a exponerse a la luz directa en las horas más calurosas, pero la tormenta había barrido sus posibilidades de supervivencia para el verano. Era una lección de disciplina y valor recuperar la cosecha, fundamental para su futuro.

Se incorporó, quedándose sentado durante unos minutos. Su cabeza giraba pero pronto estabilizó el mareo. Se levantó y volvieron las náuseas. Se sentía incapaz de seguir andando, mucho menos de bajar al huerto y cavar un solo centímetro. Solo quería devolver la azada y recuperar el cuaderno. No estaba seguro de poder hacerlo sin tambalearse, sin llamar la atención de su abuelo.

Decidió salir al porche y mostrar su mejor cara. Se enderezó y aparentó paso firme.

-Por hoy es suficiente. No ha sido buena idea empezar tan temprano, tienes mala cara.

-¿Y la azada? -preguntó mirando a todas partes.

-Ya la he puesto yo en su lugar.

Izan oyó esa frase en la lejanía, pero la entendió a la perfección. Perdió cualquier interés en el cuaderno. Aquella sensación parecía el fin de su tiempo. Avanzó hasta el banco, se dejó caer al lado de su abuelo y se inclinó hacia delante, apoyando la cabeza entre las manos. Sintió alivio de no tener que mover un músculo más, de no tener que salir al sol ni a entrar en el invernadero. Recuperaría el cuaderno en otro momento.

No quiso mirar a la chica. Girar el cuello le produciría ese mareo horrible. La luz del sol era

extraña, una frágil nubosidad lo había tapado.

-¿Te ocurre algo?

-Estoy mareado y tengo náuseas.

-Échate en la cama. Te aviso luego para subir al desván. Aún puedes descansar un buen rato.

El chico agradeció la instrucción y se dispuso a ello, dejando listos todos sus asuntos, sin más responsabilidad que la de despertarse al día siguiente.

Entró apoyándose en las paredes y fue a la cocina. Cogió una de esas pastillas y se la metió en la boca. Se agachó y, con la palma de su mano, cogió un poco de agua. Mojó su garganta con ella y la pastilla se deslizó. Regresó a su cama cruzando el pasillo con los brazos levantados, como si hubiera perdido la vista.

-Ya te aviso luego para que tomes la pastilla -gritó su abuelo desde el exterior.

-Acabo de tomarla.

-¿Tan pronto? -preguntó extrañado.

-Sí, para no olvidarme.

Se tiró en la cama. El techo giraba más lento. En pocos minutos, dormía como si hubiera perdido el conocimiento.

5

Cuando Izan despertó, estaba todo oscuro. Oyó unos crujidos como de otro mundo. Durante unos minutos, estuvo asimilando dónde se encontraba. Supuso que en el desván, pero el abuelo se acercó a él entre las sombras, caminando.

-¿Ya estás despierto? -susurró.

-¿Qué ha pasado? -preguntó alarmado.

-Nada. Todavía no ha amanecido. No hay movimiento, la infectada no ha cruzado las estacas. No he querido despertarte.

El chico respiró tranquilo y apoyó la cabeza entre los trapos que hacían de almohada. No había indicio alguno de la claridad del amanecer.

-Ya no estoy mareado.

-Te ha venido bien descansar. Voy a seguir vigilando. Quédate un poco más.

El chico se quedó a solas, mirando el techo, a la oscuridad. Era posible que la infectada se marchara en su balanceo. Tal vez para siempre. La idea lo alegró y lo entristeció. Pensó en el cuaderno, en la esperanza de un mundo diferente, y dejó correr su imaginación.

Fue feliz. Se imaginó una vida entre árboles, en cabañas. Divirtiéndose con la chica infectada, ya recuperada y sana. Y su abuelo, como un mero espectador asintiendo con la cabeza, orgulloso por la valentía de su nieto al llevarlo hasta allí.

Se detuvo a oír el silencio, pero no existía. Las olas rompían en el fondo del acantilado y recordó las palabras de su abuelo acerca de un posible día de lluvia. Se incorporó y quedó desorientado en la oscuridad. Despacio y, con los brazos extendidos, se movió entre sombras hacia la puerta. Se asomó y vio el bulto de su abuelo en la cocina. Estaba desconcertado, no recordaba haberse levantado nunca tan temprano. Esa sensación le parecía extraña, como si alguien hubiera detenido el tiempo. Entró en la cocina y notó como su abuelo lo observaba. No se dijeron nada. El chico se acercó al cristal de la ventana.

-¿Cuánto queda para que amanezca?

-Un par de horas, tal vez más.

El chico sabía medir en su cuerpo ese tiempo. Se hizo una idea de lo temprano que era.

-Subamos al desván. Quiero descansar un poco.

En silencio subieron por la escalera y la recogieron. El anciano se fue hacia su esquina, sin mediar palabra. Se acurrucó entre las sombras y comenzó a amodorrarse. Izan pensó que era peligroso quedarse dormido y temió que el sueño lo venciera. Nada de eso ocurrió.

Analizó la intensidad del temblor de sus manos como cada mañana. Era el mismo de siempre hasta que descendía y desaparecía a lo largo del día. La primera claridad se vislumbraba en el agujero entre tejas. Se incorporó con cuidado de no despertar al abuelo. Apenas había resplandor fuera, pero la suficiente para distinguir un bulto más allá de las estacas. La infectada parecía acercarse de nuevo. Sonrió.

6

Faltaban minutos para que el sol se asomara, pero el abuelo se despertó. En silencio, gateó lentamente hasta el punto más alto. Agarrándose al pilar, se puso en pie e indicó al chico que bajara la escalera.

-La chica se ha acercado -dijo él antes de hacer nada.

El anciano asomó la cabeza.

-Vamos, baja esa escalera de una vez. Mi vejiga no aguantará mucho más.

El chico sonrió y bajó la trampilla. No había dormido en las últimas horas, ya había descansado lo suficiente. Apenas notaba el zumbido de todas las mañanas en su cabeza. Se sentía fresco y motivado para continuar sus tareas.

Siguió al anciano, dispuesto a imitar sus mismas necesidades. Samuel se dirigió a la parte delantera de la casa, como siempre. Izan corrió hacia el invernadero y se adentró en busca de su cuaderno. Fue al mismo punto donde había cogido la azada y, medio enterrado, allí estaba, intacto y sin rastro de humedad entre la hierba y la tierra seca. Lo guardó en su bolsillo y corrió de vuelta. El anciano estaba acabando, aliviado.

-¿Te encuentras mejor hoy? -preguntó en voz alta, mientras se subía la cremallera.

-Desde luego, mucho mejor -dijo sonriendo.

-Muy bien, hoy comenzaremos a sembrar.

-¿Crees que lloverá? No veo nubes.

-Tal vez no hoy, pero sí mañana.

El chico se quedó mirando la primera claridad del día y la oscuridad al oeste. Sin nubes, sin viento, calma total. Vio a la chica a lo lejos y sintió pena por ella. Sola, en medio de la noche. Tanta soledad no la dejaba avanzar. ¿Por qué estaba allí, atascada? ¿Por qué no había seguido a los demás? Era lo de menos. Tenía el cuaderno en su poder y la infectada continuaba allí. Igual había sido él el que la había atraído, desviándola del resto de la manada. Se agachó entre matojos cercanos a las estacas, sonriendo levemente. Cuando volvió a la cocina, su abuelo soplaba hacia una tiza de carbón.

Izan fue el primero en terminarse el agua hervida con cortezas de pan, mientras observaba a la infectada.

No te acerques más. No te pongas a tiro. Sobrevive ahí, puedes estar el tiempo que quieras. Aquí dentro podemos apañarnos el resto de nuestras vidas, si tú quieres. Regresó a sí mismo y se preguntó si tal cavilación había salido de él o de un sueño tal vez.

Saltó a la huerta y fue a por la azada. Desbordaba optimismo y vitalidad. El anciano no lo siguió. Habría cogido el cuaderno sin problema si se hubiera mostrado así el día anterior, pero el cansancio lo había desquiciado.

No había tomado la pastilla, pensó. No, la había tomado temprano la noche en la que no pudo dormir, razonó.

Cogió la azada. ¿Por qué se había despertado tan temprano? No recordaba cuándo se había quedado dormido. Miró sus manos. No temblaban apenas, como si fuera media mañana, pero aún estaba amaneciendo. Recordó lo mal que se encontraba el día anterior. Salió del invernadero. Su temblor se había suavizado antes de tiempo. ¿Sus temblores se debían entonces a excesivas horas de sueño?

Caminó hacia el tramo donde había terminado de cavar y, con postura erguida, como le había enseñado su abuelo, recomenzó sin esfuerzo. Se sumió en sus pensamientos, contento. No tenía más que mostrarse así para tener oportunidades de lectura sin ser visto.

Era feliz para sus adentros, con cada esfuerzo por levantar tierra y raíces de un solo golpe, con la novedad de la visitante infectada que daba cierta armonía a su imaginación. El pensamiento le vino de pronto a su cabeza: una pastilla antes de tiempo. Fue un despertar temprano, anormal. Sus mareos existían en ese instante, sus manos casi dejaban de temblar durante el día, a media mañana, unas horas después de espabilarse. Detuvo su trabajo y volvió a mirar sus manos. Deberían temblar más de lo que lo hacían. No era el sueño, era la pastilla la que marcaba su vida.

No recordar el momento en el que se dormía, los temblores de la mañana, su paulatina calma. Los efectos del medicamento se desvanecían durante el día. Ahora analizaba su tranquilidad en las horas muertas, sobre todo por las tardes. Se propuso no tomar la pastilla esa noche y experimentar con esos síntomas.

7

Cuando Izan llevaba un tramo de dos metros trabajado, el abuelo apareció con un cubo lleno de maíz. Ni siquiera lo había visto entrar en el invernadero. Había estado tan entusiasmado con su cuaderno recuperado y con trazar un plan amable para el resto del día, sin llamar la atención, cauteloso, que la desobediencia le había subido la adrenalina. Trató de disimularlo.

-Deja eso, abuelo, yo sembraré. Hay que vigilarla.

-Ella no es problema ahora. Se ha dado la vuelta y se está alejando.

El chico dejó la azada y se apuró al porche. La chica se balanceaba, desplazándose a ojos vista. Se había alejado más de cinco metros y la sintió lejos, como si la hubiera traicionado. Le latía el corazón y, para no ser visto, avanzó hasta el borde extremo. Imploró con su mente que regresara, que le dejara ver su cara una última vez. No quería olvidarla nunca, como le había pasado con el rostro de su madre. No quería tener un vago recuerdo de una cicatriz, de un color morado, de una mirada perdida. Quería grabar cada detalle de su cara, sus manos, sus pechos. Por última vez.

Oyó a su abuelo acercarse al porche. Una lágrima nubló su vista, sin llegar a derramarse. Intentó calmar su angustia con una respiración más calmada. Cerró sus ojos con fuerza. Volvió a abrirlos y notó la brisa en su rostro. Inspiró por la nariz tres veces. Se recompuso.

El abuelo subía las escaleras, mirándolo con cara extraña. Grabó su silueta al amanecer. Un único fotograma para no olvidarla jamás: sus curvas, el movimiento de su pelo, sus manos caídas. Se giró hacia el anciano.

-¿No estará haciendo algún movimiento para regresar con más ímpetu? -el chico simulaba una desconfianza natural.

-No creo -dijo el abuelo, más tranquilo.

-No sé si será buena idea confiarse -el anciano lo miró con sorpresa-. Hace dos días se cargó

al lobo en cuestión de segundos. Luego aporreó esta puerta con violencia y nosotros acongojados en el desván sin saber cómo diablos entró a través de las estacas. Ahora parece que se marcha, le damos la espalda y a otra cosa, como si nada hubiera ocurrido.

El anciano sentía desprecio, sin saber cómo reconocer aquella lección de sensatez.

-Cava un poco más. En cuanto salga el sol, vigilarás y yo sembraré.

8

El chico sudaba a chorros, pero se sentía bien. Samuel había sembrado maíz, dejando caer tres o cuatro granos a cada paso y cubriéndolos de tierra con el pie. Guardaba siempre la misma distancia entre cada pisada, siguiendo el mismo ritmo y criterio en cada fila.

Izan había cogido unos puñados de grano para molerlos con una desgastada piedra y hacer harina. La mezclaría con agua para cocer algo de pan en el horno.

La chica se había alejado un poco más. Izan ya no sentía dolor por su marcha. Alguna esperanza tendría que haber. Aquel cuaderno podría ser su escapatoria, la excusa para huir cuando se quedara solo. Entonces tendría el valor suficiente para cruzar las estacas y buscar a otras personas más allá de aquel lugar. Podría traerlas de vuelta y enseñarles a sobrevivir como lo había hecho su abuelo.

Los granos destrozados caían en un plástico extendido a modo de alfombra. Los volvía a recoger y a aplastar. Utilizó su juego de muñeca para triturar por completo cada migaja. Levantó la cabeza y vio la silueta de la infectada a contraluz. Pensó que tal vez nunca reuniría el valor suficiente para salir de allí, de su fortaleza, un lugar seguro para toda su vida.

El anciano sugirió aprovechar un pequeño tramo de tierra para plantar nuevas judías. Todavía conservaban habas suficientes para resembrar dos o tres años más. Izan se preguntó qué sería de los alimentos que habían existido en otros tiempos y nunca habían cultivado en su huerta. Estarían al alcance del ser humano, en algún sitio donde hubiera no solo una casa, sino varias, cercadas por una frontera de estacas. Se imaginó sabores. Se imaginó colores. Tuvo ansiedad por continuar con la lectura del cuaderno.

Fue a su cuarto, desde donde podría mirar de reojo a su abuelo en la huerta. Sacó el cuaderno de su bolsillo y rápido siguió por donde lo había dejado.

"La violencia es ahora su sello. Enfurecidos, su obsesión es descuartizar cualquier ser vivo. Su sentido de la supervivencia parece haber cambiado. Antes, los infectados se quedaban paralizados con la oscuridad y el frío, y se volvían algo hostiles con los días de calor. Hoy a algunos el calor los paraliza, pero son las noches y los inviernos los que los enloquecen. Es como si el frío les diera templanza para avanzar en la escala de la evolución, solo que cambian (o evolucionan) en poco tiempo, lo que otras razas tardaríamos millones de años en conseguir."

Cerró el cuaderno y lo guardó en su bolsillo. Ahora entendía el comportamiento de la infectada. Era una de las diferentes al resto. Quieta durante el día, había descuartizado a aquel perro, más grande que un lobo, y se había vuelto violenta de noche. Se sintió paralizado y maravillado a la vez.

-¡Izan! -gritó su abuelo desde fuera.

El chico regresó de sus pensamientos y salió apresurado.

-¿No vigilas?

-Sí, fui un momento a la cocina a lavarme la mano. Pensé que me había cortado con la piedra,

pero no.

El anciano volvió a su tarea sin mediar más reacción. El joven miró a la infectada y recuperó la sensación de respeto hacia este ser. Se había sensibilizado con su presencia, pero era consciente del problema que suponía tenerla cerca.

-Vamos, vete de aquí y no vuelvas -susurró para él.

Si los nuevos infectados se paralizaban con el calor y reaccionaban al frío, tal vez aquella manada estuviera realizando un éxodo hacia tierras más frescas con la llegada del verano. Al fin y al cabo, caminaban hacia el norte.

Galicia. Costa norte de España. 7 de noviembre de 2029.

Samuel dejó a Leonor con cuidado en el porche. Arrojó la mochila con violencia hacia la puerta de casa. La chica dormía profundamente y él estaba empapado en sudor. Las fuertes contracciones musculares de llevarla en brazos durante horas lo asomaban al borde del desmayo. Sin tiempo para pensar ni analizar los sentimientos hacia aquella casa donde había pasado su infancia, caminó en dirección al acantilado, aliviado. El viento sacudía fuerte su pelo largo, enfriando el cuerpo con rapidez. Buscó revivir la imagen que tenía de su niñez: una pequeña playa con la arena justa en la que, con la marea baja, podía correr en círculo, construir castillos o incluso apoyar una pequeña tabla de surf y jugar con alguna ola que llegara suave hasta sus pies.

Ansioso, se asomó en el final de aquel día gris. No pudo ver más que un mar agitado golpeando rocas, circulares y desgastadas, ocultas bajo la arena de su infancia y de la que apenas se conservaba algún resto acumulado entre los peñascos. Esperaba hallar consuelo en aquel punto del mapa, tan lejos en sus recuerdos. Sin embargo, no encontró rastro alguno. Desesperado, se dio la vuelta y contempló la casa, vieja y abandonada. Cayó de rodillas, inundado por recuerdos rotos. Cerró los puños con rabia y miró al cielo. Comenzó a lloviznar.

Capítulo 9

1

Cuando el anciano acabó la siembra, el sol daba fuerte en el cielo. Habían comenzado las horas de más calor, las horas muertas. Izan tenía una buena cantidad de harina de maíz, suficiente para cocer unos cuantos bollos de pan.

-Al final no va a llover -dijo el chico, aparentando normalidad.

-Estos frentes pasan a buena velocidad -el anciano miró al cielo-. Hace tiempo que me cuesta acertar una predicción. Cuando tenía tu edad y vivía en esta casa, no fallaba una, pero el clima ha cambiado.

El chico no hizo caso al comentario y dio por finalizado su trabajo. La infectada se había alejado un poco más. Estuvo a punto de sugerir a su abuelo la idea de que tal vez se fuera hacia el norte, con los demás, por el frío, pero decidió callarse y esperar a leer por completo el cuaderno.

-Mañana, si está bueno, tendrás que poner alguna trampa en las rocas.

Izan alegró la cara sin mediar comentario alguno. Prefirió no hacerse ilusiones, sabía de los cambios de planes repentinos de su abuelo.

-¿No dices nada?

Izan trató de aparentar entusiasmo.

-Ya sabes que me gusta darme esos baños, pero igual el mar no está propicio.

El anciano avanzó unos pasos para observar a la chica.

-Se está alejando -dijo casi para sí, esperando una respuesta del chico.

-¿Crees que irá a donde fueron los demás?

-Es posible.

-¿Qué los movería en esa dirección?

-Ni lo sé ni me importa. Lo primordial es que esas semillas renazcan. Si no llueve, tendremos que desalinizar a marchas forzadas. Esta tarde regaremos con los cuencos. Necesitamos que todo brote de nuevo lo antes posible.

Izan se dirigió hacia la huerta, asintiendo. Pensó en lo verde y próspero que parecía hacía solo un par de días, y lo destrozado que estaba ahora, con ramas mustias pero todavía verdes, amontonadas en el borde del acantilado. Dos terceras partes del huerto arañado con la tierra a la vista y resembrado. Habían perdido tres meses, lo que en algún momento pasaría factura.

2

El chico terminó de amasar la mezcla de agua, harina y una pizca de salitre después de haberse comido otro puñado de judías tiernas escaldadas. La dejó reposando, como siempre. Se dirigió a la cocina a avivar el fuego para que el horno estuviera a la temperatura adecuada de cocción.

El chasquido del fuego no le dejaba escuchar con claridad, así que cruzó el pasillo y entró en su dormitorio. Se situó al lado de la montaña de libros y, de espaldas a la puerta, sacó la libreta de su bolsillo. Escuchó cada sonido que provenía del exterior, por si oía levantarse o acercarse a su abuelo.

"Hemos observado algo de violencia entre ellos, como si se pelearan por un estatus. En ocasiones se enzarzan sin motivo aparente, aunque no podemos concluir que exista algún tipo de jerarquía social."

Cerró la libreta cuando oyó cómo el banco crujía al levantarse su abuelo. La guardó de nuevo, se agachó, cogió un libro al azar y salió del dormitorio. El anciano tan solo esperaba fuera, estirando las piernas. Izan no entendía cómo podía quedarse en una misma postura durante un tiempo interminable. Se imaginó a sí mismo a esa edad, y estuvo seguro de que su cuerpo no sería capaz de semejante hazaña. Estar más de un minuto sin rascarse, o limpiarse una gota de sudor, le resultaba fatigoso.

Las horas muertas estaban perdidas por el peligro de la exposición al sol y de las altas temperaturas que se alcanzaban en verano. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y observó a la chica, cada hora más lejos. Perdía el interés por ella; las enseñanzas del cuaderno corroboraban lo peligrosos que podían ser aquellos seres, cuanto más lejos mejor. Su abuelo tenía razón, convenía eliminar cualquier mínimo riesgo de cuajo.

Abrió el libro y comenzó a leer sin saber lo que estaba haciendo. Su mente estaba puesta en recordar cada palabra de lo que había leído hasta el momento del cuaderno, tratando de no llamar la atención por la impaciencia que sentía por lo que había planeado para esa misma noche.

Cogería la pastilla y simularía que se la tragaba. Ahora caía en la cuenta de que casi siempre, el abuelo lo merodeaba a esas horas para asegurarse de que tomaba su medicina. Sería fácil, la metería debajo de su lengua y daría un trago para fingir que la ingería. Luego la expulsaría y la guardaría en su bolsillo. Conservaba la posibilidad de que esa pastilla cumpliera su cometido: si sus temblores aumentaban, podría metérsela en la boca y tragarla; si sus efectos eran dormirlo, en cuestión de minutos caería rendido.

Miró sus manos. No temblaban en absoluto, como pasaba a última hora de cada día. No sabía cómo se encontraría al atardecer, cuando pasaran más horas de las habituales sin seguir su tratamiento.

3

La chica estaba tan lejos que resultaba difícil apreciar si persistía en su tambaleo. El sol alcanzaba sus últimas dos horas en el horizonte. Izan había regado casi por completo allí donde su abuelo había hundido el pie para tapar el grano por la mañana. Cuenco a cuenco, sin desperdiciar un mal chorro. El anciano parecía distraído observando las labores del muchacho. Solo miraba al este, hacia la infectada, de vez en cuando.

Izan analizaba su propio comportamiento como nunca antes. Se detenía en el temblor de sus manos, estudiaba su estado de ánimo y la percepción de que se sentía bien. Empezaba a parecerle una obsesión, algo fruto de su imaginación. Lo cierto es que se encontraba pletórico.

El abuelo entró en casa y salió al cabo de unos minutos.

-El pan está listo -dijo mientras masticaba.

El chico contemplaba a la infectada desde la huerta con los brazos en jarra. Notó ese sentimiento de desapego. Ella había pasado a un segundo plano. Leer el cuaderno y analizar su salud era prioritario. Nunca antes se había preguntado por su propia condición. Siempre había dado por hecho que ese cansancio de primera hora, sus temblores, su sueño profundo, eran así, sin más explicación. A veces se preguntaba cómo su abuelo estaba de pie cuando él se dormía y también cuando despertaba. Su abuelo era así, como un superhéroe, pero él se notaba ahora con

unos poderes especiales.

Salió de su estado de abducción y de un salto se plantó en el porche. Entró en casa con alegría y se lanzó de pleno encima de uno de los bollos recién salidos del horno. Con cuidado de no quemarse fue mordisqueando la corteza de aquella delicia, una masa aplastada que no levantaba más de tres centímetros. Sonrió mientras masticaba, cerró los ojos y saboreó cada movimiento de su mandíbula. Percibió el sabor del maíz, de la sal, y se maravilló ante esta primeriza sensación. Ignoraba si resistiría sin tomar la pastilla o si lo haría solo cuando aparecieran los temblores. Un fogonazo vino a su mente y recordó que la primera noche en el desván pasó miedo, mucho, y que no se había tomado la pastilla. Al día siguiente, sus manos no temblaban.

4

Ambos sonreían para sus adentros a última hora de la tarde. El anciano miraba la huerta reconstruida casi en su totalidad en tiempo récord. Había sido un logro del chico. Izan sonreía. La infectada se había alejado un poco más, pero él había comprendido su insensatez. Nada podría unirlos a ella más que la muerte. Deseaba que no volviera a acercarse, que se marchara para siempre. Podría recordarla en sus fantasías, bañándose a su lado, como una humana. No quería matarla.

Volvió a mirar sus manos y respiró la brisa que calmaría el calor por la noche. Se sintió perfecto. Olió el viento y el sabor dulce que traía del sur. Tal vez fuera cierto que aquella estación llamada primavera trajera consigo aromas de flores y frutos, tal y como se describía en los libros. Nunca se había percatado de ello.

Unas nubes altas asomaban desde allí cuando el sol tocaba el horizonte. Degustaron el pan recién cocido y llenaron sus estómagos con la pasta todavía fresca, que luego se volvía tan dura que a veces ni el agua hervida deshacía las cortezas.

-Parece que caerán unas gotas esta noche -dijo el chico.

-No creo. Aún así pondremos los barreños bajo las goteras.

El chico apuró su trozo y se adentró en casa para sacar dos barreños y colocarlos bajo las posibles goteras de la parte este. Fue al invernadero en busca del resto. Se aseguró de que su abuelo no lo siguiera y con naturalidad sacó el cuaderno.

"Los perros se han mezclado con ellos y ahora forman parte de sus tribus. Estos animales, que tan bien hemos sabido cuidar y cruzar para obtener una raza de suficiente envergadura, enseñándoles a protegernos, se han adaptado a ellos como si fueran iguales. Algunos caminan entre infectados y humanos con normalidad, otros son peligrosos para nosotros. La incertidumbre está en que un día, tu propio perro es el que te traiciona. Una mordedura suya es una infección segura. Hemos visto como algún zombi ha matado alguno, pero su obsesión no son ellos, sino nosotros. Es una convivencia extraña. Los perros son como un puente, una unión entre infectados y humanos."

El anciano bajó del porche y caminó en dirección al invernadero. Sin ponerse nervioso, guardó el cuaderno en su bolsillo y esperó a que llegara.

-¿No teníamos más de estos? -dijo justo cuando el abuelo lo tuvo a la vista.

-No, no hay más que esos. ¿Te parece que falta alguno?

El chico observó los barreños apilados retorciendo la boca.

-No sé. Sí, tal vez estos sean todos.

Los cogió de un solo impulso y se alegró de su vigorosidad a pesar de que el día tocara casi a su fin. Los repartió en hilera por el oeste de la casa, bordeando el norte, y se guardó unos pocos para situarlos en la parte este.

Entraron en casa y el anciano se aseguró de cerrar bien la puerta de entrada, como cada noche.

-La pastilla -dijo mientras seguía al muchacho hasta la cocina.

Izan la cogió con una calma que le asombró a sí mismo. La metió en la boca y se agachó para coger del barreño un poco de agua con la palma de la mano. Sorbió y, tal como planeaba, se la dejó bajo la lengua. Con disimulo se acercó a la ventana y observó a la infectada, más lejos que nunca. Le pareció que miraba hacia ellos de nuevo.

-Podríamos dormir abajo hoy -dijo.

-Mejor no nos la jugamos, necesito dormir algo esta noche. Subamos.

El chico no opuso resistencia y aprovechó que el anciano se dio la vuelta para quitarse la pastilla de la boca y guardarla en el bolsillo. Izan subió el primero al desván. Había mucha claridad todavía.

-Es un poco temprano.

-Ya te he dicho que necesito dormir. La noche puede hacerse muy larga. Esa chica está lejos. Si en algún momento se acerca quiero estar bien descansado.

Pero Izan no entendía el plan. El anciano parecía tener prisa para situarse en el desván y que el chico perdiera el conocimiento cuanto antes. Se percató entonces de que pronto tendría que hacerse el dormido, calculando el tiempo aproximado en el que otras noches caía rendido. Aunque no lo sabía con exactitud, dejaría el beneficio de la duda en manos de la oscuridad.

Se asomó por el agujero del tejado y olisqueó el ambiente. Percibió el olor a polvo como nunca. Metió su cabeza dentro. El calor aún era muy elevado.

-Y si llueve esta noche, ¿qué haremos con este agujero?

-No creo que llueva lo suficiente para empapar nada. Tenemos las tejas aquí al lado, las repondríamos pronto.

El anciano se asomó al agujero. Se agachó con dificultad hasta quedarse gateando hacia el rincón de la noche anterior. Izan fue al suyo y guardó silencio. Un silencio que sería su aliado, una oscuridad que se adentraba en el desván, dejando las imágenes en simples sombras, simples bultos. Cerró los ojos y probó a quedarse dormido. No lo consiguió.

Habrían pasado horas. Izan se había adentrado en un mundo imaginario del que no quería salir, ni siquiera para dormir. Se encontraba a gusto allí, relajado y sin angustia por permanecer despierto. Estaba sereno y pletórico, en ebullición. En su cabeza vivían su madre y Nikki, la chica infectada. Además de diversos baños, se imaginaba una vida de pesca y cultivo acompañado por ellas. Consciente de que jamás llegaría a ser real, no quería salir de aquel cuento. Se veía abandonando la casa con ellas en busca de aventuras, mientras se despedía de su abuelo, prometiendo buenas noticias. No, mejor saldría solo con la chica. Su madre y su abuelo se quedarían protegidos tras las estacas, seguros dentro de aquellos límites. Lo suyo iba camino de una gran hazaña, hacia Las Fragas, tal vez. Sí, comenzarían la búsqueda por allí. Ese lugar era la clave de su historia pero, antes de llegar, tendría que pasar por unas cuantas dificultades de las que saldría airoso.

Izan estaba acurrucado de lado. El aire ya no estaba cargado, llegaba fresco. La temperatura había bajado unos diez grados. Pensó en tomarse la pastilla y dormir, pero era tan agradable su imaginación que decidió posponerlo unos minutos más.

Se enroscó sobre sí mismo unos centímetros más y se tapó el estómago con los trapos viejos. Al adentrarse en aquel mundo imaginario, oyó cómo su abuelo se movía en el otro extremo. Se quedó en silencio. Debía aparentar estar dormido, como siempre, como cada noche. Debía esperar a escuchar la respiración ronca del anciano, pero hacía un buen rato que nada se oía.

El abuelo volvió a moverse, a arrastrarse incluso, a gatear y a incorporarse. Izan pensó que echaría un vistazo por el agujero del tejado, o que querría tapanlo por si descubría riesgo de lluvia, pero sus movimientos se dirigían hacia él. El chico se tensionó y cerró los ojos con fuerza en la oscuridad; el abuelo se puso a su lado, manteniendo el equilibrio sobre la vigueta. Izan fue entreabriendo lentamente los ojos. Percibió como una sombra que se mecía en silencio. El anciano agitaba un trapo casi delante de su cara, intentando llamar su atención. Izan no se movió. Su abuelo le pisó una pierna con la planta del pie. El muchacho dudó si quería despertarlo o asegurarse de que estaba dormido. Nada le cuadraba en aquel comportamiento anormal. Se mantuvo atenzado. El viejo le dio un doloroso puntapié en la tibia.

Cuando estaba a punto de simular que se despertaba, el anciano se retiró y caminó hacia el centro del desván. Allí empujó la trampilla y se dispuso a bajar los peldaños. En pocos segundos se encontraba en la planta de abajo e Izan ya se había incorporado en silencio para asomarse al agujero.

Todo estaba oscuro. El corazón del chico parecía salirse de su pecho. Por los sonidos intuyó que su abuelo se había metido en la cocina. Nada se oía afuera. Ojalá la infectada se hubiera ido para siempre.

Oyó el susurro de una cerilla, vio su resplandor. El anciano conservaba cientos de cajas encima del armario, pero evitaba consumirlas salvo en casos de extrema necesidad. Algo no estaba yendo bien.

La luz se hizo más intensa y el pasillo se iluminó. Unas primeras gotas caían sobre el tejado. El dulce sonido llamó la atención del anciano, que miró hacia arriba y permaneció unos segundos quieto, indeciso. Izan había retrocedido sobre sí mismo, fuera del alcance de la luz de la vela de cera que el abuelo había incrustado en una vieja botella de cristal verde y que utilizaba de candelabro.

Samuel llevó la mano al bolsillo y sacó la llave. Abrió con cuidado la puerta. Izan seguía agazapado en la oscuridad.

Incapaz de dar un paso adelante, su mente barajaba diferentes explicaciones sobre lo que sucedería. El abuelo se había asegurado de que estaba dormido, o tal vez intentaba despertarlo para que lo ayudara a cumplir con alguna urgencia. Había bajado al piso inferior, pero no se había dirigido al viejo baño, donde en casos de urgencia habían hecho sus necesidades en un barreño con agua. Había gastado un bien preciado encendiendo la cerilla y una de las velas, más codiciadas todavía, pues solo se prendían algunas noches por malestar o enfermedad.

Lo que más lo inquietaba era la visita al sótano. Aquel lugar tan poco apetecible, oscuro y con olor a cerrado. El chico apenas había estado un puñado de veces. Un lugar que lo aterraba, que Samuel utilizaba como trastero y mantenía cerrado con llave.

Izan se quedó en silencio. Sin segundos, sin minutos, su tiempo duraba lo que tardaba el sol en ponerse, sin más. Pronto oyó el primer alarido.

Trastabilló al retroceder y se cayó de espaldas. Jadeando y serpenteando hacia atrás en el suelo, quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. La infectada había vuelto en el

momento menos oportuno. Aterrado en la oscuridad, miraba a todos lados sin ver nada. Gateó en busca de la vigueta principal para poder incorporarse. Lo hizo con cuidado, la precipitación podría desorientarlo y caería por el agujero al piso inferior.

Avanzó en línea recta y dio con su objetivo. En el techo, encontró el agujero al exterior. El cielo estaba nublado, oscuro. Notó unas gotas de fina agua en su rostro. Sacó la cabeza, pero la lluvia le dificultaba ver apenas la silueta de las estacas.

Nuevos golpes y dos alaridos más, Nikki parecía estar fuera de sí. Se agachó y esperó a que su abuelo saliera del sótano. Tanteó el borde del agujero y se asomó. Quizá el anciano estaba agazapado tras la puerta, esperando a que todo se apaciguara. El chico no estaba seguro de si sería una buena idea mantener la escalera en esa posición. Aunque no la usaría para bajar, no quería recogerla por si su abuelo intentaba subir desesperadamente.

Aquel silencio lo aterraba. Orientaba sus sentidos hacia todas las direcciones, pero el polvo del lugar le había reseca la garganta de tal manera que parecía que sus paredes se habían pegado. La saliva no humedecía el conducto y temió ahogarse. Unos golpes secos retumbaron en la casa, anticipando una serie de gritos desgarradores que hicieron retroceder a Izan. Se abrazó a sus trapos. Cerró los ojos y quiso que su imaginación lo llevara por aventuras maravillosas mientras su abuelo dormía plácidamente en su esquina. Tragó saliva y, esta vez sí, se deslizó por su esófago. Se apresuró en digerir más y se acordó de la pastilla, todavía en el bolsillo.

Los alaridos llegaban con más intensidad. No sabía si su abuelo regresaría vivo. Empapado en sudor, metió la mano en el bolsillo, sacó la pastilla y la tragó de un solo impulso. Los gritos cesaron, la lluvia acrecentó y el sonido amortiguó golpes y alaridos. Se enroscó con fuerza en su esquina. La oscuridad invadía su visión. Los gritos y la lluvia cesaron. Cayó rendido.

Galicia. Costa norte de España. Invierno. Fecha sin determinar.

Samuel apiló con mucho cuidado dos cajas en el fondo del sótano. Salió hacia la claridad que entraba por el ventanuco, donde había amontonado algunos jerséis de punto, y volvió a mirar hacia atrás. Recogió la ropa y se dirigió a la escalera. Subió en silencio y, al salir al pasillo, cerró la puerta con la llave, guardándola en su bolsillo.

-El bebé ha parado de llorar –dijo ella, aliviada-. ¿Has traído algo que tenga lana?

-He traído lo que me ha parecido. Mira tú si es de lana o de otra cosa.

Ambos caminaron juntos hasta la cocina y Samuel tiró la ropa encima de la mesa. En su golpeo, la trencha para tornear madera, que estaba utilizando para afilar algunas estacas nuevas, rodó hasta el borde. En un acto reflejo, ella intentó recogerla mientras la herramienta caía y esta se clavó en el dorso de su mano, entre el dedo índice y el pulgar. La apartó con violencia y, al ver el profundo corte, gritó asustada. En ese momento, el bebé despertó y volvió a llorar desde el dormitorio.

Capítulo 10

1

Primero vio una luz, cerró los ojos y se durmió de nuevo. Luego la luz le volvió a molestar, pero durmió mucho más.

Algo lo empujaba y le hablaba. No sabía quién era. No sabía ni quién era él mismo. Algo le mojó la cara.

-¡Vamos, despierta! -le gritaban-. ¡Tienes que despertar!

Se incorporó asustado, encogiéndose sobre sí mismo y con los ojos bien abiertos.

-¡Vamos, Izan! Llevas mucho tiempo dormido ¿Estás bien?

El chico asentía con la cabeza una y otra vez. Algo había pasado la noche anterior, pero no recordaba qué.

Se fijó en la luz que entraba por el agujero del tejado y en el suelo de madera, húmedo. Recordó la lluvia, las gotas en su cara. La escalera seguía puesta para la bajada. Lo recordó todo, pero era incapaz de articular palabra. Respiró por la boca, aún con la sensación de la garganta seca.

Su abuelo lo miraba extrañado. No sabía si había vivido un sueño, una mala pesadilla, o si el anciano se había metido en el sótano la noche anterior.

-¿Qué te pasa?

El chico, más calmado, trataba de recordar.

-Es bastante tarde. Has dormido más de lo normal, déjame ver tus manos.

El chico las extendió al aire y comprobó que el temblor había vuelto. Entonces se acordó de cuándo se había tomado la pastilla. También de cada golpe y cada alarido, pero su abuelo parecía haber estado en otro planeta.

-Bien, bajemos. El pan fresco hará que recuperes fuerzas.

Se dio la vuelta gateando hasta la escalera y, como en la noche anterior, la bajó agarrándose de espaldas.

-Vamos, no tardes.

Izan se asomó al agujero.

-Abuelo -el anciano levantó la vista en el último peldaño-, ¿tú estás bien?

-¿No me ves que estoy bien? Vamos, baja ya.

El chico imitó las mismas posturas y llegó al piso de abajo. El anciano se metió en la cocina. Izan se acercó al sótano. Agarró el pomo y su temblor aumentó. Lo giró antes de que el abuelo se percatara. La puerta estaba cerrada con llave, como siempre.

Entró en la cocina. El anciano cortaba con sus manos un trozo de pan. Había agua caliente para beber a sorbos lentos. Miró a través del cristal.

-Parece que se ha ido de manera definitiva. No hay rastro de ella.

Izan no articuló palabra. El anciano lo observó.

-Cuando aterrices en este planeta, deberías acabar el trabajo del último tramo que te queda. Es posible que vuelva a llover. Tenemos que resembrar lo que nos falta. Esta noche hemos recogido una décima parte de lo que llevan esos barreños. No ha estado mal.

Izan se metió un trozo de pan en la boca. Necesitaba que su asombro pasara desapercibido lo antes posible. Realmente, necesitaba aterrizar.

-¿No hubo ruidos esta noche? Me pareció oír algo.

-Yo no escuché nada. Esa infectada estaba muy lejos cuando anocheció. Como te dije, se ha ido. Fue una noche de paz.

Y aterrizó.

¿De paz? Hay un zombi en el sótano y tú lo sabes. ¿Desde cuándo?

-Te espero fuera. Voy a recoger la escalera. Esta noche creo que podremos dormir en nuestras camas.

-Ya la recojo yo -dijo el chico, apresurado-. Quiero coger un libro que tengo arriba.

-No sabía que leías en la oscuridad.

-Lo subí el otro día, por si había algún momento de luz, supongo.

El anciano salió por la puerta sin mirar atrás ni mediar más conversación. Izan escuchó cómo se detenía en el porche y, pasados unos segundos, se dirigió al huerto. Se asomó al pasillo. A través de la ventana de su cuarto, vio pasar su pelo blanco por el invernadero. Por la luz que tenían, calculó que iba con bastante retraso en sus tareas.

Mordió un buen pedazo de pan y lo llevó sujeto en su boca hasta la escalera. Subió apresurado y allí arriba, por fin a solas, retomó la lectura.

"Hay algo común en los perros que puede darnos la llave para curar esta infección. Estos animales, desde que conviven con los zombis, son muy sumisos a los ancianos. Cuanto más ancianos, más obediencia. Nuestros viejos parecen liderar nuestro mundo. Pero están cayendo. Esta pandemia se ha llevado a la mayoría de las personas jóvenes. Los que hemos sobrevivido desde que éramos niños, nos encontramos hoy con que nuestros abuelos y padres han muerto casi todos. Los pocos que hemos quedado somos viejos. Hay un vacío de personas de mediana edad, por lo que no habrá ancianos hasta dentro de muchos años.

Necesitamos sus conocimientos, donde quiera que estén. Es curioso que los que no hicieron nada por frenar el cambio climático que trajo bacterias congeladas desde miles de años, que renacieron con el deshielo y arrasaron con la población, sean los que tienen la clave para salvar nuestra existencia. ¿Quién puede entenderlo?

Si estás leyendo esto, es que eres uno de ellos. No es momento de pedir justicia si hiciste algo por evitarlo. Nos queda poco tiempo antes de que nuestra especie no tenga más camino que el de la desaparición. Os necesitamos para ganar tiempo. Además, sois el resultado de nuestra civilización anterior. No debemos perderos. Serviréis para mirarnos a un espejo y ver la imagen a la que no podemos retroceder jamás. Nuestra sociedad futura no debe caer en los mismos errores que nos llevaron a desatar la infección. Por favor, ven a Las Fragas."

Todo encajó en su cabeza. Vio claro que lo de la noche anterior era real. Alguien estaba allí abajo. A Izan solo se le ocurrió una persona.

TERCERA PARTE

El sótano



Galicia. Costa norte de España. Invierno. Fecha sin determinar.

El niño llevaba casi una semana sin hablar, pero a Samuel no parecía importarle demasiado. En aquella época del año, los días eran pequeños y las noches muy largas, lo que le facilitaba no tener que conversar.

-Abuelo.

Izan había aparecido por detrás, saliendo al porche, después de estar llorando en su cama, mientras él hacía harina con dos piedras rugosas en cuclillas. Samuel le hizo un gesto con la cabeza para que hablara.

-¿Crees que mamá volverá un día, aunque solo sea a visitarnos?

El anciano entrecerró los ojos y unas arrugas se dibujaron bajo ellos.

-Tu madre murió hace unos días. No va a volver.

El niño observó el horizonte en silencio, sin expresión en su cara, agotado. Samuel suspiró, sin saber qué decirle.

-Me ha picado un bicho -dijo Izan, enseñándole sus pequeños brazos.

Samuel vio los picotazos.

-Algún mosquito, no te preocupes.

-Mamá me explicó que los mosquitos no existen en invierno.

-Ya no hay inviernos.

Samuel limpió el sudor con la mano y se inclinó hacia delante para continuar con su labor. El niño, casi desnudo, se acercó a él y le tocó en su espalda. Samuel se giró sorprendido.

-Juega conmigo a "Hundir La Flota".

-No sé jugar a eso -gruñó Samuel.

-Yo te enseñaré. Te enseñaré cómo hundir el acorazado, como me enseñó mamá.

Capítulo 11

1

Izan pasó media mañana sin poder mirar a los ojos a su abuelo. Tan solo lo observaba cuando estaba de espaldas y distraído con alguna semilla o una hierba difícil de arrancar.

-Dale con más ganas, así no terminarás. Te queda poco.

-Estoy cansado.

El anciano se detuvo y se puso rígido. Ambos se miraron a la cara. El chico respiraba algo agitado y tenía la cara enrojecida de sudor. Samuel vio nubes altas, sin probabilidad de lluvia inmediata, pero el viento había cambiado a sur y soplaba ligero. Calculó que por la tarde estaría parcialmente nublado.

-¿Te apetece darte un baño?

El chico percibió algo extraño en él. Se echó a andar hacia el acantilado y se asomó al precipicio. El suave oleaje hacía una espuma que le decía que se alejara. El agua no era transparente como en otras ocasiones, pero necesitaba evadirse, estar a solas y consumir tiempo de ese día, lejos de su abuelo.

-Ten cuidado -dijo el anciano, que se había asomado sin que Izan se percatara.

El chico asintió y mostró un entusiasmo ficticio. Dejó la azada allí mismo y encaró la bajada por el lado habitual. Saltando de piedra en piedra, y caminando entre ellas con su habilidad característica, le hizo el gesto de que todo iba bien al anciano. Siguió descendiendo, con cierta calma. Tenía que tranquilizar a su abuelo. Bajó unos metros más y, cuando miró hacia arriba, Samuel ya no estaba.

A medida que se acercaba, estaba más convencido de que no iba a darse ningún baño. Pensó que podría sentarse a contemplar la belleza del mar, cerrar los ojos, escuchar su sonido más de cerca y reunirse de nuevo con su madre. Necesitaba calmarse. Tal vez ella pudiera estar en el sótano, o quizás la infectada de allí abajo fuera cualquier otra que se acercara en algún momento a su casa, de noche, o cuando él todavía era un niño. Pero, ¿y si fuera ella? Debía saberlo.

Llegó abajo llorando, atormentado. La cabeza le daba vueltas. Se limpió las lágrimas con su camiseta. Se ocultó entre las rocas, en su sitio favorito, donde el anciano no lo vería desde ningún punto. Se había acurrucado allí muchas veces.

El sol no había dado luz a aquella zona sombría. Las piedras todavía estaban frías, frescas para él. Cerró los ojos y se imaginó, como siempre, la presencia de su madre. Necesitaba verla. Estaba nervioso y apenas recordaba su cicatriz en ese momento. En su mente se le aparecían caras de infectados intentando abrazarlo. Eran los del día que escaparon del pueblo, el día del éxodo masivo.

Le vino la cara de Nikki, que calmó su ansiedad. Respiró de ella durante largos minutos, de su pelo, sus manos y sus pechos. La amó como nunca lo había hecho con nadie. Se sintió feliz con sus pensamientos.

Acuclillado, abrazó sus piernas, descolgó su cabeza, babeó en el suelo y se prometió que no volvería a tomar una sola pastilla más. Observó sus manos, que seguían temblando. Su siguiente promesa fue averiguar quién se encontraba allí abajo y por qué su abuelo la tenía oculta. Sintió compasión por él. Si era su hija, podría entender que quisiera mantenerla con vida a pesar de no poder recuperarla como ser humano.

Volvió a llorar, pero de manera más calmada. Las lágrimas brotaban a borbotones y se deslizaban por sus mejillas. El mar no estaba plano como siempre que se bañaba. Se levantó, se quitó la camiseta, luego las zapatillas y el pantalón.

-¡Izan! -oyó gritar.

El chico no hizo caso. Se asomó al borde de la roca, desde donde solía lanzarse. La marea estaba alta. Los gritos del abuelo sonaban con más intensidad. No quiso mirar arriba. El mar le daba miedo. Estaba revuelto, sabía que se acercaban días así. Decidió plantar cara a sus temores, cerró los ojos, prometió que no tomaría ninguna pastilla más y quedó fascinado por el experimento.

Escuchó su nombre de nuevo, ya lejos. Abrió los ojos. El mar lo asustó, no veía el fondo marino. Su madre le tendió la mano, apareciéndosele entre las aguas. Se impulsó y entró de cabeza, como siempre. Estaba dentro y vivo. Miró a la inmensidad y lo percibió tan oscuro como de costumbre. Nada había cambiado allí dentro, nada había trascendido. Vio arriba a su abuelo con los brazos en jarra, moviendo la cabeza de manera negativa. Le hizo un gesto con el brazo para que saliera del agua. Izan se estiró y se hizo el muerto flotante. Miró el cielo mecido por el oleaje. El agua le tapaba los oídos y le salpicaba los ojos. No podía oír al viejo. Se sintió libre y sonrió.

2

Cuando el chico subió, el sol daba muy fuerte tras salir de detrás de alguna nube. El anciano lo esperaba en el porche con un par de platos y las jarras de agua. Aguardaba con unas judías escaldadas y un buen trozo de pan. El chico estaba hambriento. Se había liberado de un buen peso en su conciencia. Ahora sabía lo que quería. Se había dado cuenta de que era la primera vez que se encontraba en esa situación, tan novedosa como segura y esperanzadora. Sus manos habían dejado de temblar, tal vez para siempre.

-¿Desde cuándo te ha dado por desobedecer?

-Desde nunca, abuelo.

-No has querido oírme. El mar estaba alborotado. No debiste haberte tirado, has cometido una insensatez.

-Solo había un pequeño oleaje, lo has visto cuando bajé. Tú mismo me dijiste que lo hiciera.

-Pensé que tendrías más rigor o que, como mucho, allí abajo te darías cuenta. Me has decepcionado.

-¿Decepcionado?

La palabra retumbó en la cabeza del chico e hizo un eco interminable entre sus paredes craneales. ¿Decepcionado, quién?

-Fui consciente del riesgo. Apenas había peligro y decidí lanzarme.

-¿Cuántas veces te he dicho que ante riesgo mínimo, cero acción?

-¿Podemos comer ya?

-Cuidado, chaval. No me repliques -dijo el anciano encarándose al chico, señalándolo desde su asiento-. Que sea la última vez que haces eso.

Izan dio un paso atrás. Sus nervios afloraron y quiso replicar, pidiendo explicaciones de lo que había pasado la noche anterior. El viejo se levantó sin esfuerzo y lo cogió por el brazo izquierdo, apretándolo con fuerza. Todavía le asombraba la bravura del anciano.

Algo le dijo a la cara, pero Izan ya no oyó nada. Pestañeó con fuerza y miró al este. No había nadie, pero se imaginó la mirada de Nikki, aquel solo instante en el que lo había enfocado. Le

estaba pidiendo calma e inteligencia. El chico reaccionó y entendió que necesitaba al anciano confiado. El día debía transcurrir con tranquilidad. Si bajaba al sótano a menudo, nada debía alterar su intención de volver a hacerlo.

-Perdona, abuelo, no pensé que fueras a enfadarte. La próxima vez haré caso a tu consejo.

-La próxima vez, la próxima vez -el anciano soltó el brazo-. Me has faltado al respeto.

El chico bajó la cabeza a modo de disculpa y no articuló más palabra. El asunto debía quedar zanjado. Por la tarde tendría que recuperar la rutina. Trabajaría duro en acabar el último tramo de tierra y contó con que le sobraría tiempo para terminar la resiembra. Las nubes tapaban cada vez más el sol. La temperatura comenzaba a bajar unos grados.

-Comamos -ordenó el anciano.

3

Izan leyó unas pocas páginas de un libro de ficción que narraba las aventuras de un chico que se fue a vivir solo al bosque. Estaba escrito en gallego, pero había adquirido cierta agilidad con esa lengua. Aunque no sabría expresarse con soltura, la entendía a la perfección.

Tal vez el estado de infección de su madre, allí abajo, era tan avanzado que el anciano no le reveló el secreto. Sería entendible y, con el paso de las horas, podría perdonarlo si enmendaba el error de privarlo de la presencia materna, aunque fuera un zombi.

El sol se había tapado, unas nubes grises se aproximaban desde el sur. Samuel le dio instrucciones concretas para que agilizará su último tramo. Mientras, él colocaría todos los barreños.

Se esmeró en realizar bien y rápido su trabajo. Necesitaba tener a su abuelo calmado. Se armaría de paciencia para descubrir qué es lo que estaba pasando, guardaría la precaución para no dar ninguna pista de cuáles eran sus intenciones.

Samuel se puso a sembrar todo tipo de semillas, a las que Izan no prestaba la mínima atención. Sudando y empeñado en descuartizar cualquier tipo de hierba hasta el final, el anciano llegó a su altura. Todavía era media tarde, pero el día se había puesto bastante oscuro. Ambos miraron al cielo y sonrieron en silencio. Toda lluvia sería poca y ellos sabrían cómo aprovecharla.

-Será mejor que suba a tapar el agujero del tejado -dijo el chico.

-No sé si serás capaz de hacerlo.

-Creo que sí, no es difícil.

-Pues bájame la ropa sobre la que duermo. Esta noche descansaremos en cama.

-¿Ya es seguro?

-Dejaremos la escalera puesta y, si la chica vuelve, tendremos tiempo de subir.

Izan comprobó cómo su abuelo le mentía con absoluta naturalidad. Aquellas pastillas lo dormían de tal forma que no podía despertar hasta pasadas unas horas. Pero su abuelo acababa de decir que, si la chica volvía, lo despertaría para subir al desván. Se preguntó cuántos años llevaba mintiéndole, cuántas patrañas se habría creído.

Cuando estuvo en el desván, sacó el cuaderno y lo releyó rápido tratando de memorizar las ideas principales. En realidad, ninguna se le había borrado de la cabeza. A esas horas, como siempre, se sentía mejor. Miró sus manos, tenían un temblor casi imperceptible. El esfuerzo de la tarde, pensó. Se incorporó y comenzó su labor de recolocar las tejas. Tres simples filas que, tejidas entre sí, guardaban una rigidez asombrosa. Siempre se preguntó cómo unos objetos tan frágiles soportaban tantos años, tantas noches intempestivas.

Cuando bajó, el anciano miraba de pie las nubes que se aproximaban.

-¿Te ha quedado bien?

-Perfectas, pero esas ropas del desván están para lavar.

-Bajaré al sótano y traeré ropa limpia. Tú vete guardando los aparejos en el invernadero.

El anciano tocó instintivamente su bolsillo e Izan entendió la intención de ese gesto, que repetía cada día. Acababa de verlo claro y nunca se había dado cuenta.

El chico bajó los tres escalones y cogió las herramientas. Aceleró el paso y dejó todos los utensilios en su lugar, saliendo apresurado para entrar lo antes posible en casa. Cuando lo hizo, el anciano estaba abajo. Izan llegó hasta la puerta del sótano y dudó si abrirla. Se preguntó cuándo lo había hecho por la última vez. No lo recordaba, ni siquiera se acercaba a ella en semanas. El sótano lo aterraba desde siempre, sin más.

Echó la mano al pomo, lo giró. Su abuelo no había echado la llave. Entreabrió la puerta y solo vio entre penumbras el suelo de cemento, agrietado. Entraba poca luz por las pequeñas ventanas situadas en la parte más alta de las paredes, a la altura del suelo exterior y desde las que nunca se podía ver nada de fuera hacia dentro debido a la capa de grasa acumulada en sus cristales. Se fijó en las escaleras de hierro que, pegadas a la pared, bajaban hacia aquel lugar prohibido. Eran grises y su pintura se había derretido casi por completo. Apenas quedaba ya nada de su color naranja original.

Vio moverse unas sombras y apareció la cabeza de su abuelo. Llevaba bajo el brazo un buen puñado de ropa. El chico se retiró y aprovechó que el anciano giraba sobre sí mismo en la subida de las escaleras para cerrar la puerta con cuidado. El ruido de sus pasos sobre los peldaños de hierro le sirvió para ocultar el “clac” del giro del pomo. Dejó la puerta tal y como estaba. Caminó como los gatos hacia fuera para no ser oído. Cuando el anciano abrió la puerta y salió al pasillo, entró de nuevo en casa.

-¿Te ayudo?

-Sí, coge esto.

Agarró las ropas que hacían de cubrecama; el abuelo sacó la llave de su bolsillo, haciéndola girar. Izan repartió la ropa entre las dos habitaciones. Viejas colchas y sábanas en general, de las que solo conservaban partes. Todavía eran lo suficientemente grandes para tapar el colchón con dos o tres piezas de tela. También tenían unas viejas camisetas con las que hacer una bola que serviría de almohada.

Ambos pasaron el resto de la tarde observando el cielo y tomando aire tras aquella bajada de temperatura. El anciano paseaba en la parte delantera de la casa, apoyado en su vara. El chico caminaba en círculos en el porche. Sin darse cuenta, se detenían casi a la vez para contemplar las nubes, al sur, e inconscientemente miraban al este, por donde había llegado la chica infectada. Coincidieron cerca en su paseo.

-¿Dónde crees que se ha ido? -dijo Izan.

-Al norte, como los otros.

-¿Qué los lleva hacia allí?

-Solo puede ser una cosa, temperaturas más bajas, escapan del calor.

El chico dio un paso adelante extrañado por el posible razonamiento. Se quedó pensando, el cuaderno ya se lo había confirmado. Según aquella escritura, algunos zombis se habían vuelto activos por la noche, cuando la temperatura bajaba.

-Como un gran éxodo. ¿Cómo se han puesto todos de acuerdo? ¿Alguien los lidera? -preguntó el chico con una segunda intención poco sospechosa para el anciano-. Cuando salimos del pueblo, todos se paralizaron con la lluvia.

-Nadie lidera nada, es puro instinto. Instinto que ha despertado en todos al mismo tiempo. Son todos iguales, nadie puede liderar en un grupo de seres irracionales.

El chico no pudo rebatir nada. Desconocía qué era una vida en grupo, no podía imaginar uno más amplio que el de cuatro personas: un abuelo, una hija muerta, un nieto y una desconocida infectada. Un número mayor implicaba repetir una y otra vez las mismas personas, o tal vez otras pero infectadas.

-Saca un poco de pan, antes de que se ponga duro. Disfrutemos del fresco. Esta noche descansaremos. Mañana tendremos agua, queda poco para que llueva.

El joven entró en casa y partió una barra en dos. Llenó dos jarras de agua y salió dispuesto a aprovechar la cena. Quedaba poco para la hora de su pastilla y estaba feliz por no querer tomársela. Su abuelo lo esperaba en el banco. Se sentó a su lado y comenzaron a masticar en silencio. Cada uno en sus pensamientos, ilusiones y objetivos.

Todo estaba dispuesto para una noche lluviosa. El viento soplaba suave, la música de la lluvia los arroparía. Izan albergaba, además, una esperanza única. Alguien había en el sótano, una infectada que el abuelo controlaba de día, de la que nunca percibió sus movimientos, y que vivía salvaje por la noche. Aún así, la mantenía a raya desde no sabía cuándo. Él la protegía para que nada malo le ocurriese. Tenía que ser muy especial para que la tuviera en secreto, tal vez para no ilusionarlo. Se imaginó a su madre, estropeada con el avance de la infección. No recordaba su cara, pero pudo ver el rostro de un infectado abalanzarse sobre él. No le importó que así fuera su madre. Quiso borrar de inmediato esa escena de su cerebro, y se centró en la idea de mantenerse despierto. Dormirían abajo, podría escuchar todo desde cerca. Estaba preparado para no asustarse. Incluso podría abrir la puerta y asomarse.

-Es hora de que te tomes la pastilla.

-¿Tan temprano?

-Debes descansar bien, mañana tendremos mucho que hacer. No quiero que te quedes dormido como esta mañana.

El chico asintió con la cabeza y se dirigió a la cocina. El anciano lo siguió, pero él avanzó más rápido. Cuando Samuel llegó, Izan se estaba metiendo en la boca el medicamento recién cogido del envoltorio que había dejado encima de la mesa. Se agachó al barreño y, con la palma de su mano, tragó una pequeña cantidad de agua. El anciano se aseguró de que su gesto era verdadero.

-Bien, ahora coge uno de tus libros. Todavía hay luz. Lee algo en la cama, pronto el sueño vendrá. Si pasa algo, te despierto.

El chico asintió con gusto. Cruzó el pasillo, entró en su dormitorio, se sacó la pastilla y cogió un libro al azar. Isaac Asimov era su autor. Uno de ciencia ficción estaba bien para entrar en un mundo imaginario. Al fin y al cabo, faltaba un buen pedazo de tiempo hasta que se comenzaran a oír ruidos. Deslizó la pastilla al bolsillo de su pantalón. El anciano se asomó.

-¿Por qué no cierras con llave ya? Quiero quedarme dormido tranquilo.

Samuel estuvo de acuerdo. Avanzó por el pasillo hacia la puerta de salida. La cerró y pasó la llave. Izan llevó la mano a su bolsillo derecho, palpó la pastilla y la enterró más adentro. Abrió su libro e intentó centrarse. El contenido era denso, no logró entender nada. La poca luz le dificultaba la lectura y se acordó de que debía calcular el tiempo para quedarse dormido antes de que el anciano sospechara.

Samuel fue hacia la escalera que subía al desván y la levantó dejándola a mitad de recorrido, lo suficiente para que no chocara con su cabeza. Luego se dirigió a su habitación a descansar. Izan lo había visto dormir en muy pocas ocasiones. Pensó que tal vez pudiera dormir en las horas

muertas y que ese sesteo compensara la escasez de descanso nocturno. Lo escuchó revolverse en su cama y acomodar los trapos.

Con la entrada de la noche, no quedó luz para leer. Hacía un buen rato que no oía a su abuelo en el dormitorio de al lado. Cerró los ojos para sumirse en su imaginación, en sus historias de cuatro conviviendo juntos. Quiso ser feliz, relajarse hasta que oyera algún movimiento sospechoso. Tendría que hacerse el dormido cuando su abuelo hiciera la misma comprobación de la noche anterior. Lo empujaría en alguna ocasión, tal vez algún golpecito en los mofletes. Entonces debería mantenerse inerte sin levantar la mínima sospecha.

El anciano podría estar con su vela en alto, o acercándosela a la cara para confirmar con buena luz que no había riesgo de que despertara. No podía inmutarse a pesar de los estímulos o las molestias, ni siquiera mover los párpados.

Quiso ensayar la escena, con los ojos cerrados. Entreabrió la boca y giró la cabeza de un lado a otro. La oscuridad casi era completa. Cayó en la cuenta de que aquellos movimientos podrían oírse en la habitación de al lado. Debía mantenerse quieto, así que, decidió hacerse el dormido entrando de nuevo en su mundo imaginario.

Se hizo completamente de noche. Las primeras gotas golpeaban en el tejado. Una suave melodía arropaba el ambiente de la casa. La intensidad fue aumentando poco a poco hasta ser constante, sin violencia. Izan se había quedado dormido.

4

El chico se despertó. Había estado durmiendo sobre el brazo izquierdo, hacia la ventana. La oscuridad era total y fuera caía agua con contundencia. El sonido de la lluvia anulaba cualquier ruido de la casa. Supuso que su abuelo estaría en su cuarto. Giró y se dejó caer, quedando boca arriba con los ojos abiertos. Se sintió reconfortado, la lluvia caía firme y eso traía siempre cosas buenas.

No llevaba mucho tiempo durmiendo. La noche debía de haber comenzado y sería larga. Quizá esa noche su abuelo no saliera de su dormitorio.

Un crujido inconfundible sonó de pronto en el pasillo. El anciano salía del sótano. Izan se agitó en su lecho. Su abuelo ya había finalizado su visita y él ni se había dado cuenta. Oyó un murmullo que no pudo descifrar por el sonido de la lluvia. El resplandor producido por la vela se desplazó desde el pasillo hacia la cocina. El anciano había dejado la puerta del sótano abierta.

Le parecía muy extraño, siempre procuraba no cometer ese error durante el día. Seguía refunfuñando en la lejanía, pero la luz retornó hacia el pasillo y Samuel caminaba de nuevo en dirección al sótano, por lo que pasaría muy cerca de la entrada al dormitorio del chico. Izan se quedó boca arriba con los ojos entrecerrados. Vio cómo la luz de la vela se aproximaba y se adentraba en su dormitorio. Relajó la vista, concentrándose en aparentar una postura calmada. Esperaba una comprobación como la de la noche anterior: un empujón y unos toques leves.

-A ver, voy contigo, que más tonto no puedes ser.

El chico no creía lo que acababa de escuchar. Notó cómo el anciano le tocaba el brazo, con suavidad. Algo se le ató en el bíceps. Una correa; ligera al principio, apretada después. Prefirió no moverse. Tenía que hacerse el dormido como fuera. Recordó la pastilla en el interior de su bolsillo.

Un pellizco en su antebrazo. El anciano cogió su mano y la cerró. La mantuvo dentro de la suya, apretando con fuerza. Se sentó en el borde de su cama. Notaba que lo estaba observando, a pesar de tener los ojos cerrados y la cabeza ladeada en sentido contrario a la luz de la vela. No

dejaba de apretarle el puño.

-Vamos, imbécil, suelta un poco más.

Mientras Izan procesaba lo que estaba ocurriendo, sin encontrar sentido alguno a nada, el grito ensordecedor de las noches anteriores impactó más cerca que nunca. El chico se tensionó y el anciano soltó su puño, quedándose en silencio. Se abalanzó sobre él y arrancó algo del brazo, de nuevo el pellizco intenso. Manipuló algo. Lo cogió por los pelos y ladeó su cara hacia él con fuerza. Izan hizo todo lo posible por mantenerse relajado. Un nuevo aullido interrumpió el análisis, esta vez a su favor. El anciano se sobresaltó y dejó caer su cabeza sin delicadeza.

-Ya voy, maldita zorra. Te voy a meter tu dosis fresquita.

El anciano se agachó, cogió la vela y comenzó a alejarse. Izan se quedó a oscuras cuando cerró la puerta del sótano. Oyó como comenzó a bajar las escaleras en medio de otro grito no humano. Palpó su brazo en la oscuridad. Su respiración se agitó. Le dolía. Saltó de cama con cuidado, para no marearse, pero ningún desfallecimiento lo asaltó. Salió al pasillo en busca de algún resplandor, pero no había luna. Seguía lloviendo. El antebrazo le picaba por dentro hasta el hombro. No reconocía la situación, ni a la persona con la que llevaba viviendo toda su vida.

Dio tumbos hasta la ventana de la cocina y miró hacia fuera con los ojos muy abiertos. No sabía qué buscaba, solo una referencia en la absoluta oscuridad, un punto en el que centrar su vista, su cabeza, el sentido de aquella pesadilla. Se llevó las manos a la cabeza y su propio tacto le sirvió como un bálsamo de tranquilidad. Su respiración se hizo menos entrecortada y se orientó.

Unos golpes seguidos de otro grito llegaron a su oído derecho, desde el sótano. La lluvia caía con más fuerza y sentía todo su peso en el tejado. Algunas gotas se filtraban por algún sitio y caían en el techo de madera con demasiada frecuencia, allí por donde había caminado las noches anteriores. Se incorporó y enderezó su cuerpo. Agudizó los sentidos y caminó de vuelta hacia el pasillo. Esta vez sin tropezar con nada. Conocedor de dónde estaba cada cosa, a cada paso, supo medir las distancias y se acercó a la puerta del sótano.

Oyó a su abuelo, murmurando. No podía entender ni una sola palabra. Puso su mano en el pomo y deseó que la puerta no estuviera cerrada con llave. Un nuevo alarido sonó antes de abrirla. Se quedó quieto, agarrando la bola con todas sus fuerzas. El picor en su brazo había remitido. Algo se arrastró allí abajo y percibió que se caía algún tipo de instrumento metálico al suelo. Aprovechó el ruido y entreabrió la puerta. Un suave resplandor dio luz suficiente para identificar el suelo donde finalizaba la escalera. Su cerebro dio una vuelta de ciento ochenta grados y se centró de forma definitiva. En la penumbra, se apresuró al dormitorio del anciano. A tientas, agarró una de las lanzas y volvió hacia la luz.

-Maldita zorra, ¡quieta! Cualquiera día voy a acabar con tu asquerosa vida de una vez.

Izan se quedó quieto mirando hacia abajo, sin respiración. Cuando no pudo más, tomó un ligero hilo de aire por la boca mientras trataba de entender qué pasaba. La luz de la vela, o tal vez alguna más, llegaba tenue al final de la escalerilla. El suelo se apreciaba sucio entre las sombras. Los ruidos cesaron de pronto y el murmullo del anciano también. Solo unos pasos apresurados de un lado para otro confirmaban la presencia del abuelo en aquella cloaca. Un alarido venido desde el infierno volvió a colapsar la cabeza del chico.

-Dale, sí, dale otra vez -oyó de manera clara.

Un nuevo grito, y el silencio. Izan quiso cerrar la puerta para volver a su vida. Echó la mano a su bolsillo; al fondo, encontró la pastilla. La acarició con los dedos y la sacó. Deseó metérsela en la boca y tragársela. En pocos minutos caería rendido y, a la mañana siguiente, todo sería como siempre. Tal vez ese era el mejor sueño que podría vivir, pues el mundo real que acababa de descubrir no estaba hecho para él. Recordó el picor de su brazo. Las picaduras de los mosquitos.

-¡Quieta, cojones!

La decisión que ejecutó de modo inconsciente era un camino sin vuelta atrás. Ya había dado el primer paso para bajar el escalón, lo supo. Miró su mano en la penumbra, guardó la pastilla en el bolsillo y abrió el inmediato inferior. De allí sacó el cuaderno, ahora suyo, como si se tratara de una metódica guía para enfrentarse a esa situación. Quiso abrirlo con una sola mano y se le escapó entre los dedos. Cayó entre los peldaños metálicos y se coló entre estos hasta llegar al suelo sin apenas ruido, mezclándose con el bullicio de abajo.

El chico bajó dos peldaños sin darse cuenta, como aquellos infectados que caminaban sin determinación hacia ninguna parte. Al tercer escalón fue consciente de que tenía que guardar el máximo silencio posible. Necesitaba ver lo que estaba pasando más que recuperar su cuaderno. A cada peldaño que bajaba, de puntillas, el secreto de su abuelo quedaba a un movimiento menos de ser descubierto.

Cuando llegó al tramo de la escalera donde el techo del sótano le quedaba a la altura de la cintura, se agachó y se abrazó a sí mismo. Estaba en el peldaño exacto para girarse y ver la escena que podría cambiar su mundo. Cerró los ojos con fuerza y pensó en darse la vuelta, volver por donde había venido, pero los abrió y vio el cuaderno en el suelo. Su abuelo lo descubriría y entonces ya no habría excusa. Si algo malo estaba haciendo por las noches, todo empeoraría. Tenía que tomar alguna dimensión de qué estaba sucediendo en realidad. Una explicación razonable también tenía cabida. Escuchó llover con más intensidad allí afuera.

-¡A la mierda! -gritó el anciano fuera de sí, en el momento en que algo se cayó y se expandió por el suelo-. Pues te quedas sin tu ración hasta dentro de una semana. ¿O te crees que voy a estar pinchando al imbécil de tu hijo todos los días?

Izan abrió los ojos y todo dejó de ocurrir bajo raciocinio o decisión consciente alguna. Giró su cuello y asomó sus ojos. Su abuelo estaba agachado de espaldas a él, recogiendo unos utensilios y unas bandejas del suelo. Alguien estaba tumbado sobre un viejo somier de láminas. Estaba atado de pies y manos al borde metálico del mismo. Una vela daba luz a los pies de aquel cuerpo y otra a su lado derecho, junto a una silla. Cuando el anciano se incorporó, desencajó una bolsa de sangre, conectada a un brazo de aquel ser, de un barrote de hierro vertical.

La envergadura de Samuel tapaba parte del cuerpo tendido. De inmediato entendió que estaba intentando hacerle una transfusión. Casi sin ropa, casi desnuda, con la cara tapada por el pelo revuelto. El anciano desencajó algo del brazo. Entonces se fijó en el color de su piel, morado oscuro. Un chorro de sangre negra brotó y cayó en el suelo sin quejido alguno. Le vio la mano y la cicatriz. Aquella que había acariciado de pequeño, cuando su madre no había caído presa de la infección.

Todo transcurrió a cámara lenta en la mente de Izan. La infectada se agitó como si una descarga eléctrica le recorriera el cuerpo y su movimiento hizo que el somier se desplazara por el suelo unos treinta centímetros.

-Sí, tú sigue como siempre. Yo voy a lo mío, ¿sabes? Tú haz lo que quieras.

El anciano se sentó en la silla, al lado de la vela. Cogió una bolsa como la que contenía la sangre para la infectada y la apoyó en el suelo. Había sido usada en otras ocasiones, pues pudo apreciar restos en su interior. Cerró su puño izquierdo y, con la otra mano, apretó su bíceps durante unos segundos. Lo soltó, tomó el extremo de la goma y, medio agachado e inclinándose hacia la luz, se clavó la aguja en el brazo. Un hilo de sangre comenzó a salir por el tubo elástico en dirección a la bolsa. Samuel se echó para atrás, satisfecho.

-Y ahora, mientras se llena, tú me vas a enseñar lo que ya sabes.

Le dio un puntapié en el brazo y la infectada giró su cabeza hacia él con un grito profundo de

su garganta. El anciano sonrió en tono de burla.

-Eso es, muy bien. Así te quiero ver, enfurecida.

El anciano se bajó el pantalón y se lo dejó a la altura de la rodilla. Dio otro puntapié a la infectada y esta gruñó en su dirección.

-Perfecto, mírame. Eso es, ya sabes cómo quiero verte.

El anciano tocaba su flácido miembro en un masaje circular. Luego le dio otro puntapié. La infectada aceleró su respiración mientras él sonreía. Izan había colocado su lanza delante, en vertical, y se apoyaba contra ella. El sonido de la lluvia volvía inaudible lo que murmuraba su abuelo. El chico era incapaz de quitar la vista de la cicatriz. No la recordaba así, ahora estaba mucho más negra, gruesa y pronunciada. Aun desde allí vio su abultado grosor.

-Muy bien. Ahora te vas a quedar así un ratito, que quiero ver tu culo.

Samuel se levantó con dificultad. Su miembro colgaba sin haber sufrido cambio alguno. Se agachó y cogió la bolsa con la mano del brazo del que salía su sangre. Con la otra se subió los pantalones y, de manera torpe, agarró la silla y con pequeños pasos bordeó a la infectada por los pies. Se colocó a su espalda, aprovechando que ella se había inclinado.

-Eso es. Mira tu velita, hacia la luz como a ti te gusta.

Colocó la silla para sentarse. La goma del brazo se enganchó a una de sus patas, provocando un tirón. El anciano chilló.

La infectada parecía más calmada. La llama de la vela, que ardía cerca de su cara, la había hipnotizado. Murmurando y de espaldas a Izan, recolocó algo en su brazo y dejó la bolsa mediada de sangre encima de la silla. Samuel se echó la mano a la cabeza. Ya no tenía la aguja clavada, pero de allí brotaba mucha sangre que intentaba tapar con su otra mano. Se encogió sobre sí mismo en un gesto de dolor. De pronto, se puso derecho y bajó sus brazos. Cerró los puños y gritó todo lo que su garganta dio de sí. El chico se asustó y retrocedió hacia la pared, deslizándose por el peldaño. Oyó unos pasos acercarse.

La lluvia golpeaba las tejas, tal vez con menos intensidad. Se imaginó levantándose y echándose a correr antes de que fuera demasiado tarde. Pero no lo hizo. Cuando abrió los ojos, su abuelo lo miraba desde la escalera con estupor.

Izan se quedó quieto, seguro de que una explicación venía de camino tras aquella mirada sostenida, pero Samuel no se movió. A pesar de que se tapaba la herida, la sangre seguía brotando entre sus dedos. El joven sintió compasión y se inclinó hacia él, a punto de mediar palabra para ayudarlo. Entonces el anciano escupió un grito de rabia que el chico asoció al dolor en un primer instante y al odio al final del mismo. Tenía que echar a correr y, cuando quiso incorporarse, su espalda se encontraba aprisionada a la escalera.

El anciano puso el pie en el primer peldaño metálico y todo tembló. Izan reculó hacia arriba dos pasos, pero en su pánico golpeó la lanza apoyada contra la pared. Esta se deslizó hasta llegar a los pies de Samuel, que la cogió rápido con su brazo herido. Inclinó su cuerpo y, haciendo fuerza en sus piernas para subir tres pasos, la dirigió hacia delante. El chico, en un acto reflejo la esquivó arrinconándose contra la pared. La punta se frotó contra su pecho y embistió con fuerza contra otro peldaño.

El anciano quedó encajado entre la lanza y la pared. Cuando se incorporó para recuperar el equilibrio, Izan entendió que la persona a la que debía respeto, la única con la que había compartido su vida, de quien había aprendido, su guía, su mentor, no era más que una farsa. La dureza de la embestida nubló su criterio.

-¡Te voy a matar, hijo de puta! -gritó el viejo con toda su ira.

Samuel forcejeó para desencajar la lanza y la recuperó sin esfuerzo. Izan, acurrucado entre

dos peldaños, vio en aquellos ojos de odio el final de su vida. Recordó la música de su tocadiscos. Nikki volvía a masturbarse con su revista y pensó en la infectada de más allá de las estacas. Escuchó las olas golpear suave entre las rocas y se sumergió en las aguas con su madre.

Su madre. Vino a su mente el cuaderno y se aferró a la posibilidad de otra vida. Con sus brazos y su pierna izquierda se impulsó hacia arriba. Cuando Samuel estaba a punto de arremeter contra él, le dio una patada en el pecho. El anciano perdió el equilibrio y cayó de lado, golpeándose la cabeza contra la pared.

Izan se quedó paralizado, alarmado por el daño que podría haber causado. Samuel se dio la vuelta y lo miró con los ojos fuera de sí, respirando profundo por la boca. Hilos de saliva entraban y salían entre los huecos de sus dientes. Se había rascado la oreja izquierda contra la pared en su caída, desprendiendo parte de su carne.

-¡Abuelo! ¡No, por favor! ¿Qué estás haciendo?

-¡Te voy a matar! -gritó escupiendo saliva.

-¡No, abuelo! -dijo sollozando e irguiéndose por completo.

Samuel echó la mano a la oreja y descubrió sangre. Su brazo seguía chorreando. Izan comenzó a subir las escaleras. El anciano cogió la lanza y se preparó para atacar. Cuando el chico abrió la puerta, el viejo estaba a punto de arrojarla. Cruzó el marco rápido y la cerró tras de sí. El arma se estrelló contra la pared. Se dio la vuelta, completamente a oscuras. Llovía menos. El anciano subía los peldaños de la escalera.

Izan se situó en el centro del pasillo. La trampilla de subida al sótano no había quedado cerrada. Era posible tirarla para que el peso de la escalera cayera. Giró en un pequeño círculo sobre sí mismo, pero no encontraba dónde agarrarse. No tenía tiempo para muchos intentos.

Entró en la cocina, desorientado, y cogió a tientas una de las viejas sillas. Salió al pasillo golpeándola contra todas partes. Extendió el brazo y buscó la puerta del sótano. Oyó ruidos al otro lado. Samuel había recuperado la lanza.

La encontró en el momento justo en que el anciano hacía girar el pomo desde el otro lado. Consiguio sujetar la puerta a tiempo y tanteó su fuerza con la de su abuelo en un pulso interminable. Con su brazo izquierdo colocó la silla, inclinándola de manera que su respaldo quedara encajado contra el pomo.

Izan fue aflojando a medida que se aseguraba de que la silla aguantaría las embestidas. El anciano se quedó en silencio, como si se hubiera rendido. Tal vez estuviera cogiendo fuerzas para arremeterla desde el infierno. Un tremendo golpe inundó sus oídos y se cubrió la cara de modo instintivo. La punta de la lanza golpeó la palma de su mano. Su abuelo había atravesado la puerta de una estocada.

Izan había caído hacia atrás, mirando a todas partes. Centró su mirada en la apenas perceptible penumbra que entraba por el agujero abierto desde el otro lado. Una nueva estocada lo devolvió a la realidad. El boquete se había hecho más grande.

Se puso en pie. Calculó la distancia por la leve claridad que salía del agujero, ahora más grande tras la tercera y cuarta estampida. Levantó sus brazos

-¡Te voy a matar, hijo de puta! -cantaba el anciano.

El chico, sudando y tembloroso, respiraba apresuradamente por la boca. Encontró el soporte de la escalera. Descolgó el dispositivo y trepó antes de que llegara a tocar el suelo. El anciano, mientras, metía el brazo desde el otro lado, empujando la silla que tapiaba su puerta. La abrió y salió a tientas a la oscuridad con su lanza en la mano. Golpeó sus piernas contra la silla y oyó cómo Izan se dirigía hacia el desván. No había sombras suficientes en aquella penumbra por las que guiarse. El chico tiró fuerte de las cuerdas y elevó las escaleras. El anciano no pudo

agarrarlas. Cuando sus puños se cerraron, la trampilla estaba arriba y sonó el último “clac” que las enganchaba herméticamente. Escuchó cómo Izan pasaba el cerrojo.

Samuel caminó hacia la cocina, se tropezó con otra de las sillas y se apoyó a tientas en el armario. Estiró el brazo no herido y agarró una de las velas que tenía guardadas. Su vista se había acostumbrado a la pobre penumbra que llegaba desde el sótano. Metió el brazo dolorido en el barreño de agua y se estremeció con el picor. Salió al pasillo, cogió la lanza en el punto exacto donde se había caído y bajó de nuevo.

Izan escuchaba atento desde el desván y agarrado a la vigueta principal, como si fuera el único mástil en el que mantenerse a flote. El sonido de la lluvia sonaba más intenso. Tenía las tejas a dos cuartas de su cabeza, incapaz de escuchar qué pasaba. Era el peor momento para aquella ansiada lluvia.

5

Una vez abajo, el anciano calibró el alcance del desgarró. Se imaginaba algo peor. En el fondo del sótano abrió una de las cajas de cartón. Del interior sacó una vieja camisa azul celeste, posiblemente había pertenecido a un niño de no más de diez años. Se la enrolló a la herida e hizo un nudo con las mangas.

Encendió la vela con la llama de la que se posaba en el suelo. La infectada seguía mirándola absorta. Samuel pasó por encima de ella, pisando el metálico sin pudor. Subió las escaleras y agarró su arma. Regresó a la cocina. En una de las viejas jarras de cristal, introdujo la vela. Volvió al pasillo y la dejó en el suelo. Izan no podía oír con nitidez los movimientos de su abuelo, pero entre las grietas de las tablillas percibió el resplandor de la llama e intuyó por dónde se situaba.

El viejo cogió la lanza con las dos manos. Miró al techo, a la madera sin pintar desde hacía más de cuarenta años. Los agujeros minúsculos de la polilla y el fino serrín que a veces caía desde arriba. Se situó por debajo de las bisagras de la trampilla y, cogiendo impulso, estampó la punta de la lanza en el techo. La pica atravesó la madera sin dificultad y se elevó en el desván unos cuarenta centímetros, a solo un paso de donde se encontraba el chico.

Izan retrocedió apresuradamente sobre la viga transversal, hasta que dio con su cabeza en la inclinación del tejado. Perdió el equilibrio, cayéndose sobre las débiles tablillas. Una cortina de polvillo avanzó por delante del anciano tras el golpe seco. Samuel estudió durante dos segundos la trayectoria de la vigueta, derecha o izquierda. Escogió izquierda y la lanza subió como un proyectil, destrozando la madera. Izan vio cómo la punta pasó a pocos centímetros de su pierna.

-¡¿Tocado?! -gritó el anciano desde abajo.

El chico se levantó como un resorte hacia la vigueta principal. La punta entró ahora por su izquierda.

-¡¿Agua?! -

Izan se dirigió a la vigueta de puntillas. La lluvia se había convertido en su aliado. Llegó al centro, a la altura de la trampilla, y se subió a la vigueta del otro lado del pilar. Procuró mantenerse lo más erguido posible ante una probable embestida.

El anciano se mantenía en silencio con la lanza en la mano. Después destrozó la madera hasta en siete embestidas. La luz de la vela penetraba con cierta claridad en el desván, lo que permitía al chico coger otra dimensión de los huecos donde podría situarse. Se hizo el silencio y la lanza entró a la altura de donde él había dormido las noches anteriores. Samuel se encontraba en el baño. Izan se quedó quieto. La lanza entró de nuevo muy cerca de la trampilla, donde los agujeros

ya eran del tamaño de una mano.

-¿Dónde está mi acorazado?!

Izan temblaba agarrado a la vieja estructura de madera que sujetaba las tejas, y se planteó abrir un agujero y salir al tejado si el anciano acababa destrozando toda la madera. Un error garrafal, pensó. El tejado no aguantaría el peso de su cuerpo ni un solo paso.

Se acordó de Nikki, tal vez ella pudiera ayudarlo, pero entonces entendió que nunca había estado del lado de las estacas para dentro. Nunca había cruzado la frontera, nunca lo habría intentado. Quizá sería mejor dejarse matar por ella, como lo había hecho con el lobo, que pasar tal sufrimiento con su abuelo, ahora un desconocido. Una nueva embestida lo sorprendió cerca de su vigueta.

Izan se desplazó, con cuidado de no perder el equilibrio, hacia el otro extremo. Pensó en acurrucarse lo más pegado posible a la cámara de las paredes externas. Allí no había tablillas, sino vigas gordas de madera maciza. El anciano vio su sombra caminar por encima, se adelantó unos pasos y la lanza entró por uno de los agujeros ya taladrados, desplazándose en sentido diagonal con la intención de herir.

La madera se atravesó en los pies de Izan y tropezó contra ella. Se cayó y, al apoyar sus manos para mantener el equilibrio, una de ellas se coló por un agujero a medio romper. Su cuerpo se deslizó con todo su peso y las tablas crujieron. El anciano vio la oportunidad para atravesarlo, pero la lanza estaba enredada en los pies del chico y no podía sacarla con facilidad.

La madera arañó la piel del joven, rasgando su antebrazo, que comenzó a sangrar levemente. Notó el forcejeo en sus pies y cerró sus piernas con fuerza para que el anciano tuviera más dificultad. Se había quedado encasquillada en la madera. Se agachó y cogió el extremo, que ya no era tan puntiagudo. Ahora no podría hacerle más daño que un fuerte puñetazo.

Agarró la lanza con las dos manos y forcejeó con ella de un lado a otro. Samuel, desde abajo, sintió la fuerza del chico y se abrazó hasta casi colgarse en ella. El arma rompió más madera y se situó casi en vertical, ya desenganchada y con toda la holgura. El anciano miró hacia arriba y vio los ojos aterrados de Izan. Sonrió y aflojó sus brazos para agarrar mejor el palo. La fuerza que estaba realizando el chico se superpuso y la lanza golpeó la cara del viejo, haciéndolo retroceder dos pasos. El chico aprovechó el desconcierto para tirar. Samuel echó su mano a la nariz, que estaba sangrando a chorros. Izan subió la lanza y se desplazó con ella hacia el rincón.

Lloraba cuando el anciano comenzó a insultarlo desde abajo. No le importó si en ese momento lo atravesaba con otra arma y acababa con su vida. Quería despertarse de aquella pesadilla. Se acordó de la pastilla en su bolsillo. Si se la hubiera tomado como cada noche, su vida transcurriría como hasta ahora. Ya no importaba vivir engañado, si el anciano abusaba de su madre, su propia hija, allí abajo, cada noche. Al fin y al cabo, prefería a su madre muerta que medio putrefacta en el sótano.

Nada hubiera sabido. Tal vez, cuando el anciano ya no estuviera, habría descubierto aquella presencia en su casa. Tal vez Samuel se habría encargado de deshacerse de ella una noche cualquiera. Afuera seguía lloviendo. El anciano ahora gritaba en el baño. La luz de la vela penetraba por uno de los agujeros abiertos. Samuel amenazaba con matarlo esa misma noche.

Supo entonces que el abuelo no sería el primero de los dos en morir. Quizá sus planes fueran deshacerse de él antes de fallecer. Las Fragas, si existían, habían sido ocultadas por el anciano. No le enseñó a expandir sus esperanzas de encontrar otro mundo más allá de las estacas. Izan silenció su llanto con estos pensamientos.

El anciano miró hacia arriba con la hemorragia taponada con sus propios dedos. Goteando restos de sangre en su mandíbula, sonrió y apagó la vela. Se hizo la completa oscuridad y solo

pudo escucharse la lluvia. Aquel silencio resultó peor que cualquier amenaza.

Galicia. Costa norte de España. Verano. Fecha sin determinar.

Izan corrió desde la cocina hasta la ventana del dormitorio. Se puso de puntillas para ver mejor dónde se situaba su abuelo. Lo vio ocupado, manejando unas herramientas en el invernadero. Estaba seguro de que en unos minutos regresaría en su búsqueda para ordenarle que le ayudara con algún trabajo. Volvió a la cocina, metió la mano entre el montón de periódicos apilados en la esquina y sacó uno. Ojeó la portada y se quedó con uno de los titulares. Susurrando, practicó la lectura con cuidado de no equivocarse.

26 de no...viem...bre de 2019

La Or...ga...ni...za...ción de las Na...ciones Uni...das in...dicó que el mun...do debe re...ducir las e...mi...sio...nes de ga...ses de e...fec...to in...ver...na...dero en un 7,6% anu...al hasta 2030. De lo con...tra...rio, esti...ma que el pla...ne...ta se en...ca...mi...na...rá hacia un po...ten...cial cam...bio cli...má...ti...co de...vas...ta...dor.

El niño lo oyó regresar. Arrojó el periódico encima del montón y arrastró una silla adrede para hacer ruido.

-¿Qué estás haciendo?

-Nada.

Samuel lo miró desconfiado.

-Pues ven conmigo que voy a quitarte el aburrimiento.

Izan lo siguió con fastidio. Leer es lo que más me gusta y no trabajar en la huerta, pensó.

Capítulo 12

1

Izan seguía acurrucado, en el rincón donde su abuelo había dormitado. Ahora dudaba de que lo hubiera hecho. No hacía frío, pero temblaba. La lluvia golpeaba a dos centímetros de su cabeza. Pensó en el tiempo que faltaría para que el sol saliera, un espacio de tiempo que nunca supo estimar hasta que no se tomó la pastilla. La tenía en su bolsillo; solo había que tragarla, esperar unos minutos y se despertaría a la mañana siguiente con la nueva luz.

No quería morir, no por el momento. Se incorporó y se puso de rodillas. Agarró la lanza, ahora era suya, y se sintió más seguro. Aunque la lluvia caía suave, le resultó imposible distinguir algún sonido.

Buscó con la vista algún resplandor que pudiera llegar por los agujeros que había hecho su abuelo. Halló uno mínimo que llegaba desde el sótano. Le sirvió para situarse y, agarrándose a la lanza con las dos manos, anduvo por la vigueta despacio para no hacer ruido ni descubrir su posición. La vigueta se quejó con su peso, pero el sonido quedó ahogado. Se quedó quieto un momento y reanudó el paso hasta llegar al centro. Se agarró al pilar principal y caminó hacia su dormitorio. Si iba a morir, que fuera allí, en su pequeña morada.

No supo cuánto tiempo estuvo encima de donde se guardaban tantos libros a los que nunca puso orden. Le habría gustado hacerlo, pero ya no había tiempo. Recordó las historias de valientes que en otra época dominaron un planeta entero y, sin embargo, lo hicieron todo mal. No por ello dejaron de ser valientes. Le habría gustado ser como ellos. El tiempo se le escapaba entre las manos.

No podía hacerse a la idea de que su madre, con la que tanto había soñado e imaginado, estuviera a solo unos metros. Aunque no fuera humana, estaba ante la mejor opción que tendría jamás. Siempre había estado ahí abajo, a unos pasos.

Con su cicatriz en la mano, casi irreconocible, en realidad era horrorosa. Pero tenía que verle la cara. No la recordaba, tal vez se pareciera a Nikki. Algún rasgo conservaría de su etapa humana. Se merecía verla y morirse con ese recuerdo que guardaría, donde quiera que fuera su alma cuando su abuelo se ocupara de él.

Encima de las viguetas, el polvo era muy espeso, casi tierra. Se agarró a la lanza de manera desesperada. Tenía la impresión de que estaba completamente a oscuras y se dio cuenta, de que solo era una sensación cuando las velas del sótano se apagaron. Entonces fue consciente de la casi imperceptible claridad que llegaba desde allí. La lluvia seguía siendo suave, y un alarido de su madre salió desde las entrañas de la casa para instalarse en su cabeza. El chico comenzó a llorar en su rincón, un llanto silencioso e inagotable. Su abuelo iría a por él y manejaría mejor la oscuridad.

2

El anciano golpeó el techo, donde Izan seguía sin moverse. La madre había gritado en cuatro ocasiones su horroroso berrido desde una garganta entumecida. Comenzó con suaves toques, como si alguien golpeara la puerta y pidiera permiso para entrar. Los tres primeros cerca de la

trampilla.

Se hizo el silencio.

Los tres siguientes en la cocina, lejos del chico.

De nuevo el silencio.

Otros tres en el dormitorio del anciano, a su derecha.

El primer hachazo llegó desde el pasillo. El anciano elevó la herramienta y su fuerza destrozó las tablillas con más contundencia que la lanza. Su artefacto quedó enganchado. Tiró hacia abajo y desgarró más madera, abriendo un boquete lo suficientemente grande como para caerse sin apenas rozarlo. Izan entendió que su abuelo había ido a buscar la azada con la que cavaba. No lo había oído con la lluvia. Habría sido un buen momento para bajar y escapar, tal vez por una de las ventanas que no abrían desde hacía años. Pero no lo oyó, o no estuvo atento.

La azada entró ahora desde la cocina. Allí la madera estaba en peor estado debido a los vapores de agua que tantas veces se habían hervido.

Aquello divertía al anciano. Había comenzado a silbar. Era la canción de Nikki. La identificó al momento, se la sabía de memoria y para siempre.

*she took me 2 her castle
and I just couldn't believe my eyes
she had so many devices
everything that money could buy
she said sign your name on the dotted line
the lights went out
and Nikki started 2 grind^[5]*

*me llevó a su castillo
y no podía creer lo que veía
tenía tantos artefactos
todo lo que el dinero podía comprar
dijo que firmara sobre la línea de puntos
las luces se apagaron
y Nikki empezó a hacerlo.*

A un par de metros de donde se encontraba, Samuel había dejado de silbar. La azada destrozó la madera, sobresaltando al chico y obligándolo a contener la respiración. El anciano desenganchó la herramienta con un tirón. Su brutal fuerza contrastaba con la imagen de la vara a modo de bastón en la que se apoyó el día anterior.

Destrozaría toda la estructura y solo quedarían las viguetas centrales en cruz. Entonces el chico sería una presa fácil y caería en su furia para morir de la manera más impensable.

¿De qué había servido tanta enseñanza? Solo era una cortina para dar credibilidad a su papel. ¿Cuál había sido el suyo durante tanto tiempo? Prisionero de un viejo loco que le hizo creer que no había mundo que valiera la pena más allá de las estacas. Lo utilizó para cultivar, para pescar, para beber. Hasta la sangre le había sacado, tal vez para mantener con vida a su madre y humillarla cada noche.

Su tiempo se había acabado. Uno de los dos quedaría en pie. Izan tenía miedo. Quizá lo justo sería que se quedara el anciano. Podría sobrevivir más tiempo. Él no lo haría. Su miedo lo llevaría a caer pronto. Debería morirse ahogado en el mar, cogido de la mano de su madre, de su cicatriz. Juntos para siempre, vagando por el océano hasta que sus partículas se deshicieran a la

vez. Ninguno de los dos tendría culpa de lo ocurrido.

Los aullidos del sótano llegaban de manera clara. Los gritos no respondían a estímulo alguno. Venían entre hachazos, sin más. A veces coincidían con los golpes. El anciano parecía destrozar la madera de forma aleatoria. Izan no se había movido de su posición. La lluvia caía con fuerza y eso le refrescó las ideas. Encontró cierta lógica a aquellos golpes, cierta cadencia de cansancio y, a pesar de estar sumergido en la más negra oscuridad, halló relación entre ellos.

Su abuelo, jugaba al despiste. Cuando iba de un extremo a otro de la casa, casi siempre embestía en la zona central del pasillo, donde descansaba la trampilla de las escaleras. Era la zona más robusta de la estructura. Se proponía rodear al chico en aquella parte.

Izan se alegró de que la ballesta se quedara inservible en el pueblo.

No sabía si el anciano estaba errando los golpes. Solo algunos de ellos daban en las viguetas más robustas, frustrando su propósito. El anciano levantaba la azada con cuidado de no hacer ruido. Daba un leve golpe en la madera superior, asegurándose de que sonaba hueco, y la elevaba con todas sus fuerzas intentando acertar en el punto calculado. Eran embestidas únicas. Exitosas o no, nunca las repetía. Se cambiaba de habitación y realizaba otro golpe.

Izan rozaba la locura, presa del pánico. El anciano paró, cansado, pensó. Su extenuación era una posibilidad, una manera de ganar tiempo. Necesitaba que llegaran las primeras luces del amanecer sin que su suelo se derrumbara por completo, pero no sabía cuándo saldría el sol. En su cabeza, simplemente se despertaba de un profundo sueño y los rayos ya estaban ahí. A menudo miraba al techo, en busca de algún resquicio entre tejas que augurara el acontecer de un nuevo día.

Nada se oía, solo la lluvia a escasos centímetros. En muy pocas ocasiones había oído llover durante tanto tiempo de manera continuada. Recordó los barreños de agua. ¿Para qué? ¿Hasta cuándo se alargaría aquel engaño?

Samuel silbó de nuevo, esta vez con más energía. El chico, tenso, se mantenía a la espera de más embestidas. Su madre hacía un buen rato que no chillaba. Tal vez solo ocurriera durante unas horas o minutos. Alguna relación debían de guardar las noches con los gritos y los días con los silencios de los zombis. De día se balancean, pensó. De noche caminan y se marchan, como Nikki, o gritan, como su madre.

Leonor. Susurró su nombre.

De pronto, un golpe levantó las tablillas a unos diez centímetros de donde se encontraba. Izan se quedó quieto para no descubrir su posición. El anciano tiró fuerte hacia abajo, arrastrando serrín y astillas. Incluyó su cabeza para mirar por el agujero, pero no vio nada. Solo oyó su silbido alejarse hacia el otro extremo de la casa. Samuel continuó haciéndolo una y otra vez. La mitad del techo estaría deshecho, así que echar abajo el resto sería más fácil. Los boquetes estaban abiertos. Metería la azada donde hubiera un agujero, introduciría el instrumento y lo destrozaría todo.

Comenzó por lo que rodeaba la trampilla de las escaleras, metiendo la azada con cuidado y colgándose de ella. Pronto recorrió tres pasos hacia la puerta de salida al porche. Un agujero de tres metros de largo por uno de ancho. Enganchó el utensilio en una de las viguetas más estrechas y, para su sorpresa, esta cedió de inmediato.

Tal vez se le acababa el tiempo, pensó el chico, y accedería por la vía rápida. Si pretendía hacerlo así, él tendría que esperarlo e intentar sorprenderlo, tratando de golpearlo y doblegarlo. Ya habría tiempo para explicaciones. De día las posibilidades se incrementarían para él. Con los ojos bien abiertos, se movería más rápido que su abuelo. En agilidad lo superaría con creces. Al anciano no le compensaba esa luz, por eso se había apresurado a abrir un hueco alrededor de la trampilla.

Samuel comenzó a destrozar las viguetas más finas. Tablillas podridas, serrín y polvo caían

del techo en grandes cantidades, casi a cada hachazo. La estructura de la trampilla se debilitaba y, aunque las bisagras estaban atornilladas a la viga principal de madera, se desatornillaría y caería con el peso de la escalera. El anciano sabía que su herramienta era más contundente que la lanza deteriorada del joven, y aunque se sentía más seguro con el hacha que había arrimado a la puerta de entrada tras su visita al invernadero, no quería al chico abajo.

Izan era ahora el que quería bajar. Cada minuto que pasaba allí arriba, estaba más cerca de su muerte. Pensó en quitar el seguro a la trampilla y saltar sobre ella. La caída de la escalera desconcertaría al anciano, o tal vez le haría el suficiente daño para salir a salvo y esperar a un nuevo amanecer. Podría bajar por el acantilado aún sin luna. Aquel camino era su territorio y el anciano no tendría nada que hacer. Si el golpe fuera lo suficientemente grande le daría tiempo a sacar también a su madre.

Samuel jadeaba con cada embestida. Su cadencia era más lenta, pero la contundencia seguía constante. El chico no podía acercarse a la trampilla. La madera allí chirriaba como el quejido de un animal.

La lluvia se había transformado en llovizna y un leve ruido brotó en la lejanía. Una tormenta venía de camino. Izan oía los jadeos de su abuelo, que necesitaba descansar. Tal vez fuera el momento de acercarse a las escaleras, mantener el equilibrio por encima de la vigueta, agacharse a tientas, encontrar el pestillo, quitarlo y saltar sobre él en una caída repentina y desesperada.

El sonido de la lluvia ocultaría sus pasos y podría realizar su plan. Palpó la trayectoria de la vigueta y se levantó agarrando la lanza con las dos manos. Anduvo despacio, arrastrando los pies lo justo para, sin cometer ruido, no perder la referencia de la madera. Cuando ya casi podía caminar erguido, un enorme flash iluminó la casa durante unos segundos y, el trueno retumbó ensordecedor. Los cristales temblaron, a punto de estallar.

Con la luz del relámpago, que penetró por las ventanas, Samuel quedó cegado durante unos instantes. A Izan le sirvió para hacerse una idea del estado del suelo que pisaba. La luz se había colado por cada ranura, descubriendo que la madera estaba muy dañada.

El anciano había abierto agujeros por los que caería al vacío sin poder agarrarse a nada. Pasar por la vigueta en aquellas condiciones lo hacía vulnerable. No era un buen plan de huida. Retrocedió despacio hacia el rincón de donde venía. Cuando recuperó su posición, una nueva luz iluminó la casa. El sonido tardó en llegar. Había caído muy cerca, pero ya se estaba alejando. El viento viró a oeste, la lluvia cesó y llegaban los chaparrones. Quedaba mucha noche por delante. Tenía que irse de allí.

El viejo hizo del silencio su aliado. Se mantuvo en el pasillo, arrimado a la pared de la cocina, descansando y mirando hacia arriba, atento a cualquier movimiento. Conteniendo la respiración, esperaba un relámpago para que alguna sombra delatara al chico. Una bocanada de viento silbó en el lado oeste. Un relámpago lejano la iluminó durante un segundo y, casi al instante, la infectada del sótano emitió un alarido.

Samuel se quedó quieto, guardando el tiempo en sus manos. Cada minuto era un peso más que echaba encima al chico. Los golpes serían aterradores en medio del silencio. Siguió expectante. Un nuevo relámpago llevó un tímido resplandor al interior de su casa. El sonido de la lejana tormenta era la señal para terminar con todo.

Izan oyó de nuevo el silbido de la canción. El silencio lo había tranquilizado más que intimidado. Había encontrado un posible plan y pensaba llevarlo a cabo en cuanto su abuelo comenzara con sus embestidas. El sonido activó su alerta y se agachó con el cuerpo aplastado contra el polvo del rincón. Estiró sus brazos y trató de serpentear. El primer impacto del anciano no tardó en llegar. Le pareció que quería destrozar la madera en sentido opuesto a como lo venía haciendo.

Cada golpe era ensordecedor, pero él deseaba que fuera lo más ruidoso posible. Contó los travesaños, y recordó cuántos había en su visión de estar tumbado en su colchón. Había observado aquella madera miles de veces. Sabía cada veta de memoria, cada listón, cada tablilla. Cuatro tramos. Estaba en el punto exacto. Solo tenía que calcular la posición y situarse encima de su cama.

Esperó un nuevo golpe para desplazarse con la lanza, pero el anciano tardó más de lo habitual. Su herramienta, se había enganchado en una tablilla más dura. Izan se arrastró hasta el punto por el que calculó el centro de su cama. Se incorporó con cuidado y con las piernas abiertas, una en cada travesaño. Esperó la siguiente embestida.

Un pequeño brillo se coló en el interior de la casa. La tormenta sonaba ya muy lejos. Notó el viento fuerte en la cornisa, como un escalofrío, como si le hubieran soplado en la nuca. Otra vez el silencio.

Un golpe sonó en la cocina, el lugar menos castigado. Samuel jugaba a despistarlo. Se entretendría en esa zona para luego volver al pasillo y acabar con las tablas que rodeaban la trampilla.

Izan aprovechó la embestida para tantear la resistencia de las tablillas, empujando hacia abajo con su pie. Las notó débiles. Al siguiente golpe, la lanza atravesó la madera con facilidad. Era el momento exacto para aplicar su plan. El ruido del golpe no se había percibido, pues había sonado casi al mismo tiempo que el viejo golpeaba en la cocina. Esperó unos largos segundos. Sus piernas temblaron y los tabiques crujieron.

Apoyó su cuerpo contra la lanza incrustada, con cuidado de que no se escurriera. La madera volvió a crujir y se supo perdido. Oyó los pasos de su abuelo en la cocina. Se asomó al pasillo, a punto de perder el equilibrio. Los pasos retrocedían y el anciano cogía su herramienta. El hierro de la azada se desplazó por el suelo y comenzó a silbar.

El chico retiró la lanza, sin importarle el sonido rasgado de la madera. Miró al frente, saltó y encogió sus piernas para caer con todo su peso sobre las tablillas. Giró el arma en el aire y, con los brazos hacia arriba, la situó en la misma dirección que su mirada. Fue lo suficientemente hábil para abrir un boquete ancho que facilitaría su caída y le permitiría salir ileso de cualquier rasguño. Separó levemente sus pies, las tablillas cedieron a su peso y su cuerpo se precipitó al vacío en la oscuridad.

La lanza quedó atrapada en el techo, incapaz de romper más madera al precipitarse con el peso del chico. Sus brazos no la sujetaban con suficiente firmeza y quedó suspendido durante unos segundos. Sus piernas se balancearon hacia delante y perdió el equilibrio en la caída. Sus manos se soltaron y cayó de espaldas sobre el colchón. Su cabeza no tuvo la misma suerte, resultando descolgada del rectángulo blando donde descansaba cada noche. Sus cervicales crujieron, perdió la orientación, rebotó y cayó de lado hacia la ventana.

El anciano cruzaba el pasillo con la azada en sus manos. Izan, indefenso sin su lanza, se cuestionó si lo que acababa de hacer era real.

El viejo entró en el dormitorio y miró a todas partes. El estruendo lo había desconcertado,

sin saber lo que le depararía aquel ruido. Pensó en la caída de algún objeto pesado. La estantería de los libros, tal vez. Estiró su azada hasta tropezar con ella, estaba en su sitio.

Izan intentó escabullirse debajo de su cama, pero los travesaños se habían desplomado con su caída. No había hueco suficiente para permanecer allí abajo.

Samuel, quieto en la entrada, miró hacia la ventana buscando alguna pista de lo que había pasado, pero la negrura era total. Dio un paso atrás y se acordó de la vela. Ahora la oscuridad no era su aliada.

Izan, aturdido, intentó recobrar su orientación. Le dolía el cuello y se echó la mano a la nuca. Juraría que tenía un corte. No detectó sangre en su cara. Olisqueó el aire como un lobo. El anciano estaba a unos pasos y pudo percibir cierta prudencia.

El silencio volvía a ser total. Izan respiraba todo lo lento que podía. Ahora se encontraba con una ventaja mínima. El ruido de la caída había cogido por sorpresa al anciano, que todavía buscaba una explicación de lo que había pasado. Pronto supuso que el chico se había caído por algún agujero abierto, y que posiblemente se habría quedado sin conocimiento.

Samuel apoyó la azada en el suelo. El hierro golpeó la baldosa con fuerza. Se adentró en la habitación despacio, balanceando el instrumento como si fuera un detector de minas. Su intención era dar con el cuerpo caído desde el desván, encontrarlo cuanto antes y rematarlo.

Izan se mantuvo quieto, erguido y de rodillas. Atento al sonido de sus pasos, dispuesto a embestirlo por sorpresa, sin emitir un solo sonido, lo dejaría aturdido e intentaría quitarle la herramienta.

El anciano dio contra la cama, hierro contra hierro. El sonido sobresaltó a ambos. Samuel levantó la azada y la dejó caer encima del colchón, en diferentes puntos. Se aseguró de que no había nada. El hierro pasaba a unos centímetros de la cara del chico, aunque no fuera consciente de ello. Volvió el balanceo, bordeando la cama.

Un débil resplandor iluminó la estancia. El tiempo se congeló. La luz había descubrió la posición del chico, de cuclillas en una esquina. No reconocía a su abuelo, cuya cara estaba manchada de sangre. Sus brazos y su ropa eran de color marrón oscuro; el aspecto, monstruoso. Las expectativas y las fuerzas se habían igualado.

Cuando la azada se estrelló contra el suelo, el chico ya se había levantado y estaba gateando por encima de la cama, que acabó por desmoronarse. Se quedó atrapado en medio del vaivén del movimiento. Luego se inclinó y salió de bruces por el otro lado, justo cuando el anciano enterraba la azada en el colchón.

Izan salió del dormitorio sin rozarse con nada. Aquel territorio sí era el suyo. Se sabía las distancias de la casa tan bien como su abuelo. Se dirigió a la puerta de salida. Echó la mano al tronco que la aseguraba cada noche, pero no estaba. Una cosa menos. Encontró la llave sin apenas tantear. Intentó abrir la puerta y la giró, pero seguía cerrada.

El anciano arrastraba la herramienta por el suelo hacia el pasillo. Gruñía, ya no era él. Debía de estar en otra parte. El que ahora bramaba como un animal, era un monstruo en un sueño. El tiempo se detuvo. Pensó que tal vez su abuelo estuviera al otro lado de la puerta, esperándolo ansioso para escapar juntos de aquel lugar.

Una idea vino a su cabeza. El tronco no estaba porque el anciano había salido al invernadero a por la azada. Entonces, giró la llave en el otro sentido. Echó mano al manubrio y lo accionó. La puerta se movió de inmediato pero, cuando quiso apartarse para abrirla, un dolor agudo penetró en

sus costillas. Notó frío y se quedó sin aire, sin posibilidad de inhalar.

El anciano lo había embestido con la base de la azada en la oscuridad. Le había dado a la primera y trataba de aplastarlo como a una cucaracha. Izan cerró la puerta por completo. Samuel lo había atrapado y empujaba en sucesivas oleadas de fuerza con la intención de inmovilizarlo. Necesitaba herirlo, tal vez matarlo. Cogió impulso para clavar más al chico contra la puerta, pero la azada resbaló en la piel del joven, rasgándola y estampándose contra la puerta.

El hilo de la azada estaba a merced de la piel. Izan se apartó a un lado. Samuel retiró la herramienta con fuerza, pero se encontró con el aire y se desestabilizó retrocediendo unos pasos. Izan notó un picor insoportable en sus costillas y su espalda. Cerró los ojos y apretó los dientes.

El dolor lo enfureció. Cuando abrió la puerta, una bocanada de aire frío estremeció su cuerpo. El contraste lo paralizó y los músculos de sus costillas se contrajeron. El calvario era insoportable. Miró hacia afuera a la oscuridad, a la libertad, pero su mente ya no pertenecía a ningún tipo de raciocinio. Se dio la vuelta y, con los brazos extendidos, corrió en dirección al anciano. La embestida derrumbó a los dos. Entre ambos cuerpos, la azada. Samuel emitió un quejido ahogado. Sin duda, tardaría en levantarse. Izan se había quedado sin respiración. Sus pulmones se negaban a coger aire.

Al despegarse del suelo y clavar su rodilla en él, el aire entró de golpe en su cuerpo, como si hubiera salido a la superficie tras bucear en el mar. A tientas, encontró el mango de la azada encima del cuerpo del anciano. Le arrebató el instrumento de sus brazos. Se incorporó utilizándola como bastón. Su piel se abría bajo el brazo derecho. El desgarro le dio más grima que dolor. Se enrabietó más y bajó la azada con todas sus fuerzas. El pico de la misma rebotó en algo blando. Notó frío en su cuerpo. No sabía lo que había pasado, ni quería saberlo.

Retrocedió sobre sí mismo y dio con la puerta abierta a su espalda. Salió apresurado al porche. Hacía mucho frío y, aunque estaba oscuro, pudo ver algunas sombras. Giró y percibió la terminación de la madera. Apoyó un pie en el primer escalón y los demás los bajó por inercia. Caminó hacia el acantilado mientras caían nuevas gotas de lluvia. Se asomó y oyó las olas al fondo del mismo. Divisó el mar, negro, una sombra más en la noche. Dio dos pasos y encontró el acceso a la bajada. Descendía de memoria, poniendo las manos en cada piedra, conocedor de dónde estaba cada una.

Las lágrimas le impedían orientarse, pero no necesitaba ver nada. Huía saltando y dando pasos exactos. Cuando llegó a la mitad de su trayecto supo donde estaba y la situación en que se encontraba. Se detuvo, echó las manos a sus ojos y lloró de manera desconsolada.

La claridad era mínima, pero mucho mejor que la oscuridad del desván. El mar no estaba demasiado violento. Sin embargo, el sonido que le parecía música celestial en otros tiempos, se había incrustado en su cerebro impidiéndole pensar y escuchar. Necesitaba silencio. Se había acurrucado entre dos rocas, contra la pared vertical, en un sitio que su abuelo le había enseñado cuando todavía bajaba hasta allí. Se encontraba a unos cinco metros de altura de la roca desde donde se tiraba para bañarse muchas mañanas, con ambas manos sobre la cabeza, intentando taparse los oídos y salir de aquella pesadilla.

Los nervios lo habían hecho temblar, pero ahora el viento que llegaba desde el horizonte le calaba en los huesos y en la herida de su costado. Había palpado con la yema de sus dedos la profundidad de la misma. Fue consciente del riesgo de infección y de que podría acabar tan podrido como su madre en el sótano. Tal vez era lo que el anciano buscaba, infectarlo cuando

dejara de serle útil.

Acercó su cara a unos centímetros para ver sus manos. No temblaban. Su postura, abrazándose las piernas, era muy molesta. Se le cortaba la respiración. Se palpó las costillas y las comparó con las del otro lado. Nada tenía que ver una zona con otra. En la parte herida existían bultos que no se correspondían con nada. Podría tener alguna costilla rota. Estiró sus piernas y trató de enderezar la espalda. El dolor era insoportable y apenas podía meter aire en los pulmones. Respiró de manera agitada y la cabeza le daba vueltas.

La lluvia lo empapaba, el aire del mar lo enfriaba. Se abrazó con más fuerza y frotó sus brazos. Cerró los ojos y vio la cicatriz de su madre. Tenía que aguantar por ella. Le debía al menos una disculpa por no haberla encontrado antes. Y quería ver su cara, aunque no estaba del todo seguro de eso. Necesitaba la claridad del día para aclarar la mente. Si pudiera abrir los ojos de repente y disfrutar la luz del sol, como cada mañana. Si pudiera hacerlo una vez más. Lo recordó. Echó la mano al interior de su bolsillo, cogió la pastilla y la tragó con impaciencia.

Apoyó el cuerpo en la fría roca en la que estaba sentado. El agua de la lluvia se escurría por su espalda y empapaba sus pantalones. El contraste del frío con el dolor de sus huesos lo alivió. Solo quería abrir los ojos, salir de aquella situación, que fuera de día. Se imaginó un reinicio, un día normal de trabajo en el campo, con su abuelo dando órdenes. Tal vez, al despertar, todo habría vuelto a la normalidad. Su imaginación voló bajo la lluvia, sus pensamientos se volvieron profundos, hasta que se quedó dormido.

Galicia. Costa norte de España. Verano. Fecha sin determinar.

El niño llevaba unas semanas sin sonreír, triste. Samuel utilizaba este estado de ánimo para arraigar en él sus ideales. El infectado se había clavado en las estacas por la mañana y las horas muertas estaban llegando a su fin. Izan estaba sentado en las escaleras del porche, mirándolo sin expresión.

Samuel se levantó y cogió el bate del suelo. Pasó a su lado, rozándolo, y se expuso al sol acercándose a las estacas. Era imposible distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. Aquel infectado, casi putrefacto, se inclinaba hacia delante levantando la cabeza en una mezcla de súplica y rabia.

-Así es cómo terminaremos si salimos más allá de nuestra frontera. Ahí afuera no hay más que horror y crueldad. ¿Quieres acabar así?

Izan lo observó atento, desplazando la mirada de uno a otro.

-Deja de estar triste. Ven aquí y acaba tú mismo con su sufrimiento. Le harás un favor.

A Izan se le iluminó la cara, para sorpresa del anciano. Se levantó y caminó hacia él. Samuel le ofreció el bate.

-Avanza un poco entre estas dos estacas -le dijo mientras se agachaba para apartar unas hierbas y mover algunos palos.

Samuel percibió en él una mirada de agradecimiento. Izan avanzó y penetró tres pasos. Levantó el palo mientras el infectado rugía hacia él. Estampó el bate con todas sus fuerzas en su cráneo, que estalló salpicándolos. Con satisfacción, miró al anciano. Sonriendo.

Capítulo 13

1

Un resplandor nubló su vista. Había abierto los ojos, pero no fue consciente de qué le molestaba hasta que su alma se reinstauró en su cuerpo. No recordaba dónde estaba, ni siquiera quién era. A su mente vinieron recuerdos en fotogramas, chispazos: el sonido de la lluvia en la oscuridad, más oscuridad, la luz de un relámpago y aquel hombre.

Ladeó la cabeza. La claridad le hacía daño. Su piel, su protección. La sombra, recordó. El porche. Entendió que el que lo observaba tras el relámpago era su abuelo. Entonces fue capaz de reproducir los hechos. Separó la cabeza de la pared y sintió vértigo. La marea estaba alta, razonó. Apoyado en la roca, su cuerpo descansaba encima del brazo izquierdo, que se había dormido. Tenía la sensación de querer cortárselo.

Incapaz de incorporarse, un dolor en ese mismo lado le impedía erguirse. Levantó el brazo derecho y tapó el sol. Supo entonces dónde se encontraba. Recordó por qué estaba allí. Aún así, se agarró a la posibilidad de que todo estuviera bien allí arriba, un día más, con normalidad.

Una fuerte punzada de dolor lo depositó en el mundo real. Aquella estocada lo había dejado sin respiración. Su mente no podía dar las instrucciones precisas para que su garganta tomara aliento. Intentó moverse, pero su cuerpo no reaccionó. Las arterias y venas se hincharon, su cabeza estaba a punto de estallar.

Una convulsión, una sacudida, lo inclinó hacia delante y algo se clavó en su interior. El dolor se hizo insoportable, hasta casi perder el conocimiento. Su alma se elevó de su cuerpo y quiso darse por vencido.

Otra sacudida lo impulsó hacia atrás y el aire entró en sus pulmones, focalizando su dolor. Quedó recostado en su espalda, respirando sorbos de aire. Extenuado, su brazo recobró la circulación y un cosquilleo le hizo girar hasta caer de espaldas mientras apretaba los dientes. Su piel se desgarraba y se abría. Sus costillas se estiraron hasta dejarlo casi inconsciente.

Entreabrió los ojos, vio el mar a lo lejos. Distinguía las nubes, grises, que se desplazaban en el cielo celeste. Un frente podría estar aproximándose. Reconoció la inclinación del sol. Dándole en el rostro desde ese ángulo, solo cabía la posibilidad de que se encontrara en las horas muertas. ¿Qué había pasado durante el resto de la mañana? Quiso rendirse, buscar una nueva vida.

Recordó a su madre en el sótano. Deseaba encontrar el perdón en ella. Tenía que levantarse. Logró estabilizar su respiración. Cerró los ojos y entendió que se arriesgaba a morir. Agotado, volvió a perder el conocimiento.

2

El sol se había tapado detrás de las nubes grises del oeste. Se desplazaban tan rápido como siempre, solo en contadas ocasiones dejaban algo de lluvia. Cuando pasaron, la luz arañó la cara del muchacho y lo sacó de su plácido trance. El mar estaba alborotado. Algunas olas se sacudían contra el acantilado y la espuma llegaba en pequeñas gotas hasta él.

Le dolía la cara. Se la había golpeado y la tenía pegada contra la roca. Su cuerpo entero era dolor. Hizo fuerza con sus abdominales, pero no pudo levantarse. Movié su brazo derecho,

encogido. Lo sacó hacia fuera, arañando su piel contra la roca, y se ladeó hasta quedar boca arriba. Vio la vertical del acantilado. Observó con atención, sin rastro de su abuelo. Calculó el tiempo transcurrido: las horas muertas alcanzaban su fin y era hora de ponerse a trabajar. Su mano no temblaba.

Razonó que se había quedado dormido por agotamiento, no por efecto de la pastilla. El efecto del temblor ya había pasado. El sonido del mar no era tranquilizador. Rugía demasiado cerca y esa sensación nunca le gustó. Una ola repentina elevó la espuma a más altura que las anteriores y cayó sobre Izan, que saboreó su salitre.

Pudo mover sus piernas e intentó ayudarse de su codo derecho. Luchó contra el dolor y contra sí mismo hasta que se quedó en una postura algo erguida, apoyando su cabeza contra la roca trasera.

Se palpó las costillas de la izquierda y encontró el corte que estaba buscando. Levantó la camiseta con tremendo esfuerzo y vio la profundidad de la herida, de la que volvía a brotar sangre. Tal vez el motivo de su debilidad fuera la que había perdido durante sus horas de sueño. Había restos en la roca a pesar de la lluvia. Conocer el alcance y el motivo de la herida, lejos de alarmarlo, lo tranquilizó.

Gateó hasta la roca más cercana, que estaba a un paso más alto que en la que había dormitado. Consiguió erguirse y apoyó sus rodillas. Todavía conservaba fuerza suficiente en sus piernas.

Debía volver arriba para seguir con vida. No tenía miedo de lo que se encontrara allí, ni de quién estuviera esperándolo. Habían transcurrido muchas horas y no había rastro de su abuelo. Si su enemigo permanecía intacto, ya habría acabado con él. Antes de salir de casa, en el último instante, le asestó un golpe cuyas consecuencias podrían haberlo mermado. Apoyó su hombro izquierdo contra la tierra húmeda del acantilado y, estirando la mano derecha, comenzó la escalada.

3

El dolor lo paralizaba casi a cada paso y estuvo a punto de perder el conocimiento en alguna ocasión. Llevaba el brazo izquierdo pegado a su cuerpo y, para su sorpresa, el último tramo se le hizo más llevadero. Descansaba y recuperaba su respiración hasta casi la normalidad.

Cuando solo quedaban unos pasos, a la altura en la que su cabeza sobresaldría y vería su casa, extremó la precaución y caminó lento. Contenía los jadeos de dolor para no ser oído, atento a cualquier sonido extraño.

El sol había salido tras alguna nube y lo había agotado. El calor, intenso en su presencia, y el sudor, hacían arder su herida. Solo pensaba en la cicatriz y en obtener el perdón de su madre. No quería pensar en la posible infección que terminaría con su vida.

Una debilidad, un mareo podría acabar con su cuerpo entre las piedras. Estaba a unos metros de su meta. No vio su casa hasta que se supo arriba y pisó la tierra que había cavado unos días antes.

Chorreando sudor, miró su calzado de color tierra. Sus pantalones y su piel manchados de sangre negra. Su camiseta irreconocible. Se quitó el sudor de los ojos y su palma resbaló al instante, empapándose. Entendió el destrozo que había hecho el abuelo en su vida. Sus manos no temblaban. Tanteó su bolsillo por inercia, pero no encontró la pastilla. Tal vez fuera adicto a ellas. Palpó el bolsillo inferior y no halló la dureza del cuaderno. Su interés por él se había esfumado.

Levantó la vista y contempló su casa. Impasible como si no hubiera ocurrido nada, pero

abandonada como si hubieran pasado cientos de años. En el porche, un hombre se mecía de lado a lado con la mirada perdida en el horizonte. Se acercó unos pasos y distinguió parte del rostro de su abuelo. La mitad de la cara estaba desfigurada de nariz para abajo. El impacto de la azada se la había destrozado. Era imposible que se mantuviera en pie.

Se acercó aún más, sin miedo, y se fijó en sus ojos. Tenía la mirada de la muerte, la misma que había visto en Nikki. Su alma se había perdido para siempre, ya era uno más. Trastabilló a cada paso hasta que cayó de rodillas a los pies de los escalones, a dos metros de su mentor. El día había llegado, el viejo se había infectado y él estaba solo para siempre. Se derrumbó, llorando hasta la extenuación.

4

La claridad lo cegó de nuevo. El dolor en sus costillas lo dejaba sin respiración. Cuando recobró la orientación, su abuelo seguía balanceándose. Una nueva punzada, que lo atravesó en diagonal, le aseguró que no era un sueño.

No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente, seguro que no mucho, pero no entendió por qué no lo había atacado. Tal vez la herida se había extendido y se había convertido en uno de ellos, pues entre sí apenas se atacan, según había leído en el cuaderno.

El cuaderno. Debía recuperarlo, aferrarse a la prueba que demostraba que había algo más fuera de aquel lugar. Ya no llegaría a tiempo. Trató de girar sobre sí mismo. Las nubes altas estaban ocupando el cielo desde el sur. Hacia poniente quedaba una franja despejada, suficiente para que en su atardecer alumbrara con aquella luz extraña que hacía un efecto anaranjado en las nubes cargadas de agua.

Trató de girar sobre el lado no herido hacia el porche y consiguió balancearse para agarrarse con la mano de su brazo sano al suelo. Cuando quiso gritar de dolor, su voz se ahogó dentro de sí mismo.

Se quedó boca abajo y recuperó poco a poco la respiración, mientras apoyaba media cara entre las hierbas y el barro. Pensó en su madre y recordó que le quedaba todavía una cosa por hacer. Su voluntad tenía que ser más fuerte que la infección que avanzaba por su cuerpo, con cada latido que sentía en su garganta.

Apoyó su mano en el suelo. Se impulsó con el cuerpo a la vez que levantaba la pierna contraria. Una nueva ola de dolor lo invadió y se encogió por inercia. Sus dos rodillas quedaron en el suelo mientras, en un acto reflejo, se enderezó apretando los dientes y cerrando los ojos. Cuando el dolor remitió, los abrió. Unas lágrimas brotaron de ellos y limpiaron su cara en el raíl de su caída.

Se levantó de golpe, dispuesto a aguantar otra embestida de cuchillas en su interior. Una vez que remitió, observó al anciano. Nada quedaba de su pelo blanco, ahora casi negro de sangre y polvo. Su cabeza, cuello y hombro estaban destrozados. Su cara, casi irreconocible. Maltrataba a su madre. Ocultó su presencia. Abusó de él e intentó matarlo.

Avanzó hasta el primer peldaño, con su mano derecha sobre las costillas heridas. Se recreó en la imagen. Lo había vencido y no se sentía ganador, sino solo. Ese sentimiento no lo reconfortaba. Buscó su complacencia. Se desplazó dos metros y se situó justo en frente.

Se detuvo en la gravedad del golpe. Odiaba a aquel ser, pero fue el único que lo había amparado en un mundo solitario. Es lo que creía. Tras los acontecimientos de la noche anterior, su percepción había cambiado. La protección no existía y seguro que había actuado siempre por su conveniencia. El mundo que había más allá de la frontera de las estacas, o del pueblo, podría ser

muy diferente a la idea que tenía en su mente. Una punzada de dolor le recordó que tal vez no le quedara mucho tiempo. Lo odió y se sintió orgulloso de lo que había hecho.

El anciano centró su mirada perdida donde se encontraba el chico. Emitía un leve gorgoteo que se transformó en un afónico rugido. Levantó los brazos para equilibrarse y se echó a andar hacia él. Izan se quedó clavado ante la inesperada reacción, incapaz de pensar.

El infectado aceleró el paso, trastabillando en un grito de ataque. Cuando llegó al borde del porche, cayó al vacío sin haber visto la altura de metro y medio que lo separaba del suelo. En su caída, extendió los brazos y se desplomó sobre el chico que, en un acto reflejo, puso sus brazos para protegerse y empujar al viejo hacia atrás.

Había quedado desplazado sobre Izan, de manera que este tenía la cara pegada al estómago del zombi que rugía boca abajo sobre él. Todavía puede acabar conmigo, pensó entre oleadas de dolor.

-¡Maldito seas! -gritó con toda su rabia, empujando al anciano a un lado.

Giró sobre su lado herido. Una punzada lo atravesó de nuevo, pero la adrenalina enrabiada lo levantó del suelo sin el cansancio de hacía unos minutos. Se acercó a las escaleras y miró atrás. El anciano gateaba hacia él, gruñendo como un perro. Los ojos de aquella cara irreconocible supuraban odio hacia el chico, quien subió los tres peldaños a punto de caerse tras enredarse en los brazos de Samuel.

Aquel ser todavía luchaba desde alguna parte de su minúscula conciencia por matarlo. Lo odió más que nunca. El viejo se arrastró y llegó con medio cuerpo al porche. Izan había retrocedido unos pasos. Su mente desbordaba miedo y prudencia a partes iguales.

La tarde era extraña. El sol acababa de superar la línea de nubes altas y sus rayos se colaban por debajo en su camino hacia el mar. La luz estaba amarilla, brillante en su reflejo en el océano.

Como si su cabeza quisiera desprenderse, su mirada se elevó. El atardecer se volvió más rubio, sus reflejos en las nubes eran dorados. Miró hacia abajo y se vio a sí mismo. Su cuerpo se tambaleaba, su alma se encontraba en paz. Se maravilló con la nueva luz.

El anciano se puso en pie y su ofensiva remitió por completo. Se quedó mirando al chico cara a cara. Izan contemplaba la puesta de sol por encima del hombro del viejo. Ya no le importaba su presencia. Aquella luz parecía haber pacificado su conciencia y la de su infectado abuelo. Pensó que acababa de cruzar la delgada línea y que era uno de ellos.

El sol no le dañaba. Un círculo perfecto dorado de luz tranquilizadora. Percibió su acogedor calor. El anciano, en uno de sus desplazamientos, tapó el sol con su cabeza. Izan se sintió molesto y su visión descendió unos centímetros.

Tenía que moverse para recuperar la luz. Quiso regresar a su cuerpo, pero no era capaz de establecer contacto con él. Buscó una sensación a la que agarrarse, algo que lo devolviera a sí mismo para accionar sus músculos. Buscó en sus recuerdos, pero no encontraba ninguno.

El anciano siguió meciéndose y él sintió impaciencia por no poder observar la luz directa. Quería apartar al ser que le hacía sombra. Recordó quién era, vino a su mente un fotograma. El relámpago que iluminó durante un segundo la habitación y la imagen de su abuelo, ansioso en la oscuridad. La impaciencia se transformó en rabia.

Notó el dolor en la lejanía, sus costillas heridas, su piel abierta y el sufrimiento de su ascenso por el acantilado. Un padecimiento innecesario. La rabia dio paso al odio y, como si hubiera salido del fondo del mar a punto de ahogarse, sus pulmones se llenaron de aire y su mente retornó a su cuerpo. La luz amarilla se volvió gris y recuperó su tono normal de día nublado. Soltó el aire y respiró con normalidad. Sus huesos se quejaron y apretó los dientes. Vio a su abuelo enfrente de él. Había dejado de moverse y estaba recuperando parte de su furia.

El gorgoteo había comenzado antes de la nueva punzada de dolor. Ahora estaba a punto de rugir. Dio dos pasos atrás y el anciano chilló con afonía. Aquello todavía no había terminado. No solo tenía que acabar con su vida, sino también con su muerte. Lo miró una vez más y odió su cara ensangrentada.

Bajó los peldaños del otro lado del porche. Avanzó con una mano en la herida y llegó hasta las estacas. Se agarró a una de las más cercanas y recientes, removiéndola para sacarla de la tierra. La lluvia había ablandado el terreno y arrancarla le resultó fácil. El viejo avanzaba lento en el porche. Lo miró con respeto y vio el sol entre las nubes, a lo lejos. Aquella luz lo despistó. Su mirada comenzaba a elevarse, pero no quería separarse de sí mismo. Se aferró al dolor, que se estaba alejando, y percibió un escozor en su piel. Recordó el miedo de la noche anterior y volvió el odio a su conciencia. Su mente se pausó y regresó a su cuerpo.

Trató de avanzar con decisión, tal vez le quedara poco tiempo. Miró al suelo para no recibir el resplandor directo que lo hipnotizaba. Vio las piernas de su abuelo. Sus ronquidos estaban cerca. Subió un peldaño y levantó la cabeza. Lo tenía casi encima. Sus brazos estaban elevados, como si quisiera agarrarlo por los hombros. El contraluz lo llevó a otro nivel, mientras su abuelo bajaba los brazos.

Aquella paz momentánea no solo lo llenaba a él, sino que también hacía el mismo efecto en su abuelo infectado. Muerto, pensó. Podrían quedarse los dos solos contemplando la luz para siempre, solitarios, como habían estado hasta ahora. Sería un buen final. Antes de despegarse por completo de su cuerpo, se acordó de la cicatriz, de su madre. Faltaba algo por hacer.

Necesitaba bajar, ver su cara y preservarla hasta la eternidad. Tal vez aún estaba a tiempo de que ella lo recordara. Se merecía ese reencuentro. Su cabeza dio las instrucciones para agarrar la estaca, pero su cuerpo no se movió. Su visión elevada, comenzaba a balancearse.

Miró de frente a su abuelo. Detrás de aquella mirada perdida, estaban los silbidos de la noche anterior, la lluvia golpeando a unos centímetros de su cabeza y las astillas de madera. Lo odió con todas sus fuerzas. La mente se acopló a su cuerpo de manera violenta. Se mareó y, cuando fue consciente del rugido del viejo, este ya había avanzado hacia él, con los brazos levantados, con más rabia que antes, dispuesto a destrozarlo.

Izan apoyó un pie en el primer peldaño, giró su muñeca y levantó la estaca. Esperó a que su abuelo llegara al borde de la escalera y, cuando estaba a punto de abalanzarse, hizo fuerza en el pie que apoyaba en tierra e, impulsándose con el otro, inclinó su cuerpo hacia él, dirigiendo la punta de la estaca hacia su cabeza.

La clavó en la entrada en la garganta. La punta salió por el lado trasero del cráneo, como si hubiera partido cartón. No hubo lamentos, ni quejidos. El gorgoteo cesó al instante. En la caída, la punta de la estaca golpeó el suelo y abrió en el cráneo un agujero más grande. El chico lo miró, pero no experimentó sentimiento alguno. No quiso levantar la vista, temió ver la luz dorada y quedar en paz para siempre. Un charco negro se formó bajo la cabeza del anciano. Le faltaba una cosa por hacer.

Entró en casa, mareado, y se detuvo en el pasillo. La luz del atardecer no le daba en la cara, pero la claridad era diferente. Vio trozos de madera en el suelo y pequeñas virutas por todas partes. Los travesaños del techo se conservaban intactos en parte de la estructura, pero la tablilla había desaparecido en gran proporción. No quería ver el estado de su habitación. La luz del sol entraba por allí y percibía cómo su mente se elevaba con facilidad. Le costaba aplacarla. Sin

saber de cuánto tiempo disponía, no mucho, pensó, cogió la azada tirada, al lado del charco de sangre. Cruzó la puerta, destrozada, de acceso al sótano y bajó las escaleras sin importarle despertar a alguna bestia.

A mitad de la escalera se asomó y halló a su madre atada, con los pelos delante de la cara, moviendo levemente su cabeza y mirando la luz de los pequeños ventanucos. Apretó la azada entre sus manos y bajó lentamente los últimos peldaños.

La madera era su vínculo de conexión con el mundo real. El dolor en sus costillas era soportable. Buscó la cicatriz en su mano izquierda, pero tenía las palmas hacia arriba. Ella emitía un gorgoteo similar al de su abuelo. El cuerpo de Izan respondía con lentitud a las órdenes que emanaban de su cerebro. Tal vez le quedara poco. Se situó a un metro y quiso agacharse, pero su cuerpo no respondía.

Su madre buscaba la luz del ventanuco, por lo que giró su mirada hacia allí. La claridad de la paz, de nuevo. Entendió que su tiempo se había terminado, no podía seguir intentándolo.

De pronto algo tiró de su mente hacia atrás. Tal vez ella, pensó. Tenía que hacerlo. Apartar su pelo y ver su cara por última vez. Necesitaba recuperar aquel recuerdo difuminado.

Su cuerpo se tambaleaba de manera casi inapreciable. Miró a su madre, en silencio; la poca tela que quedaba de su ropa y la piel ennegrecida, llena de heridas abiertas, algunas supurando un líquido negruzco. Magullada como si se hubiera caído por el acantilado, recordó a su abuelo, la calamidad que había hecho con su madre. La rabia volvió a su cabeza y se alegró de haber acabado con él. Ella se sacudió tensándose hacia adelante, inclinando sus muñecas, y pudo ver su cicatriz.

El sobresalto hizo que Izan retrocediera unos pasos, llegándole un dolor agudo y dejándolo sin respiración. Su madre se dejó caer y, en una segunda sacudida, se tensó tanto que pensó que rompería sus brazos. La infectada sacudió la cabeza y el pelo se apartó. Aquella cara, destrozada por completo, le resultaba completamente desconocida.

Sus labios habían desaparecido, de sus ojos colgaban unas bolsas de piel que agrandaban sus cuencas. Uno de ellos parecía haber extendido su iris a todo el contorno, mientras que el otro, hundido, era gelatinoso y translúcido. Su madre enseñaba algunos de sus dientes; otros ya no estaban, formaban parte del hueso entre unas encías que apenas existían. Sus gestos violentos indicaban que quería acabar con él.

Su gorgoteo se transformó en un grito ahogado. No era justo encontrarla en tal estado. No se merecía ese final, ni por él, ni por ella. Agarró fuerte la azada y tomó la decisión antes de que terminara su tiempo.

Se situó cerca de su cara. Ella se sacudía y rugía sin parar. Puso la azada en vertical y levantó sus brazos. Esperó a que cesaran las sacudidas. Cuando ella emitió un grito ahogado, enseñando su negra lengua, bajó el hierro con todas sus fuerzas y le aplastó el cráneo.

Se hizo el silencio. Izan agradeció aquella calma repentina y no sintió pena. Cerró los ojos. Su alma seguía en él. El dolor en las costillas lo arañaba como alfileres por dentro. No quiso abrirlos por miedo a encontrarse con la luz amarilla.

Galicia. Costa norte de España. Invierno. Fecha sin determinar.

Los días en invierno eran demasiado cortos. Muchas horas en la cama sin hacer nada. Samuel se levantó en la oscuridad hasta tocar la pared. Salió al pasillo y se dirigió al sótano. Apoyó la cabeza en la puerta y escuchó en silencio. Echó la mano a la llave de su bolsillo. Una añoranza llegó desde el pasado a su cabeza. Mejor habría sido una botella de whisky, pero ya no le quedaban desde hacía mucho tiempo. Giró la llave y abrió la puerta. Un intenso aire cálido entró en sus pulmones. Le gustaba aquella sensación. Se dio la vuelta y fue a por cerillas.

Capítulo 14

1

Entreabrió los ojos con cuidado. La cara de su madre era hueso hundido con pelo y vísceras negras. No quedaba rastro de ella. Ojalá se fuera en paz adonde quiera que fuera. Mejor sería marcharse con ella, pensó. No quería vagar hacia la luz durante años, tal vez décadas, hasta que su cuerpo se consumiera por agotamiento puro o por el tiempo.

Necesitaba salir, subir y buscar un suicidio rápido antes de que se completara su transformación. El acantilado podría ser la solución. Existían rocas a las que asomarse y caer en un descenso de muchos metros que acabase con su vida antes de que la infección lo consumiera.

Guardó silencio, intentando controlar su aliento entrecortado. Le dolía respirar. Se fijó en la luz, nada pacificadora. No había rastro del extraño brillo que lo había absorbido. Era el momento de regresar, pero oyó de nuevo un leve gorgoteo. Miró a su madre y soltó la azada. El sonido del palo resonó fuerte en el sótano.

Se quedó escuchando y descubrió que provenía de las penumbras del fondo, donde se apilaban cajas de cartón. Se agachó y recuperó su arma. Avanzó rodeando el cuerpo de su madre. El ronroneo era un motor imparable.

Cogió su azada por la base, sin importarle ensuciar sus manos con restos de vísceras. Introdujo el palo del mango por la grieta que había entre cuatro de las cajas. Se encontró con algo blando, pero consistente. Seguramente otra caja. El gorgoteo seguía allí. Había alguien más. Tenía que salir, acabar con aquel dolor en el costado, irse antes de que la infección lo comiera por dentro. Sintió miedo. Sus manos no temblaban. Nunca tuvo enfermedad alguna, como le hizo creer el anciano, sino tan solo un efecto del somnífero que consumió toda su vida.

A su mente vinieron ideas lúcidas, imágenes de la noche anterior. Recordó la lluvia en el tejado, cada hachazo que su abuelo daba desde abajo. Lo odió de nuevo. Lo había engañado y había otro zombi tras las cajas. Miró los ventanucos. La luz grisácea elevaba su intensidad y el dolor en su costado remitía. Podría quedarse en ese estado durante años. Sentía paz y, tarde o temprano, se moriría igual.

Recordó el cuaderno. Aún no estaba todo perdido, algo habría allí afuera, tras las estacas. Necesitaba saber qué escondía aquel anciano loco.

Se agarró a una de las cajas de arriba con su brazo sano y, aunque su costado se resintió, se colgó en él para que saliera de la parte superior. La caja cayó casi encima de él, rebotó y expandió su contenido sobre su madre muerta. No era más que ropa vieja. De aquellas cajas sacaba el anciano las prendas con las que se habían vestido todos esos años. Cogió la siguiente, a la altura de su pecho, y la arrancó de su posición.

Gritó con todas sus fuerzas, algo en su interior se había desgarrado con el esfuerzo. Su cabeza se fue durante unos momentos, como si perdiera el conocimiento, pero volvió en sí mismo y recuperó su agitada respiración. Trató de escuchar el gorgoteo, aunque no pudo oír nada más que su acelerado respirar.

Cogió la azada con las dos manos y la introdujo entre las cajas que habían quedado al descubierto. Golpeó el fondo contra lo que se había encontrado. Era madera. Se quedó en silencio, conteniendo la respiración para escuchar el gorgoteo. Había remitido.

De pronto, uno de aquellos alaridos del averno estalló en el silencio.

Cuando sonó el segundo berrido, Izan había retirado casi dos columnas de la primera fila de cajas. Lo había hecho lentamente, siendo lo más silencioso posible. Se quedó mirando la estructura, las cajas que había desplazado. Parte de la ropa estaba por el suelo, sobre el cuerpo inerte de su madre.

Se agachó con dificultad y cogió varias chaquetas de punto que estaban a la vista. Las extendió a lo largo del cadáver de su madre. Con respeto la tapó despacio, comenzando por su parte más irreconocible, la cabeza.

Tanteó su fuerza para derribar la segunda fila de las cajas. Percibió el dolor lejano en sus costillas. Cerró los ojos y su mente se elevó hacia la paz. Los abrió para recuperar el sentido y dejar a un lado el extraño mareo.

La luz que entraba era cálida, el sótano se había teñido de dorado. Recuperó la imagen de su abuelo intentando acabar con él, el sentimiento de injusticia. No se merecía morir sin ver el mundo que se abría tras las estacas, más allá del pueblo. La casa no había sido su salvación, sino una cárcel perpetua. La luz había desaparecido y la penumbra se apoderaba del lugar.

Dio un paso al frente y se agarró a la caja más alta. Tras otro calambrazo agudo, la descolgó y la dejó caer sin cuidado, víctima de un dolor que lo desplazaba a otra dimensión. Cuando recuperó el aliento, enderezó su cuerpo, relajó su respiración y oyó de nuevo el gorgoteo, ahora más fuerte. Casi un rugido.

Cogió la azada, empujó con las pocas fuerzas que tenía y atravesó el cartón. Con la holgura de su interior, manejó la madera haciendo de palanca y empujando para que esta cayera sobre la esquina de la anterior, desparramando alguna ropa.

Tenía ante sí las tablas que conformaban aquella estructura donde habitaba algún monstruo infectado. Distinguió que las maderas habían sido colocadas en sentido horizontal. En la penumbra vio un cerrojo. Estaba echado, de él partía una grieta vertical que dibujaba una puerta.

Esta se abría hacia dentro, pero se aseguró de que el cerrojo fuera consistente y no pudiera abrirse. Agotado, respiraba por la boca y su cabeza se elevaba visionando una luz más clara. Luchó por recuperar el dolor, la rabia y el odio que lo mantenían con los pies en el suelo, dando órdenes a un cuerpo que respondía con dificultad. Tenía que arrancar otra caja más.

Apoyó la azada en el suelo y se inclinó sobre ella, descansando de manera que relajara los músculos. Inhaló aire profundamente. Lo hizo despacio y, cuando sus pulmones estaban a media capacidad, el dolor se hizo agudo e insoportable. Ese movimiento le permitiría volver a su cuerpo si se le iba la cabeza.

El gorgoteo no era constante, se elevaba. El zombi parecía ansioso por su liberación. Avanzó dos pasos y agarró la siguiente caja a la altura de su tórax. La forzó y apalancó hacia delante con cuidado de no esforzarse demasiado. Mientras la iba balanceando, descubrió un plástico sujeto en la madera. Retiró la caja con impaciencia, con un quejido agudo de sus costillas.

A la vista quedó una bolsa transparente, atornillada en sus cuatro esquinas a aquella madera. En su interior, un papel escrito. Estiró su mano y, en el instante en que rozó el plástico, un nuevo alarido lo sobresaltó. En un acto reflejo, retrocedió y se cayó de espaldas encima de las cajas y de la ropa. Su cabeza dio contra el suelo después de resbalar sobre su madre.

Se mareó y su mente comenzó a ascender. El techo recuperaba luz y, sin mediar más pensamiento, infló sus pulmones todo lo que pudo. El dolor volvió y recuperó el control de su cuerpo. Oyó otro alarido en la lejanía. Al límite de su consciencia, luchaba por no desmayarse ni perder el control de su cuerpo.

No fue capaz de ponerse en pie. Gateando, rodeó el cuerpo de su madre y se hizo sitio hasta

llegar a la pila de cajas que no había derrumbado. Agarrándose y aprovechando su estructura blanda, consiguió erguirse. Pudo recuperar la azada sin apenas agacharse.

Se acercó a la puerta. Observó el plástico y el sonido que provenía de dentro. Estiró la mano y lo arrancó de la puerta. Se dirigió al centro del sótano, donde la luz gris del atardecer iluminaría aquellas letras.

Se sentó con la ayuda de su azada, usada como bastón, y levantó el papel hacia la luz. Las primeras palabras centrifugaron en su cabeza: *"Aquí descansa mi hija Leonor"*. Infló sus pulmones y recuperó la orientación.

"Aquí descansa mi hija Leonor.

Si has encontrado este lugar, será porque no te he matado antes. Quien quiera que seas y vengas de donde vengas, ten en cuenta que en mi hija está la esperanza de nuestra especie. Lleva años infectada, pero se conserva casi intacta desde su transformación. En ocasiones, creo que hasta me reconoce. No es una infectada cualquiera. Debes cuidarla, por tu bien, por el de todos. Mantenla en la oscuridad. Lejos de la luz se conservará mejor y estará más tranquila, imperturbable.

Se ha mantenido en buen estado gracias a las transfusiones de sangre de un chico, infectado también, que se conserva sin desarrollar la enfermedad gracias a la sangre que le he transferido. He probado múltiples combinaciones con otra infectada, madre del chico, pero no ha funcionado. Solo funciona con la sangre de un anciano infectado al que no se le desarrollará la enfermedad, manteniendo a un joven que entrega su sangre vigorosa a mi hija infectada. He ahí el secreto de nuestra salvación.

Los infectados todavía pueden ser salvados. Solo me falta encontrar el último paso, la última solución para su recuperación definitiva. Cuida de ella, no encontrarás ningún otro infectado con estas características. Debes salvarla.

Samuel"

Izan apenas pudo retener el último párrafo. Su respiración comenzó a agitarse, rezumaba sensaciones de incredulidad. Su cabeza daba vueltas, sus creencias se derrumbaban. Su vida, un engaño en su totalidad. Ni el anciano era su abuelo ni estaba siendo educado para la supervivencia. Aquella infectada escondida, su hija, merecía la muerte como venganza a los actos del viejo. Apretó los dientes con rabia y gritó con todas sus fuerzas. Casi en el mismo instante, un alarido salió del interior de la caseta.

Se levantó apoyándose en la azada y fue hacia la puerta. Bordeó a su madre sin prestarle atención y, cuando llegó frente a las tablas de madera, las golpeó. Dentro, sonaron tres alaridos consecutivos. Se detuvo y miró el cerrojo. Sintió miedo, tal vez no se mereciera salir de allí. Al fin y al cabo, ya no podría seguir beneficiándose de su sangre. Quizá fuera su mejor final, largos días de angustia sin esperanza de vida, ni de muerte.

Sintió que estaba ante la decisión adecuada. Comenzó a elevarse, mirando al cerrojo. No podía acabar aún, tenía que salir de aquel lugar. Quiso despedirse del mar y lanzarse a él por última vez.

No fue capaz de llenar sus pulmones, el dolor lo percibía lejos. Recuperó el sentimiento de

odio; sin embargo, notaba su final cerca y necesitaba paz. Oyó el gorgoteo y su subconsciente optó por una última batalla.

Aterrizó de nuevo y, sin saber cómo, su brazo se estiró y abrió el cerrojo. Agarró su arma y empujó la puerta hacia dentro. No se abrió. Algo la sujetaba en la parte baja. Clavó el instrumento en el viejo cartón de la siguiente caja y, apalancándola con cuidado de no abrir las heridas de sus costillas, la deslizó hasta caerse. Otro cerrojo quedó a la vista. Puso la mano encima del hierro, miró hacia atrás y estudió su canal de huida. Lo accionó, apoyó la azada en la puerta y la abrió.

Apoyándose en ella, regresando penosamente, con dolores agudos en su costado, entre la penumbra gris y golpeando el suelo con su lanza a cada paso, llegó hasta el centro del sótano. Miró al hueco de la puerta. La oscuridad era total. La luz que entraba por los ventanucos estaba más difuminada. Las nubes habían tapado el sol y aumentado la penumbra.

Se dio cuenta de que estaba en el punto más visible. Miró el suelo y retrocedió, hacia las escaleras. Cuando levantó la vista, ella ya estaba allí. En cuclillas, encima del cuerpo de su madre. Entre la ropa, camuflada.

Su pelo cubría casi todo su cuerpo, acurrucado. Llevaba una blusa púrpura. Tenía la apariencia de una niña. Estaba mirando a la luz cuando su gorgoteo se transformó en un rugido. Su cara parecía intacta. Sus mofletes eran carnosos y, aunque las sombras no le dejaban ver sus ojos, percibió que pestañeaban en un movimiento innato que la dotaba de naturalidad.

Poco a poco bajó el ritmo de su respiración, maravillada ante la luz, absorta totalmente. Es posible que todavía sea medio humana, pensó. Salió de su letargo cuando Izan dejó su cuerpo al descubierto. Emitió su alarido infernal, inclinándose hacia él. No tenía dientes. Sus ojos hundidos en sus oscuras cuencas irradiaban más odio del que desprendía su abuelo la noche anterior.

Agarró fuerte su azada y se preparó para cualquier reacción. Tenía la cabeza en su sitio y no permitiría que se le fuera a ninguna parte. Se miraron. Ella, retorciendo la inclinación de la cabeza y estirando el cuello. Él, agazapado y atento. Se hizo el silencio. Ni gorgoteo ni respiración.

Cuando Izan estaba a punto de gritar para responder al reto con autoridad, ella se lanzó hacia adelante con un salto y una agilidad fuera de lo común. El brinco la había llevado hasta la mitad del camino y había dado dos pasos rápidos antes de que Izan pudiera darse cuenta, asustado.

Todo había transcurrido en un par de segundos, no había tenido tiempo de prepararse. Pestañeó, y cuando sus párpados se abrieron, ella ya se había abalanzado sobre él con los brazos extendidos hacia su cabeza.

De pronto, todo se ralentizó. No tenía escapatoria, solo le quedaba aceptar el final. En ese segundo, se declaró inocente de la vida que había tenido. Se liberó de culpa, dejó de arrepentirse, perdonó al viejo que se hizo pasar por su abuelo y se indultó a sí mismo. Relajó los músculos en su caída y se rindió.

Cuando su cuerpo golpeó el suelo, no sintió dolor. Una luz dorada inundaba el habitáculo. La luz se había impuesto a la penumbra. Apenas sintió el peso de ella y cerró los ojos. Su mente se elevó unos centímetros. No oía ningún rugido, ningún gorgoteo, solo paz. Leonor se había dado la vuelta y gateaba hacia el centro del sótano, mirando el ventanuco.

La transformación había llegado a su final. Allí se quedaría, maravillándose ante aquella sensación de tranquilidad, perdón y paz. Vio su cuerpo tendido y quiso volver a él para ir con ella, juntos, hacia la luz.

Galicia. Costa norte de España. Verano. Fecha sin determinar.

El calor era insoportable en el interior de la casa. Izan había entrado para recuperar un libro de ciencia ficción. Juraría haberlo visto entre los primeros del montón, pegado a la vieja estantería. El sudor le picaba y no soportaba estar un segundo más allí dentro.

Se fijó en las gafas de sol que descansaban en el estante superior. Inalcanzables para su estatura. No recordaba cómo habían llegado hasta allí. Sería cosa de su abuelo, en uno de sus saqueos en el pueblo en busca de suministros y herramientas para subsistir.

Recordaba vérselas puestas a su madre, trabajando con ellas en el huerto. No había querido usarlas desde que falleció. Como si todavía le perteneciesen. Una parte suya a la que respetar. Tenía la sensación de que si se las ponía, perderían toda la magia de su propiedad. Era como tener un pedazo de ella, acompañándole cada noche.

Ahora estaban a la altura de su mano. Se dio cuenta de lo que había crecido en los últimos meses, pues siempre habían estado fuera de su alcance. Las miró y decidió salir de aquel calor insoportable, buscando la frescura del porche.

Capítulo 15

1

Su cuerpo no se movía, aunque poco le importaba. La luz lo había alejado de su vida anterior, ahora tenía que disfrutar de la experiencia. Ella estaba en cuclillas, mirando la claridad. Se acercó, mientras él seguía tendido, y vio su cara bañada de un resplandor dorado. Su pelo castaño claro, sus ojos verdes, sus labios rosa y su seguridad, la sonrisa en su boca. Su aspecto de cuando era humana, joven y resplandeciente. Así debí de ser yo. Él me privó de felicidad desde mi nacimiento y le privó a ella de la suya tras su infección.

Resurgió el sentimiento de rencor. Cerró los ojos y, al abrirlos, la belleza de la chica se había esfumado. El gorgoteo salía de su boca oscura y sus ojos negros de pupila translúcida, hundidos en el hueso, se movían inquietos. Se miró a sí mismo, tirado en el suelo. Nunca había estado tan lejos de su cuerpo.

Prestó atención y percibió el dolor, lejos. No estaba muerto todavía. Infló sus pulmones y el costado se resintió. Su cabeza volvió de manera violenta y retrocedió sobre sus manos, sintiendo cómo la infectada rugía de nuevo.

Leonor ya se había desplazado hacia él, pero la luz los mantenía a ambos a la distancia justa. Izan iniciaba su retroceso hacia las escaleras, calmando sus músculos y recuperando la visión dorada.

Reguló su respiración, llenando sus pulmones hasta el umbral del dolor soportable. Esto lo mantenía vivo y muerto a la vez. Cuando su inhalación alcanzaba el punto del suplicio, Leonor rugía con más fuerza y la luz dorada perdía intensidad. Cuando exhalaba, su visión quería elevarse y la chica se calmaba en un suave gorgoteo, inclinándose como si fuera a darse la vuelta.

Izan palpó el primer escalón hacia el piso superior. Vio el cuaderno que se le había caído la noche anterior, a dos palmos de su mano derecha. Leonor lo vigilaba con expresión impaciente. El contraluz que su cuerpo hacía contra el resplandor débil del atardecer contrastaba con el tiempo en que el sótano se llenaba de luz. Miró el ventanuco por detrás de ella y cerró los párpados. Su mente se elevó de inmediato y se mantuvo flotando.

Leonor calmó su expresión cuando el sótano adquirió un dorado suave. Se dio la vuelta y comenzó a andar con seguridad hacia la luz. Se detuvo en el centro y se despreocupó de cuanto la rodeaba. Izan regresó a su cuerpo y estiró su brazo hasta alcanzar el cuaderno. Lo guardó, en silencio, en su bolsillo de siempre. Cogió la azada y se levantó con dificultad, emitiendo un leve quejido. Ella no se inmutó y siguió mirando hacia la luz, balanceándose.

Izan puso el pie en el primer escalón y se impulsó para perderla de vista. A medida que subía, la impaciencia se volvía en su contra. Ella había cesado su balanceo y rugía.

Cerró sus ojos y percibió la claridad de la luz. Devolvió el iris a su posición normal, abriendo los párpados con suavidad. Subió otro escalón con calma, con un dolor sostenido y manejando sus emociones con cautela. Cuando llegó arriba, se paró a escuchar. El gorgoteo era débil.

2

Salió al pasillo y se asomó a su habitación. La cama estaba destrozada; la lanza, suspendida entre los travesaños del techo. Se sentía mareado. Su cabeza parecía centrifugarse, pero todavía controlaba la velocidad de las vueltas. La puesta de sol arreciaba entre nubes grises de agua. Su luz anaranjada, se doraba en ocasiones.

Elevó la azada y golpeó la lanza que se había quedado arriba. Con dos movimientos, esta cayó sobre la cama. Su punta estaba bastante afilada y era menos pesada.

Entró en la cocina, vio los barreños de agua. Intentó desprender su camiseta, sucia y negra por la herida. Le dolía, pero podía soportarlo cuando cerraba los ojos y miraba hacia arriba. Respiraba despacio. Arrancó sangre encallada en la abertura de su piel. Se arrodilló ante un barreño y se lavó la herida con cuidado. Quedó empapado.

Agradeció la sensación. Se acordó de que hacía unos minutos se había planteado suicidarse, tirándose al acantilado. Le quedaba un poco de tiempo y sabía lo que quería hacer.

La herida de su piel estaba desgarrada en unos doce centímetros. Sus bordes estaban algo ennegrecidos y comenzaba a sangrar otra vez. La carne parecía no querer unirse, el corte era profundo. Introdujo su dedo índice y un picor extremo le atravesó el cerebro. Cuando recuperó el aliento, Leonor estaba emitiendo un alarido interminable desde las tinieblas del sótano. Tranquila, pensó. Cerró los ojos, miró hacia arriba, se mareó y el grito cesó.

Metió su cabeza en el agua del barreño y notó el frescor en su sien, emulando la sensación en el mar. Se incorporó, rejuvenecido. Cogió una vieja jarra de cristal, la llenó y la dejó sobre la mesa.

Volvió al dormitorio. De la puerta del armario sacó una mochila, donde metió la escasa ropa que guardaba. Se puso las gafas de sol de la estantería y dirigió su mirada hacia la claridad. El sol se asomaba a punto de tocarse con el mar en el atardecer. La luz no se tornó dorada. Se las dejaría puestas hasta que oscureciese.

Se agachó y tomó del montón cuatro pequeños libros al azar, allí donde no estaban afectados por la polilla, el serrín y las astillas de madera. Salió al pasillo y buscó en el suelo el hacha. Estaba escondida, deseando ser empuñada una vez más.

La ató en la parte superior de su mochila y se la echó en el hombro sano. Entró en la cocina y agarró la jarra de agua. Salió de nuevo, pero se frenó en seco. Se quedó en silencio, escuchando y percibiendo el aroma de la casa. Cerró los ojos para respirarla por última vez. A pesar de sus gafas oscuras, una claridad le llegaba desde fuera. Deseó que el sol se metiera entre las aguas. La bestia del sótano podía ser muy peligrosa sin la luz tranquilizadora.

Levantó su mano izquierda en un gesto rutinario, sin percatarse de que lo estaba haciendo. No temblaba. Entonces se acordó de sus pastillas. No sabía hasta qué punto podría seguir necesiéndolas. Volvió a la cocina y metió un puñado de tabletas en su bolsillo. Palpó por inercia el cuaderno, con un tic similar al del anciano con la llave. Ahí guardaba el testimonio que le daría ánimos para continuar, la posibilidad de encontrar gente en otra parte.

Salió con la mochila colgada del hombro sano y una jarra de agua en el mismo brazo. Allí estaba el anciano tirado, con los sesos desparramados. Miró el mar, probablemente por última vez. Se maravilló de la puesta de sol que lo absorbía hacia la luz dorada y trató de retener en su memoria el paisaje. Sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia, dolor, compasión, rabia y perdón.

Se agachó y dejó todo en el suelo. Se quitó las gafas y secó sus lágrimas. Cuando recuperó la compostura, miró hacia el sur. Llegaba una brisa de lluvia. Llevaba ropa para eso. Luego observó la valla de estacas. No podía quedarse en aquella casa una noche más. Levantó la vista, hacia el este. Lo que vio lo dejó sin aliento. Cerró y abrió los ojos varias veces para limpiar su borrosa

visión. Venían hacia él. Balanceándose.

Galicia. Costa norte de España. Final del invierno. Fecha sin determinar.

En alguna de las tardes en las que la temperatura era agradable, Samuel pasaba el tiempo afilando estacas. Aquellas cuyo grosor era adecuado las agujereaba a la altura de la tercera parte de su longitud con sus herramientas de carpintero. Era un trabajo cuidadoso, pero le gustaba. Por allí introduciría un palo lo suficientemente resistente para que pudiera soportar el peso de sus pies cuando lo clavara en la tierra. De esa forma, la carga de su peso aseguraría que la estaca quedara clavada al menos a un tercio de profundidad. Estas eran las mejores, las más afiladas, porque no había que golpearlas en sus extremos para enterrarlas.

Capítulo 16

1

Recogió sus pertenencias. Mochila al hombro, vara en la mano de su brazo herido, jarra de cristal en la otra. Avanzó hacia las estacas y buscó la salida. Metió la pierna derecha entre ellas y ladeó su cuerpo. Algunas rasgaron su piel a la altura del estómago. Su pie tropezó con algo, una raíz, una estaca tal vez. A punto estuvo de perder el equilibrio y caer sobre ellas, atravesado por su propia trampa. Habría sido una manera lamentable de terminar, pensó.

Necesitaba equilibrio. Se detuvo tras recorrer un tercio del ancho que abordaban las lanzas. Serenó su respiración y nerviosismo. A unos cincuenta metros, un pelotón de zombis avanzaba lento hacia él, balanceándose en un gorgoteo masivo.

Clavó su lanza en el suelo y bebió el agua de la jarra hasta la mitad. Abarcaban casi todo el ancho del campo y seguían llegando por la vieja carretera, desde el norte. Los mismos con los que se había encontrado en el pueblo regresaban ahora, trastabillando en su débil paso, pero seguros y constantes en el balanceo.

Bebió más agua, aunque su cuerpo no lo admitiera. Se atragantó y tosió con fuerza, escupiendo chorros para coger aire. Una de las estacas quedaba a unos centímetros de su pecho. Se agarró a la vara y enderezó la espalda. Sus costillas se resintieron y un dolor intenso bañó sus entrañas.

Cuando dejó de apretar los dientes, el dolor remitió. El gorgoteo era ahora un rugido. Caminaban más rápido, los tenía muy cerca.

Enganchó el asa de la jarra, en forma de “L” inversa, en una trabilla de su pantalón. La dejó descolgada, sin esperanza de que siguiera allí mucho tiempo. Desclavó la vara y empezó a retroceder, guiándose por el camino abierto que intuía a medida que avanzaba, sin perderlos de vista. Estiraba su pierna hasta donde le llegaba, antes de mover el resto del cuerpo. Estaba asustado, consciente de que eso no calmaba a aquella muchedumbre.

Intentó tranquilizarse. Todavía disponía de unos segundos antes de que los primeros zombis probaran la resistencia de su frontera. Cerró los ojos y respiró hasta notar el dolor. Soltó aire y, con los párpados cerrados, miró hacia arriba. Un alarido sonó detrás de él. Abrió los ojos de inmediato y giró su cuello. Allí estaba ella, con su pelo enorme agitado por el viento, moviéndose encorvada desde el porche.

Los demás zombis se agitaron y rugieron en una oleada de odio que intimidó a las montañas. Algunos avanzaban unos pasos, otros quedaban enganchados en la primera estaca. Los de atrás empujaron a los primeros, forzando la madera y desclavándola del suelo. Caían unos sobre otros.

Ella estaba allí, a dos metros, sonriendo. El sobresalto hizo retroceder a Izan hacia el centro de las estacas, cerca del pelotón. Levantó su lanza y gritó. Ella lo retó con otro alarido insoportable. Dirigió la lanza hacia Leonor e intentó clavársela en la cabeza, pero la esquivó con una rapidez asombrosa.

Le quedaba una opción de salvación: dirigir su vista a la luz y dejar que su mente volara. Otro aullido ensordecedor lo despistó. Detrás percibía el aliento de la muchedumbre putrefacta, que se apelonaba y destrozaba las estacas, aun a costa de quedarse clavados. Miró hacia la luz, pero ella se abalanzó hacia él con fuerza, como si quisiera impedirselo. En su empuje, se clavó una estaca en el intestino. Lejos de recular, se inclinó con violencia hacia delante, de manera que

la lanza la atravesó por completo.

Entendió entonces por qué el anciano había dispuesto estacas en todas las direcciones. No se trataba de protegerse solo de los zombis de fuera, sino también de los de dentro.

Leonor estiró los brazos con la fuerza de una bestia. Eran violáceos y en ellos se percibía el tejido muscular de su etapa humana. Se había quedado encallada con la lanza, pero no tardaría en desatascarse. Izan vio a la marabunta a un metro de él, apisonando la madera y avanzando lento. Se vio perdido y volvió a rendirse.

Tenía que ser su final. Lo había intentado. Un mayúsculo imprevisto lo había privado de la libertad, quién sabe adónde hubiera llegado. Tal vez no mucho más lejos, como decía el anciano, pero más de lo que habría imaginado.

La mitad del sol se había escondido en el horizonte, entre nubes, rebosando algún rayo vespertino. Ella gritó, inclinándose a unos centímetros de su cara. Izan decidió morir en paz. Se había perdonado y, además, se sentía orgulloso. Le quedaba disfrutar de su último atardecer.

Cuando notó los primeros arañazos por detrás, ya era inmune al rugido general y a los gritos de Leonor. Su cabeza se había elevado hacia la dorada puesta de sol. Recordó sus baños en el mar, con su madre. Habían sido los momentos más felices de su vida, más felices de los que habría tenido lejos de allí. Dio gracias por su tiempo vivido. Se quedó contemplando la luz, tranquilo, sin esperar nada.

Galicia. Costa norte de España. Final del verano. Fecha sin determinar.

Samuel se notaba descansado. Acababa de cruzar las estacas y el sol todavía no había salido tras la montaña. Se había asegurado de que el chiquillo seguía durmiendo, como mínimo un par de horas más. Aseguró la ballesta a su hombro y agarró fuerte su lanza. Apuró el paso hacia el pueblo. Sabía que al final de la calle principal había una vieja tienda en la que podría encontrar cuerda. Allí acabó con cinco zombis que lo habían sorprendido un tiempo atrás. No le quedaron ganas de volver a entrar, pero necesitaba asegurar bien la estructura del invernadero, lo que sería fundamental para su supervivencia en invierno.

Capítulo 17

1

El sol se desplazó lentamente hasta meterse en el mar. La luz dorada se diluía. Izan salía de aquel trance. Consciente de que estaba mareado, elevó su visión un metro por encima de su cuerpo. No sabía dónde había estado ni cuánto tiempo había transcurrido. Leonor había caído y se dirigía hacia el mar. El enjambre se balanceaba de manera obsesiva. Se miró a sí mismo y vio que estaba haciendo lo mismo.

Se percató de la herida en su costado y de la jarra, que no se había caído todavía. Intentó coger aire, pero estaba muy lejos de su cuerpo, no podía conectar con él. El abuelo estaba tendido en el porche. Intentó recordar lo ocurrido y vinieron imágenes de la noche anterior, pero su perdón había trascendido y no sentía el odio suficiente para descender a su cuerpo.

Recordó las tardes pasadas en el porche, con el terco anciano, que lo había engañado un día tras otro. Llegaron a su mente el tocadiscos y las canciones que se había aprendido de memoria. Recordó que una extraña voz lo llamaba desde el más allá, cuando lo giraba al revés:

“Hello, how are you? Fine, fine, because I know that The Lord is coming soon. Coming! Coming soon!”

“Hola ¿cómo estas? Bien, bien, porque sé que el Señor vendrá pronto.”

Recordó la sensación que le suscitaba cada palabra. Cerró sus ojos y, en la oscuridad, miró hacia abajo. Sintió vértigo y regresó a su cuerpo, sin esfuerzo. Cuando los abrió, oyó el gorgoteo de la muchedumbre. La luz era dorada; el dolor en su costado, leve. Todavía tenía la lanza en la mano. Caminó con cuidado hacia ellos, todos abducidos por la luz.

Cuando alcanzó al primero, tendido en el suelo, lo pisó. Siguió su avance sobre los infectados. Tropezó una y otra vez; se levantó otras tantas, procurando no mirar a aquellos seres, quien quiera que fueran. No pudo evitar pararse en algunos y preguntarse quiénes habrían sido. Cuántas cosas se había perdido fuera de la frontera de las estacas.

Superó el montón de zombis que se apelonaban en la barrera de estacas y, subiéndose a ellos, se puso en pie y recuperó su vara. En su rostro caían las primeras gotas de lluvia. Se tropezó con una mujer a la que le faltaba un brazo del que colgaban unos hilos negros. Miró a los demás: algunos sin facciones, otros con heridas de mordeduras, otros intactos. Gorgoteando, miró al horizonte. La claridad se diluía en su propio dorado. Su cabeza se elevaba.

Miró la casa, su único hogar, y dudó si marcharse. A lo lejos vio el cadáver tendido de su abuelo. No, no lo era, pensó con rabia. Su mente aterrizó de nuevo en su cuerpo y el gorgoteo de su alrededor subió de nivel. Estaba rodeado de zombis. El olor era insoportable, él mismo se había embadurnado de vísceras y restos de seres humanos podridos.

Una arcada le vino desde el fondo del estómago. Se encartó en un acto reflejo y vomitó gran parte del agua que había bebido. Ese gesto hizo que su costado se resintiera y una punzada de dolor recorriera su espina dorsal.

Oyó un rugido a su izquierda. Un infectado trastabillaba hacia él, emitiendo un grito afónico. Cerró los ojos y miró hacia arriba. El ruido cesó de inmediato. Abrió los ojos, ligeramente

desplazado fuera de sí. El hombre que se dirigía hacia él podría haber sido un ejecutivo, como los que se contaban en los libros. Llevaba una chaqueta deshilachada y pegajosa. Su cabeza estaba arañada como si lo hubieran puesto al revés y arrastrado por una alfombra de cristales.

Descubrió que su cuerpo respondía a sus órdenes, a pesar de encontrarse algo separado de él. Agarró su lanza, la levantó e introdujo la punta por debajo de la mandíbula del ejecutivo, atravesando su cabeza. La retiró y el infectado cayó desplomado, sin siquiera un quejido.

Puso su mochila al hombro, el dolor volvía a ser leve. Había encontrado el punto exacto en el que su alma se elevaba a una altura idónea para mover su cuerpo. La claridad del sol empezaba a desaparecer, conservando un precioso dorado que se mezclaba con los tonos oscuros de la noche.

Se alejó de allí antes de que la claridad desapareciese y los infectados volvieran a su descontrol. Se tropezó con la jarra, que se le habría caído en algún momento. El cristal estalló en trozos grandes. Se agachó y cogió el más pequeño, un triángulo como la palma de su mano. Miró atrás y distinguió a Leonor. Caminaba balanceándose hacia el acantilado, con una estaca clavada de lado a lado. Los demás se contoneaban en la misma dirección, muy despacio.

Las nubes casi ocupaban el cielo, solo una línea en el horizonte se mantenía con luz. Caía una llovizna suave. No había tiempo para más. Comenzó a andar en dirección contraria, hacia el este, hacia la carretera que llevaba al pueblo. Allí pasaría la primera noche de su nueva vida, sin saber si alcanzaría el siguiente amanecer. Se acordó de sus pastillas e intuyó que sí podría.

Apoyándose en su vara, casi sin dolor, con su cabeza a una altura de unos diez centímetros superior a su visión ordinaria, caminó esquivando a cada zombi, menos numerosos a medida que se alejaba de allí.

2

La lluvia era más intensa cuando llegó a la vieja carretera, donde las hierbas apenas crecían. No tenía frío ni dolor. Los zombis volvían del norte y él iría hacia el sur.

Miró su casa por última vez, invadida por una muchedumbre de infectados. Se apelotonaban al borde del acantilado, en los últimos resplandores dorados del día.

Llegaría al pueblo antes de la plena oscuridad. Al norte avistó a tres rezagados; un chico más bajo que él, que cojeaba de manera notoria, un hombre con unos pantalones cortos y las piernas en llagas. Y una chica. La identificó de inmediato.

Nikki regresaba movida por las mismas ansias que la muchedumbre. Se había maravillado por la luz y venía la última. Era diferente a los demás.

Ahora que podía caminar entre ellos, quiso verla más de cerca, comprobar si la belleza de la que se había prendado respondía a la lógica o carecía de sentido.

El agua de la lluvia había empapado sus ropas. El pelo de Nikki caía sobre sus hombros. Cuando se acercó, su aspecto no era el esperado. Tenía la misma mirada perdida del resto y no conservaba rastro alguno de la complicidad que le sedujo.

Caminaba balanceándose más lento que los demás. No parecía importarle llegar la última, no se impacientaba por ir hacia la luz. En el punto en el que todos giraban hacia la puesta de sol, Nikki permanecía en su dirección.

Izan cerró sus ojos y elevó su mente unos centímetros más, para asegurarse de que pasaría desapercibido. Sin embargo, se la encontró de frente, mirándolo fijamente con los ojos muy abiertos. Eran oscuros e intensos, desbordando una mirada emocionada de esperanza. Se detuvo y admiró su belleza, la frente redonda de color canela, los labios carnosos y marcados que

esbozaban una leve sonrisa. Sus miradas se comunicaron durante más tiempo que nunca.

Quiso extenderle la mano, pero su cuerpo no respondía. Se vio a sí mismo balanceándose. Quiso hablarle, pero no pudo. Ninguno de los dos podía hacer más que mirarse. La lluvia caía de manera intensa. Pensó en regresar al pueblo, no sabía cómo sería su siguiente noche, si la luz brillaría dorada o no existiría. Recordó sus pastillas.

Aquel lugar, aquel momento, aquella circunstancia no eran seguros para él. Su abuelo parecía susurrarle al oído que evitara cualquier riesgo fuera de la frontera de las estacas, que se largara de allí.

Miró al horizonte y descubrió cómo era la luz de la noche en su estado zombi. El cielo se había tornado púrpura y la lluvia le trajo la última canción del disco que tanto giraba y giraba:

*I never meant 2 cause u any sorrow
I never meant 2 cause u any pain
I only wanted 2 one time see u laughing
I only wanted 2 see u laughing in the purple rain*

*Nunca quise causarte ninguna pena
nunca quise causarte ningún dolor
solo quise verte reír alguna vez
solo quise verte reír en la lluvia púrpura*

Escuchó la canción en su mente mientras se observaban. Cuando cesó la última nota, el sonido de la lluvia lo devolvió a la realidad. Aquel paraje púrpura debía desvanecerse o pronto dejaría de moverse.

Cerró los ojos y regresó a su cuerpo. Una lágrima caía por su mejilla. Cuando los abrió, Nikki estaba balanceándose a diez metros. Con los ojos hundidos en su cara, sin rastro de su belleza, en un paisaje sin púrpura, más lágrimas brotaron y nublaron su vista.

Se dio la vuelta para quedarse con su lado bello. No quiso volver a verla, ni siquiera para despedirse. Apretó el paso todo lo que su cojera le permitía, apoyándose en su vara, sin mirar atrás.

La lluvia se derramaba, constante, templada. Llegaba poca luz cuando alcanzó el punto del autobús, desde donde ya no podría ver su casa ni a ningún zombi.

Entonces la distinguió entre las sombras. Nikki no había caminado con los demás. Lo estaba siguiendo. Apoyó su espalda contra el lateral del autobús, luego su cabeza. Miró hacia arriba, abrió la boca. Cuando recuperó parte de su dolor, la lluvia entró en su cuerpo. Aun así, se sintió bien y sonrió.

Había estado sujetando en su mano el trozo de cristal. Lo observó en la palma y volvió a sonreír. Se dio la vuelta y, contra la chapa musgosa del autobús, comenzó a rascar para dibujar unas letras. Cuando terminó su mensaje, extenuado de dolor, Nikki se había acercado mucho y rugía.

Izan comenzó a andar hacia el pueblo, observando su mensaje desde la lejanía. Allí quedaba escrito, esperaba que para un buen tiempo:

*No mates a los zombis.
Uno de ellos podría ser yo,
y sé cómo salvarte.
Izan*

Encaró el pueblo que percibía a lo lejos. El rugido de Nikki quedó atrás y el sonido de la lluvia recobró protagonismo.

*I know times r changing
it's time we all reached out 4 something new
that means u 2
u say u want a leader
but u can't seem 2 make up your mind
I think u better close it
And let me guide u 2 the purple rain^[6]*

*sé que los tiempos cambian
es momento de que todos empecemos a buscar algo nuevo
eso te incluye a ti
dijiste que querías un líder
pero no parece que ordenes tus pensamientos
pienso que simplemente debes terminarlo
y dejarme que te guíe hacia la lluvia púrpura.*

FIN

Nota del autor

Comencé a escribir esta historia hace unos cinco años. En ella, el problema del cambio climático se reflejaba de manera más significativa. Era un thriller con una trama diferente y con más personajes, donde se mezclaban política, milicia, sentimientos y desamores. Demasiado para cuando escribes sin brújula. Dos años después, encontré un mapa para esta historia: Samuel, Izan y la casa es lo único que se conserva en esta novela de aquel primer borrador.

Quiero dar las gracias a Rafael Pontes Velasco. Poeta y escritor, gran amigo, de los de verdad, de los que puedes confiar tus secretos. A veces bromeamos con que yo soy Prince y él Clare Fischer, nuestras razones tenemos. Sin embargo, Rafa ha sido mucho más que mi arreglista de orquesta. La publicación de este libro se ha demorado porque me ha enseñado mucho sobre este oficio. El aprendizaje ha sido duro para mí, pero ha hecho lo que debía y ambos estamos seguros de que hemos avanzado mucho trabajo para el futuro. Ha sido el mejor editor, revisor, corrector y consejero que podría haber encontrado en el mundo de la literatura.

Gracias también a mi hermano Javier. Él fue quien me ayudó a localizar el mapa que menciono en el primer párrafo y a reorientar esta historia hacia otro género. También ha participado en la revisión y corrección del libro, y ha aportado muchas ideas que potenciaron la estructura final.

Gracias a Cha Eun Ah, artista que ha buscado entre sus dibujos para cederme los que mejor encajaban en mi historia. Especialmente el de la tercera parte, que parece estar hecho a propósito en otro tiempo pasado para que hoy dé con su sitio.

Gracias a Alexia Jorques, ha sido un placer trabajar con ella para el diseño de la portada.

Gracias a Prince. Su música se coló en esta historia sin haberlo planeado. Creo que estará contento con este libro. Nos dimos la mano en 2013 en Lisboa y, poco antes de su fallecimiento, referenció mi blog ([Wonder Music Web](#)) en su cuenta personal de Twitter. En aquel momento, pensé que lo había hecho alguien de su staff. Más tarde, supe que había sido él mismo. Todavía hoy puede consultarse esa mención en [su Timeline](#).

Y, por supuesto, gracias a ti, lector. Si has invertido tiempo en leer esta historia, dime qué te ha parecido a través de mi web, en las redes sociales donde también podrás encontrarme o dando tu valoración en las páginas de literatura. A mí, como a cualquier escritor, me alentará a seguir creando historias.

Jorge Caneda

<https://jorgecaneda.com/>

Enero de 2020

-
- [1] Extracto de la canción "Purple Rain", escrita por Prince y publicada en su álbum *Purple Rain* (Warner Bros, 1984).
 - [2] Extracto de la canción "Let's Go Crazy", escrita por Prince y publicada en su álbum *Purple Rain* (Warner Bros, 1984).
 - [3] Extracto de la canción "Darling Nikki", escrita por Prince y publicada en su álbum *Purple Rain* (Warner Bros, 1984).
 - [4] Extracto de la canción "Darling Nikki", escrita por Prince y publicada en su álbum *Purple Rain* (Warner Bros, 1984).
 - [5] Extracto de la canción "Darling Nikki", escrita por Prince y publicada en su álbum *Purple Rain* (Warner Bros, 1984).
 - [6] Extracto de la canción "Purple Rain", escrita por Prince y publicada en su álbum *Purple Rain* (Warner Bros, 1984).